Los Desposeídos

Una utopía ambigua

Ursula K. Le Guin

1974

Si necesitas modificar el archivo original, puedes encontrar el LaTex en
`https://archive.org/details/@violentita`
Violentita, sudamérica.

Índice general

Capítulo 1

Anarres/urras

Había un muro. No parecía importante. Era un muro de piedras sin pulir, unidas por una tosca argamasa. Un adulto podía mirar por encima de él, y hasta un niño podía escalarlo. Allí donde atravesaba la carretera, en lugar de tener un portón degeneraba en mera geometría, una línea, una idea de frontera. Pero la idea era real. Era importante. A lo largo de siete generaciones no había habido en el mundo nada más importante que aquel muro. Al igual que todos los muros era ambiguo, bifacético, Lo que había dentro, o fuera de él, dependía del lado en que uno se encontraba. Visto desde uno de los lados, el muro cercaba un campo baldío de sesenta acres llamado el Puerto de Anarres. En el campo había un par de grandes grúas de puente, una pista para cohetes, tres almacenes, un cobertizo para camiones y un dormitorio: un edificio de aspecto sólido, sucio de hollín y sombrío; no tenía jardines ni niños. Bastaba mirarlo para saber que allí no vivía nadie, y que no estaba previsto que alguien se quedara allí mucho tiempo: en

realidad era un sitio de cuarentena. El muro encerraba no sólo el campo de aterrizaje sino también las naves que descendían del espacio, y los hombres que llegaban a bordo de las naves, y los mundos de los que provenían, y el resto del universo. Encerraba el universo, dejando fuera a Anarres, libre. Si se lo miraba desde el otro lado, el muro contenía a Anarres: el planeta entero estaba encerrado en él, un vasto campo-prisión, aislado de los otros mundos y los otros hombres, en cuarentena. Un gentío se acercaba por el camino al campo de aterrizaje, y a la altura en que la carretera cruzaba al otro lado del muro se desbandaba en grupos de merodeadores. La gente solía ir allí desde la cercana ciudad de Abbenay con la esperanza de ver una nave del espacio, o sólo el muro. Al fin y al cabo, aquél era el único muro-frontera en el mundo conocido. En ningún otro sitio podrían ver un letrero que dijese Entrada Prohibida. Los adolescentes, en particular, se sentían atraídos por él. Se encaramaban, se sentaban en lo alto del muro. Acaso hubiera una cuadrilla descargando cajas de los vagones, frente a los depósitos. Hasta podía haber un carguero en la pista. Los cargueros descendían sólo ocho veces al año, sin avisar a nadie excepto a los síndicos que trabajaban en el Puerto, y entonces, si los espectadores tenían la suerte de ver uno, al principio se alborotaban. Pero ellos estaban aquí, de este lado, y allá, lejos, en el otro extremo del campo, se posaba la nave: una torre negra y rechoncha en medio de un confuso ir y venir de grúas móviles. De pronto, una mujer se separaba de una de las cuadrillas que trabajaban junto a los almacenes y decía: —Vamos a cerrar por hoy, hermanos. Llevaba el brazal de Defensa, algo que se veía tan pocas veces como una nave del espacio, y esto causaba no poca conmoción. Pero el tono, aunque benévolo, parecía terminante. La

mujer era la capataz de la cuadrilla, y si intentaran provocarla, los síndicos la respaldarían. De todos modos, no había nada digno de verse. Los extraños, los hombres de otro mundo, permanecían ocultos en la nave. No había espectáculo. También para la cuadrilla de Defensa solía ser monótono el espectáculo. A veces la capataz deseaba que alguien intentase siquiera cruzar al otro lado del muro, que un tripulante extraño saltase de improviso de la nave, que algún chiquillo de Abbenay se escurriese a hurtadillas para examinar más de cerca el carguero. Pero eso no ocurría nunca. Nunca ocurría nada. Y cuando algo ocurrió la tomó desprevenida. El capitán del carguero Alerta le dijo: —¿Anda detrás de mi nave esa gentuza? La capataz miró y vio que en efecto había un verdadero gentío alrededor del portón, cien personas o más: merodeando en pequeños grupos, como en las estaciones de los trenes de víveres durante la hambruna. La capataz se sobresaltó. —No. Ellos, ah, protestan —dijo en su iótico lento y limitado—. Protestan, usted sabe... ¿Pasajero? —¿Quiere decir que andan detrás del bastardo que se supone tenemos que llevar? ¿Es a él a quien tratan de impedirle la salida, o a nosotros? La palabra «bastardo», intraducible a la lengua de la capataz, carecía de significado para ella, era uno entre otros términos extraños, pero no le gustaba nada como sonaba, ni la voz del capitán, ni el capitán. —¿Puede en verdad arreglárselas sin mí?— le preguntó, cortante. —Sí, qué demonios. Usted ocúpese de que baje el resto de la carga, de prisa. Y haga subir a bordo a ese pasajero bastardo. Ninguna chusma de odolunáticos nos va a crear problemas a nosotros. —Palmeó el objeto de metal que llevaba en el cinto, y que parecía un pene deformado, y miró con aire de superioridad ala mujer inerme. La capataz echó una ojeada fría al objeto fálico; sabía que era un arma. —La na-

ve estará cargada a las catorce. Mantenga la tripulación segura a bordo. Despegue a las catorce y cuarenta. Si necesita ayuda, deje un mensaje grabado en el Control de Tierra. Y echó a andar a grandes zancadas antes que el capitán tuviese tiempo de llamarla al orden. La cólera le daba fuerzas para exhortar con más energía a la cuadrilla y a la multitud. —¡A ver, vosotros, si despejáis el camino! —dijo en tono perentorio cuando llegaba al muro—. Pronto pasarán los camiones, y habrá heridos. ¡Apartaos! Los hombres y mujeres del gentío discutían con ella y entre ellos. Seguían atravesándose en el camino, y algunos pasaban al otro lado del muro. Aun así, el camino había quedado relativamente despejado. Si ella no sabía dominar un tumulto, ellos tampoco sabían cómo desencadenarlo. Eran miembros de una comunidad, no los elementos de una colectividad: no los movía un sentimiento de masas, y había allí tantas emociones como individuos. Incapaces de suponer que las órdenes pudieran ser arbitrarias, no tenían la práctica de la desobediencia. La inexperiencia de todos salvó la vida del pasajero. Algunos habían ido a matar a un traidor. Otros a impedirle que partiese, o a gritarle insultos, o a verlo, pura y simplemente; y todos estos otros obstruyeron el corto trayecto de los asesinos. Ninguno tenía armas de fuego, aunque dos de ellos llevaban cuchillos. Para esta gente atacar significaba asalto cuerpo a cuerpo; querían apoderarse del traidor con sus propias manos. Suponían que llegaría custodiado, en un vehículo. Mientras trataban de inspeccionar un camión de mercancías y discutían con el enfurecido conductor, el hombre que buscaban llegó por la carretera, solo y a pie. Cuando lo reconocieron, ya estaba a mitad de camino, seguido por cinco síndicos de Defensa. Los que pretendían matarlo intentaron perseguirlo, demasiado tarde, y apedrearlo, no del todo

demasiado tarde. Apenas consiguieron magullarle un hombro al traidor que buscaban, pero un pedrusco de dos libras de peso golpeó en la sien a un hombre de la cuadrilla de Defensa, matándolo en el acto, Las escotillas de la nave se cerraron. Los hombres de Defensa regresaron llevándose con ellos al compañero muerto; no trataron de detener a los cabecillas del tumulto que se precipitaban hacia la nave, pero la capataz, blanca de furia y horror, los insultó y los maldijo cuando pasaron junto a ella a todo correr, procurando esquivarla. Una vez al pie de la nave, la vanguardia del tumulto se dispersó y se detuvo, irresoluta. El silencio de la nave, los movimientos espasmódicos de las grúas enormes y esqueléticas, el raro aspecto calcinado del suelo... Nada había allí que pareciera humano; todo los desconcertaba. Una ráfaga efe vapor o de gas que parecía provenir de algo conectado con la nave sobresaltó a algunos de los hombres; levantando las cabezas, observaron con inquietud allá arriba los túneles negros de los cohetes. Lejos, a través del campo, aulló la alarma de una sirena. Primero uno, luego otro, todos emprendieron el regreso hacia el portón. Nadie los detuvo. Al cabo de diez minutos el sendero había quedado despejado, la muchedumbre se había dispersado a lo largo del camino de Abbenay. Como si, en definitiva, no hubiese ocurrido nada. En el interior del Alerta estaban ocurriendo muchas cosas. Puesto que el Control de Tierra había adelantado la hora del lanzamiento, era necesario acelerar las operaciones de rutina. El capitán había dado orden de que sujetaran con correas al pasajero, y lo encerraran en la cabina de la tripulación junto con el médico, para que no entorpecieran las maniobras. Allí, en la cabina, había una pantalla, y si así lo deseaban podían observar el despegue. El pasajero miró. Vio el campo, y el muro alrededor del campo, y a lo lejos más allá del

muro las laderas distantes del Ne Theras salpicadas de matorrales holum y de unas pocas y plateadas zarzalunas. Las imágenes resplandecieron precipitándose pantalla abajo. El pasajero sintió que le empujaban el cráneo contra el cabezal almohadillado. Era como si lo estuvieran sometiendo a un examen odontológico, la cabeza apretada contra el sillón, la mandíbula abierta a la fuerza. No podía respirar, parecía enfermo y sentía que el miedo le aflojaba los intestinos. Todo su cuerpo gritaba a las fuerzas enormes que se habían apoderado de él: ¡Ahora no, todavía no, esperad! Los ojos lo salvaron. Las cosas que ellos seguían viendo y transmitiendo lo arrancaron del autismo del terror. Porque en la pantalla apareció ahora una imagen extraña, una llanura pálida de piedra. Era el desierto visto desde las montañas por encima de Valle Grande. ¿Cómo había vuelto a Valle Grande? Trató de decirse que estaba en una aeronave. No, una astronave. El borde de la llanura relucía con el brillo de la luz en el agua, la luz sobre un mar distante. En aquellos desiertos no había agua. ¿Qué era, entonces, lo que estaba viendo? Ahora la llanura de piedra ya no era plana sino hueca, una enorme concavidad colmada de luz solar. Mientras la observaba, perplejo, la concavidad se hizo menos profunda, derramando luz. De pronto, una línea la cruzó, abstracta, geométrica, el perfecto sector de un círculo. Más allá de aquel arco todo era negrura. La negrura invertía el cuadro entero, lo hacía negativo. Lo real, la parte de piedra, ya no era cóncava, ya no estaba llena de luz: ahora era convexa, refractante, rechazaba la luz. No era una planicie ni una concavidad, sino una esfera, una bola de piedra, blanca, que caía, se desplomaba en las sombras: su propio mundo.
—No entiendo —dijo en voz alta. Alguien le contestó. Por un momento no se dio cuenta de que la persona que estaba allí en pie

junto al sillón le estaba hablando a él, contestándole, pues ya no entendía qué cosa era una respuesta. Sólo de algo tenía conciencia clara, de su propio y total aislamiento. El mundo acababa de hundirse, y él se había quedado solo. Siempre había temido esto, más que a la muerte. Morir es perder la identidad y unirse al resto. Él había conservado la identidad y había perdido el resto. Pudo por fin mirar al hombre que estaba junto a él. Por supuesto, era un extraño. De ahora en adelante sólo habría extraños. Le estaba hablando en una lengua extranjera: iótico. Las palabras tenían algún sentido. Todas las cosas pequeñas tenían sentido; sólo la totalidad no lo tenía. El hombre le estaba diciendo algo de las correas que lo sujetaban a la silla. Las palpó. La silla se enderezó de golpe, y él perdió el equilibrio, aturdido como estaba, y casi cayó fuera de la silla. El hombre seguía preguntando si habían herido a alguien. ¿De quién estaba hablando? —¿Está seguro él de que no lo han herido? En iótico la fórmula de cortesía para hablarle a alguien utilizaba la tercera persona. El hombre se refería a él, a él mismo. El no entendía qué podía haberlo herido; el hombre continuaba hablando, ahora a propósito de alguien que había arrojado piedras. Pero las piedras no aciertan nunca, pensó. Volvió a mirar la pantalla buscando la roca, la piedra pálida que se precipitaba en la oscuridad, pero ahora la pantalla estaba en blanco. —Estoy bien —dijo por fin, al azar. Al hombre no lo tranquilizó esa declaración. —Por favor venga conmigo. Soy médico. —Estoy bien. —¡Por favor venga conmigo, doctor Shevek! —Usted es el doctor —replicó Shevek luego de una pausa—. Yo no. Me llamo Shevek. El médico, un hombre bajo, rubio y calvo, torció la cara, preocupado. —Tendría que estar en la cabina, señor... peligro de infección; no puede estar en contacto con nadie más que conmigo, no por nada

me he sometido a dos semanas de desinfección. ¡Dios maldiga a ese capitán! Por favor, venga usted conmigo, señor. Me harán responsable... Shevek advirtió que el hombrecillo estaba agitado. No se sentía obligado de ningún modo, pero también aquí, donde se encontraba ahora, en una soledad absoluta, regía la única ley que siempre había acatado. —Está bien —dijo, y se levantó. Todavía se sentía mareado y le dolía el hombro derecho. Sabía que la nave tenía que estar en movimiento, pero la sensación era de quietud y silencio, un silencio terrible y completo, allá, detrás de las paredes. Fueron por unos corredores de metal, y el doctor lo guió hasta una cabina. Era un cuarto muy pequeño, de paredes desnudas y estriadas. Shevek dio un paso atrás recordando un lugar del que no quería acordarse. Pero el doctor lo apremiaba, le imploraba; se adelantó otra vez y entró. Se sentó en la cama-repisa, todavía mareado y aletargado, y miró al doctor sin curiosidad. Pensó que tendría que sentir curiosidad: nunca hasta ahora había visto a un urrasti. Pero estaba demasiado cansado. Hubiera querido recostarse, y echarse en seguida a dormir. Había pasado en vela toda la noche anterior, revisando papeles. Tres días antes había enviado a Takver y las niñas a Paz y Abundancia, y desde entonces había estado ocupado, corriendo a la torre de radiocomunicaciones para enviar mensajes de último momento a la gente de Urras, discutiendo planes y posibilidades con Bedap y los otros. Durante todos aquellos días de ajetreo, desde que Takver se marchara, había tenido la impresión de que no era él quien hacía las cosas: las cosas lo nacían a él. Había estado en manos de otra gente. La voluntad no había actuado. No había tenido necesidad de actuar. La voluntad había estado en el comienzo, ella había creado este momento y las paredes que ahora lo rodeaban. ¿Hacía cuánto

tiempo? Años. Cinco años atrás, en la silenciosa noche de Chakar allá en las montañas, cuando le había dicho a Takver: —Iré a Abbenay y derruiré los muros. Antes de eso aún, mucho antes, en La Polvareda, durante los años de la hambruna y la desesperación, cuando se había prometido que nunca más volvería a actuar, sino cuando él lo quisiera. Y luego de esa promesa él mismo se había traído aquí: a este momento intemporal, a este lugar sin tierra, a esta cabina diminuta, a esta prisión. El doctor le había examinado el hombro magullado (aquel magullón era un misterio para Shevek: la tensión y la ansiedad no le habían permitido advertir lo que sucedía en el campo de aterrizaje; ni siquiera había sentido el golpe de la piedra). Ahora el médico se volvía hacia él esgrimiendo una jeringa hipodérmica. —No quiero eso —dijo Shevek. Hablaba en un iótico lento, y como había podido comprobar en las conversaciones por radio, lo pronunciaba mal, pero la gramática era bastante correcta; le resultaba más difícil entenderlo que hablarlo. —Una vacuna contra el sarampión —dijo el médico, profesionalmente sordo. —No—dijo Shevek. El doctor se mordió el labio un momento. —¿Sabe usted qué es el sarampión, señor? —No. —Una enfermedad. Contagiosa. A menudo grave en los adultos. Ustedes no la tienen en Anarres; las medidas profilácticas la erradicaron cuando colonizaron el planeta. Es común en Urras. Podría matarlo. Lo mismo que otra docena de infecciones virales comunes. Usted no tiene resistencia. ¿No será zurdo, señor? Shevek meneó la cabeza, como un autómata. Con la gracia de un prestidigitador el médico le deslizó la aguja en el brazo derecho. Shevek se sometió a esta y otras inyecciones en silencio. No tenía ningún derecho a desconfiar ni a protestar. El mismo se había entregado a esta gente; había renunciado al derecho natural de decidir. Había perdido

ese derecho, lo había dejado caer junto con su propio mundo, el mundo de la Promesa, la piedra yerma. El doctor le hablaba otra vez, pero él no escuchaba. Por espacio de horas o días vivió en un vacío, una oquedad seca y mísera sin pasado ni futuro. Las paredes se alzaban tiesas alrededor. En el otro lado había silencio. Tenía los brazos y las nalgas doloridos a causa de las inyecciones; tuvo fiebre, una fiebre que nunca llegaba al delirio, pero que lo mantenía flotando entre la razón y la sinrazón, una tierra de nadie. El tiempo no transcurría. No había tiempo. Él era el tiempo: sólo él. Era el río, la flecha, la piedra. Pero no avanzaba. La piedra lanzada seguía suspendida en el punto medio. No había día ni noche. A veces el doctor apagaba la luz, o la encendía. Había un reloj de pared junto a la cama; la manecilla iba y venía sin sentido de una a otra de las veinte cifras de la esfera. Despertó al cabo de un sueño prolongado y profundo, y como estaba frente al reloj, lo estudió, soñoliento. La manecilla se detuvo un instante después del 15; esto, si la esfera se leía desde la medianoche como en el reloj anarresti de veinticuatro horas, significaba que era la media tarde. Pero ¿cómo podía ser la media tarde en el espacio entre dos mundos? Bueno, la nave tendría sin duda un tiempo propio. Se incorporó; ya no se sentía mareado. Se levantó de la cama y probó el equilibrio: satisfactorio, aunque las plantas de los pies no se apoyaban bien en el suelo; el campo de gravedad de la nave parecía algo débil. La sensación no era muy agradable; necesitaba estabilidad, solidez, firmeza. Tratando de encontrarías se dedicó a investigar metódicamente la pequeña cabina. Las paredes desnudas estaban repletas de sorpresas, prontas para revelársele a un simple toque del panel: lavabo, espejo, escritorio, silla, armario, anaqueles. Había varios artefactos eléctricos por completo misteriosos conectados con el

lavabo, y el grifo no dejaba de funcionar cuando lo soltaba; había que cerrarlo; indicio, pensó Shevek, de una gran fe en la naturaleza humana, o de grandes caudales de agua caliente. Aceptó la segunda hipótesis y se lavó de arriba abajo, y como no había toallas se secó con uno de los artefactos misteriosos, que despedía una ráfaga agradable y cosquilleante de aire templado. No encontró su propia ropa y volvió a vestirse con las que llevaba puestas en el momento de despertar: pantalones flojos y anchos y una túnica informe, ambas prendas de un amarillo claro con pequeños lunares azules. Se observó en el espejo. El efecto le pareció lamentable. ¿Era así como se vestían en Urras? Buscó en vano un peine, y se resignó a trenzarse el cabello sobre la nuca; así acicalado intentó salir del cuarto. No pudo. La puerta estaba cerrada con llave. La incredulidad inicial de Shevek se transformó en furia, una especie de furia, un ciego deseo de violencia, como jamás había sentido hasta entonces. Sacudió el picaporte impasible, aporreó con ambas manos el bruñido metal efe la puerta, y dando media vuelta, apretó el puño contra el botón de llamada que podía utilizar en caso de emergencia según había dicho el doctor. No pasó nada. Había toda una serie de pequeños botones numerados de distintos colores en el tablero del intercomunicador; con la mano extendida los apretó todos al mismo tiempo. El parlante de la pared empezó a tartamudear: —Quién demonios... sí en seguida voy... aclare qué... en el veintidós... La voz de Shevek ahogó los balbuceos: —¡Abra la puerta! La puerta se deslizó, y el doctor asomó la cabeza. A la vista de aquella cara amarillenta, ansiosa, lampiña, la cólera de Shevek se enfrió, retrocedió a una penumbra interior. —La puerta estaba cerrada con llave —dijo. —Lo siento, doctor Shevek... una precaución... contagio... aislar a los otros... —Encerrar fuera,

encerrar dentro, es lo mismo —dijo Shevek, inclinando la cabeza y mirando al médico con los ojos claros, remotos. —Seguridad... —¿Seguridad? ¿Es necesario que me guarden en una caja? —La sala de oficiales —propuso el doctor diligente, conciliador—. ¿Tiene hambre, señor? Tal vez si quisiera vestirse podríamos ir a la sala. Shevek miró la vestimenta del doctor: pantalones azules ceñidos recogidos en botas que parecían tan finas y flexibles como si fuesen de tela; una túnica violeta abierta adelante y abrochada con alamares de plata; y bajo la túnica, dejando sólo visible el cuello y las muñecas, una camisa tejida de una deslumbrante blancura. —¿No estoy vestido? —inquirió Shevek al cabo. —Oh, puede ir en pijama, no faltaba más. ¡Ningún formalismo en un carguero! —¿Pijama? —El que tiene puesto. Prendas de dormir. —¿Prendas que se usan para dormir? —Sí. Shevek parpadeó. No hizo ningún comentario. Preguntó: —¿Dónde está la ropa que traía puesta? —¿La ropa de usted? La puse a limpiar... esterilización. Espero que no le moleste, señor... —El médico examinó uno de los paneles murales que Shevek no había descubierto y sacó un paquete envuelto en papel verde claro. Desenvolvió el viejo traje de Shevek, que parecía inmaculado y un tanto reducido, hizo una pelota con el papel verde, movió otro panel, arrojó el papel en la boca de un recipiente, y miró a Shevek con una vaga sonrisa— . Ya está, doctor Shevek. —¿Qué pasa con el papel? —¿El papel? —El papel verde. —Oh, lo... tiré ala basura. —¿Basura? —Desperdicios. Se quema. —¿Ustedes queman el papel? —Tal vez caiga simplemente al espacio, no lo sé. No soy médico del espacio, doctor Shevek. Me concedieron el honor de atenderlo a usted a causa de mi experiencia con visitantes de otros mundos, los embajadores de Terra y de Hain. Estoy a cargo de los procedimientos de desconta-

minación y adaptación de todos los extraños que llegan a A-Io. No es que usted sea un extraño en el mismo sentido, desde luego. Miró azorado a Shevek, que aunque no alcanzaba a comprender todo lo que el otro decía, adivinaba por detrás de las palabras una preocupación sincera, tímida, bien intencionada. —No —lo tranquilizó Shevek—, es posible que tengamos una abuela en común, usted y yo, doscientos años atrás, en Urras. Se estaba cambiando de ropa y cuando se pasaba la camisa por encima de la cabeza vio que el doctor echaba las «prendas de dormir» azules y amarillas en el recipiente de la «basura». Shevek se detuvo, con el cuello de la camisa todavía sobre la nariz. Sacó la cabeza, se arrodilló y abrió el recipiente. Estaba vacío. —¿Ustedes queman la ropa? —Oh, éstos son pijamas baratos, de producción en serie... Se usan y se tiran; cuesta menos que limpiarlos. —Cuesta menos —repitió Shevek meditativamente. Pronunció las palabras en el tono de un paleontólogo que observa un fósil, un fósil que define todo un estrato. —Me temo que el equipaje de usted se haya perdido en la carrera final hasta la nave. Espero que no tuviera en él nada importante. —No traía nada —dijo Shevek. Aunque el traje estaba casi blanco de tan limpio, y había encogido un poco, le seguía quedando bien, y el áspero contacto familiar con la tela de holum era agradable. Se sentía otra vez él mismo. Se sentó en la cama frente al doctor y dijo: —Vea, sé que ustedes no toman las cosas, como nosotros. En el mundo de ustedes, en Urras, las cosas hay que comprarlas. Yo voy al mundo de ustedes, no tengo dinero, no podré comprar, de manera que hubiera tenido que traer. Pero ¿cuánto podría traer? Ropa, sí, podría traer un par de mudas. Pero ¿comida? ¿Cómo podría traer comida en cantidad suficiente? No pude traer, no podré comprar. Si tienen interés en que siga viviendo, tendrán que

proporcionarme comida. Soy un anarresti, y obligo a los urrasti a comportarse como anarresti: a dar, no a vender. Si lo desean. Naturalmente, no tienen ninguna obligación de conservarme vivo. Soy el Mendigo, ya lo ve. —De ninguna manera, señor, no, no. Usted es un huésped muy honrado. Le ruego que no nos juzgue por la tripulación de esta nave, son muy ignorantes, hombres limitados... no tiene usted idea de la acogida que le espera en Urras. Al fin y al cabo, usted es un científico mundial-mente... ¡galácticamente famoso! ¡Y nuestro primer visitante de Anarres! Las cosas serán muy diferentes cuando lleguemos a Campo Peier, se lo aseguro. —No dudo que serán diferentes —dijo Shevek. La Travesía Lunar, de ida o de vuelta, demoraba normalmente cuatro días y medio, pero en esta ocasión se agregaron al viaje de regreso cinco días para la adaptación del pasajero. Shevek y el doctor Kimoe los dedicaron a vacunas y conversaciones, y el capitán del Alerta a mantener la nave en órbita y a echar maldiciones. Cada vez que tenía que hablarle a Shevek empleaba un tono de enojosa irreverencia. El doctor, que parecía preparado para explicar todas las cosas, tenía siempre un análisis a flor de labios: —Está acostumbrado a considerar como inferiores a todos los extraños, como menos que humanos. —La creación de seudo-especies, la llamaba Odo. Sí. Yo creía que tal vez en Urras la gente no pensaba ya de esa manera, puesto que hay allí tantas lenguas y naciones, y hasta visitantes de otros sistemas solares. —De ésos pocos en verdad, pues los viajes interestelares son muy costosos y lentos. Quizá no siempre sea así —añadió el doctor Kimoe, sin duda con el propósito de halagar a Shevek, o de hacerlo hablar, cosa que Shevek ignoró. —El segundo oficial —dijo— parece tenerme miedo. —Oh, en él es fanatismo religioso. Es un epifanista intransigente. Recita las primas todas las noches. Un

espíritu absolutamente rígido. —Entonces ve en mí... ¿qué? —Un ateo peligroso. —¡Un ateo! ¿Por qué ? —Bueno, porque usted es un odoniano de Anarres... no hay religión en Anarres. —¿No hay religión? ¿Somos piedras, en Anarres? —Una religión establecida, quiero decir... iglesias, credos... —Kimoe se aturullaba con facilidad. Tenía el aplomo común del médico, pero Shevek lo confundía. Todas las explicaciones de Kimoe concluían al cabo de dos o tres preguntas de Shevek en titubeos y vacilaciones. Cada uno de ellos consideraba como válidas ciertas relaciones que el otro ni siquiera vislumbraba. Este curioso asunto de la superioridad y la inferioridad, por ejemplo. Shevek sabía que el concepto de superioridad, de jerarquía relativa, era importante para los urrasti; allí donde un anarresti emplearía la expresión «más importante», los urrasti solían emplear la palabra «superior» como sinónimo de «mejor». Pero ¿qué relación tenía la superioridad con el hecho de ser extranjero? Un enigma entre otros centenares. —Entiendo —dijo ahora, a medida que aclaraba ese nuevo enigma—. Ustedes no admiten ninguna religión fuera de las iglesias, así como no admiten una moral fuera de las leyes. Curioso, nunca lo había interpretado así, en mis lecturas de libros urrasti. —Bueno, hoy cualquier persona culta admitiría... —Es el vocabulario lo que complica las cosas —dijo Shevek, progresando en su descubrimiento—. En právico la palabra religión es poco... No, como dicen ustedes... rara. Insólita. Por supuesto, es una de las Categorías: el Cuarto Modo. Pocas personas aprenden a practicar todos los Modos. Pero los Modos son una consecuencia de las facultades mentales innatas, una aptitud religiosa. No supondrá que hubiéramos podido desarrollar las ciencias físicas sin entender la muy profunda relación que hay entre el hombre y el cosmos. —Oh, no, de ninguna manera...

—Eso equivaldría, en verdad, a convertirnos en una seudo-especie. —La gente educada lo comprenderá sin duda, estos oficiales son muy ignorantes. —Pero entonces, ¿sólo a los fanáticos les permiten viajar por el cosmos ? Todas las conversaciones se asemejaban a ésta, agotadoras para el médico e insatisfactorias para Shevek, y a la vez intensamente interesantes para ambos. Eran el único medio de que disponía Shevek para explorar el mundo nuevo que lo aguardaba. La nave misma, y la mente de Kimoe, le parecían un microcosmos. No había libros a bordo del Alerta, los oficiales evitaban a Shevek, y a la tripulación se le prohibía estrictamente acercarse a él. En cuanto a la mente del doctor, aunque inteligente y bien intencionada sin lugar a dudas, era un verdadero laberinto de artificios intelectuales más enigmáticos aún que todos los aparatos, dispositivos y enseres que colmaban la nave. A estos últimos, Shevek los encontraba entretenidos: todo era tan ostentoso, tan imaginativo y elegante; el mobiliario del intelecto de Kimoe le parecía, en cambio, menos cómodo. Las ideas del médico nunca seguían una línea recta: un rodeo por aquí, un esguince por allá, para acabar chocando contra una pared. Todos los pensamientos de Kimoe estaban cercados por paredes, de cuya existencia no parecía tener idea alguna, aunque no hacía otra cosa que esconderse detrás. Sólo en una oportunidad, durante todos aquellos días de conversación entre los mundos, Shevek vio abrirse una pequeña brecha. Había preguntado por qué no había mujeres en la nave, y Kimoe le había contestado que el mando de un carguero del espacio no era tarea propia de mujeres. Shevek no dijo nada más; la historia que conocía y su conocimiento de los escritos de Odo eran un contexto suficiente para interpretar aquella respuesta tautológica. Pero el médico le hizo a su vez una pregunta, una pregunta

sobre Anarres. —¿Es cieno, doctor Shevek, que en la sociedad de ustedes tratan a las mujeres exactamente igual que a los hombres? —Eso equivaldría a desperdiciar un muy buen equipo —respondió, riendo, y cuando advirtió hasta qué punto la idea era ridícula se echó a reír otra vez. El doctor titubeó, procurando visiblemente sortear uno de sus acostumbrados escollos mentales; luego dijo como azorado: —Oh, no, no quise decir sexualmente... es obvio que ustedes... que ellas... Me refería a la condición social de las mujeres. —¿Condición es lo mismo que clase? Kimoe no encontró modo de explicar lo que significaba condición social, y volvió al tema anterior. —¿No hay realmente diferencia alguna entre el trabajo de los hombres y el de las mujeres? —Bueno, no, parece un fundamento demasiado mecánico para establecer una división del trabajo, ¿no lo cree usted así? Una persona elige el trabajo de acuerdo con sus intereses, talento, fuerza. ¿Qué tiene que ver el sexo con todo esto? —Los hombres son físicamente más fuertes —sentenció el doctor con contundencia profesional. —Sí, a menudo, y más corpulentos, pero ¿qué puede importar esto si tenemos máquinas? Y si no las tenemos, si hemos de utilizar la pala para cavar y la espalda para cargar, es posible que los hombres sean más rápidos, pero las mujeres son más resistentes... Cuántas veces he deseado tener la resistencia de una mujer. Kimoe, habitualmente cortés y comedido, clavó en Shevek una mirada escandalizada. —Pero la pérdida de... de todo lo femenino... de la delicadeza... Ningún hombre podría respetarse a sí mismo. No pretenderá, por cierto, en el trabajo de usted, que las mujeres son iguales. ¿En física, en matemáticas, en el intelecto? No pretenderá rebajarse constantemente al nivel de ellas. Shevek se sentó en el sillón blando y confortable y miró alrededor. En la pantalla la curva brillante

de Urras colgaba aún en el espacio negro como un ópalo azul. Durante los últimos días se había familiarizado con aquella imagen encantadora, y aun con la sala de oficiales, pero ahora los colores brillantes, los asientos curvilíneos, las luces veladas, las mesas de juego, las pantallas de televisión y las alfombras mullidas, todo le parecía tan extraño como cuando lo viera por primera vez. —No creo pretender demasiado, Kimoe —dijo. —Por supuesto, he conocido mujeres capaces de pensar como un hombre —se apresuró a decir el médico, consciente de que había estado hablando a los gritos, como aporreando con las manos, pensó Shevek, una puerta cerrada. Shevek cambió de tema. La cuestión de la superioridad y la inferioridad parecía tener gran importancia en la vida social de los urrasti. Si para respetarse a sí mismo Kimoe tenía necesidad de considerar que la mitad del género humano era inferior a él, ¿cómo harían las mujeres para respetarse ellas mismas? ¿Acaso considerarían inferiores a los hombres? ¿Y de qué modo afectaría todo eso la vida sexual de los urrasti? Sabía por los escritos de Odo que doscientos años atrás las instituciones sexuales más importantes de los urrasti eran el «matrimonio», una asociación autorizada y reforzada por sanciones legales y económicas, y la «prostitución», un término que al parecer sólo se diferenciaba del primero por una mayor liberalidad: la copulación dentro de un contexto económico. Odo había condenado una y otra, y sin embargo Odo había estado «casada». De todos modos, era posible que las instituciones hubiesen cambiado considerablemente en doscientos años. Si iba a vivir en Urras y con los urrasti, le convenía informarse. Le parecía extraño que hasta el sexo, fuente de tanto solaz y deleite durante muchos años, pudiese transformarse de la noche a la mañana en un territorio desconocido, en el que tendría que pi-

sar con cautela, consciente de su ignorancia, pero era así. No sólo los insólitos estallidos de sarcasmo y de furia de Kimoe lo habían puesto en guardia, sino también una oscura impresión anterior, que el incidente entre ellos había iluminado de algún modo. Cuando se encontró a bordo de la nave, en los primeros días, durante las largas horas de fiebre y desesperación, lo había sorprendido la blandura complaciente de la cama, una sensación a ratos placentera, a ratos irritante. Aunque no era más que una tarima, el colchón se hundía bajo su cuerpo con una elasticidad acariciadora. Se hundía, cedía con tanta insistencia que todavía ahora, mientras se dormía, tenía siempre conciencia de aquella molicie. Y tanto el placer como la irritación eran de naturaleza claramente erótica. También el artefacto aquel, la boquilla-toalla: el mismo efecto. Un cosquilleo. Y el diseño del mobiliario en la sala de oficiales, las curvas suaves impuestas a la dureza de la madera y el metal, la tersura y la delicadeza de las superficies y texturas: ¿no eran también vaga, sutilmente eróticas? Shevek se conocía lo bastante como para saber que unos pocos días sin Takver, incluso bajo los efectos de una gran tensión, no podían ser suficientes para que se excitara al punto de sentir una mujer en la superficie pulida de cada mesa. No a menos que la mujer estuviese realmente presente. ¿Serían célibes todos los ebanistas urrasti? Renunció a dilucidar el enigma; no tardaría en resolverlo en Urras. Momentos antes de que volvieran a atarlo para el descenso, el médico fue a la cabina a verificar los progresos de las diversas inmunizaciones, la última de las cuales, la inoculación de una peste, había dejado a Shevek mareado y con náuseas. Kimoe le dio una nueva píldora. —Esto lo reanimará para el aterrizaje. —Estoico, Shevek tragó la píldora. El médico buscó algo en el botiquín y de pronto se puso a hablar,

agriadamente: —Doctor Shevek, no creo que se me permita volver a atenderlo, aunque quizá... pero aun así quería decirle que... que yo, que ha sido un inmenso privilegio para mí. No porque... sino porque he aprendido a respetar... a apreciar... simplemente como ser humano, la bondad, la genuina bondad que hay en usted... No encontrando una respuesta adecuada, atormentado por el dolor de cabeza, Shevek se adelantó, tomó la mano de Kimoe, y dijo: —¡Entonces volvamos a vernos, hermano! Kimoe le estrechó la mano nerviosamente, a la usanza urrasti, y salió de prisa de la cabina. Sólo cuando el médico se hubo marchado, Shevek advirtió que le había hablado en právico, que lo había llamado ammar, hermano, en una lengua que Kimoe no entendía. El parlante del muro estaba vociferando órdenes. Shevek escuchaba, atado a la litera; se sentía mareado y distante. Los movimientos del descenso lo mareaban más aún; fuera de la secreta esperanza de que llegaría a vomitar, tenía la conciencia casi adormecida. No supo que habían aterrizado hasta que Kimoe entró corriendo otra vez y lo empujó a la sala de oficiales. La pantalla en la que durante tanto tiempo había visto a Urras, flotante, luminoso, envuelto en espírales de nubes, ahora estaba en blanco. En la sala se apretaba mucha gente. ¿De dónde había salido? Notó, con sorpresa y con placer, que era capaz de mantenerse en pie, de caminar, de estrechar manos. Se concentró en todo esto sin preocuparse de lo que pudiera significar. Voces, sonrisas, manos, palabras, nombres. El suyo repetido una y otra vez: doctor Shevek, doctor Shevek... Ahora él y todos los desconocidos de alrededor descendían por una rampa techada, todos hablaban en voz muy alta, las palabras reverberaban en las paredes. El ruido de las voces se fue atenuando. Un aire extraño le rozó de pronto la cara. Alzó los ojos, y al salir de la rampa al

nivel del suelo, trastabilló y estuvo a punto de caer. Pensó en la muerte, en ese abismo que se abre entre el comienzo y el final de un paso, y al final del paso estaba en una tierra nueva. Lo rodeaba una noche vasta y gris. Luces azules, neblinosas, brillaban a lo lejos entre las brumas del campo. £1 aire que sentía en la cara y en las manos, en la nariz, la garganta y los pulmones, era frío y húmedo, aromático, balsámico. Era el aire que habían respirado los colonizadores de Anarres, el aire de su propio mundo. Alguien le había aferrado el brazo cuando tropezó. Unas luces estallaron sobre él. Los fotógrafos estaban filmando la escena para los noticieros: El Primer Hombre de la Luna: una figura alta, delgada en medio de una muchedumbre de dignatarios y profesores y agentes de seguridad, la delicada cabeza peluda muy erguida (de modo que los fotógrafos podían captar todas las facciones), como si tratase de mirar al cielo más allá de los torrentes de luz, el vasto cielo brumoso que ocultaba las estrellas, la Luna, todos los otros mundos. Los periodistas trataban de franquear los cordones de la policía. —¿Hará usted una declaración, doctor Shevek, en este momento histórico? —Los obligaron a retroceder. Los hombres que rodeaban a Shevek le instaban a seguir adelante. Lo escoltaron hasta el automóvil, fotogénico siempre, de elevada estatura, cabello largo, una expresión rara en el rostro: tristeza y reconocimiento. Las torres de la ciudad, grandes escalinatas de luz empañada, trepaban hacia la bruma. Arriba corrían los trenes, estelas luminosas y ululantes. Muros de piedra maciza y vidrio flanqueaban las calles por encima efe la marejada de automóviles y autobuses. Piedra, acero, vidrio, luz eléctrica. Ningún rostro. —Esta es Nio Esseia, doctor Shevek. Hemos preferido que permanezca alejado de las multitudes urbanas, al menos al principio. Iremos directamente a la Univer-

sidad. Había cinco hombres con él en el oscuro y mullido recinto del automóvil. Le señalaban algunos edificios, pero en la cerrazón Shevek no distinguía cuál de esas moles fugitivas era el Tribunal Supremo, y cuál el Museo Nacional, y cuál el Senado, y cuál el Directorio. Cruzaron un río o un estuario; el millón de luces de Nio Esseia temblaba en la niebla sobre el agua sombría. La carretera se oscurecía, la niebla aumentaba, el conductor aminoraba la marcha del vehículo. Las luces centellaban sobre la bruma como encima de un muro que retrocediera sin cesar. Sentado, con el torso algo inclinado hacia adelante, Shevek miraba, miraba casi sin ver y sin pensar, pero tenía una expresión grave y ensimismada, y los otros hombres conversaban en voz baja, respetando su silencio. ¿Qué era aquella sombra más densa que desfilaba, interminablemente, a la orilla del camino? ¿Árboles? ¿Era posible que desde que salieran de la ciudad hubieran viajado entre árboles? Recordó la palabra en iótico: «bosque ». No desembocarían de súbito en el desierto. Los árboles se sucedían, en la colina próxima, y la próxima y la próxima, erguidos en el frío suave de la niebla, inacabables, un bosque que ocupaba el mundo entero, una silenciosa pugna de vidas intrincadas, un oscuro movimiento de hojas en la noche. De pronto, mientras Shevek miraba asombrado, en el momento en que el automóvil salía de la niebla espesa del valle a un aire más limpio, desde allí, desde la oscuridad de la fronda, una cara lo miró, por un instante. No se parecía a ninguna cara humana. Era larga como un brazo, y de una blancura espectral. El aliento le brotaba en vapores de lo que parecía ser la nariz; y terrible, inconfundible, había un ojo. Un ojo grande, oscuro, melancólico (¿cínico acaso?) que desapareció en el resplandor de los faros del coche. —¿Qué era eso? —Un asno, ¿no? —¿Un animal? —Sí, un animal. Por Dios, es

cierto. Ustedes no tienen animales grandes en Anarres, ¿verdad?
—Un asno es una especie de caballo —dijo otro de los hombres, y un tercero, al parecer mayor, añadió con voz firme—: Éste era un caballo. Los asnos nunca son tan grandes. Querían hablar con él, pero otra vez Shevek había dejado de escuchar. Pensaba en Takver. Se preguntaba qué habría significado para Takver aquella mirada honda, seca y sombría en la oscuridad. Ella siempre había sabido que todas las vidas son la misma vida, y disfrutaba sintiéndose emparentada con los peces de los acuarios en el laboratorio, indagando en las experiencias ajenas más allá de los confines humanos. Takver habría sabido cómo devolverle la mirada a aquel ojo que lo había observado desde la oscuridad, bajo los árboles.
—Ya estamos llegando a Ieu Eun. Hay toda una multitud que espera para conocerle, doctor Shevek: el Presidente, y varios Directores, y el Rector, naturalmente, todos los señorones. Pero si está cansado, trataremos de abreviar al mínimo las amenidades.
Las amenidades se prolongaron por espacio de varias horas. Shevek nunca llegó a recordarlas con claridad. Desde la caja pequeña y oscura del automóvil, lo escoltaron hasta una enorme caja iluminada y colmada de gente -centenares de personas, bajo un techo dorado del que pendían lámparas de cristal-. Lo presentaron a todo el mundo. Todos eran más bajos que él, y calvos. Las contadas mujeres presentes también eran calvas; Shevek entendió al fin que se rasuraban, no sólo el vello fino y suave del cuerpo, sino también los cabellos. Pero llevaban en cambio atavíos esplendorosos, llamativos de corte y colorido, las mujeres con túnicas suntuosas que arrastraban por el suelo, los pechos desnudos, la cintura, el cuello y la cabeza adornados con joyas, gasas y encajes; los hombres de pantalón azul y chaquetas o túnicas de color rojo, azul, lila, oro,

verde; de las mangas acuchilladas caían cascadas de encaje; las largas túnicas carmesíes o verdes o negras se abrían a la altura de la rodilla para exhibir los calcetines blancos, las ligas de plata. Otra palabra iótica flotó en la mente de Shevek, una palabra que hasta entonces nunca había tenido significado para él, aunque le gustaba el sonido: «esplendor». Esta gente tenía esplendor. Hubo discursos. El Presidente del Senado de la Nación de A-Io, un hombre de ojos fríos, extraños, propuso un brindis: —¡Por la nueva era de fraternidad entre los Planetas Gemelos, y por el precursor de esta nueva era, nuestro distinguido y muy bienvenido huésped, el doctor Shevek de Anarres! —El Rector de la Universidad le habló con amabilidad, el primer Director de la Nación le habló con seriedad; lo presentaron a embajadores, astronautas, físicos, políticos, docenas de personas cuyos nombres iban siempre precedidos y seguidos de largos títulos y cargos honoríficos y todos le hablaban y le contestaban, pero Shevek nunca pudo recordar de qué habían hablado, y menos aún qué había dicho él. Muy entrada la noche, se encontró caminando junto con un pequeño grupo de hombres, bajo la llovizna tibia, cruzando un gran parque o una plaza. La hierba que pisaba era elástica, viva; la reconocía, le recordaba el Parque Triangular de Abbenay. Aquel recuerdo vivido y la refrescante caricia del viento nocturno lo despabilaron. El alma de Shevek salió de su escondite. Los hombres que lo escoltaban lo condujeron a un edificio y a una habitación que llamaron «la habitación de usted». Era espaciosa, de unos diez metros de largo, y sin duda una sala común, pues no había compartimientos ni plataformas para dormir; los tres hombres que aún lo acompañaban tenían que ser compañeros de cuarto. Era una sala común muy hermosa, con una hilera de ventanas que ocupaba toda una pared, separadas por co-

lumnas esbeltas que se elevaban como árboles y culminaban en un doble arco. La alfombra que cubría el piso era de color carmesí, y en el fondo, en un hogar abierto, ardía un fuego. Shevek cruzó la habitación y se detuvo frente al hogar. Era la primera vez que veía quemar madera para combatir el frío, pero ya nada lo asombraba. Extendió las manos hacia el grato calor, y se sentó en un asiento de mármol pulido junto al fuego. El más joven de los hombres que lo acompañaban se sentó frente a él junto al hogar. Los otros dos seguían conversando. Hablaban de física, pero Shevek no trató de seguir la conversación. El hombre joven dijo en voz baja: —Me gustaría saber cómo se siente, doctor Shevek. Shevek estiró las piernas y adelantó el torso para recibir el calor en la cara. —Me siento pesado. —¿Pesado? —La gravedad tal vez. O porque estoy cansado. Miró al otro hombre, pero al resplandor de las llamas el rostro no era claro; sólo se veía el brillo de una cadena de oro y el intenso rojo rubí de la túnica. —No sé el nombre de usted. —Saio Pae. —Oh, Pae, sí. Conozco los artículos de usted sobre la paradoja. Hablaba con pesadez, soñoliento. —Ha de haber un bar aquí, las habitaciones de los Decanos siempre tienen un gabinete de licores. ¿Le gustaría beber algo? —Agua, sí. El hombre reapareció con una copa de agua cuando los otros dos se unían a ellos junto al hogar. Shevek bebió el agua con avidez, y se quedó mirando la copa que tenía en la mano, una pieza frágil, delicadamente tallada, que reflejaba el resplandor de las llamas en el borde de oro. Sentía la presencia de los tres hombres, el modo en que estaban sentados o de pie junto a él, la actitud protectora, respetuosa, posesiva. Alzó los ojos y los miró a la cara, uno a uno. Todos lo observaban, expectantes. —Y bien, aquí me tienen —dijo. Sonrió—. Aquí lo tienen, el anarquista. ¿Qué harán con él?

Capítulo 2

Anarres

En la ventana cuadrangular de una pared blanca está el cielo, claro y desnudo. En el cerro del cielo, el sol. Hay once bebés en la sala, la mayoría en pares o tríos, dentro de grandes corrales acolchados, y aprontándose, conmocionados y elocuentes, para la siesta. Los dos mayores siguen en libertad; el gordo y activo desarma un juego de clavijas; el flaco y nudoso, sentado en el cuadrado de luz amarilla que proyecta la ventana, mira el rayo de sol con una expresión seria y estúpida. En la antesala el aya, una mujer tuerta y canosa, conversa con un hombre alto de unos treinta años y cara triste. —A la madre la han destinado a Abbenay —dice el hombre—. Ella desea que el niño quede aquí. —¿Entonces, Palat, lo tendremos en el parvulario como permanente? —Sí, yo volveré a mudarme a un dormitorio. —No te preocupes, él nos conoce bien a todos, aquí. Pero sin duda la Divtrab no tardará en ponerte cerca de Rulag. Puesto que estáis asociados, y sois ingenieros los dos. —Sí, pero ella... Es el Instituto Central de Ingeniería el que la pi-

de, ¿entiendes? Yo no soy tan competente. Rulag tiene que hacer trabajos importantes. El aya meneó la cabeza, y suspiró. —¡De todos modos ...! —dijo con energía, y no añadió nada más. Los ojos de Palat seguían fijos en el niño flaco que preocupado por la luz no había advertido la presencia de su padre en la antesala. En aquel momento el gordo avanzaba rápidamente hacia el flacucho, aunque a gatas, con ese andar peculiar de quien lleva unos pañales colgantes y mojados. Se había acercado por aburrimiento o por interés, pero al llegar al cuadrado de sol descubrió que el suelo estaba allí caliente. Se dejó caer con pesadez al lado del flacucho, empujándolo a la sombra. El arrobamiento ciego del flacucho se trocó en un mohín de rabia. Empujó al gordo, gritando: —¡Fuera de aquí! El aya intercedió rápidamente. Acomodó los pañales del gordo. —Shev, no hay que empujar a los otros. El bebé flacucho se incorporó, la cara arrebatada de sol y de furia. Estaba a punto cíe perder los pañales. —¡Mío! —dijo con voz aguda, vibrante—. ¡Mío sol! —No es tuyo —dijo la mujer tuerta con la paciencia de la certeza absoluta—. Nada es tuyo. Es para usar. Es para compartir. Si no quieres compartirlo no puedes usarlo. —Y alzó al niño flaco con manos cuidadosas e inexorables, y lo puso a un costado, fuera del cuadrado de sol. El gordo miraba abstraído, indiferente. El flaco se sacudió de arriba abajo y chilló: —¡Mío sol! —y estalló en lágrimas de rabia. El padre lo levantó y lo sostuvo. —A ver, Shev —dijo—.Veamos, tú sabes que no puedes tener cosas. ¿Qué te pasa? —le hablaba con voz suave, y temblaba como si también él estuviera a punto de echarse a llorar. El niño flaco, largo, liviano en los brazos del padre, lloraba con desconsuelo. —Hay algunos que no saben tomar la vida con calma —dijo la mujer tuerta, observando con simpatía. —Ahora lo llevaré de visita al domici-

lio. La madre parte esta noche, sabes. —Ve tranquilo. Espero que pronto os destinen juntos —dijo el aya, mientras cargaba al niño gordo como un saco de grano sobre la cadera; tenía una expresión melancólica y bizqueaba con el ojo sano—. Adiós, Shev, mi corazón. Mañana, óyeme, mañana jugaremos a camión y camionero. El pequeño no la había perdonado aún. Prendido al cuello del padre, sollozaba, y escondía la cara en la oscuridad del sol perdido. Aquella mañana la Orquesta necesitaba todos los bancos para el ensayo, y el grupo de danza iba y venía pisando con fuerza por el gran salón del centro de aprendizaje, de modo que los chicos que se ejercitaban en hablar-y-escuchar se habían sentado en círculo en el suelo de piedra espuma del taller. El primer voluntario, un flacucho de ocho años, largo de manos y pies, se levantó, muy erguido, como los niños sanos; la cara del chiquillo, cubierta de un vello ligero, estaba pálida al principio; luego, mientras esperaba a que los niños escucharan, se rué poniendo roja. —Adelante, Shev —dijo el director del grupo. —Bueno, se me ocurrió una idea. —Más alto —dijo el director, un hombre robusto, de poco más de veinte años. El chico sonrió con timidez. —Bueno, mira, estuve pensando, digamos que le tiras una piedra a algo. A un árbol. La tiras y va por el aire, y le da al árbol. ¿Sí? Pero no, no puede. Porque... ¿puedo usar la pizarra? Mira, aquí estás tú, tirando la piedra, y aquí está el árbol —trazó unos garabatos en la pizarra—, supongamos que eso es un árbol, y aquí está la piedra, ves, a mitad de camino entre tú y el árbol. —Los otros chicos se reían entre dientes viendo cómo había representado un árbol de holum, y el chico sonrió—. Para llegar desde donde estás tú hasta el árbol, la piedra tiene que encontrarse a mitad de camino entre tú y el árbol, ¿no es verdad? Y luego tiene que encontrarse a mitad de camino entre la mitad del

camino y el árbol. Por muy lejos que llegue, siempre hay un punto, sólo que en realidad es un momento en el que está entre el último punto y el árbol... —¿Os parece interesante esto? —interrumpió el director, robländoles a los otros niños. —¿Por qué no puede llegar al árbol? —preguntó una niña de diez años. —Porque siempre tiene que recorrer la mitad del camino que le falta por recorrer —dijo Shevek—, y siempre queda una mitad de camino... ¿Te das cuenta? —¿Digamos mejor que apuntaste mal? —comentó el director con una sonrisa tensa. —No importa cómo haya apuntado. No puede llegar al árbol. —¿Quién te dio esta idea? —Nadie. Se me ocurrió a mí. Es como si viera la piedra... —Suficiente. Algunos de los otros chicos habían estado conversando, pero de pronto pareció que se habían vuelto mudos. El de la pizarra seguía de pie, inmóvil en medio del silencio. Parecía asustado, enfurruñado. —Hablar es compartir un arte cooperativo. Lo que tú haces no es compartir, es egotismo. Desde abajo, desde el salón, llegaban las sutiles, vigorosas armonías de la orquesta. —Eso no lo viste tú, por tus propios medios, no era espontáneo. He leído en un libro algo muy parecido. Shevek miró con insolencia al director. —¿Qué libro? ¿Hay uno aquí? El director se levantó. Era casi dos veces más alto y tres veces más pesado que el niño, y no parecía tenerle ninguna simpatía, pero no había nada de violencia física en esta actitud, sólo una afirmación de autoridad, un tanto debilitada por la irritación con que había respondido a la insólita pregunta del niño. —¡No! ¡Y basta de egotismos! —Y en seguida volvió al tono de voz melodioso y pedante—. Estas cosas son todo lo contrario de lo que nos proponemos en un grupo de hablar-y-escuchar. El lenguaje es una función bidireccional. Shevek no está todavía en condiciones de comprenderlo, como lo estáis casi todos vosotros,

y es por lo tanto una presencia perturbadora. Tú mismo te das cuenta, ¿verdad, Shevek? Yo te sugeriría que busques otro grupo, uno que trabaje en tu nivel. Nadie replicó. El silencio se prolongaba, la música continuaba vigorosa, sutil, mientras el chico devolvía la pizarra y se abría paso fuera del círculo. Salió al corredor y se detuvo. El grupo que acababa de abandonar empezó, guiado por el director, a narrar una historia colectiva. Shevek escuchó las voces apagadas que se turnaban y los latidos todavía acelerados de su propio corazón. Un canturreo le vibraba en los oídos, pero no era la orquesta sino ese sonido que le sale a uno cuando trata de no llorar; ya había advenido otras veces ese canturreo. No le gustó escucharlo, y como no quería pensar en el árbol y en la piedra se concentró en el Cuadrado. Era un cuadrado de números, y los números siempre eran serenos, inmutables; cada vez que se sentía desvalido podía recurrir a ellos, y nunca le fallaban. Lo había visto con la imaginación hacía algún tiempo; un diseño en el espacio parecido al de una música en el tiempo: un cuadrado de los primeros nueve enteros, y en el centro el cinco. En cualquier sentido que sumara las hileras siempre daban el mismo resultado, las desigualdades se equilibraban; le gustaba mirarlo. Si pudiera tener un grupo que quisiera hablar de esas cosas; pero sólo había un par de chicos y chicas mayores que se interesaban, y estaban demasiado ocupados. ¿Y el libro que había mencionado el director? ¿Sería un libro de números? ¿Mostraría cómo llegaba la piedra al árbol? Había sido estúpido al contarles la broma de la piedra y el árbol, nadie había entendido que se trataba de una broma, el director tenía razón. Le dolía la cabeza. Miró adentro, adentro, la imagen serena. Un libró que estuviese todo escrito en números sería infalible. Sería exacto. Nada de lo que se decía con palabras

parecía realmente cieno. Las palabras no se acomodaban unas a otras, ni se tenían derechas; se enredaban y retorcían. No obstante, debajo de las palabras, en el centro, como en el centro del Cuadrado, todo se equilibraba también. Todo podía transformarse, y sin embargo, nada se perdía. Si uno entiende los números puede llegar a entenderlo todo: el equilibrio, la pauta. Los cimientos del mundo. Que eran sólidos. Shevek había aprendido a esperar. Era bueno en eso, un experto. Había aprendido el arte esperando el regreso de Rulag, la madre, pero hacía ya tanto tiempo que no lo recordaba; más tarde lo había perfeccionado esperando a que le llegara el turno, el momento de compartir, de participar. A los ocho años preguntaba por qué y cómo y qué, pero casi nunca preguntaba cuándo. Esperó a que el padre lo fuera a buscar para llevarlo de visita al domicilio. Fue una espera larga: seis décadas. Palat había aceptado un trabajo temporal en la Planta de Agua de Monte Tambor, y más tarde iría a pasar una década a la playa de Malenin, donde podría nadar, y descansar, y copular con una mujer llamada Pipar. Le había explicado al niño todo eso. Shevek confiaba en él, y Palat merecía esa confianza. A los sesenta días llegó a los dormitorios infantiles de Llanos Anchos un hombre largo, delgado, la mirada más triste que nunca. No era copular lo que en realidad necesitaba. Necesitaba a Rulag. Cuando vio al niño sonrió, y la frente se le arrugó de dolor. Les gustaba estar juntos. —Palat, ¿viste alguna vez un libro que fuera todo de números? —¿Qué quieres decir, de matemáticas? —Supongo que sí. —¿Cómo éste? Palat sacó un libro de entre los pliegues de la túnica. Era pequeño, de los que se llevan en el bolsillo, y como la mayoría de los libros estaba encuadernado en papel verde, con el Círculo de la Vida estampado en la cubierta. Los caracteres im-

presos eran diminutos y los márgenes estrechos, pues para fabricar papel se necesitaban muchos árboles de holum y mucha mano de obra humana, como lo repetía siempre la dispensadora del centro de aprendizaje, cada vez que alguien estropeaba una hoja e iba a pedir otra. Palat había abierto el libro para que Shevek pudiera verlo. La página doble era una serie de columnas de números. Allí estaban, tal como los había imaginado. Tenía ahora en las manos el testamento de la justicia eterna. Tabla de Logaritmos, Bases 10 y 12, rezaba el título de la cubierta sobre el Círculo de la Vida. El chiquillo estudió durante un rato la primera página. —¿Para qué son? —preguntó, pues parecía evidente que no habían puesto allí esas columnas sólo porque eran hermosas. Sentado junto a él en un duro diván, en la casi penumbra de la sala común del domicilio, el ingeniero trató de explicarle los logaritmos. En el otro extremo de la sala dos hombres viejos parloteaban mientras jugaban una partida de retape. Entró una pareja de adolescentes, preguntaron sí la habitación privada estaba libre esa noche, y fueron hacia ella. La lluvia batió un momento con fuerza contra el techo metálico del domicilio. Palat sacó una regla de cálculo y le enseñó a Shevek a manejarla; Shevek a su vez le mostró el Cuadrado y el principio que regía la disposición de los números. Al fin descubrieron que se les había hecho tarde. Corrieron en la oscuridad fangosa maravillosamente perfumada por la lluvia hasta el dormitorio de los niños, donde recibieron de la cuidadora la reprimenda de rutina. Se despidieron con un beso rápido, sacudidos los dos por la risa, y Shevek corrió al gran dormitorio y a la ventana, y vio que el padre regresaba por la calle única de los Llanos en la oscuridad húmeda y eléctrica. Se acostó con las piernas embarradas, y soñó. Soñó que iba por un camino en una tierra desolada. Adelante,

a lo lejos, más allá del camino veía una línea. Cruzó la llanura acercándose, era un muro. Se extendía de un horizonte a otro a través de la tierra yerma. Era un muro ancho, oscuro y altísimo. El camino trepaba hasta él, y se interrumpía. Tenía que seguir, seguir adelante, pero era imposible. Se lo impedía el muro. Sintió un miedo doloroso, colérico. Tenía que seguir, seguir hasta el final, o nunca más podría volver. Pero allí estaba el muro. No había camino. Golpeó con las manos la superficie del muro. Y gritó. La voz le salía en graznidos, sin palabras. Retrocedió asustado por ese sonido y entonces oyó otra voz que decía: —Mira. —Era la voz del padre. Tenía la impresión de que también la madre Rulag estaba allí, aunque no la veía y no recordaba la cara de ella. Le parecía que Rulag y Palat se arrastraban gateando en la oscuridad debajo del muro, y que los cuerpos eran más abultados, más voluminosos que los de los seres humanos, y de forma diferente. Le señalaban, le mostraban algo, algo que estaba allí, en el suelo, en la tierra huraña e infecunda. Allí había una piedra, pero sobre la piedra, o dentro de ella, había un número; un cinco, pensó al principio, luego le pareció un uno, y de improviso comprendió: era el número primigenio, a la vez unidad y pluralidad. —Esta es la piedra de toque —dijo una voz familiar y querida, y Shevek sintió una felicidad que lo traspasaba. Y ya no había muro en las sombras, y sabía que había regresado, que estaba de vuelta. Más tarde no pudo recordar los detalles del sueño, pero aquella felicidad que lo había traspasado era inolvidable. Nunca había sentido nada parecido, una certeza tan absoluta de permanencia como el atisbo de una luz que brillaba inextinguible, que nunca le pareció irreal, aunque la había experimentado en un sueño. Sin embargo, aunque sabía que estaba allí, nunca pudo recuperarla, ni por el deseo ni

por la voluntad. Sólo podía recordarla despierto. Cuando volvía a sonar con el muro, como ocurría algunas veces, eran sueños sombríos, sin resolución. Habían descubierto la idea de «prisiones» en los episodios de la Vida de Odo, que todos los que habían elegido trabajar en historia estaban entonces leyendo. El libro contenía muchas cosas oscuras, y en los Llanos nadie sabía tanto de historia como para poder aclararlas. Pero cuando llegaron a los años que Odo había pasado en la Fortaleza de Drio, el concepto de «prisión» se explicó a sí mismo. Y cuando un profesional itinerante de historia pasó por la ciudad y se explayó sobre el tema, lo hizo con la repugnancia de un adulto decente que se ve obligado a hablar de obscenidades a los niños. Sí, les dijo, una prisión era un lugar al que un Estado llevaba a las personas que desobedecían las leyes. Pero ¿por qué no se iban, sencillamente, de aquel lugar? No podían hacerlo, cerraban las puertas con Dave. ¿Las cerraban con llave? ¡Como atrancan las puertas de un camión en movimiento para que no te caigas, estúpido! Pero ¿qué haces metido en un cuarto todo el tiempo? Nada. No había nada que hacer. ¿Habéis visto retratos de Odo en la celda de la prisión de Drio, no es así? La imagen de la paciencia desafiante, gacha la cabeza gris, las manos crispadas, inmóvil en medio de las sombras penetrantes, invasoras. Algunas veces los prisioneros eran sentenciados a trabajar. ¿Sentenciados? Bueno, eso significa que un juez, una persona dotada de poderes por la Ley, les ordenaba hacer algún tipo de trabajo físico. ¿Les ordenaba? ¿Por qué, si ellos no querían hacerlo? Bueno, los obligaban a nacerlo; si no trabajaban, les pegaban, los castigaban. Un estremecimiento recorrió a todos los oyentes, niños de once y doce anos, que nunca habían recibido castigos corporales ni habían visto que una persona le pegara a otra, excepto en un arrebato de

violencia directa. Tirin hizo la pregunta que estaba en las mentes de todos: —¿Quieres decir que muchas personas le pegaban a una? —Así es. —¿Y por qué los otros no lo impedían? —Los carceleros estaban armados. Los prisioneros no —dijo el profesor. Hablaba de mala gana, turbado, como si lo obligaran a decir algo detestable. La mera atracción de lo perverso llevó a Tirin, a Shevek y a otros tres muchachos a unirse en un grupo. Las niñas fueron excluidas de la cofradía, nadie sabía por qué. Bajo el ala occidental del centro de aprendizaje, Tirin había descubierto una prisión ideal. Era un espacio en el que apenas cabía una persona, sentada o acostada. Los cimientos se elevaban en tres paredes, y la abertura lateral podía cerrarse con una pesada losa de piedra espuma. Pero la puerta tenía que ser inexpugnable. Probaron hasta descubrir que dos puntales acuñados entre una pared y la losa cerraban definitivamente el recinto. Nadie podría abrir desde dentro aquella puerta. —¿Y la luz? —No habrá luz —dijo Tirin. Hablaba con autoridad de estas cosas, porque alcanzaba a verlas con la imaginación. De la realidad, utilizaba lo que conocía, pero no era la realidad lo que le daba esa certeza. Encerraban a los prisioneros a oscuras, en la Fortaleza de Drio. Durante años. —Pero el aire —objetó Shevek—. Esa puerta es hermética. Tiene que haber un orificio. —Tardaríamos horas en perforar la piedra espuma. Y de todas maneras, ¡nadie se quedará en esa cueva tanto tiempo como para que le falte el aire! Coros de voluntarios y de protestas. Tirin los miró, burlón. —Estáis todos locos. ¿Quién querrá encerrarse en un agujero como éste? ¿Para qué? Había tenido la idea de construir la prisión y eso le bastaba; no comprendía que la imaginación no fuera suficiente para algunos, que necesitaran meterse en la celda y tratar de abrir una puerta que no podía abrirse.

—Yo quiero ver cómo es —dijo Kadagv, un muchachito de doce, ancho de pecho, serio, dominante. —¡Usa un poco la cabeza! —dijo Tirin con sarcasmo, pero los otros chicos apoyaron a Kadagv. Shevek consiguió un taladro de taller, y abrieron un orificio de dos centímetros en la «puerta» a la altura de la nariz. Como Tirin había anunciado tardaron casi una hora. —¿Cuánto tiempo quieres quedarte adentro, Kad? ¿Una hora? —Mira —dijo Kadagv—, si yo soy el prisionero, no puedo elegir. No soy libre. Saldré cuando vosotros lo decidáis. —Eso es muy cierto —dijo Shevek, amilanado por esta lógica. —No puedes quedarte demasiado tiempo, Kad. ¡Yo quiero probar también! —dijo el más joven de todos, Gibesh. El prisionero no contestó. Entró en la celda. Levantaron la puerta, la dejaron caer con un golpe, pusieron las cuñas, los cuatro carceleros las martillaron con entusiasmo. Todos se apiñaron frente a la losa para ver al preso, pero como adentro no había luz, excepto la que entraba por el orificio, no vieron nada. —¡Déjalo respirar! —¡Sóplale un poco adentro! —¡Échale algún aire! —¿Cuánto tiempo estará ahí? —Una hora. —Tres minutos. —¡Cinco años! —Faltan cuatro horas para que apaguen las luces. Eso bastará. —¡Pero yo quiero entrar también! —De acuerdo, te dejaremos dentro toda la noche. —Bueno, mañana, quise decir. Cuatro horas más tarde retiraron las cuñas y liberaron a Kadagv. Salió de la celda tan tranquilo como cuando había entrado, y dijo que tenía hambre, y que no era nada; había dormido casi todo el tiempo. —¿Lo harías otra vez?—lo desafió Tirin. —Seguro. —No, ahora me toca a mí... —Cállate, Gib. ¿Ahora, Kad? ¿Entrarías de nuevo ahora, sin saber cuándo te dejaremos salir? —Seguro. —¿Sin comida? —Ellos les daban de comer a los prisioneros —dijo Shevek—. Eso es lo más raro. Kadagv se encogió de hombros. Era de una sober-

bia y petulancia intolerables. —Oídme—dijo Shevek a los dos más pequeños—, id a la cocina y pedid algunas sobras, y traed una botella o algo con agua. —Se volvió a Kadagv.— Te daremos un saco entero de comida, así podrás quedarte en este agujero todo lo que quieras. —Todo lo que tú quieras —corrigió Kadagv. —Está bien. ¡Entra! —El aplomo de Kadagv despenó en Tirin una vena satírica, teatral.— Eres un prisionero. No puedes replicar. ¿Entendido? Date vuelta. Las manos sobre la cabeza. —¿Por qué? —¿Quieres echarte atrás? Kadagv lo miró enfurruñado. —No puedes preguntar por qué. Porque si lo haces podemos castigarte, tienes que limitarte a aceptarlo, y nadie te va a socorrer. Porque podemos patearte los huevos y tú no puedes patearnos a nosotros. Porque no eres libre. Bien, ¿quieres seguir hasta el final? —Seguro. Pégame. Tirin, Shevek y el prisionero, enfrentados los tres muy tiesos alrededor de la linterna, en la oscuridad entre las anchas paredes de los cimientos, eran un grupo extraño. Tirin sonrió arrogante, complacido. —No me digas a mí, aprovechado, lo que tengo que hacer. ¡Cierra el pico y métete en la celda! —Y cuando Kadagv se daba vuelta para obedecer, le dio un empujón y lo hizo caer de bruces. Kadagv soltó un gruñido áspero de sorpresa o dolor, y se sentó frotándose un dedo que se había raspado o torcido contra el fondo de la celda. Shevek y Tirin no hablaban. Inmóviles, las caras inexpresivas, eran los guardias. Ya no estaban representando un papel: el papel se había apoderado de ellos. Los más jóvenes regresaban con un trozo de pan de holum, un melón y una botella de agua. Se acercaban charlando, pero el silencio extraño que había a la entrada de la celda se les contagió en seguida. Empujaron la comida y el agua al interior de la celda, levantaron la puerta y la apuntalaron. Kadagv estaba solo en la oscuridad. Los otros se

apretaron alrededor de la linterna. Gibesh murmuró: —¿Dónde va a mear? —En la cama —le replicó Tirin con claridad sardónica. —¿Y si quiere cagar? —preguntó Gibesh, y estalló de pronto en una aguda carcajada. —¿Qué tiene de gracioso? —Pensé... que si no puede ver... en la oscuridad... —Gibesh no acertaba a explicar por qué le parecía divertido. Todos rompieron a reír sin causa, en carcajadas convulsivas, sofocantes. Todos sabían que el muchacho encerrado en la celda podía oírlos. En el dormitorio de los niños ya estaban apagadas las luces y muchos de los adultos se habían acostado, aunque en los dormitorios aún quedaban algunas luces encendidas. La calle estaba desierta. Los chicos corretearon calle abajo entre risas y gritos, dominados por la alegría de compartir un secreto, de atormentar a otros, de tramar maldades. Despertaron a la mitad de los chicos del dormitorio jugando al marro en los vestíbulos y entre las camas. No intervino ningún adulto, y poco después el tumulto cesó. Sentados en la cama de Tirin, Tirin y Shevek siguieron cuchicheando hasta muy tarde. Decidieron que Kadagv lo había pedido y que lo dejarían en la cárcel dos noches enteras. El grupo se reunió por la tarde en el taller de recuperación de madera, y el capataz preguntó dónde estaba Kadagv. Shevek le echó una mirada furtiva a Tirin. Tirin en cambio respondió con indiferencia que seguramente se había incorporado a otro grupo ese día. A Shevek le chocó la mentira. El sentimiento de poder se convirtió de pronto en malestar: le escocían las piernas, le ardían las orejas. Cada vez que el capataz le hablaba, tenía un sobresalto, de miedo o de algo semejante, un sentimiento que nunca había conocido, parecido a la timidez pero más desagradable: secreto, y ruin. No dejaba de pensar en Kadagv mientras tapaba los orificios de los clavos y lijaba las planchas triples de holum para devolver-

les la tersura original. Cada vez que se detenía a pensar, allí en su mente estaba Kadagv. Era espantoso. Gibesh, que había quedado montando guardia, se acercó a Tirin y a Shevek después de la comida; parecía preocupado. —Me pareció oír que Kad decía algo allí adentro. Con una voz muy rara. Hubo un momento de silencio. —Lo dejaremos salir —dijo al fin Shevek. Tirin se volvió hacia él. —Vamos, Shev, no te ablandes ahora. No te pongas altruista. Déjalo que siga y se respete a sí mismo hasta el final. —Altruista, mierda. Lo que quiero es respetarme a mí mismo —dijo Shevek y partió hacia el centro de aprendizaje. Tirin lo conocía; no perdió más tiempo en discutir con él, y lo siguió. Los de once años fueron detrás. Se arrastraron por debajo del edificio y llegaron a la celda. Shevek quitó una de las cuñas, Tirin la otra. La puerta de la prisión cayó hacia afuera con un golpe sordo. Allí, tirado en el suelo, encogido sobre un costado, estaba Kadagv. Se sentó, y luego, muy lentamente, se levantó y salió. El techo de la celda era bajo, pero Kadagv pareció encorvarse más de lo necesario, y parpadeó a la luz de la linterna; no obstante, tenía el aspecto cíe siempre. El olor que salió con él era inverosímil. Por alguna causa había tenido un ataque de diarrea. La celda estaba toda sucia, y en la camisa de Kadagv había manchas amarillas de materias fecales. Cuando las vio a la luz de la linterna, trató de ocultarlas con la mano. Nadie hizo mayores comentarios. Cuando se hubieron arrastrado fuera del hueco, mientras iban al dormitorio, Kadagv preguntó: —¿Cuánto tiempo ha pasado? —Unas treinta horas, teniendo en cuenta las cuatro primeras. —Bastante largo —dijo Kadagv sin convicción. Después de acompañarlo a los baños para que se limpiase, Shevek se precipitó a la letrina, y allí se inclinó y vomitó. Los espasmos le duraron un cuarto de hora y lo dejaron tembloroso y exhaus-

to. Fue al dormitorio común, leyó un poco de física, y se acostó temprano. Ninguno de los cinco chicos volvió jamás a la prisión bajo el centro de aprendizaje. Ninguno mencionó jamás el episodio, excepto Gibesh, quien una vez quiso jactarse ante algunos chicos y chicas mayores; pero ellos no comprendieron y Gibesh abandonó el tema. La Luna brillaba alta sobre el Instituto Regional de Ciencias Nobles y Materiales de Poniente del Norte. Cuatro muchachos de quince o dieciséis años estaban sentados en la cresta de una colina entre matas enmarañadas de holum rastrero, mirando el Instituto Regional abajo, y la Luna allá arriba. —Curioso —dijo Tirin—. Nunca se me había ocurrido pensar... Comentarios de los otros tres sobre lo obvio de la observación. —Nunca se me había ocurrido pensar —dijo Tirin, imperturbable— en el hecho de que allá arriba, en Urras, hay gente sentada en una colina que mira a Anarres, que nos mira a nosotros, y dice: «Mira, ahí está la Luna». Para ellos nuestra Tierra es la Luna de ellos, y nuestra Luna es la Tierra. —¿Dónde, entonces, está la verdad? —declamó Bedap, y bostezó. —En la colina en que estás sentado —dijo Tirin. Todos siguieron contemplando la turquesa neblinosa y brillante que un día después del plenilunio ya no era completamente redonda. El casquete de hielo septentrional resplandecía. —Está claro en el norte —dijo Shevek—. Hay sol. Allí está A-Io, ese bulto parduzco. —Están todos desnudos, tirados al sol—dijo Kvetur— con joyas en los ombligos, y sin un pelo. Hubo un silencio. Habían subido a la cresta de la colina en busca de compañía masculina. La presencia de mujeres era opresiva para todos ellos. Tenían la impresión de que en los últimos tiempos el mundo se había llenado de muchachas. Por donde miraban, despiertos o dormidos, veían muchachas. Todos habían tratado de copular con ellas; algunos, desesperados,

también habían tratado de no copular con ellas. Pero eso no cambiaba las cosas. Las muchachas estaban allí. Tres días antes, en un curso de Historia del Movimiento Odoniano, todos habían asistido a la misma clase y la imagen de las joyas iridiscentes en los huecos tersos de los vientres de las mujeres, bruñidos y untuosos, se les había aparecido a todos en privado una y otra vez. También habían visto cadáveres de niños, velludos como ellos, amontonados como chatarra, rígidos y herrumbrosos, sobre una playa, y unos hombres que vertían petróleo sobre los niños y encendían hogueras. —Una hambruna en la provincia de Bachifoil en la nación de Thu —había dicho la voz del relator—. Los cuerpos de los niños muertos de hambre y enfermedades son cremados en las playas. En las playas de Tius, a setecientos kilómetros de distancia, en la nación de A-Io (y entonces habían aparecido los ombligos enjoyados), las mujeres reservadas para la satisfacción sexual de los miembros masculinos de la clase propietaria (usaban las palabras ióticas, porque en právico no había equivalentes de los dos vocablos) descansan todo el día hasta que gentes de la clase desposeída les sirven la cena. Un primer plano de la hora de la comida: bocas delicadas mascando y sonriendo, manos suaves tendidas hacia manjares suculentos apilados en fuentes de plata. Luego, otra vez, el rostro ciego y obtuso de un niño muerto, la boca abierta, vacía, negra, reseca. —Lado a lado —había dicho la voz serena. Pero la imagen que como una burbuja oleosa e irisada había trepado a la mente de los muchachos era en todos la misma. —¿Qué edad tendrán esas películas? —dijo Tirin—. ¿Serán anteriores a la Emigración, o contemporáneas? Nunca lo dicen. —¿Qué importa? —dijo Kvetur—. Así vivían en Urras antes de la Revolución Odoniana. Todos los odonianos emigraron y vinieron aquí, a Anarres. Así que probablemente nada

ha cambiado... todavía siguen en eso, allá. —Señaló la gran Luna verdeazul. —¿Cómo podemos saberlo? —¿Qué quieres decir, Tir? —preguntó Shev. —Si esas películas tienen ciento cincuenta años, tal vez ahora en Urras las cosas sean muy diferentes. No digo que lo sean, pero si lo fueran ¿cómo lo sabríamos? No vamos a Urras, no hablamos, no nos comunicamos con ellos. En realidad, no tenemos ninguna idea de cómo es hoy la vida en Urras. —La gente de la CPD lo sabe. Ellos hablan con los urrasti de los cargueros que llegan al Puerto de Anarres. Ellos están informados. Necesitan estarlo, para que podamos continuar nuestro intercambio con Urras, y saben además hasta qué punto pueden ser una amenaza para nosotros. —Bedap había hablado con serenidad, pero la respuesta de Tirin fue áspera. —-Quizá los de la CPD estén informados, pero no nosotros. —¡Informados! —dijo Kvetur—. ¡He oído hablar de Urras toda mi vida! ¡Me importa un bledo si nunca más veo una fotografía de las asquerosas ciudades urrasti y de los cuerpos grasientos de las mujeres urrasti! —De eso se trata precisamente —dijo Tirin con el júbilo de quien se atiene a una lógica—. El material sobre Urras accesible a los estudiantes es siempre el mismo. Repulsivo, inmoral, excrementicio. Pero piensa un poco. Si ese mundo era tan malo como dicen cuando emigraron los Colonos, ¿cómo ha logrado sobrevivir ciento cincuenta años? Si estaban tan enfermos ¿por qué no se han muerto? ¿Por qué no se han derrumbado las sociedades propietarias? ¿Por qué les tenemos tanto miedo? —Contaminación —dijo Bedap. —¿Tan débiles somos que no nos atrevemos a correr un pequeño riesgo? En todo caso, no es posible que todos estén enfermos. Como quiera que sea la sociedad en que viven, algunos han de ser decentes. También aquí la gente es distinta ¿no? ¡Acuérdate de ese infame de Pesus! —Pero-en un

organismo enfermo, hasta una célula sana está condenada—dijo Bedap. —Oh, nada puedes probar con la analogía, y bien que lo sabes. De cualquier modo, ¿cómo sabemos que toda esa sociedad está realmente enferma? Bedap se mordisqueó la uña del pulgar. —¿Estás tratando de decir que la CPD y el Sindicato de Material Educativo nos mienten sobre Urras? —No; dije que sólo sabemos lo que ellos dicen. ¿Y sabéis qué nos dicen? —El rostro moreno, de nariz respingada de Tirin, claro a la brillante luz azulada de la Luna, se volvió hacia ellos.— Kvet lo dijo, hace apenas un minuto. Él recibió el mensaje. Vosotros lo oísteis: detestad a Urras, odiad a Urras, temed a Urras. —¿Por qué no? —preguntó Kvetur—. ¡Ya ves cómo nos trataron a nosotros, los odonianos! —Nos dieron la Luna de ellos ¿sí o no? —Sí, para evitar que les arruináramos sus negocios e instaurásemos allí la sociedad justa. Apuesto a que ni bien se desembarazaron de nosotros, se pusieron a organizar gobiernos y ejércitos con más rapidez que antes, porque no quedaba nadie que lo impidiese. Si les abriésemos el Puerto, ¿crees que vendrían como amigos y hermanos? ¿Ellos mil millones, y nosotros veinte? Nos exterminarían, o nos convertirían a todos,.. ¿cómo se dice, cuál es la palabra?... en esclavos, ¡y trabajaríamos para ellos en las minas! —Está bien. Admito que quizá es prudente temer a Urras. Pero ¿por qué odiar? El odio no es funcional. ¿Por qué nos lo enseñan? ¿No será porque si realmente supiéramos cómo es Urras nos gustaría... algo de allá... a algunos de nosotros? ¿Que la CPD no sólo quiere impedir que ellos vengan aquí, sino también que algunos de aquí quieran ir allá? —¿Ir a Urras? —dijo Shevek, desconcertado. Discutían por el gusto de discutir, de dejar que el pensamiento recorriera libremente los caminos de lo posible, de cuestionar lo incuestionable. Eran inteligentes, de mentes ya ha-

bituadas a la claridad de la ciencia, y tenían dieciséis años. Pero en ese momento, como antes Kvetur, Shevek ya no tuvo ganas de continuar la discusión. Se sentía perturbado. —¿Quién querría ir a Urras?—inquirió—. ¿Para qué? —Para averiguar cómo es otro mundo. Para ver cómo es un caballo. —Esas son niñerías —dijo Kvetur—. También hay vida en otros sistemas siderales —movió una mano hacia el cielo bañado por la Luna—, dicen. ¿Y qué? ¡Nosotros tuvimos la suerte de nacer aquí! —Si somos mejores que todas las otras sociedades humanas —dijo Tirin—, entonces tendríamos que ayudarlas. Pero nos lo prohíben. —¿Prohíben? Una palabra inorgánica. ¿Quién prohíbe? Estás objetivando la función integrativa misma —dijo Shevek, inclinando el torso hacia adelante y hablando con pasión—. ¿El «orden» no es lo mismo que las «órdenes»? No nos vamos de Anarres porque somos Anarres. Tú, por ser Tirin, no puedes salir del pellejo de Tirin. Tal vez te gustaría tratar de ser otro, por curiosidad, pero no puedes. ¿Pero acaso te lo impiden por la fuerza? ¿Acaso nos retienen aquí por la fuerza? ¿Qué fuerza... qué leyes, qué gobiernos, qué policía? Nada ni nadie. Sólo nuestro ser, nuestra naturaleza de odonianos. Tu naturaleza está en ser Tirin, y la mía está en ser Shevek, y nuestra naturaleza común es la de ser odonianos, mutuamente responsables. Y en esta responsabilidad se funda nuestra libertad. Eludir la responsabilidad equivaldría a dejar de ser libres. ¿Te gustaría de veras vivir en una sociedad en la que no hubiera ninguna responsabilidad, ninguna libertad, ninguna opción, a no ser la falsa opción de la obediencia a la ley, o la desobediencia seguida del castigo? ¿Querrías realmente vivir en una cárcel? —Oh, demonios, no. ¿No puedo hablar? El problema contigo, Shev, es que nunca dices nada hasta que has amontonado toda una carga de

malditos argumentos, pesados como ladrillos, y entonces los largas todos de golpe, y nunca se te ocurre mirar el cuerpo ensangrentado y maltrecho bajo el montón... Shevek echó el torso hacia atrás, como si se defendiera. Pero Bedap, un muchacho robusto, de cara cuadrada, siguió mordiéndose la uña del pulgar y dijo: —De todos modos, lo que dice Tir es válido. Sería bueno estar seguros de que sabemos toda la verdad acerca de Urras. —¿Quién crees que nos está mintiendo? —preguntó Shevek. Bedap enfrentó serenamente la mirada de Shevek. —¿Quién, hermano? ¿Quién sino nosotros mismos? El otro planeta resplandecía en lo alto, sereno y brillante, como un hermoso ejemplo de la improbabilidad de lo real. La repoblación forestal del oeste del litoral temeniano, uno de los grandes proyectos de la quinceava década de la colonización anarresti, había ocupado a cerca de dieciocho mil personas durante dos años. Aunque las extensas playas del sudeste eran fértiles, permitiendo la subsistencia de numerosas comunidades pesqueras y agrícolas, el área cultivable era apenas una franja contigua al mar. En el interior, hacia el oeste, y hasta las dilatadas planicies del sudeste, se extendía un territorio deshabitado, salvo unas pocas y aisladas poblaciones mineras. Era la región llamada La Polvareda. En la era geológica anterior, La Polvareda había sido un enorme bosque de holum, la especie ubicua que dominaba en Anarres. Ahora, el clima era más cálido y más seco. Milenios de sequía habían exterminado los árboles y resecado el suelo hasta convertirlo en un fino polvo gris que una mínima ráfaga transformaba en colinas tan puras de línea y tan áridas como una duna de arena. Al replantar los bosques, los anarresti confiaban devolver a esa tierra inquieta la antigua fertilidad. En consonancia, pensaba Shevek, con el principio de la reversibilidad causal, un principio que la física de las

secuencias, a la sazón respetable en Anarres, no reconocía, pero que era aún un elemento íntimo, tácito del pensamiento odoniano. Hubiera querido escribir un trabajo que relacionase las ideas de Odo con las concepciones de la física temporal, y en particular la influencia de la reversibilidad causal en las opiniones de Odo sobre el problema de los fines y medios. Pero a los dieciocho años no sabía tanto como para ponerse a escribir un trabajo semejante, y si no se iba pronto de la maldita Polvareda para dedicarse otra vez a la física, nunca podría hacerlo. De noche, en los campamentos de Proyectos, todo el mundo tosía. Durante el día tosían menos, estaban demasiado ocupados para toser. El polvo era el enemigo de todos, ese polvillo fino y seco que se adhería a la garganta y los pulmones; el enemigo y el mimado de todos, la esperanza. Antaño, ese mismo polvo había estado posado, opulento y oscuro, a la sombra de los árboles. Quizá, con el trabajo de todos, volviera a ser como antes. Ella extrae de la piedra la hoja verde, del centro de la roca el agua clara... Gimar siempre tarareaba la melodía, y ahora, en el calor del atardecer, mientras regresaban al campamento, a través de la llanura, cantaba en alta voz las palabras. —¿Quién? ¿Quién es «ella»? —preguntó Shevek. Gimar sonrió. Tenía manchada, salpicada de costras de polvo la ancha cara sedosa, el pelo sucio de polvo, y un olor fuerte y agradable a sudor. —Yo me crié en Levante del Sur—dijo—. Donde están los mineros. Es una canción de mineros. —¿Qué mineros? —¿No lo sabes? La gente que ya estaba aquí cuando llegaron los Colonos. Algunos se quedaron y se unieron a la solidaridad. Extraían el oro, el estaño. Todavía conservan algunas festividades y canciones. El tadde [1] era minero, solía cantarme esta canción cuando yo era niña. —Bueno, entonces ¿quién es «ella»? —No sé, es lo que dice

la canción. ¿No es acaso lo que hacemos aquí? ¿Haciendo brotar de la piedra las hojas verdes? —Eso me suena a religión. —Tú siempre con tus raras palabras librescas. Es sólo una canción. Ah, cuánto me gustaría volver al otro campamento, así podría nadar un rato. ¡Apesto! —Yo apesto. —Todos apestamos. —En solidaridad. Pero estaban a quince kilómetros de las playas del Temae, y en el campamento sólo se podía nadar en polvo. Había un hombre en el campamento con un nombre que sonaba parecido al de Shevelt: Shevet. Cuando llamaban a uno respondía el otro. 1 Papá. Un niño pequeño puede llamar mamme o tadde a cualquier adulto. El tadde de Gimar pudo haber sido su padre, un tío o un adulto ajeno a la familia que la tratase con la responsabilidad y el afecto de un padre o de un abuelo. Es posible que Gimar llamara tadde o mamme a distintas personas, pero el vocablo tiene un uso más específico que ammar (hermano / hermana), que puede referirse a cualquier persona. Shevek sentía una especie de afinidad con él, una relación más íntima que la de fraternidad, a causa de esa semejanza accidental. Un par de veces había notado que Shevet lo observaba. Nunca se habían hablado. Las primeras décadas de trabajo en el proyecto de replantación forestal habían sido para Shevek un período agotador, de silencioso resentimiento. No tendrían que reclutar para estos proyectos y levas especiales a personas que habían elegido trabajar en campos significativamente funcionales como la física. ¿Acaso no era inmoral hacer un trabajo que a uno no le gustaba? Alguien tenía que hacerlo, pero había tanta gente a la que un trabajo le daba lo mismo que otro, que cambiaba de oficio sin cesar; ellos tendrían que haberse ofrecido como voluntarios. Este trabajo, por ejemplo, podía hacerlo cualquier tonto. En realidad, muchos podrían hacerlo mejor que él. Shevek

siempre se había sentido orgulloso de su propia fortaleza, y nunca había dejado de ofrecerse para las «tareas pesadas» en los turnos rotativos de cada diez días; pero aquí era día tras día, ocho horas por día, en el polvo y el calor. Pasaba la jornada entera de trabajo esperando la noche para estar a solas y pensar, pero en el instante en que llegaba a la tienda-dormitorio después de la cena, empezaba a cabecear y dormía como una piedra hasta el amanecer, y nunca le cruzaba por la mente un solo pensamiento. Encontraba torpes y rústicos a los compañeros de trabajo, y hasta los más jóvenes lo trataban como a un niño. Desdeñoso y resentido, sólo encontraba placer en escribir a sus amigos Tirin y Rovab en un código que habían inventado en el Instituto, una serie de equivalentes verbales de los símbolos de la física temporal. Escritos, los signos parecían un mensaje cifrado, pero en realidad no tenían ningún sentido, a no ser la ecuación o la fórmula filosófica que enmascaraban. Las de Shevek y Rovab eran ecuaciones genuinas. Las cartas de Tirin, muy divertidas, habrían convencido a cualquiera de que se referían a emociones y sucesos reales, pero la física que había en ellas era discutible. Cuando Shevek descubrió que podía elaborar estos enigmas mentales mientras cavaba fosos en la roca con una pala roma en medio de un huracán de polvo, empezó a enviarlos con frecuencia. Tirin le contestó varias veces, Rovab sólo una. Era una muchacha fría; como él sabía muy bien. Pero nadie en el Instituto conocía las desdichas de Tirin. A ellos no los habían enviado, cuando se iniciaban apenas en la investigación independiente, a trabajar en un condenado proyecto de replantación de bosques. En ellos no se desperdiciaba la función primordial. Estaban trabajando: haciendo lo que querían hacer. El no trabajaba. Trabajaban en él. Sin embargo, había un raro sentimiento de orgullo en lo que

uno conseguía hacer de esa manera -en solidaridad-, una extraña satisfacción. Y algunos de los compañeros de trabajo eran en verdad personas extraordinarias. Gimar, por ejemplo. Al principio, la recia hermosura de la muchacha lo había intimidado. Pero ahora se sentía lo bastante fuerte como para desearla. —Ven conmigo esta noche, Gimar. —Oh, no—dijo ella. Lo miró tan sorprendida que Shevek añadió, con cierta dolorida dignidad: —Creía que éramos amigos. —Lo somos. —Entonces... —Tengo un compañero. Él ha vuelto. —Podías habérmelo dicho —le dijo Shevek, enrojeciendo. —Bueno, no se me ocurrió que tenía que hacerlo. Lo siento Shev. Lo miró tan apesadumbrada que él dijo, no sin cierta esperanza: —No crees que... —No. No puedo encararlo así, un poco para él y un poquito para otros. —Una unión de por vida es contraria a la ética odoniana, me parece — replicó Shevek, en tono áspero y pedante. —Mierda —dijo Gimar con su voz dulce—. Lo que es malo es tener; compartir es bueno. ¿Qué más puedes compartir que la totalidad de tu persona, tu vida entera, todas las noches y todos los días? Shevek estaba sentado con las manos entre las rodillas, la cabeza gacha, un muchacho largo, anguloso, desconsolado, inconcluso. —No soy adecuado para eso —dijo, al cabo de una pausa. —¿Tú? —En realidad no he conocido a nadie. Ya ves, ni siquiera te entendí. Estoy aislado. No puedo salir. Nunca podré. Sería absurdo en mí pensar en tener compañía. Esas cosas son para... para los seres humanos... Con timidez, no recato sexual sino la timidez del respeto, Gimar le puso una mano en el hombro. No para consolarlo. No le dijo que era igual a todos los demás. Le dijo: —Nunca volveré a conocer a alguien como tú, Shev. Nunca me olvidaré de ti. De cualquier modo, un rechazo era un rechazo. Pese a la ternura de Gimar, Shevek se separó de ella con el alma maltre-

cha, resentido. Hacía mucho calor. Nunca refrescaba excepto a la hora que precede al alba. El hombre llamado Shevet se acercó una noche a Shevek después de la cena. Era un hombre de treinta años, recio y bien parecido. —Estoy harto de que me confundan contigo —dijo—. Búscate otro nombre. Antes, esta agresividad insolente hubiera dejado perplejo a Shevek. Ahora respondió en el mismo tono: —Cámbiatelo tú, si no te gusta —dijo. —Tú no eres más que uno de esos aprovechados miserables que van a la escuela para no ensuciarse las manos —dijo el hombre—. Siempre tuve ganas de sacarte a golpes esa mierda de adentro. —¡No me llames aprovechado! —dijo Shevek, pero no se trataba de una batalla verbal. Shevek le asestó un doble puñetazo, y recibió a cambio varios golpes; tenía los brazos largos y era más temperamental de lo que su adversario suponía: pero fue derrotado. Varias personas se detuvieron a mirar. Vieron que era una pelea justa y poco interesante, y siguieron de largo. La pura violencia no les ofendía ni los atraía. Shevek no pidió ayuda, no era asunto de nadie más que de él. Cuando volvió en sí estaba tendido de espaldas en la oscuridad, entre dos tiendas. Tuvo un zumbido en el oído derecho durante un par de días y un labio partido que tardó mucho en sanar a causa del polvo, que irritaba todas las heridas. Shevet y él nunca más volvieron a hablarse. Solía ver al hombre desde lejos, en otras fogatas-cocina, sin animosidad. Shevet le había dado lo que tenía que dar, y él había aceptado el don, aunque hasta pasado mucho tiempo no supo aquilatarlo ni apreciarlo. Cuando al fin entendió, no le pareció distinto de otros dones, de otra época. Una muchacha, que se había incorporado recientemente a la cuadrilla, se le acercó como lo hiciera Shevet en la oscuridad, cuando se retiraba de la fogata-cocina; y el labio aún no se le había curado... No recor-

daba nada de lo que ella le dijo, había bromeado con él, y también entonces Shevek había respondido con naturalidad. Por la noche fueron juntos a la llanura, y ella le dio la libertad de la carne. Era el regalo que ella tenía para él, y él lo aceptó. Como todos los niños de Anarres, Shevek había tenido experiencias sexuales con chicos y chicas indistintamente, pero todos eran niños en aquel entonces; nunca había llegado más allá de un placer que, suponía, era todo cuanto cabía esperar. Besnum, experta en deleites, le hizo conocer el corazón de la sexualidad, donde no hay rencores, ni ineptitudes, donde los dos cuerpos que pugnan por unirse anonadan el instante, y trascienden el yo, y trascienden el tiempo. Todo era simple ahora, tan simple y hermoso, allá afuera en el polvo cálido, a la luz de las estrellas. Y los días eran largos, y tórridos, y luminosos, y el polvo tenía el olor del cuerpo de Beshum. Shevek trabajaba en ese entonces en una cuadrilla de plantadores. Los camiones habían llegado del Noreste cargados de árboles diminutos, millares de plantones cultivados en las Montañas Verdes, el cinturón de lluvias, de más de cuarenta pulgadas anuales de agua. Cuando terminaron, las cincuenta cuadrillas que habían llevado a cabo los trabajos del segundo año, partieron en los camiones de caja chata, y al alejarse, todos volvieron la cabeza para mirar. Y vieron lo que habían hecho. Una bruma, una leve bruma de verdor flotaba sobre las combas blanquecinas y las terrazas desérticas. Un hálito de vida soplaba cruzando los llanos muertos. Y hubo vítores, y cánticos y gritos de camión a camión. En los ojos de Shevek asomaron unas lágrimas. Pensó: «Ella extrae de la piedra la hoja verde...» A Gimar la habían enviado otra vez, hacía ya tiempo, a Levante del Sur. —¿Por qué haces muecas? —le preguntó Beshum, apretándose contra él mientras el camión traqueteaba, y acariciándole

con fuerza el brazo endurecido, blanqueado por el polvo. —Mujeres —dijo Vokep, en el paradero de camiones de ganga de estaño, en Poniente del Sur—. Las mujeres se creen tus dueñas. Ninguna mujer es capaz de ser realmente odoniana. —¿Y Odo misma...? —Teoría. Y ninguna vida sexual después de que mataron a Asieo ¿no? En todo caso, siempre hay excepciones. Pero para la mayoría de las mujeres la única relación con un hombre es tener. Poseer o ser poseída. —¿Piensas que en eso son distintas de los hombres? —Lo sé. Lo que un hombre quiere es libertad. Lo que quiere una mujer es propiedad. Sólo te dejará partir si te puede canjear por otra cosa. Todas las mujeres son propietarias. —Es abominable decir una cosa semejante de la mitad del género humano —dijo Shevek, preguntándose si el hombre tendría razón. Beshum se había lamentado amargamente cuando lo destinaron otra vez al Noroeste, se había enfurecido y había llorado, tratando de hacerle decir a Shevek que no podía vivir sin ella, e insistiendo en que ella no podía vivir sin él, y en que tendrían que ser compañeros, como sí ella pudiera quedarse con un hombre todo un año. En el idioma que Shevek hablaba, el único que conocía, no existían expresiones coloquiales posesivas para el acto sexual. En právico no significaba absolutamente nada que un hombre dijese que había «tenido» a una mujer. La palabra de significado más aproximado y que también se empleaba secundariamente como una maldición, era especifica: significaba violar. El verbo usual se conjugaba únicamente con un sujeto plural, y sólo era posible traducirlo a una palabra neutra como copular. Significaba un acto realizado por dos personas, no algo que hacía o tenía una persona. Ninguno de esos referentes verbales podía expresar, ni mejor ni peor que cualquier otro, la totalidad de la experiencia, y aunque Shevek era conscien-

te del área que quedaba fuera, no sabía muy bien en qué consistía. Era indudable que él mismo se había sentido dueño de Beshum, había tenido la impresión de poseerla, en algunas de esas noches estrelladas en la llanura. Y también Beshum había creído poseerlo. Pero se habían equivocado, los dos; y Beshum, a pesar de su sentimentalismo, lo sabía; por último se había despedido de él con un beso y una sonrisa, y lo había dejado partir. Beshum nunca lo había poseído. En aquel primer estallido de pasión sexual adulta, era el cuerpo de Shevek el que los había poseído, a él, y a ella. Pero eso era cosa del pasado. Ya nunca más (pensaba Shevek, a los dieciocho años, sentado a medianoche con un compañero de ruta en el paradero de camiones de ganga de estaño, frente a un vaso de una empalagosa bebida frutal, mientras esperaba incorporarse a alguna caravana que lo llevara al norte), ya nunca más volvería a ocurrir. Aún podían ocurrirle muchas cosas, pero ya no lo tomarían desprevenido por segunda vez, ya no volverían a abatirlo, a derrotarlo. La derrota, la rendición tenía sus propios éxtasis. Quizá Beshum misma no buscara otra cosa. ¿Y por qué habría de buscarla? Ella, libre, lo había liberado. —No estoy de acuerdo, ¿sabes? —le dijo al carilargo Vokep, un químico agrícola que viajaba a Abbenay—. Creo que la mayoría de los hombres tienen que aprender a ser anarquistas. Las mujeres no necesitan aprender. Vokep meneó torvamente la cabeza. —Es por los críos —dijo—. El hecho de tener bebés. Las convierte a todas en propietarias. No te quieren soltar. —Suspiró.— Toca y huye, hermano, ésta es la norma. Nunca dejes que se apoderen de ti. Shevek bebió el zumo de fruta y sonrió. —No lo permitiré—dijo. Volver al Instituto Regional, poder contemplar una vez más aquellas colinas bajas tachonadas de bronce por las hojas de las matas de holum,

visitar los domicilios y dormitorios, las aulas, los talleres y laboratorios, todos los lugares en que había vivido hasta los trece años, era una verdadera felicidad. Para Shevek el retorno siempre sería tan importante como la partida. Partir no era suficiente, o lo era sólo a medias: necesitaba volver. En aquélla tendencia asomaba ya, tal vez, la naturaleza de la inmensa exploración que un día habría de emprender hasta más allá de los confines de lo inteligible. De no haber tenido la profunda certeza de que era posible volver (aun cuando no fuese él quien volviera), y de que en verdad, como en un periplo alrededor del globo, el retorno estaba implícito en la naturaleza misma del viaje, tal vez nunca se hubiera embarcado en aquella larga aventura. Nunca navegarás dos veces por el mismo río, ni volverás jamás al mismo punto de partida. Shevek lo sabía bien, ese principio era la base de su concepción del mundo. Más aún, a partir de él, del reconocimiento de la transitoriedad de todas las cosas, había desarrollado una vasta teoría según la cual la eternidad se manifiesta plenamente en aquello que más cambia, y tu relación con el río, y la relación del río contigo y consigo mismo es a la vez más compleja y menos inquietante que una mera carencia de identidad. Puedes volver al punto de partida, postula la Teoría Temporal General, siempre y cuando comprendas que el punto de partida es un fugar en el que nunca has estado. Se sentía feliz, por lo tanto, de haber regresado a un lugar bastante parecido a aquel del que había partido o a aquel que había deseado encontrar. Pero tenía la impresión de que sus amigos de allí eran un tanto toscos. Shevek había crecido mucho, en aquel último año. Algunas de las chicas habían crecido a la par de él, o más que él quizá: se habían transformado en mujeres. Sin embargo evitaba cualquier contacto con ellas que no fuera meramente for-

tuito, porque a decir verdad no deseaba todavía verse metido en una nueva desmesura de sexo, tenía muchas otras cosas que hacer. Observó que las más inteligentes, como Rovab, mantenían una actitud a la vez casual y precavida; en los laboratorios y cuadrillas de trabajo se comportaban como buenas camaradas, pero nada más. Parecían deseosas de completar sus estudios para dedicarse a la investigación o para conseguir un trabajo que les gustase, antes de engendrar un hijo; pero la experimentación sexual con adolescentes ya no las satisfacía. Querían una relación madura, no un vínculo estéril; pero todavía no, no todavía. Aquellas muchachas eran buenas compañeras, afables e independientes. Los muchachos de la edad de Shevek parecían estancados en un infantilismo que tenía algo de enmohecido y reseco. Eran excesivamente intelectuales. Al parecer no querían comprometerse, ni con el trabajo ni con el sexo. Al oír hablar a Tirin, uno habría imaginado que él mismo había inventado la copulación, pero todas sus relaciones eran con chicas de quince o dieciséis, se apartaba intimidado de las muchachas que tenían su misma edad. Bedap, que nunca había sido sexualmente muy activo, se conformaba con aceptar el homenaje de un chico más joven que sentía por él una pasión idealista homosexual. Parecía no tomar nada en serio; se había vuelto irónico y enigmático. Shevek lo sentía distante. No había amistades duraderas; hasta Tirin estaba demasiado concentrado en sí mismo, y en los últimos tiempos demasiado voluble, para poder reanudar el antiguo vínculo... si Shevek lo hubiese deseado. En realidad, no lo deseaba. Aceptó de todo corazón el aislamiento. Nunca se le ocurrió pensar que la reserva de Bedap y Tirin podía ser una reacción; que su carácter, bondadoso pero ya formidablemente hermético podía crear una atmósfera propia, una atmósfera

que sólo alguien de una gran fortaleza o que sintiera por él una profunda devoción sería capaz de soportar. Todo cuanto advirtió fue que ahora, por fin, tenía tiempo de sobra para trabajar. Allá en el Sudeste, una vez que se hubo habituado al esfuerzo físico incesante, cuando dejó de devanarse los sesos en la confección de mensajes cifrados, y de derrochar semen en sueños húmedos, había empezado a concebir ciertas ideas. Ahora tenía tiempo libre para elaborarlas, para ver si en ellas había algo. El Decano de Física del Instituto era una mujer llamada Milis, En ese entonces no era ella quien dirigía los cursos de física, ya que todos los puestos administrativos rotaban año tras año entre los veinte profesores permanentes, pero hacía treinta años que trabajaba allí y era la mente más lúcida del Instituto. Alrededor de Mitis siempre había una especie de claro psicológico, comparable al vacío que rodea la cima de una montaña, y que la ausencia total de autoritarismos y presiones ponía de manifiesto. Hay personas dotadas de una autoridad innata; algunos emperadores tienen trajes nuevos. —Le mandé a Sabul, en Abbenay, el trabajo que escribiste sobre frecuencia relativa —le dijo a Shevek, con su tono habitual, brusco y afable—. ¿Quieres ver la respuesta? Empujó por encima de la mesa un trocito de papel deshilachado, arrancado evidentemente de una hoja más grande. En él, garrapateada en caracteres diminutos, una ecuación:

$$\frac{ts}{R} = O$$

Shevek apoyó las manos sobre la mesa y estudió larga y concienzudamente el papelito. Tenía los ojos claros, y la luz de la ventana los inundaba de tanta claridad que parecían transparentes como el agua. Shevek tenía diecinueve años, Mitis cincuenta y cinco.

Lo miraba con piedad y admiración. —Esto es lo que falta —dijo Shevek. La mano buscó a tientas un lápiz sobre la mesa. Empezó a trazar signos en un trozo de papel. A medida que escribía, se le encendía el rostro incoloro, plateado por el vello cono y fino, y las orejas se le ponían rojas. Mitis se desplazó en silencio por detrás de la mesa y se sentó. Tenía trastornos circulatorios en las piernas y necesitaba sentarse. El movimiento, sin embargo, importunó a Shevek. Alzó los ojos con una fría expresión de fastidio. —Podré terminarlo dentro de un par de días. —Sabul quiere ver los resultados. Hubo una pausa. El rostro de Shevek había recobrado su color natural. Quería a Mitis entrañablemente, y volvía a sentir la presencia de ella. —¿Por qué le mandaste el trabajo a Sabul? —le preguntó—. ¡Con tamaño agujero! —Sonrió; el placer de reparar mentalmente el agujero lo entusiasmaba. —Pensé que él podría ver en qué te equivocaste. Yo no pude. Además, quería que viera lo que estás buscando... Querrá que vayas allá, a Abbenay, sabes. El joven no respondió. —¿Quieres ir? —Todavía no. —Lo suponía. Pero tendrás que ir. Por los libros, y por las mentes que allá podrás conocer. ¡ No vas a derrochar tu inteligencia en un desierto! — Mitis hablaba con una pasión súbita.— Tienes la obligación de buscar lo mejor, Shevek. No te dejes atrapar por un igualitarismo equívoco. Trabajarás con Sabul, él es bueno, te hará trabajar duro. Pero tendrás la libertad de buscar el camino que deseas. Quédate aquí otro período, y luego márchate. Y ten cuidado, en Abbenay. Cuida tu libertad. El poder es algo inherente a todo centro. Irás al centro. Yo no conozco bien a Sabul; no sé nada en contra de él; pero ten presente una cosa: serás su hombre. En právico las formas singulares del posesivo eran empleadas principalmente para dar énfasis; el idioma común las evitaba. Los

niños pequeños podían decir «mi madre», pero pronto aprendían a decir «la madre». Nunca decían «mi mano me duele», sino «me duele la mano», y así sucesivamente; nadie decía en právico «esto es mío y aquello es tuyo»; decían «yo uso esto y tú usas aquello». La afirmación de Mitis, «Serás su hombre» le sonaba extraña. Shevek la miró, sin comprender. —Ahora tienes trabajo —dijo Mitis. Los ojos negros le relampaguearon, como de cólera. —¡Hazlo! —Y se marchó, porque un grupo la estaba esperando en el laboratorio. Confundido, Shevek volvió a estudiar el trozo de papel garrapateado. Pensó que lo que Mitis le había querido decir era que se diese prisa y corrigiera las ecuaciones. Sólo mucho tiempo después comprendió lo que había tratado de decirle. La víspera de su partida para Abbenay los compañeros de estudio le ofrecieron una fiesta de despedida. Las fiestas eran frecuentes, a menudo con pretextos triviales, pero a Shevek lo sorprendió el entusiasmo con que habían organizado ésta, y se preguntaba por qué. Como nadie influía en él, no se imaginaba que él pudiera influir en los otros; no pensaba que pudieran quererlo. Era evidente que muchos habían reservado para la fiesta sus raciones de alimentos de varios días. Había cantidades increíbles de cosas para comer. El pedido de pasteles fue tan grande que el repostero del refectorio dio rienda suelta a su fantasía creando delicias desconocidas hasta entonces: obleas especiadas, cubitos aderezados con pimienta para acompañar el pescado ahumado, pastelillos dulces, grasosos y suculentos. Hubo zumos de fruta, frutas conservadas que venían de la región del Mar de Keran, diminutos camarones salados, púas de boniatos fritos, dulces y crujientes. La comida, apetitosa y abundante, era embriagadora. Todos estaban muy alegres y sólo unos pocos se enfermaron. Hubo juegos y pasatiempos, ensayados e improvisados.

Tirin apareció de pronto envuelto en una colección de trapos que había sacado del recipiente de recuperación y se paseó entre ellos representando el papel del Urrasti Pobre, el Mendigo, una de las palabras ióticas que habían aprendido en los cursos de historia. —¡Dadme dinero!—gimoteaba agitando la mano bajo las narices de los otros—. ¡Dinero! ¡Dinero! ¿Por qué no me dais dinero? ¿Que no tenéis? ¡Embusteros! ¡Propietarios inmundos! ¡Aprovechados! Y toda esa comida, ¿cómo la obtuvisteis si no tenéis dinero? —Luego se ofreció en venta.— Comparadme, comparadme, por una nadita de dinero —decía con voz melosa. —No es comparar, es comprar —le corrigió Rovab. —Comparadme, comparadme, qué más da, mira, mira qué cuerpo tan hermoso, ¿no lo quieres? —canturreaba Tirin, contoneando las caderas esbeltas y pestañeando. Finalmente fue ejecutado en público con un cuchillo para pescado, y reapareció vestido con las ropas de siempre. Había entre ellos hábiles arpistas y excelentes cantores, y hubo música y baile en abundancia, pero sobre todo hubo conversación. Todos hablaban como si por la mañana fuesen a enmudecer de golpe. A medida que la noche avanzaba los jóvenes amantes se alejaban para copular, en busca de las habitaciones privadas; otros se retiraban, soñolientos, a los dormitorios comunes; por fin quedó un grupo pequeño en medio de las tazas vacías, los huesos de pescado y los restos de pasteles, que tendrían que limpiar antes de que amaneciera. Pero aún faltaban horas para el amanecer. Conversaban. Y picoteaban un poco de aquí, un poco de allá, mientras conversaban. Bedap, Tirin y Shevek estaban allí, y otros dos muchachos, y tres chicas. Hablaron de la representación espacial del tiempo como ritmo, y de la relación entre las antiguas teorías de las armonías numéricas y la moderna física temporal. Hablaron del mejor estilo de natación a

larga distancia. Se preguntaron si habían sido felices de niños. Se preguntaron qué era la felicidad. —El sufrimiento es un malentendido —dijo Shevek, inclinando el torso hacia adelante, los ojos muy abiertos, luminosos. Seguía pareciendo un muchacho larguirucho, de manos grandes, orejas protuberantes y coyunturas angulosas, pero era hermoso, con la salud perfecta y el vigor de la primera juventud. Tenía, como los otros, el pelo de color castaño oscuro, lacio y fino, y lo llevaba muy largo, sujeto en la nuca por una cinta. Sólo uno de ellos, una chica de pómulos altos y nariz achatada, lo usaba de otra manera: se lo había cortado, y los cabellos oscuros eran como un casquete brillante alrededor de la cabeza. Observaba a Shevek con una mirada seria, insistente. Tenía grasa en los labios por los pastelillos que había comido, y una migaja en la barbilla. —Existe —dijo Shevek abriendo las manos—. Es real. Quiero decir que es un malentendido, pero no pretendo decir que no exista, o que dejará de existir alguna vez. El sufrimiento es la condición propia de la vida. Y cuando sobreviene, uno lo reconoce. Lo reconoce como la verdad. Es bueno, desde luego, curar las enfermedades, prevenir el hambre y la injusticia, como lo hace el organismo social. Pero ninguna sociedad puede modificar la naturaleza de la existencia. No podemos evitar el sufrimiento. Este dolor y aquel dolor, sí, mas no el Dolor. Una sociedad sólo puede aliviar el sufrimiento social, el sufrimiento innecesario. El resto subsiste. La raíz, la realidad. Todos nosotros, los que estamos aquí, vamos a conocer el dolor; si vivimos cincuenta años, serán cincuenta años de dolor. Y al final moriremos. Esa es la condición en la que hemos nacido. ¡Me da miedo la vida! Hay momentos en que... en que me da mucho miedo. Toda felicidad parece trivial. Y sin embargo, me pregunto si en todo esto no hay un malentendido,

en este querer correr en pos de la felicidad, en este miedo al dolor... Si en vez de temerlo y huir de él, uno pudiera ir más allá del dolor, trascenderlo. Porque hay algo más allá del dolor. El que sufre es el yo, y hay un lugar, un momento en que el yo... deja de ser. No sé cómo decirlo. Pero creo que la realidad, la verdad que reconozco en el sufrimiento y no en el consuelo y en la felicidad... que la realidad del dolor no es dolor. Si uno es capaz de ir más allá. De soportarlo hasta el fin. —La realidad de nuestra vida está en el amor, en la solidaridad —dijo una chica alta, de mirada dulce—. El amor es la verdadera condición de la vida humana. Bedap meneó la cabeza. —No, Shev tiene razón —dijo—. El amor no es más que uno de los caminos, y puede desviarse, no llegar a la meta. El dolor nunca falla. Pero si es así, no podemos decidir que lo soportaremos. Lo soportaremos, lo queramos o no. La muchacha de cabellos cortos sacudió la cabeza con vehemencia. —Pero no, ¡no lo soportaremos! Uno de cada cien, uno de cada mil hace todo el camino, llega hasta el final. Los demás seguimos pretendiendo que somos felices, o nos idiotizamos. Sufrimos, sí, pero no lo bastante. Y de ese modo sufrimos en vano. —¿Qué tenemos que hacer, entonces? —dijo Tirin—. ¿Martillearnos la cabeza una hora por día para estar seguros de que sufrimos bastante? —Tú haces un culto del dolor —dijo otro—. Una meta odoniana no puede ser negativa, siempre es positiva. El sufrimiento no es funcional sino como advertencia física ante un peligro. Desde un punto de vista psicológico y social es meramente destructivo. —¿Qué fue lo que impulsó a Odo sino una sensibilidad excepcional para el sufrimiento... el de ella misma y el de los demás? —replicó Bedap. —¡Pero si el principio mismo de ayuda mutua es prevenir el sufrimiento! Shevek, sentado sobre la mesa, balanceaba las largas piernas; tenía el rostro tenso y

quieto. —¿Habéis visto alguna vez morir a alguien? —les preguntó. Casi todos habían presenciado una muerte en un domicilio o en el hospital, durante un turno voluntario. Todos menos uno habían ayudado en una u otra ocasión a sepultar al muerto. —Cuando yo estaba en el campamento del Sudeste había un hombre. Fue la primera vez que vi una cosa así. Hubo un desperfecto en el motor del coche aéreo, se estrelló al despegar y se incendió. Cuando lo sacaron estaba totalmente quemado. Vivió unas dos horas. No era posible salvarlo; no había ninguna razón para que viviera todo ese tiempo, nada que pudiera justificar esas dos horas. Estábamos allí, esperando a que un avión trajera anestésicos desde la costa. Yo me había quedado con él, junto con un par de chicas. Habíamos ido allí a cargar el aeroplano. No había un médico. Uno no podía hacer nada por él, salvo estar allí, acompañarlo. Había tenido una conmoción cerebral, pero estaba consciente. Los dolores eran atroces. No creo que supiera que tenía carbonizado el resto del cuerpo, lo sentía sobre todo en las manos. Y uno no podía ni acariciarlo para consolarlo, la piel y la carne se deshacían si uno las tocaba, y él aullaba de dolor. No se podía hacer nada por él. No había ayuda posible. Quizá supiera que estábamos allí, no lo sé. No éramos ninguna ayuda. No se podía hacer nada por él. Entonces comprendí... comprendí que no se puede hacer nada por nadie. No podemos salvarnos unos a otros. Ni tampoco a nosotros mismos. —¿Qué nos queda, entonces? ¿El aislamiento y la desesperación? ¡Estás renegando de la fraternidad, Shevek! —gritó la muchacha alta. —No... no, no reniego. Estoy tratando de decir lo que a mí entender es realmente la fraternidad. Empieza... empieza con el dolor compartido. —¿Y dónde termina, entonces? —No lo sé. Todavía no lo sé.

Capítulo 3

Urras

Cuando Shevek despertó, luego de dormir sin interrupción toda esa primera mañana en Urras, tenía la nariz tapada, la garganta irritada y tosía con frecuencia. Supuso que se había resfriado -ni siquiera la higiene odoniana había logrado vencer el resfrío común-, pero el médico que ya lo esperaba para examinarlo, un hombre de edad, de aire solemne, dijo que más parecía un fuerte ataque de fiebre de heno, una reacción alérgica a los polvos y pólenes extraños de Urras. Le recetó unas pastillas y una inyección, que Shevek aceptó con paciencia, y una bandeja de almuerzo, que Shevek aceptó con un hambre voraz. Luego de pedirle que no saliera del apartamento, el médico se marchó. Apenas terminó de comer, Shevek emprendió, cuarto por cuarto, la exploración de Urras. El lecho, pesado y de cuatro patas, con un colchón mucho más blando que la litera del Alerta, y ropas de cama complicadas, algunas sedosas y otras gruesas y abrigadas, y un montón de almohadas que parecían nubes de cúmulos, ocupaba todo un aposento. El sue-

lo estaba cubierto por una alfombra mullida; había una cómoda de madera magníficamente tallada y pulida y un armario bastante grande como para guardar las ropas de un dormitorio de diez hombres. Luego examinó la espaciosa sala común de la chimenea que ya había visto la noche anterior; y un tercer cuarto que contenía una bañera, un lavabo y una letrina complicada. Este último cuarto era, evidentemente, para uso exclusivo de Shevek, pues comunicaba con la alcoba, y contenía sólo un artefacto de cada clase; cada uno de ellos era de una fastuosidad sensual que iba mucho más allá de lo meramente erótico y constituía, a los ojos de Shevek, una especie de apoteosis suprema de lo excrementicio. Estuvo casi una hora en ese tercer cuarto, y mientras probaba uno tras otro los diversos artefactos, quedó perfectamente limpio. El despilfarro de agua era prodigioso. Los grifos la vertían en un chorro continuo hasta que se los cerraba, la bañera podía contener unos sesenta litros, y el dispositivo de la letrina arrojaba en cada descarga un mínimo de cinco litros. Lo cual no era sorprendente. Cinco sextas partes de la superficie de Urras eran agua. Hasta los desiertos eran desiertos de hielo, en los polos. No había por qué economizarla; allí no se conocía la sequía... Pero ¿a dónde iba a parar la mierda? Shevek lo pensó un rato, de rodillas junto al asiento, luego de investigar el mecanismo. Probablemente la filtraban en una fábrica de abonos industriales. En algunas comunidades anarresti de la costa marítima utilizaban un sistema de recuperación parecido. Hubo muchas preguntas que nunca llegó a hacer en Urras. No obstante la cargazón de la cabeza, se sentía bien, e impaciente. Hacía tanto calor allí dentro, que decidió no vestirse en seguida, y se paseó desnudo por las habitaciones. Fue hasta las ventanas de la sala grande y se puso a mirar. La habitación estaba a gran altura. AI princi-

pio se alarmó y dio un paso atrás, pues nunca se había encontrado en un edificio de más de una planta. Era como mirar hacia abajo desde un dirigible; se sentía aislado del suelo, dominante, ajeno a todo. Desde las ventanas, y del otro lado de un bosquecillo, se veía un edificio que culminaba en una grácil torre cuadrada. Más allá del edificio el terreno descendía hacia un ancho valle, todo cultivado, pues las innumerables manchas de verdor que lo coloreaban eran rectangulares. Aun donde el verde se perdía en la lontananza azul eran todavía visibles las líneas oscuras de los senderos, los cercos o los árboles, una red tan sutil como el sistema nervioso de un cuerpo vivo. Y en el fondo, en sucesivos repliegues azules se alzaban las colinas, onduladas y oscuras bajo el gris pálido y uniforme del cielo. Era el paisaje más hermoso que Shevek hubiera visto nunca. La tierna vivacidad de los colores, las rectilíneas construcciones humanas en contraste con la pujante, prolífera opulencia de la naturaleza, la diversidad y armonía de los elementos, todo daba una impresión de plenitud y complejidad que Shevek nunca había visto, excepto, quizá, en pequeña escala, en algunos rostros humanos serenos y pensativos. Por comparación, cualquier paisaje de Anarres, aun los llanos de Abbenay y las gargantas del Ne Theras, parecía desolado, primario, árido, estéril. Los desiertos del Sudoeste eran de una grandiosa belleza, pero una belleza hostil, inmutable. Hasta en las regiones de Anarres más celosamente cultivadas por los hombres, el paisaje no era más que un tosco bosquejo en tiza amarilla comparado con esta magnificencia, esta plenitud de vida, rica en el sentido de historia y de futuro, inagotable. Así tendrían que ser todos los mundos, pensó Shevek. Y en algún lugar, allá afuera, en aquel esplendor azul y verde, algo cantaba: una vocecilla aguda, intermitente, de una dulzura

indescriptible. ¿Qué era eso? Una voz pequeña, dulce, salvaje, una música en el aire. Escuchaba, y la respiración se le ahogaba en la garganta. Llamaron a la puerta. Desnudo y sorprendido se volvió y dijo, desde la ventana: —¡Adelante! Entró un hombre, cargado de paquetes. Traspuso la puerta y se detuvo. Shevek cruzó la habitación, presentándose, a la usanza urrasti y, a la usanza urrasti, le tendió la mano. El hombre, que parecía tener unos cincuenta años, con una cara arrugada, fatigada, dijo algo que Shevek no entendió, y no le estrechó la mano. Tal vez se lo impedían los paquetes pero no se molestó en tratar de pasarlos de una mano a otra y dejar libre la derecha. Tenía una expresión extraordinariamente seria. Tal vez se sintiera turbado. Shevek, que creía conocer al menos los hábitos de salutación de los urrasti, estaba perplejo. —Adelante, pase usted —repitió, y luego, recordando que los urrasti utilizaban constantemente tratamientos honoríficos, agregó—: ¡señor! El hombre soltó otro discurso ininteligible y fue hacia la alcoba. Esta vez Shevek logró entender varias palabras en iótico, pero no le bastaron para comprender el resto. Y como lo que el hombre quería, al parecer, era entrar en la alcoba, lo dejó pasar. ¿Un compañero de cuarto, acaso? Pero había una sola cama. Renunciando a entender, volvió a la ventana, y el hombre entró en la alcoba y allí anduvo de un lado a otro durante unos minutos. En el momento en que Shevek llegaba a la conclusión de que era un trabajador nocturno que utilizaba la alcoba durante el día, una práctica común en Anarres en algunos domicilios temporalmente atestados, el hombre volvió a salir. Dijo algo: —Ya está, señor ¿fue eso lo que dijo?, e inclinó la cabeza de un modo raro, como si temiera que Shevek, a cinco metros de distancia, fuese a darle una bofetada. Se retiró. De pie junto a la ventana Shevek comprendió lentamente que por prime-

ra vez en su vida alguien le había hecho una reverencia. Fue a la alcoba y descubrió que el hombre había tendido la cama. Se vistió sin prisa, pensativamente. Se estaba calzando los zapatos cuando llamaron otra vez a la puerta. Esta vez entró un grupo, en una actitud muy diferente: una actitud normal, pensó Shevek, como si tuvieran derecho a estar allí, o donde quisieran. El hombre de los paquetes había titubeado, había entrado casi con sigilo. Y sin embargo el rostro, las manos, la vestimenta correspondían más a la noción que Shevek tenía de la apariencia de un ser humano que estos nuevos visitantes. El hombre sigiloso se había comportado de modo raro, pero hubiera podido ser un anarresti. Estos cuatro se comportaban como anarresti, pero con las caras afeitadas y las vestimentas llamativas parecían criaturas de alguna extraña especie. Shevek logró reconocer a uno como Pae, y a los otros como los hombres que habían estado con él la noche anterior. Explicó que no había entendido bien los nombres, y ellos volvieron a presentarse, sonriendo: el doctor Chifoilisk, el doctor Oiie, y el doctor Atro. —¡Oh, caramba! —dijo Shevek—. ¡Atro! ¡Qué alegría conocerle! —Puso las manos sobre los hombros del anciano y le besó la mejilla, antes de ocurrírsele que este saludo fraterno, natural en Anarres, podía no ser aceptable aquí. Sin embargo Atro lo besó a su vez calurosamente, y lo miró a la cara con los ojos de un gris velado. Shevek se dio cuenta de que era casi ciego. —¡Mi querido Shevek —dijo—, bienvenido a A-Io... bienvenido a Urras... bienvenido a casa! —Tantísimos años escribiéndonos cartas, destruyendo cada uno las teorías del otro. —-Usted siempre era el mejor destructor. Un momento, espere. Tengo algo para usted. —El anciano se tanteó los bolsillos. Bajo la toga universitaria de terciopelo llevaba una chaqueta, debajo de la chaqueta un chaleco, debajo del

chaleco una camisa, y debajo probablemente alguna prenda más. Todas aquellas prendas, y también los pantalones, tenían bolsillos. Shevek miraba fascinado como el hombre registraba uno tras otro seis o siete bolsillos, todos repletos, hasta dar con un pequeño cubo de metal amarillo montado sobre un trozo de madera pulida—. Aquí lo tiene — dijo—. El premio de usted. El premio Seo Oen, ya sabe. El dinero ha sido depositado en la cuenta de usted. Aquí. Con nueve años de retraso, pero más vale tarde que nunca. —Le temblaban las manos mientras le tendía el cubo amarillo a Shevek. Pesaba mucho; era de oro macizo. Shevek lo sostenía, inmóvil. —No sé ustedes, jóvenes —dijo Atro—, pero yo me voy a sentar. —Se sentaron todos en los sillones profundos, mullidos, que ya Shevek había examinado, intrigado por el material que los recubría, de color castaño oscuro. No era una tela tejida, y al tacto parecía una piel—. ¿Qué edad tenía usted hace nueve años, Shevek? Atro era el más conspicuo de los físicos vivientes de Urras. No sólo había en él esa aura de dignidad que dan los años sino también el aplomo seco de alguien acostumbrado a que lo respeten. Esto no era nada nuevo para Shevek. La autoridad que emanaba de Atro era precisamente la única que Shevek reconocía. Además, le complacía que por fin alguien lo llamara simplemente por el nombre. —Tenía veintinueve años cuando terminé los Principios, Atro. —¿Veintinueve? ¡Buen Dios! Eso hace de usted el ganador más joven del Seo Oen en un siglo o algo así... No conseguí el mío hasta cerca de los sesenta...¿Qué edad tenía, entonces, cuando me escribió por primera vez? —Alrededor de los veinte. Atro resopló: —¡En aquel entonces lo tomé por un hombre de cuarenta! —¿Qué hay de Sabul? —inquirió Oiie. Oiie era más bajo que la mayoría de los urrasti, aunque a Shevek todos le parecían bajos; tenía una

cara chata, blanda y ovalada, y ojos de un negro azabache—. Hubo un período de seis u ocho años en el que usted dejó de escribir, y era Sabul quien se mantenía en contacto con nosotros; pero nunca recurrió a la radio. Nos preguntábamos cómo serían las relaciones entre ustedes. —Sabul es el miembro más antiguo del Instituto de Abbenay —dijo Shevek—. Yo trabajaba con él. —Un rival más viejo, celoso; copiaba los libros de usted; era evidente. No necesitamos mayores explicaciones, Oiie —dijo el cuarto, Chifoilisk, un hombre cetrino y robusto con delicadas manos de burócrata. Era el único de los cuatro que no tenía la cara totalmente afeitada: se había dejado crecer una barbita áspera de color gris acerado que hacía juego con los cabellos cortos—. No es necesario pretender que todos ustedes, los hermanos odonianos, rebosan de amor fraterno —añadió—. La naturaleza humana es la naturaleza humana. Una andanada de estornudos salvó a Shevek de que su silencio pareciera significativo. —No tengo pañuelo —se disculpó, mientras se secaba los ojos. —Use el mío —dijo Atro, sacando de uno de sus múltiples bolsillos un pañuelo níveo. Shevek lo tomó, y en ese momento un recuerdo inoportuno le oprimió el corazón. Oyó a su hija Sadik, una niñita de ojos oscuros que le decía: «Podemos compartir el pañuelo». Aquel recuerdo, tan entrañable, le parecía ahora intolerablemente penoso. Tratando de ahuyentarlo sonrió y dijo: —Soy alérgico al planeta de ustedes. Así ha dicho el doctor. —Buen Dios, ¡no va usted a estornudar así todo el tiempo! —dijo el viejo Atro mirándolo con insistencia. —¿No ha venido aún su hombre? —¿Mi hombre? —El sirviente. Tenía que traerle algunas cosas. Inclusive pañuelos. Lo necesario para que se arregle hasta que usted mismo pueda salir de compras. Nada demasiado selecto... ¡Me temo que hay a poco que elegir en ropas de confección

para un hombre de la estatura de usted! Cuando Shevek hubo sorteado esta explicación (Pae hablaba con un canturreo rápido que armonizaba de algún modo con el rostro blando y agraciado), les dijo: —Ustedes son muy amables. Me siento... —Miró a Atro.— Usted me entiende, yo soy el Mendigo —le dijo al anciano, como le había explicado el doctor Kimoe en el Alerta. No pude traer dinero, nosotros no lo utilizamos. No pude traer regalos, no tenemos nada que a ustedes pueda faltarles. He venido pues, como buen odoniano, con las manos vacías. Atro y Pae se apresuraron a asegurarle que era un invitado, que no había ni que pensar en pago, que era un privilegio para ellos. —Además —dijo Chifoilisk con su voz ácida— el gobierno ioti paga la cuenta. Pae le clavó una mirada fulminante, pero Chifoilisk, en lugar de devolvérsela, miró directamente a Shevek. El rostro cetrino de aquel hombre tenía una expresión que no trataba de disimular, pero que Shevek no acertó a interpretar. ¿Advertencia? ¿Complicidad? —Es el thuviano pérfido el que habla —dijo el viejo Atro con su resoplido de costumbre—. ¿Pero quiere usted decir, Shevek, que no ha traído absolutamente nada...? ¿Ningún estudio, ningún trabajo nuevo? Yo estaba esperando un libro. Una nueva revolución en el campo de la física. Mire a estos jóvenes pujantes, todos trastornados, como me dejó usted a mí con los Principios. ¿En qué ha estado trabajando? —Bueno, estuve leyendo a Pae... el trabajo del doctor Pae sobre el universo unificado, sobre la paradoja y la relatividad. —Todo muy bien. Saio es hoy nuestra estrella máxima, no cabe duda. Y menos aún a criterio de él mismo ¿eh, Saio? ¿Pero qué tiene que ver con el precio del queso? ¿Dónde ha quedado la Teoría Temporal General? —En mi cabeza —respondió Shevek, con una sonrisa ancha, complaciente. Hubo una breve pausa. Oiie le pre-

guntó si había visto el trabajo sobre la Teoría de la Relatividad de un físico extramundano, un tal Ainsetain de Terra. Shevek no lo había leído. Ellos la encontraban apasionadamente interesante, excepto Atro quien ya había dejado atrás la edad de las pasiones. Pae corrió a buscar una copia de la traducción. —Tiene varios centenares de años, pero hay algunas ideas nuevas para nosotros —dijo cuando estuvo de vuelta. —Tal vez —dijo Atro—, pero ninguno de esos extra-mundanos puede estar a la altura de nuestra física. Los hainianos hablan de materialismo, y los terranos de misticismo, y de ahí no salen, unos y otros. No se deje despistar por ese terrano loco de remate, Shevek. No tiene nada que enseñarnos a nosotros. Desenreda tu propia madeja, como solía decir mi padre. —Dejó escapar su habitual resoplido senil, y se izó pesadamente desde las profundidades del sillón.— Venga conmigo a dar un paseo por el bosque. No me extraña que se sienta ahogado en este encierro. —El médico dice que he de permanecer tres días en esta habitación. Que podría ser... ¿infectado? ¿Infeccioso? —Nunca haga caso a los médicos, mi querido amigo. —Tal vez en este caso, sin embargo, doctor Atro —sugirió Pae con su voz suave, conciliadora. —Al fin y al cabo el médico lo manda el gobierno ¿no? —dijo Chifoilisk con visible malicia. —El mejor que han podido encontrar, no lo dudo —dijo Atro sin sonreír; y sin presionar más a Shevek se despidió y se marchó. Chifoilisk salió con él. Los dos más jóvenes se quedaron con Shevek, y durante largo rato hablaron de física. Con un placer inmenso, y con esa misma y profunda sensación de reencuentro, de que algo era al fin como tenía que ser, Shevek descubría por primera vez en su vida la conversación de sus iguales. Mitis, aunque una maestra excepcional, nunca había podido seguirlo a través de los campos teóricos que estimulado por

ella Shevek había comenzado a explorar. De todas las personas que conociera, sólo Gvarab tenía una mentalidad y una formación que podían compararse con las suyas propias, pero se habían encontrado demasiado tarde, en los años postreros de la vida de Gvarab. Desde entonces Shevek había trabajado con muchas personas de talento, pero como nunca llegó a ser un miembro estable del Instituto de Abbenay, no había tenido la posibilidad de mostrarles un nuevo camino; y allí seguían, empantanados en los viejos problemas, en la física de secuencias clásica. Nunca había tenido iguales. Aquí, en el reino de la desigualdad, los encontraba al fin. Era toda una revelación, una liberación. Físicos, matemáticos, astrónomos, lógicos, biólogos, todos estaban allí, en la Universidad, y accedían a verlo, a que él los viese, y conversaban, y de aquellos coloquios nacían mundos nuevos. La idea, por su naturaleza misma, necesita ser comunicada: escrita, explicada, realizada. Como la hierba, la idea busca la luz, ama las multitudes, las cruzas la enriquecen, crece más vigorosa cuando se la pisa. Aquella primera tarde en la Universidad, con Oiie y Pae, supo ya que acababa de encontrar lo que siempre había anhelado, desde los tiempos en que él y Tirin y Bedap, como adolescentes y en un nivel adolescente, solían conversar hasta la medianoche, bromeando y desafiándose uno a otro en vuelos mentales cada vez más osados. Recordaba vividamente algunas de esas noches. Veía a Tirin, diciendo: —Si supiéramos cómo es Urras realmente, tal vez algunos de nosotros querríamos ir allá—. Y a él le había chocado tanto la idea que se había enfurecido contra Tirin, y Tir se había retractado en seguida; él se retractaba siempre, pobre alma desdichada, y siempre había tenido razón. La conversación se había interrumpido. Pae y Oiie callaban. —Discúlpenme —dijo Shevek—. Me pesa la cabeza. —¿Cómo siente

1a gravedad? —preguntó Pae, con la sonrisa encantadora de un hombre que, como un niño talentoso, sabe que es capaz de seducir a cualquiera. —No la siento —respondió Shevek—. Sólo en las... ¿qué es esto? —Las rodillas, las articulaciones de las rodillas. —Sí, rodillas. La función está disminuida. Pero me acostumbraré. —Miró a Pae y luego a Oiie.— Hay una pregunta. Pero no quiero ser ofensivo. —¡No tenga ningún miedo, señor! —dijo Pae. —No estoy seguro de que sepa cómo —dijo Oiie. Oiie no era un hombre seductor, como Pae. Aun hablando de física tenía un estilo evasivo, solapado. Y sin embargo, por detrás del estilo, había algo, intuía Shevek, algo en lo que uno podía confiar; en cambio, detrás del encanto de Pae ¿qué había? Bueno, no era importante. Necesitaba confiar en todos ellos, y confiaría. —¿Dónde están las mujeres? Pae se echó a reír. Oiie sonrió y preguntó: —¿En qué sentido? —En todos los sentidos. Anoche, en la reunión, conocí mujeres... cinco, diez, y centenares de hombres. Ninguna de ellas era una científica, creo. ¿Quiénes eran? —Las esposas. A decir verdad una de ellas era la mía. —dijo Oiie con su sonrisa enigmática. —¿Dónde están las otras mujeres? —Oh, eso no es ningún problema, señor —dijo Pae, diligente—. Díganos qué prefiere, y nada puede ser más fácil de satisfacer. —En verdad, uno oye algunas especulaciones pintorescas acerca de las costumbres de los anarresti, pero yo creo que estamos en condiciones de proporcionarle casi cualquier cosa que a usted se le pueda antojar —dijo Oiie. Shevek no tenía ninguna idea de qué era lo que le estaban diciendo. Se rascó la cabeza. —¿Todos los científicos son hombres, entonces? —¿Científicos? —preguntó Oiie, con incredulidad. Pae tosió. —Científicos. Ah, sí, desde luego, son todos hombres. Hay algunas profesoras en las escuelas de niñas, pero nunca pasan del nivel secundario. —¿Porqué no? —No

pueden dedicarse a las matemáticas; no tienen cabeza para el pensamiento abstracto; no es un campo para ellas. Usted sabe lo que quiero decir, lo que las mujeres llaman pensar es, lo que nacen con el útero. Por supuesto, siempre hay algunas excepciones, mujeres espantosamente cerebrales con atrofia vaginal. —¿Ustedes los odonianos permiten estudiar ciencias a las mujeres? — inquirió Oiie, —Bueno, sí, trabajan en el campo de las ciencias. —No muchas, espero. —Bueno, alrededor de la mitad. —Siempre he sostenido —dijo Pae— que si las manejáramos bien las mujeres técnicas podrían ahorrar trabajo a los hombres en cualquier problema de laboratorio. En realidad son más hábiles y rápidas que los hombres en las tareas mecánicas, y más dóciles... se aburren menos. Si empleáramos mujeres, los hombres tendríamos más tiempo libre para el trabajo creador. —No en mi laboratorio, eso sí que no —dijo Oiie—. Déjelas en el sitio que les corresponde. —¿Encontró usted alguna mujer capaz de un trabajo intelectual original, doctor Shevek? —Bueno, diré más bien que ellas me encontraron a mí. Mitis, en Poniente del Norte, fue mi maestra. También Gvarab, de ella han oído hablar, supongo. —¿Gvarab era una mujer? —dijo Pae con genuina sorpresa, y se echó a reír. Oiie parecía escéptico y ofendido. —Con los nombres de ustedes nunca se puede saber, por supuesto — dijo con frialdad—. Supongo que para ustedes es importante no hacer diferencias entre los sexos. Shevek dijo con suavidad: —Odo era una mujer. —Ya lo ve —dijo Oiie. No se encogió de hombros con desdén, pero casi. Pae parecía respetuoso, y se limitaba a asentir con la cabeza, como cuando escuchaba los rezongos del viejo Atro. Shevek comprendió que había tocado un punto vulnerable, una animosidad impersonal de raíces muy profundas. Parecía que en ellos, lo mismo que en las mesas de la nave, ha-

bía una mujer, una mujer reprimida, silenciada, bestializada, una fiera enjaulada. Y él no tenía ningún derecho a burlarse de ellos. Aquellos hombres no conocían otra relación que la de posesión. Estaban poseídos. —Una mujer hermosa, virtuosa —dijo Pae— es una fuente de inspiración para nosotros... el objeto más preciado de la tierra. Shevek sentía un profundo malestar. Se levantó y fue hasta las ventanas. —Este mundo es hermosísimo —dijo—. Me gustaría ver más. Mientras tenga que estar aquí dentro, ¿me darán libros? —¡Por supuesto, señor! ¿De qué tipo? —Historia, láminas, relatos, de todo. Tal vez tendrían que ser libros para niños. Es muy poco lo que sé, ya lo ven. En Anarres algo estudiamos sobre Urras, pero principalmente en cómo era en los tiempos de Odo. ¡Y antes de eso hubo ocho milenios y medio! Y luego, desde la Colonización de Anarres, ha transcurrido un siglo y medio; desde que la última nave transportó el último Contingente. .. ignorancia. Nosotros los ignoramos a ustedes, ustedes nos ignoran a nosotros. Ustedes son nuestra historia. Nosotros somos quizá el futuro de ustedes. Yo deseo aprender, no ignorar. Este es el motivo de mi venida. Tenemos que conocernos. Nosotros somos gente primitiva. Nuestra moral no es ya tribal, no puede serlo. Semejante ignorancia es un error, un error que sólo puede engendrar nuevos errores. A eso he venido, a aprender. Hablaba con profunda seriedad. Pae asentía con entusiasmo. —¡Así es, señor! Todos estamos por completo de acuerdo con las aspiraciones de usted. Oiie lo observaba desde aquellos ojos renegridos, opacos, ovales. —¿Entonces usted ha venido, esencialmente, como un emisario de la sociedad anarresti? —dijo. Shevek volvió a sentarse en el banco de mármol junto al hogar, que ya sentía como suyo, su territorio. Quería tener un territorio. Sentía la necesidad de ser cauto. Pero sentía aún más la necesidad que lo

había traído del otro mundo a través del abismo seco, la necesidad de comunicarse, el deseo de derribar muros. —He venido —dijo con cautela— como síndico del Sindicato de Iniciativas, el grupo que habla con Urras por radio desde hace dos años. Pero no soy, sépanlo, embajador de una autoridad, de una institución. Espero que no me pidan eso. Espero que no me hayan invitado ustedes como tal. —No —dijo Oiie—. Lo invitamos a usted, a Shevek el físico. Con el consentimiento de nuestro gobierno y del Consejo de Gobiernos Mundiales, desde luego. Pero usted está aquí como huésped particular de la Universidad de Ieu Eun. —Bien. —Pero no estábamos seguros de si venía usted con el consentimiento de... —vaciló. Shevek sonrió. —¿De mi gobierno? —Sabemos que nominalmente no hay gobierno en Anarres. Sin embargo, hay sin duda un ente administrativo. Y tenemos entendido que el grupo que lo envió, ese sindicato de ustedes, es algo así como una facción, quizá una facción revolucionaria. —Todo el mundo es revolucionario en Anarres, Oiie... La red administrativa y organizadora es la llamada CPD, Coordinadora de Producción y Distribución. Un sistema coordinado que abarca todos los sindicatos, federaciones e individuos que llevan a cabo el trabajo productivo. No gobierna a las personas; administra la producción. No tiene autoridad para respaldarme o para detenerme. Sólo puede decirnos qué opina la gente sobre nosotros: cómo nos ve la conciencia social. ¿Es esto lo que desean saber? Y bien, mis amigos y yo no contamos con la aprobación de todos. La mayoría de la gente de Anarres no desea saber cómo es la vida en Urras. Le temen y no quieren tener ninguna relación con el propietariado. ¡Lamento tener que decirlo con rudeza! Lo mismo ocurre aquí con alguna gente ¿no es así? El desprecio, el miedo, el tribalismo. Pues bien, he venido

para empezar a cambiar este estado de cosas. —Exclusivamente por propia iniciativa —dijo Oiie. —Es la única iniciativa que admito —dijo Shevek, sonriendo, y mortalmente serio. Pasó los dos o tres días siguientes conversando con los científicos que iban a verlo, leyendo los libros que le había llevado Pae, y a ratos al pie de las ventanas de doble arco, mirando cómo llegaba el verano al valle, y escuchando los coloquios dulces y breves de aquellos cantores aéreos. Pájaros: ahora sabía cómo se llamaban, y los había visto en las láminas de los libros, pero todavía, cada vez que cantaban, o alcanzaba a oír un rápido aleteo entre los árboles, se maravillaba como un niño. Había imaginado que iba a sentirse tan extraño aquí, en Urras, perdido, tan ajeno a todo, y confundido... y no sentía nada semejante. Naturalmente, había una infinidad de cosas que no comprendía. Apenas empezaba ahora a darse cuenta: esta sociedad increíblemente complicada, con todas esas naciones, clases, castas, cultos y costumbres, con una historia magnífica, aterradora, interminable. Y cada individuo que conocía era una caja de sorpresas. No eran, sin embargo, los egoístas vulgares, fríos, que había esperado encontrar: eran tan complejos y diversos como la cultura, como el paisaje de ese mundo; y eran inteligentes; y eran bondadosos. Lo trataban como a un hermano. Hacían todo lo posible para que no se sintiese perdido, un extraño, para que se sintiese a gusto. Y se sentía a gusto. No podía evitarlo. El mundo entero, la levedad del aire, las puestas de sol allá entre las colinas, aun la mayor gravedad que parecía pesarle en el cuerpo, todo le confirmaba que éste era en verdad el hogar, el mundo de los de su raza; y toda aquella belleza era un patrimonio heredado. El silencio, el silencio absoluto de Anarres: pensaba en él por las noches. Allí no había pájaros que cantaran. Las únicas voces eran las

humanas. Silencio, y tierras yermas. El tercer día el viejo Airo le llevó una pila de periódicos. Pae, que solía acompañar a Shevek, no hizo ningún comentario, pero cuando el viejo se marchó, le dijo a Shevek: —Una basura inmunda, estos periódicos, señor. Divertidos, pero no crea nada de cuanto lea en ellos. Shevek tomó el que estaba más arriba. Era un periódico mal impreso, en papel de mala calidad: el primer objeto toscamente fabricado que encontraba en Urras. Se parecía en realidad a los boletines e informes regionales de la CPD, que hacían las veces de periódicos en Anarres, pero el estilo era muy diferente del de aquellas publicaciones prácticas y concretas. Estaba plagado de signos de exclamación y de figuras. Había una foto de Shevek delante de la nave del espacio, y Pae junto a él tomándole el brazo con el ceño fruncido. ¡PRIMER VISITANTE DE LA LUNA! decía en grandes letras el copete de la foto. Fascinado, Shevek siguió leyendo. ¡Sus primeros pasos en la Tierra! El primer visitante de la Colonia de Anarres en 170 años, el doctor Shevek, fue fotografiado ayer a su llegada a Urras a bordo del carguero regular de la Flota Lunar, en el puerto de Peier, El distinguido científico, ganador del Premio Seo Oen por servicios prestados a todas las naciones en el campo de k ciencia, ha aceptado una cátedra en la Universidad de Ieu Eun, un honor nunca conferido hasta ahora a un extramundano. Cuando le preguntamos qué había sentido al ver Urras por primera vez, el alto y distinguido físico respondió: «Es para mí un gran honor haber sido invitado a este hermoso planeta. Espero que esto sea el principio de una nueva era de amistad omnicetiana en la cual los Planetas Gemelos progresarán juntos en una unión fraterna». —¡Pero yo no dije absolutamente nada! —protestó Shevek. —Claro que no. No permitimos que se le acercara esa pandilla. ¡Pero eso no frena la

imaginación volandera de un periodista! Todos informarán que usted ha dicho lo que ellos quieran hacerle decir, ¡no importa lo que usted diga, o no diga! Shevek se mordió el labio. —Bueno —dijo al fin—, si hubiese dicho algo, no habría sido muy distinto. Pero ¿qué significa omnicetiano? —Los terranos nos llaman «cédanos». Creo que procede del nombre que le dan a nuestro sol. La prensa popular la ha adoptado recientemente, es una especie de moda. —¿Entonces el término «omnicetiano» significa Urras y Anarres? —Me imagino que sí —dijo Pae con una evidente falta de interés. Shevek continuó con la lectura de los periódicos. Leyó que era un hombre de estatura gigantesca, que no se afeitaba y que llevaba una «melena» de cabellos grises, que tenía cuarenta y siete, cuarenta y tres, y cincuenta y seis años; que había escrito una notable obra de física intitulada (la grafía dependía del periódico) Príncipes de la Simultaneidad o Principio de la Similaridad, y que era un embajador de buena voluntad del gobierno odoniano, que no comía carne, y que como todos los anarresti no bebía nunca. Al leer esto, se rió con tantas ganas que empezaron a dolerle las costillas. —¡Vaya si tienen imaginación! ¿Creen que vivimos del vapor de agua, como los líquenes? —Quieren decir que ustedes no beben licores alcohólicos —dijo Pae, también riendo—. Lo único que todo el mundo sabe acerca de los odonianos es, supongo, que no beben alcohol. A propósito, ¿es cierto eso? —Algunos destilan alcohol de la raíz fermentada del holum, para beberlo. Dicen que les libera el inconsciente, como el entrenamiento de las ondas cerebrales. La mayoría prefiere esto último; es algo sencillo y no produce ninguna enfermedad. ¿Es común aquí? —Beber es común. Pero no sé nada de esa enfermedad. ¿Cómo la llaman? —Alcoholismo, me parece. —Ah, ya veo... Pero ¿qué hace la población trabajadora

de Anarres para animarse, y olvidar por una noche las penas del mundo? Shevek parecía perplejo. —Bueno, nosotros... no sé. Tal vez nuestras penas son ineludibles. —Curioso —dijo Pae, y sonrió, encantador. Shevek continuó leyendo. Uno de los periódicos estaba escrito en un idioma que desconocía, y otro en un alfabeto totalmente distinto. El primero era de Thu, le explicó Pae, y el otro de Benbili, una nación del hemisferio occidental. El periódico thuviano estaba bien impreso y era de formato sobrio; Pae le explicó que se trataba de una publicación del gobierno. —Aquí, en A-Io, la gente educada se entera de las noticias por el telefax, la radio y la televisión, y las revistas semanales. Estos periódicos los leen casi exclusivamente las clases bajas, escritos por iletrados para iletrados, como podrá ver. En A-Io hay absoluta libertad de prensa, lo que significa, como es lógico, que tenemos un montón de basura. El periódico thuviano está mucho mejor escrito, pero informa sólo de aquellos hechos que a la Junta Permanente le interesa que se sepan. En Thu la censura es total. El Estado es todo, y todo es para el Estado. Un sitio poco apropiado para un odoniano ¿eh, señor? —¿Y este periódico? —La verdad, no tengo ninguna idea. Benbili es un país bastante atrasado. Siempre haciendo revoluciones. —Un agente de Benbili nos envió un mensaje por la onda larga del Sindicato, no mucho antes de mi partida de Abbenay. Se decían odonianos. ¿Hay grupos de esta naturaleza aquí, en A-Io? —No que yo sepa, doctor Shevek. El muro. A esta altura Shevek ya reconocía el muro, cuando se alzaba delante de él. El muro era el encanto, era la cortesía, la indiferencia de este hombre joven. —Me parece que usted me tiene miedo, Pae —dijo Shevek de pronto y con afabilidad. —¿Miedo, señor? —Por el hecho de que mi misma existencia niega la necesidad del Estado.

Pero ¿qué puede temer? Yo no le haré daño a usted, Saio Pae, y usted lo sabe. Yo, personalmente, soy inofensivo... Escuche, no soy ningún doctor. Nosotros no tenemos títulos. Me llamo Shevek. —Lo sé, discúlpeme señor. En nuestros términos, se da cuenta, suena irrespetuoso. No parece correcto. —Se disculpaba, de buena gana, esperando el perdón. —¿No puede reconocerme como a un igual? —le preguntó Shevek, observándolo sin perdón ni enfado. Por una vez Pae pareció estupefacto. —Es que en realidad usted es, sabe, un hombre muy importante... —No hay motivo para que usted cambie lo que está acostumbrado a hacer —dijo Shevek—. Olvide lo que le he dicho. Pensé que podía alegrarle prescindir de lo superfluo, eso es todo. Después de tres días de confinamiento Shevek tenía una energía suplementaria que lo empujó a tratar de verlo todo en seguida y dejó exhaustos a sus escoltas. Lo llevaron a la Universidad, que era una ciudad completa, dieciséis mil almas entre estudiantes y cuerpo docente. Había dormitorios, refectorios, teatros, salas de reuniones, y no se diferenciaba mucho de una comunidad odoniana excepto en que era antiquísima, reservada para hombres y de un lujo inverosímil; la organización no era federativa sino jerárquica, de arriba para abajo. A pesar de todo, pensó Shevek, parecía una verdadera comunidad. Tuvo que recordarse las diferencias. Lo llevaron al campo en coches de alquiler, automóviles espléndidos de rebuscada elegancia. No había muchos vehículos en las carreteras: era caro alquilarlos, y poca gente tenía coche propio, a causa de los elevados gravámenes. Todos estos lujos que si hubieran estado al alcance de cualquiera habrían drenado de modo irreparable los recursos naturales, contaminando a la vez el ambiente con productos de desecho, estaban sujetos a un control estricto mediante reglamentaciones e impuestos. Los guías de She-

vek se explayaron con orgullo sobre este tema. A-Io había estado a la cabeza del mundo, dijeron, en el control ecológico y la preservación de los recursos naturales. Los excesos del Noveno Milenio eran historia antigua, y no habían dejado otra secuela que la escasez de ciertos metales, que por suerte podían ser importados de la Luna. Recorriendo el país en automóvil o en tren, vio aldeas, granjas, ciudades, fortalezas de los tiempos feudales; las torres arruinadas de Ae, antigua capital de un imperio de cuatro mil cuatrocientos años. Vio los labrantíos y los lagos y las colinas de la provincia de A van, el corazón de AIo, y en la línea del horizonte septentrional, blancas, gigantescas, las cumbres de la Cordillera Meitei. La belleza del paisaje y el bienestar de los habitantes eran para Shevek un continuo motivo de asombro. Los guías tenían razón: los urrasti sabían cómo usar el mundo. A Shevek le habían enseñado, de niño, que Urras era un ponzoñoso montón de desigualdad, iniquidades y derroche. Pero todas las personas que conocía, todos los que encontraba, hasta en la más pequeña de las aldeas, estaban bien vestidos, bien alimentados, y al contrario de lo que Shevek había supuesto, eran gente industriosa. No se pasaban las horas mirando el aire y esperando a que alguien les ordenase lo que tenían que hacer. Como los anarresti, estaban siempre activos, trabajando. Shevek no sabía qué pensar. Había imaginado que si a un ser humano se le quitaba el incentivo natural -la iniciativa, la energía creadora espontánea- para sustituirla por una motivación externa y coercitiva, se lo convertiría en un trabajador holgazán y negligente. Pero no eran trabajadores negligentes los que cultivaban aquellos sembrados maravillosos, los que fabricaban los soberbios automóviles, los trenes confortables. La atracción, la compulsión del lucro era evidentemente un eficaz sustituto de la iniciativa na-

tural. Hubiera querido conversar un rato con algunas de aquellas personas robustas y orgullosos que veía en las ciudades pequeñas, preguntarles por ejemplo si se consideraban pobres; porque si aquellos eran los pobres, tendría que revisar lo que él entendía por pobreza. Pero con tantas cosas como los guías querían que viese, nunca parecía haber tiempo suficiente. Las otras ciudades de A-Io estaban demasiado lejos, para ir hasta ellas en una sola jornada, pero lo llevaban con frecuencia a Nio Esseia, a cincuenta kilómetros de la Universidad. Allí habían dispuesto toda una serie de recepciones en honor del viajero. Shevek no disfrutaba mucho de esas reuniones; no tenían ninguna relación con lo que para él era una fiesta. Todos se mostraban muy corteses y locuaces, pero nunca hablaban de nada interesante, y sonreían tanto que parecían ansiosos. Las vestimentas, en cambio, eran hermosas, como si los urrasti pusieran en ellas, y en los manjares, y en la diversidad de cosas que bebían, y en el mobiliario y los espléndidos ornamentos de los salones y palacios, la alegría y la jovialidad que ellos mismos no tenían. Le mostraron vistas panorámicas de Nio Esseia: una ciudad con cinco millones de habitantes: una cuarta parte de la población total de Anarres. Lo llevaron a la Plaza del Capitolio y le mostraron las altas puertas de bronce de la sede del gobierno; le permitieron asistir a un debate del Senado y a una reunión del Comité de Directores. Lo llevaron al Jardín Zoológico, al Museo de Ciencias e Industrias, a visitar una escuela en la que unos niños encantadores con uniformes azules y blancos cantaron para él el himno nacional de A-Io. Lo llevaron a una fábrica de piezas electrónicas, un taller siderúrgico totalmente automatizado, y un laboratorio de fusión nuclear, para que pudiera apreciar con cuánta eficiencia manejaba sus recursos manufactureros y energé-

ticos la economía del propietariado. Lo llevaron a inspeccionar un nuevo edificio de viviendas proyectado por el gobierno, para que viera cómo el Estado velaba por las necesidades de la población. Lo llevaron al mar en barco por el Estuario del Sua, atestado de naves que venían de todas las regiones del planeta. Lo llevaron al Tribunal Supremo de Justicia, y pasó un día entero escuchando las causas civiles y criminales que allí se juzgaban, una experiencia que lo dejó perplejo y espantado; pero ellos insistían en que viera todo cuanto había que ver, y lo llevaban a donde quería ir. Cuando preguntó, no sin timidez, si podía ver el lugar donde estaba enterrada Odo, lo arrastraron hasta el viejo cementerio del distrito de Trans-Sua. Y hasta permitieron que los reporteros de los periódicos de mala fama lo fotografiasen de pie a la sombra de los viejos sauces, mirando la sencilla y bien conservada lápida: Laia Asieo Odo 698-769 Ser todo es ser una parte; el verdadero viaje es el retorno. Lo llevaron a Rodarred, la sede del Consejo de Gobiernos Mundiales, para que hablase en una sesión plenaria. Shevek había esperado conocer allí, o al menos ver, a gentes de otros mundos, los embajadores de Terra o de Hain, pero el apretado programa de actividades no se lo permitió. Había trabajado mucho en la preparación del discurso, un alegato a favor de la comunicación libre y el mutuo reconocimiento entre el Nuevo y el Viejo Mundo. Fue recibido con una ovación de diez minutos, todo el mundo de pie. Los semanarios respetables lo comentaron elogiosamente, calificándolo de «un gesto moral y desinteresado de fraternidad humana por parte de un científico eminente», pero no transcribieron pasajes del discurso, ni ellos ni la prensa popular. A pesar de los aplausos, Shevek tenía la curiosa impresión de que en realidad nadie lo había escuchado. Le concedieron nume-

rosos privilegios y podía entrar libremente en los Laboratorios de Investigación de la Luz, en los Archivos Nacionales, en los Laboratorios de Tecnología Nuclear, en la Biblioteca Nacional de Nio, en el Acelerador de Meafed, en la Fundación de Investigaciones del Espacio de Drio. Aunque cuanto más veía en Urras, más deseaba ver, varias semanas de vida turística le parecieron suficientes: todo era tan fascinante, tan asombroso y maravilloso, que a la larga empezó a sentirse abrumado. Deseaba quedarse en la Universidad, ponerse a trabajar, y reflexionar sobre todo lo que había visto. No obstante, en el último día de visitas panorámicas dijo que deseaba conocer la Fundación de Investigaciones del Espacio. Pae pareció encantado con este pedido. La vetustez de casi todo cuanto había visto recientemente -siglos, hasta milenios de antigüedad- lo había sobrecogido. La Fundación, por el contrario, era reciente, construida en los últimos diez años, en el elegante y suntuoso estilo de la época. La arquitectura tenía algo de dramático. Habían usado el color en grandes masas. Las alturas y las distancias le parecieron descomunales. Los laboratorios eran amplios y aireados; las fábricas y talleres anexos se alzaban detrás de unos espléndidos pórticos y columnas de estilo neosaetano. Los cobertizos eran enormes bóvedas multicolores, translúcidas y fantásticas. En cambio los hombres que trabajaban allí daban una impresión de mesura y solidez. Apartaron a Shevek de las escoltas habituales y le hicieron recorrer toda la Fundación, incluyendo las distintas etapas del sistema experimental de propulsión interastral en que trabajaban entonces, desde las computadoras y los tableros de dibujo hasta una nave en construcción, enorme y suprarreal a la luz violeta y amarilla del vasto cobertizo geodésico. —Ustedes tienen tanto —le dijo Shevek al ingeniero que lo guiaba y cuidaba, un hombre llamado Oegeo—.

Tienen tantos elementos de trabajo, y trabajan tan bien. Esto es maravilloso... la coordinación, la cooperación, la magnitud de la empresa. —En el lugar de donde viene usted no podrían hacer nada en esta escala ¿eh? —dijo el ingeniero, sonriendo. —¿Naves del espacio? Nuestra flota es las mismas naves en que los Colonos llegaron de Urras, construidas aquí en Urras, hace casi dos siglos. La construcción de una simple barcaza para transportar el grano por mar requiere todo un año de planificación, un gran esfuerzo para nuestra economía. Oegeo asintió. —Bien, nosotros tenemos los elementos, sí. Pero usted es quien puede decirnos cuándo abandonar este esfuerzo... cuándo tirar todo por la borda. —¿Tirarlo por la borda? ¿Qué quiere decir? —El viaje a una velocidad mayor que la de la luz —dijo Oegeo—. La transimultaneidad. La física tradicional dice que no es posible. Los terranos dicen que no es posible. Pero los hainianos, que a fin de cuentas inventaron el sistema de propulsión que nosotros empleamos ahora, dicen que es posible, sólo que no saben cómo hacerlo, pues aún están aprendiendo de nosotros los rudimentos de la física temporal. Evidentemente, si alguien en los mundos conocidos tiene la clave, doctor Shevek, ese alguien es usted. Shevek lo miró de hito en hito, como quien toma distancia, los ojos claros, duros, transparentes. —Yo soy un teórico, Oegeo, no un inventor. —Si usted nos proporciona la teoría, la secuencia y la simultaneidad unificadas en una teoría general del tiempo, nosotros inventaremos las naves. ¡Y llegaremos a Terra, o a Hain, o a la próxima galaxia, en el instante mismo de partir de Urras! Ese cacharro —indicó con la mirada el cobertizo en que la nave gigantesca a medio construir parecía flotar entre los haces de luz violeta y anaranjada— será entonces tan vetusto como una carreta de bueyes. —Usted sueña como construye, con verdadera

esplendidez —dijo Shevek, todavía serio y retraído. Había muchas otras cosas que Oegeo y los demás querían mostrarle y discutir con él, pero al cabo de un momento les dijo con una naturalidad que disipaba cualquier sospecha de ironía: —Creo que sería mejor que me devolvieran ahora a mis custodios. Así lo hicieron; se despidieron cordialmente. Shevek entró en el automóvil, y volvió a salir. —Me olvidaba —dijo—, ¿queda tiempo para ver una cosa más en Drio? —No hay nada más en Drio —dijo Pae, cortés como siempre, aunque aún molesto por las cinco horas que Shevek había pasado con los ingenieros. —Me gustaría ver la fortaleza. —¿Qué fortaleza, señor? —Un antiguo castillo, de la época de los reyes. Más tarde lo utilizaron como prisión. —Cualquier cosa de esa naturaleza ha de haber sido demolida. La Fundación reconstruyó toda la ciudad. Cuando ya estaban dentro del automóvil, en el momento en que el chofer cerraba las portezuelas, Chifoilisk (probablemente otro de los motivos del malhumor de Pae) preguntó: —¿Por qué quería ver otro castillo, Shevek? Creía que estaba harto de ver ruinas vetustas. —La fortaleza de Drio es el sitio en que Odo pasó nueve años — respondió Shevek que parecía ensimismado desde que hablara con Oegeo—. Después de la Insurrección de 747. Allí escribió las Cartas de la Prisión y la Analogía. —Temo que ya la hayan demolido —le dijo Pae con simpatía—. Drio era una ciudad casi moribunda, y la Fundación la demolió y la reconstruyó luego desde los cimientos. Shevek asintió. Pero cuando el automóvil subió por una carretera ribereña, para tomar el desvío que conducía a Ieu Eun, pasaron junto a un peñón en la curva del río Seisse, y allá, en lo alto del risco, había un edificio sombrío, ruinoso, implacable, con resquebrajadas torres de piedra negra. Nacía podía ser más diferente de los alegres y fastuosos edi-

ficios de la Fundación de Investigaciones del Espacio, de cúpulas diáfanas y talleres luminosos, de jardines y senderos cuidados con esmero. Nada, en verdad, podía hacer que se parecieran tanto a trocitos coloreados de papel. —Esa, creo, es la Fortaleza —observó Chifoilisk, contento siempre de hacer un comentario inoportuno en el momento menos adecuado. —Completamente en ruinas —dijo Pae—. Ha de estar abandonada. —¿Le gustaría detenerse un momento para echarle un vistazo, Shevek? —preguntó Chifoilisk, dispuesto a llamar por la pantalla al conductor. —No —dijo Shevek. Había visto lo que quería ver. Todavía había una Fortaleza en Drio. No necesitaba entrar y recorrer los recintos ruinosos en busca de la celda donde Odo había pasado nueve años. Sabía cómo era la celda de una prisión. Alzó los ojos, el semblante todavía frío y pensativo, y miró los muros pesados y oscuros que ahora se proyectaban casi por encima del automóvil. He estado aquí durante mucho tiempo, decía el fuerte, y todavía estoy aquí. Cuando volvió a sus habitaciones, después de la cena en el Refectorio de los Decanos, Shevek se sentó solo junto al hogar. Era verano en A-Io, se acercaba el día más largo del ano, y aunque habían dado las ocho, aún había luz. Del otro lado de las ventanas abovedadas, el cielo conservaba unos restos del azul diurno, un azul puro y tierno. El aire templado olía a hierbas recién cortadas y a tierra húmeda. Había luz en la capilla, del otro lado del bosquecillo, y la brisa leve traía una música apagada. No el canto de los pájaros, sino una música humana. Shevek escuchó. En el armonio de la capilla alguien tocaba las armonías numéricas, tan familiares para Shevek como para cualquier urrasti. Odo no había intentado renovar las relaciones musicales básicas, junto con las relaciones humanas. Ella siempre había respetado lo necesario. Los Colonizadores de

Anarres habían renegado de las leyes de los hombres, pero habían llevado consigo las leyes de la armonía. En la habitación amplia, apacible, había sombra y silencio. Shevek miró en torno, el doble arco perfecto de las ventanas, el leve centelleo de los ribetes del entarimado en la creciente oscuridad, la curva saliente, borrosa de la chimenea de piedra, la admirable proporción de los artesones murales. Era una habitación hermosa y humana. Una habitación muy antigua. La Residencia de los Decanos, le habían explicado, había sido construida en el año 540, hacía cuatrocientos cincuenta años, doscientos treinta años antes de la Colonización de Anarres. Mucho antes de que naciera Odo, generaciones de sabios y eruditos habían vivido, trabajado, hablado, pensado, dormido, muerto en esta habitación. Durante siglos, las armonías numéricas habían flotado por encima de la hierba, a través del bosquecillo. He estado aquí durante mucho tiempo, le decía a Shevek, y todavía estoy aquí. ¿Qué haces tú aquí? Shevek no tenía respuesta. No tenía derecho a la gracia y la generosidad de este mundo, conquistadas y mantenidas merced al trabajo, la devoción, la lealtad. El Paraíso es para quienes construyen el Paraíso. El no era de aquí. Era un hombre de frontera, de una casta que había renegado del pasado, de la historia. Los Colonizadores de Anarres que volvieron la espalda al Viejo Mundo y al pasado, habían elegido el futuro. Pero tan inevitablemente como el futuro se convierte en pasado, el pasado se convierte en futuro. Renegar del pasado no es triunfar. Los odonianos que abandonaron Urras habían cometido un error, aquel coraje desesperado había sido un error, el error de renegar de la historia, de renunciar a la posibilidad del retorno. El explorador que no vuelve, o que no envía de regreso sus naves para que cuenten lo que ha visto, no es un explorador, es un aventurero,

y sus hijos nacen en el exilio. Shevek había venido para amar a Urras, pero ¿qué tenía de bueno ese amor anhelante? No era parte de Urras. Tampoco era parte del mundo en que había nacido. Aquel sentimiento de soledad, la certeza del aislamiento, que había experimentado a bordo del Alerta en las primeras horas, volvía a poseerlo, a crecer en él, a imponérsele como su condición verdadera, ignorada, reprimida, pero absoluta. Estaba solo aquí, pues venía de una sociedad que había elegido el exilio. Y también en su mundo había estado siempre solo, porque él mismo se había exiliado del resto de la sociedad. Al marcharse, los Emigrantes habían dado un paso, sólo uno. Él había dado dos. Y estaba solo, solo consigo mismo, pues había decidido correr el riesgo de la aventura metafísica. Y había estado bastante loco como para creerse capaz de unificar dos mundos a los que él no pertenecía. Allá, afuera, vio el azul del cielo nocturno. Por encima de la vaga oscuridad del follaje y de la torre de la capilla, por sobre la línea oscura de las colinas, que en la noche parecían más sombrías y remotas, asomaba un resplandor, una claridad que se expandía suave, luminosa. Sale la luna, pensó, con un sentimiento de gratitud ante algo que le era Familiar. No hay rupturas en la totalidad del tiempo. De niño había visto cómo salía la luna desde la ventana del domicilio en los Llanos, junto a Palat; la había visto cómo asomaba por encima de las colinas de la adolescencia; sobre las llanuras resecas de La Polvareda; por encima de los tejados de Abbenay, contemplándola junto con Takver. Pero aquélla no era la misma luna. Alrededor se movían las sombras, pero él continuaba sentado e inmóvil mientras el plenilunio de Anarres trepaba por encima de las colinas extrañas, moteado de castaño v de un azul blanquecino, radiante. La luz de su mundo le colmaba las manos vacías.

Capítulo 4

Anarres

El sol del oeste brilló en la cara de Shevek y lo despertó cuando el dirigible, volando sobre el último paso elevado del Ne Theras, se volvió hacia el sur. Había dormido casi todo el día, el tercero del largo viaje. La noche de la fiesta de despedida había quedado atrás, a medio mundo de distancia. Bostezó y se frotó los ojos y sacudió la cabeza tratando de sacarse de los oídos et zumbido profundo del dirigible, y de pronto, ya del todo despierto, se dio cuenta de que el viaje estaba a punto de acabar, de que se estaban aproximando a Abbenay. Apretó la cara contra la ventanilla polvorienta, y como lo había imaginado, allá en el fondo, entre dos cerros rojizos de herrumbre vio un gran campo amurallado, el Puerto. Miró con atención, tratando de ver si había en la pista una nave del espacio. Por despreciable que fuera Urras, era otro mundo, y él deseaba ver una nave venida de otro mundo, un viajero que hubiese atravesado el abismo seco y terrible, un objeto construido por manos extrañas. Pero en el Puerto no había ninguna nave.

Los cargueros de Urras llegaban sólo ocho veces al año, y se quedaban apenas el tiempo que tardaban en cargar y descargar. No eran visitantes bienvenidos. Eran en verdad, para algunos anarresti, una humillación perpetuamente renovada. Traían aceites fósiles y productos derivados del petróleo, piezas mecánicas delicadas y elementos electrónicos que la industria anarresti no estaba en condiciones de proporcionar, a menudo alguna nueva cepa de árboles frutales o de plantas gramíneas. Y regresaban a Urras cargadas hasta el tope de mercurio, cobre, aluminio, uranio, estaño y oro. Era, para ellos, un negocio pingüe. La distribución de tales cargamentos ocho veces al año constituía la función más prestigiosa del Consejo Urrasti de Gobiernos Mundiales, y el acontecimiento más importante en el mercado de valores urrasti. En la práctica, el Mundo Libre de Anarres era una colonia minera de Urras. Una práctica exasperante. Generación tras generación, año tras año, en los debates de la CPD en Abbenay se alzaban protestas airadas: —¿Por qué persistir en estas transacciones comerciales con un propietariado aprovechado y belicista? —Y la respuesta de las mentes más serenas se repetía una y otra vez: —A los urrasti les costaría mucho más extraer ellos mismos los minerales; por lo tanto no nos van a invadir. Pero si violamos ese convenio de trueque recurrirán a la fuerza. —No es fácil, sin embargo, para gente que nunca ha pagado nada con dinero, entender la sicología del costo, el argumento del mercado. Siete generaciones de paz no habían borrado esta desconfianza. De modo que para ocupar los puestos de trabajo denominados de Defensa nunca había necesidad de reclutar voluntarios. La mayor parte de las tareas de Defensa eran tan tediosas que en právico, en cuya lengua una misma palabra designaba el trabajo y el juego, no se las llamaba sino kleggicb,

faena. Los trabajadores de las cuadrillas de Defensa tripulaban las doce anticuadas naves interplanetarias, conservándolas carenadas y en órbita como una red protectora; mantenían antenas de radar y radiotelescópicas en los parajes solitarios; llevaban a cabo las aburridas tareas del Puerto. Y sin embargo siempre había una lista de espera. El joven anarresti, por muy contagiado que estuviera de esta moral pragmática, rebosaba de vida, y esa vida reclamaba altruismo, abnegación, la aptitud del gesto absoluto. La soledad, la vigilia, los peligros, las naves del espacio tenían para él una atracción romántica. Fue puro romanticismo lo que hizo que Shevek siguiera con la nariz aplastada contra la ventanilla hasta que el Puerto vacío desapareció por detrás del dirigible, dejándole la amarga decepción de no haber atisbado en la pista ni un mísero carguero de minerales. Bostezó otra vez, y se desperezó, y miró afuera, hacia adelante, dispuesto a ver lo que había que ver. El dirigible volaba ahora por encima de las últimas serranías del Ne Theras. Ante él, ensanchándose hacia el sur desde las estribaciones de las montañas, resplandeciente al sol del atardecer, se extendía una ancha franja de verdor. La contempló maravillado, tan maravillado como la contemplaran, seis mil años atrás, los antecesores de los anarresti. En Urras, durante el Tercer Milenio, los sacerdotes-astrónomos de Serdonou i Dhun, observando que las estaciones modificaban la atezada luminosidad del Otro Mundo, les habían puesto nombres místicos a aquellas llanuras y cadenas de montañas, y a los mares en que se reflejaba el sol. A una región que reverdecía antes que todas las demás en el año nuevo lunar la llamaron Ans Hos, el Jardín del Espíritu: el Edén de Anarres. En milenios ulteriores los telescopios les revelaron que no se habían equivocado. Ans Hos era sin lugar a dudas el paraje más favore-

cido de Anarres; y en el primer viaje tripulado a la luna habían descendido allí, en aquella franja verde entre las montañas y el mar. Pero descubrieron que el Edén de Anarres era seco, frío y ventoso, y el resto del planeta más inhóspito aún. Allí la vida no había producido formas más evolucionadas que los peces y unas plantas sin flores. El aire era enrarecido, como el de las grandes alturas de Urras. El sol quemaba, el viento helaba, el polvo sofocaba. Durante doscientos años después del primer aterrizaje, Anarres fue explorado y estudiado, pero no colonizado. ¿Para qué mudarse a un desierto de aullidos cuando había sitio en abundancia en los benignos valles de Urras? Pero había minerales. Las eras de auto-expoliación del Noveno Milenio y de comienzos del Décimo habían agotado las reservas, y cuando las naves cohete fueron perfeccionadas se comprobó que era más barato obtener los metales necesarios de las minas de la luna que de la ganga o el agua marina de Urras. En el año urrasti IX-738 se fundó una colonia al pie de las Montañas Ne Theras, de donde se extraía mercurio, en el antiguo Ans Hos. La llamaron Ciudad Anarres. No era una verdadera ciudad, no había mujeres. Los hombres trabajaban durante dos o tres años como mineros o técnicos, y luego volvían a casa, al mundo verdadero. La Luna y sus minas estaban bajo la jurisdicción del Consejo de Gobiernos Mundiales, pero en un sitio del hemisferio oriental de la Luna la nación de Thu tenía un pequeño secreto: un aeropuerto y una colonia de mineros de oro, con mujeres e hijos. Esta gente vivía en la Luna, pero nadie lo sabía excepto el gobierno de Thu. Fue la caída de ese gobierno en el año 771 lo que llevó a que el Consejo de Gobiernos Mundiales propusiera ceder la Luna a la Sociedad Internacional de Odonianos, librándose así de ellos a cambio de un mundo, antes que socavaran irremisiblemente

la autoridad de la ley y la soberanía nacional de Urras. La ciudad de Anarres fue evacuada, y hubo tumultos en Thu y fue necesario enviar precipitadamente un par de cohetes en busca de los mineros clandestinos. No todos eligieron regresar. Algunos le habían tomado cariño al desierto rugiente. Durante más de veinte años las doce naves cedidas a los Colonos Odonianos por el Consejo de Gobiernos Mundiales fueron de uno a otro mundo a través del abismo seco, hasta que transportaron al millón de almas que habían elegido una nueva vida. A partir de entonces el puerto quedó cerrado a la inmigración, y abierto sólo a las naves de carga bajo el Convenio de Trueque. La ciudad de Anarres tenía a la sazón unos cien mil habitantes, y ahora se llamaba Abbenay, que en la nueva lengua de la nueva sociedad significaba Mente. La descentralización había sido una cuestión primordial para Odo cuando planeó una nueva sociedad que nunca llegó a ver. Odo no pretendía desurbanizar la civilización. Aunque opinaba que las dimensiones naturales de una comunidad dependían de la cantidad de alimentos y de energía que pudieran proporcionar las regiones contiguas, proponía que las comunidades estuviesen todas conectadas entre sí por redes de comunicaciones y transpones, de modo que los bienes de consumo y las ideas pudiesen llegar a donde fuese necesario con prontitud y facilidad. Pero esa red no estaría administrada desde arriba. No habría centros jerárquicos, ni ciudades capitales, ni organizaciones destinadas a perpetuar el aparato burocrático o a favorecer las ambiciones de quienes aspiraban a convertirse en capitanes, en patronos, en jefes de Estado. Como quiera que sea, los planes de Odo habían tenido en cuenta el suelo generoso cíe Urras. En el árido Anarres, las comunidades tuvieron que dispersarse en busca de recursos, y eran pocas las que se bastaban a

sí mismas, por más que hubieran reducido lo que se entendía por necesidades primarias. En verdad, habían tenido que prescindir de muchas cosas, pero hasta un cierto grado; no estaban dispuestos a recaer en el tribalismo preurbano, pre-tecnológico. Sabían que el anarquismo era para ellos el producto de una civilización muy desarrollada, de una cultura y diversificación compleja, de una economía estable y una tecnología altamente industrializada, capaz de mantener un elevado nivel de producción y distribuir con rapidez los bienes de consumo. Por muy vastas que fuesen las distancias que había entre las colonias, todas se consideraban partes de un complejo organismo. Primero construían los caminos, y luego las casas. El intercambio de recursos y productos regionales era constante, en un intrincado proceso de equilibrio: ese equilibrio de la diversidad que es fundamento de la vida, de la ecología natural y social. Pero, como ellos mismos decían con una imagen analógica, no puede haber un sistema nervioso sin por lo menos un ganglio, y preferentemente un cerebro. Tenía que haber un centro. Las computadoras que coordinaban la administración de las cosas, la división del trabajo y la distribución de los bienes de consumo, y las federaciones centrales de la mayor parte de los sindicatos de trabajadores estuvieron, desde el comienzo mismo, en Abbenay. Y desde el comienzo los Colonos comprendieron que aquella centralización inevitable era una permanente amenaza, que necesitaba de una permanente vigilancia. Oh hija Anarquía, promesa infinita, desvelo infinito, yo escucho, escucho en la noche, junto a la cuna profunda como la noche, atiendo a la criatura. Pío Atean, que había adoptado el nombre právico de Tober, había escrito estos versos en el año catorce de la Colonia. Los primeros intentos de los odonianos por dar a la poesía un nuevo lenguaje, un mundo

nuevo, habían sido torpes, desmañados, conmovedores. Y ahora Abbenay, la mente y el centro de Anarres, estaba allí, delante del dirigible, sobre la amplia llanura verde. Aquel verde brillante y profundo de los campos no era obviamente un color natural en Anarres. Sólo aquí y en las costas cálidas del Mar de Keran florecían las semillas del Viejo Mundo. En todo el resto del planeta los granos que predominaban eran el holum rastrero y la hierbamene pálida. Cuando Shevek tenía nueve años se había ocupado en la escuela, durante varios meses, de cuidar las plantas ornamentales de la comunidad de los Llanos, delicadas y exóticas, y que necesitaban que se las aumentase y les diera el sol, como si fueran bebés. Había ayudado a un anciano en aquella tarea apacible y exigente, y se había encariñado con el hombre y con las plantas, y con la tierra y con el trabajo. Cuando vio el color de la Llanura de Abbenay se acordó del anciano, y del olor del abono de aceite de pescado, y del color de los primeros retoños en las ramas pequeñas y desnudas, aquel verde claro y vigoroso. Y mientras el dirigible se acercaba vio a la distancia entre el vívido verde de los prados una larga extensión de blancura, que se quebraba en cubos, como sal derramada. De pronto un racimo de destellos deslumbradores se alzó en la orilla oriental de la ciudad y Shevek parpadeó y durante un momento vio unas manchas oscuras: los grandes espejos parabólicos que proporcionaban calor solar a las refinerías de Abbenay. El dirigible se posó en una estación de cargas en el extremo sur, y Shevek echó a andar por las calles de la ciudad más grande del mundo. Eran calles anchas, limpias. No había sombra en ellas, pues Abbenay estaba a menos de treinta grados al norte del ecuador y todos los edificios eran bajos, excepto las torres recias y delgadas de las turbinas de viento. El sol brillaba blanco

en un cielo duro, sombrío, de un azul violeta. El aire era limpio y transparente, sin humo ni humedad. Todo era nítido, luminoso, de contornos y ángulos definidos. Las formas se destacaban claramente unas de otras. Los elementos que componían Abbenay eran los mismos que los de cualquier otra comunidad odoniana, repetidos muchas veces: talleres, fábricas, domicilios, dormitorios, centros de aprendizaje, salas de reuniones, centros de distribución, apeaderos, refectorios. Los edificios más grandes estaban casi siempre agrupados alrededor de manzanas abiertas, que daban a la ciudad una textura celular básica: había una sub-comunidad o un vecindario detrás de otro. La industria pesada y la de alimentos tendían a agruparse en las afueras, y allí se repetía la configuración celular, pues las industrias emparentadas se encontraban a menudo lado a lado en una manzana o una calle determinada. El primero de esos sectores que Shevek atravesó era el distrito textil, con almacenes de fibras de holum, hilanderías y tejedurías, fábricas de tinturas, y distribuidoras de telas y vestidos; en el centro de cada manzana había un pequeño bosque de estacas, empavesadas de arriba abajo con banderines y gallardetes de todos los colores del arte de la tintorería, que proclamaban con orgullo la excelencia de la industria local. Los edificios de la ciudad eran casi todos muy semejantes, sin adornos, sólidamente construidos con piedra o piedra espuma fundida. Algunos de ellos parecían muy grandes a los ojos de Shevek, pero casi todos eran de una sola planta, a causa de los frecuentes terremotos. Por la misma razón las ventanas eran pequeñas, y de un plástico de siliconas resistente e irrompible. Eran pequeñas, pero numerosas, pues desde una hora antes de la salida del sol hasta una hora después del crepúsculo no había luz artificial. Tampoco se suministraba calor cuando la temperatura al aire

libre era superior a los once grados centígrados. No porque en Abbenay escasearan las fuentes de energía, con las grandes turbinas de viento y los generadores terrestres de temperatura diferencial, utilizados para la calefacción; pero el principio de economía orgánica era demasiado importante e influía profundamente en la ética y la estética de la sociedad. «Todo exceso es excremento», había escrito Odo en la Analogía. «El excremento retenido envenena el cuerpo.» Abbenay era una ciudad sin venenos: una ciudad desnuda, luminosa, de colores claros y definidos, y de aire puro. Era una ciudad apacible. Uno podía verla toda, extendida y llana como sal derramada. No había nada oculto. Las plazas, las calles austeras, los edificios bajos, los talleres sin muros, estaban colmados de vitalidad y actividad. Mientras caminaba, Shevek sentía la presencia de otra gente, gente caminando, trabajando, conversando, rostros que pasaban, voces que llamaban, cuchicheaban, cantaban, gente viva, gente que hacía cosas, gente en movimiento. Las fachadas de las fábricas y talleres daban a las plazas o a los patios, y las puertas estaban abiertas. Cuando pasó por una fábrica de vidrio, el operario estaba sacando del horno una gran burbuja derretida, con la misma naturalidad con que un cocinero sirve la sopa. Al lado de la vidriería había un taller abierto donde fundían piedra espuma para la construcción. La capataz de la cuadrilla, una mujer corpulenta que vestía un blusón de trabajo, blanco de polvo, observaba la preparación de una tirada con un torrente de palabras turbulento y espléndido. Luego venía una pequeña fábrica de alambre, una lavandería de barrio, el taller de un violero donde se construían y reparaban instrumentos de música, la distribuidora de artículos menudos del distrito, un teatro, una fábrica de tejas. La actividad que se desplegaba en cada lugar era fascinante, y la

mayor parte a la vista de todos. Los niños iban y venían, algunos participando del trabajo junto con los adultos, otros éntrelos pies de los transeúntes modelando pasteles de barro, o jugando en la calle; una niña encaramada en el tejado de un centro de aprendizaje hundía la nariz en un libro. El fabricante de alambre había ornamentado la fachada del establecimiento con unas enredaderas de alambre pintado, alegre y decorativo. Las ráfagas de vapor y de conversación que exhalaban las puertas abiertas de la lavandería eran anonadantes. Ninguna puerta tenía llave, pocas estaban cerradas. No había disfraces ni anuncios. Todo estaba allí, todo el trabajo, toda la vida de la ciudad, al alcance de la vista y de la mano. Y de tanto en tanto un artefacto descendía a la carrera por la Calle de los Apeaderos, haciendo sonar una campana, un vehículo atiborrado de gente, gente colgada todo alrededor, mujeres viejas que maldecían enérgicamente cuando no aminoraba la marcha en algún apeadero para que pudieran descender, un niñito montado en un triciclo de fabricación casera que perseguía al vehículo frenéticamente, chispas eléctricas que derramaban una lluvia azul desde lo alto en los cruces de los cables: como si de tanto en tanto aquella serena e intensa vitalidad de las calles se sobrecargara, y saltara el vacío con un estallido, un chisporroteo azul y el olor del ozono. Aquellos eran los autobuses de Abbenay, y cuando pasaban uno sentía deseos de aplaudir. La Calle de los Apeaderos terminaba en una plaza espaciosa y abierta, y allí otras cinco calles confluían en un parque triangular de césped y árboles. La mayoría de los parques de Anarres eran patios de tierra o arena, con alguna plantación de arbustos y árboles holum. Este era diferente. Shevek cruzó el pavimento y entró en el parque. Lo había visto a menudo en imágenes, y quería observar de cer-

ca aquellos árboles de otro mundo, los árboles urrasti, de verdor multitudinario. Caía el sol, el cielo ancho y abierto se ensombrecía de púrpura en el cenit, y la oscuridad del espacio aparecía ya a través de la atmósfera ligera. Alerta, cauteloso, se internó bajo los árboles. ¿No era un despilfarro esas hojas apretadas? El holum, el árbol, crecía y prosperaba con espinas y agujas, nunca excesivas. Toda esta extravagante profusión de hojas ¿no era mero exceso, excremento? Estos árboles no podían crecer y florecer sin un suelo rico, sin un riego constante y cuidados extremos. Toda esa lujuria, tanto derroche le pareció ofensivo. Caminó entre los árboles, a la sombra de los árboles. El césped extraño era elástico bajo los pies. Era como caminar sobre carne viva. Con un sobresalto, retrocedió al sendero. Los brazos oscuros de los árboles se alargaban hacia él, agitaban por encima una multitud de manos anchas y verdes. Un temor reverente lo sobrecogió. Adivinó que había sido bendecido, aunque él no había pedido esa bendición. Un poco más adelante, en la penumbra crepuscular del sendero, alguien leía sentado en un banco de piedra. Shevek se aproximó con lentitud. Llegó hasta el banco y se detuvo a contemplar la figura sentada, con la cabeza inclinada sobre el libro en la dorada media luz del sendero, bajo los árboles. Era una mujer de cincuenta o sesenta años, vestida de una manera extraña, el pelo tirante recogido en la nuca. La mano izquierda sobre la barbilla le ocultaba casi por completo la boca severa, la derecha sujetaba los papeles que tenía en el regazo. Eran pesados, aquellos papeles; pesada era también la mano que los sostenía. La luz se extinguía rápidamente, pero ella no levantaba la cabeza. Seguía leyendo las pruebas de El Organismo Social. Shevek contempló a Odo durante un rato, y luego se sentó en el banco junto a ella. No sabía nada de prioridades jerárquicas, y en

el banco había sitio de sobra. Sólo buscaba un poco de compañía. Observó el perfil fuerte, triste, y las manos, las manos de una mujer anciana. Alzó los ojos y miró el ramaje umbrío. Por primera vez comprendía que Odo, cuyo rostro había conocido desde la infancia, cuyas ideas ocupaban un sitio central y permanente en los pensamientos de él mismo y de todos sus amigos, que Odo nunca había puesto los pies en Anarres: que había vivido, y había muerto, y había sido enterrada a la sombra de los árboles verdes, en ciudades inimaginables, entre gentes que hablaban lenguas desconocidas, en otro mundo. Odo era una extraña: una exiliada. Permaneció sentado junto a la estatua en el crepúsculo, casi tan inmóvil como ella. Por fin, al advertir que oscurecía, se levantó y se internó otra vez en las calles, y preguntó la dirección del Instituto Central de Ciencias. No quedaba lejos; llegó a él poco después de que se encendieran las luces. En la pequeña oficina de la entrada había una bedel, o una portera, leyendo. Shevek tuvo que golpear la puerta abierta para atraer la atención de la mujer. —Shevek —dijo. Era costumbre en Anarres que al entablar conversación con un desconocido se le ofreciera el nombre de uno como una especie de mango, para que se aferrase a él. No había muchos otros mangos disponibles. No había rangos, ni términos de jerarquía, ni fórmulas convencionales y respetuosas de salutación. —Kokvan —respondió la mujer—. ¿No tenía que haber llegado ayer? —Hubo un cambio en el itinerario del dirigible-carguero. ¿Hay alguna cama libre en alguno de los dormitorios? —La número 46. Cruzando el patio, el edificio de la izquierda. Aquí hay una nota de Sabul. Dice que vaya a verlo por la mañana en el Gabinete de Física. —¡Gracias! —dijo Shevek, y cruzó a paso largo el ancho patio pavimentado balanceando en una mano el equipaje: un gabán de invierno y un

par de botas de repuesto. Alrededor del patio cuadrangular las luces de los cuartos estaban todas encendidas. Había un murmullo, una presencia humana en esa quietud. Algo se movía en el aire límpido, sutil de la noche ciudadana, una impresión de drama, de promesas. El horario de la cena no había terminado aún, y fue a dar una vuelta por el refectorio del Instituto a ver si encontraba algo que comer. Descubrió que ya habían incluido su nombre en la lista regular, y la comida le pareció excelente. Hasta postre había, compota de frutas en conserva. A Shevek le encantaban los dulces, y como era uno de los últimos comensales y quedaba fruta en abundancia, se sirvió un segundo plato. Comía solo en una mesa pequeña. En otras próximas, más grandes, grupos de jóvenes en charlas de sobremesa; oyó discusiones sobre el comportamiento del argón a temperaturas muy bajas, el comportamiento de un profesor de química en un coloquio, las curvaturas putativas del tiempo. Algunos lo miraban de reojo; no se acercaban a hablarle como lo haría la gente de una comunidad pequeña con un desconocido; y sin embargo las miradas no eran hostiles, un poco desafiantes, quizá. Encontró el cuarto 46 en un corredor largo de puertas cerradas. Las habitaciones, evidentemente, eran individuales, y se preguntó por qué la bedel lo habría mandado allí. Desde sus dos años de edad siempre había vivido en dormitorios, en habitaciones de cuatro a diez camas. Llamó a la puerta del 46. Silencio. La abrió. Era un cuarto pequeño, escasamente iluminado por la luz del corredor, y no había nadie en él. Encendió la lámpara. Dos sillas, un escritorio, una gastada regla de cálculo, unos cuantos libros, y prolijamente doblada sobre la plataforma de la cama, una manta anaranjada tejida a mano. Alguien vivía allí; la bedel se había equivocado. Cerró la puerta. La abrió otra vez y

apagó la lámpara. Sobre el escritorio debajo de la lámpara había una nota, garrapateada en un trozo de papel: «Shevek, Gab. Física, mañana 2-4-1-154. Sabul». Puso el gabán sobre una silla, las botas en el suelo. Se detuvo un momento a leer los títulos de los libros, manuales clásicos de física y matemáticas, encuadernados en verde, con el Círculo de la Vida estampado en las cubiertas. Colgó el gabán en el armario y guardó las botas. Corrió con cuidado la cortina del armario. Cruzó la habitación hasta la puerta: cuatro pasos. Allí se detuvo, vacilante, un minuto más, y entonces, por primera vez en su vida, cerró la puerta de su propio cuarto. Sabul era un hombre pequeño, rechoncho y desaliñado, de unos cuarenta años. El vello facial era en él más oscuro e hirsuto que en el común de la gente, y se alargaba en el mentón en una barba espesa. Vestía una túnica de abrigo, que quizás venía usando desde el invierno anterior: los bordes de las mangas estaban negros de suciedad. Parecía estar siempre de malhumor. Y así como escribía sus mensajes en pedazos de papel, se expresaba también en pedazos. Y gruñía al hablar. —Tienes que aprender iótico —le gruñó a Shevek. —¿Aprender iótico? —Dije aprender iótico. —¿Para qué? —¡Para poder leer a los físicos urrasti! Atro, To, Baisk, esos hombres. Nadie los ha traducido al právico, nadie podría. Seis personas tal vez, en Anarres, son capaces de comprenderlos. En cualquier lengua. —¿Cómo puedo aprender iótico? —¡Con un diccionario y una gramática! Shevek no se inmutó. —¿Dónde puedo encontrarlos? —Aquí —gruñó Sabul. Revolvió los desordenados estantes de libros pequeños, encuadernados en verde. Se movía con brusquedad, como irritado. En uno de los estantes inferiores encontró dos gruesos volúmenes sin encuadernar y los dejó caer de golpe sobre la mesa. —Avísame cuando estés en condiciones de leer a Atro en

iótico. No puedo hacer nada contigo hasta entonces. —¿Qué clase de matemáticas usan esos urrasti? —Ninguna que tú no puedas manejar. —¿Hay alguien aquí trabajando en cronotopología? —Sí, Turet. Puedes consultarlo. No necesitas asistir a los cursos. —Pensaba asistir a las clases de Gvarab. —¿Para qué? —Los trabajos de ella en frecuencia y ciclo... Sabul se sentó y se incorporó otra vez. Estaba insoportablemente agitado, agitado y sin embargo tieso, una escofina de hombre. —No pierdas tiempo. En la teoría de las secuencias estás mucho más adelantado que la vieja, y el resto de lo que vomita es pura basura. —Estoy interesado en los principios de la simultaneidad. —¿Simultaneidad? ¿Qué clase de basura os está ofreciendo Mitis? —El físico echaba fuego por los ojos; las venas de las sienes se le abultaban bajo los cabellos cortos e hirsutos. —Yo mismo organicé un curso colectivo sobre el tema. —Crece. Crece. Es tiempo de que crezcas. Ahora estás aquí. Y aquí estamos trabajando en física, no en religión. Larga todo ese misticismo y crece. ¿Cuánto tiempo tardarás en aprender iótico? —Tardé varios años en aprender právico —dijo Shevek. Sabul no advirtió esta leve ironía. —A mí me llevó diez décadas. Lo suficiente para leer la Introducción de To. Oh, mierda, necesitas un texto para practicar. Bien puede ser ése. A ver. Espera. —Revolvió en el interior de un cajón desbordante y al cabo logró encontrar un libro, un libro raro, encuadernado en azul, sin el Círculo de la Vida en la cubierta. El título estaba grabado en letras de oro y parecía decir Poilea Áfioite, lo que no tenía ningún significado, y las formas de algunas de las letras eran desconocidas. Shevek lo miró con sorpresa; lo tomó, pero no lo abrió. Lo sostuvo en la mano, el objeto que había querido ver, el artefacto extraño, el mensaje de otro mundo. Se acordó del libro que Palat le había mostrado, el libro de los nú-

meros. —Vuelve cuando puedas leerlo —gruñó Sabul. Shevek dio media vuelta dispuesto a marcharse. El gruñido de Sabul subió de tono: —¡Guarda en secreto esos libros! No son para el consumo general. El joven se detuvo, se volvió, y luego de un momento, con una voz serena, un poco tímida dijo: —No entiendo. —¡No dejes que ningún otro los lea! Shevek no respondió. Sabul se incorporó y se acercó a Shevek. —Escucha. Ahora eres un miembro del Instituto Central de Ciencias, un síndico en Física, y trabajas conmigo, Sabul. ¿Lo entiendes? Privilegio es responsabilidad. ¿De acuerdo? —Tengo que aprender cosas que no puedo compartir —dijo Shevek luego de una breve pausa, enunciando la frase como si fuera una proposición lógica. —Si encuentras en la calle un montón de cápsulas explosivas ¿las querrías «compartir» con cada chiquillo que pasa? Estos libros son explosivos. ¿Me entiendes ahora? —Sí. —Bien. Sabul se apartó, refunfuñando. Al parecer esta furia era endémica, no específica. Shevek se marchó, llevando la dinamita con cuidado, con repulsión, y con una curiosidad devoradora. Se puso a trabajar con empeño en el estudio del iótico. Trabajaba a solas en el cuarto 46, a causa de la advertencia de Sabul, y porque era natural en él trabajar solo. Había sabido desde muy niño que en cienos aspectos era distinto de todas las personas que conocía. Para un niño la conciencia de esa diferencia es muy penosa, ya que, no habiendo hecho nada aún y siendo incapaz de nacer nada, no encuentra justificación posible. La presencia de adultos veraces y afectuosos que también sean, a su manera, diferentes, es lo único que puede dar apoyo y seguridad a uno de estos niños; y Shevek no la había tenido. Palat había sido sin duda un padre enteramente veraz y afectuoso. Aprobaba todo cuanto Shevek hacía, y era leal. Pero Palat no había conocido esa maldición de la diferencia. Nada

lo distinguía de los demás, de todos los otros, para quienes la vida comunitaria era un hecho natural. Quería a Shevek, pero no podía enseñarle qué es la liberna, ese reconocimiento de la soledad de cada individuo, que sólo la libertad puede trascender. Shevek estaba pues acostumbrado a un aislamiento interior, un aislamiento enmascarado por los contactos fortuitos y los incidentes cotidianos de la vida comunitaria, y por la camaradería de unos pocos amigos. Demasiado consciente, a los veinte años, de sus propias peculiaridades, se mostraba retraído y reservado; y sus compañeros de estudios, adivinando que esa reserva era genuina, no trataban de acercarse a él. Pronto se aficionó a la intimidad del cuarto. Le complacía aquella independencia total. Sólo salía de la habitación para ir al refectorio a la hora del desayuno y la comida, y para una rápida caminata diaria por las calles de la ciudad con el propósito de distender los músculos, acostumbrados desde nacía tiempo al ejercicio; y luego de vuelta al cuarto 46 y a la gramática iótica. Una vez en cada década o dos tenía la obligación de cooperar en las tareas rotativas comunitarias del «décimo día», pero la gente con quien trabajaba eran desconocidos, no personas con tas que tuviera alguna relación más o menos cercana como habría sido el caso en una comunidad pequeña, y aquellos días de trabajo manual no significaban una interrupción psicológica del aislamiento en que vivía, ni de sus progresos en iótico. La gramática, que era compleja, ilógica y esquemática, le gustaba de veras. Una vez que hubo acumulado un vocabulario básico, avanzó con rapidez, pues conocía lo que estaba leyendo; conocía el tema y la terminología, y cada vez que se atascaba, la intuición o una ecuación matemática lo ayudaban a descubrir a dónde había llegado. No siempre eran lugares en los que hubiera estado anteriormente. La Introducción

a la Física Temporal, de To, no era un manual para principiantes. En el tiempo en que llegó penosamente a la mitad del libro, ya no estaba leyendo iótico, sino física; y comprendió por qué Sabul le había hecho leer a los físicos urrasti antes que cualquier otra cosa. Estaban mucho más avanzados que todo lo que se había hecho en Anarres en los últimos veinte o treinta años. Los descubrimientos más brillantes de Sabul en el campo de la secuencia eran en realidad traducciones no reconocidas del iótico. Se zambulló en la lectura de los otros libros que Sabul le iba pasando, uno a uno, las obras fundamentales de la física contemporánea urrasti. Vivía cada vez más como un ermitaño. No colaboraba en las tareas del sindicato estudiantil, ni asistía a las reuniones de ningún otro sindicato o federación, excepto la letárgica Federación de Física. Las asambleas de estos grupos, vehículos tanto de la acción social como de la sociabilidad, eran el entramado mismo de la vida en las comunidades pequeñas, pero aquí en la ciudad parecían mucho menos importantes. No lo necesitaban a uno; siempre había alguien dispuesto a organizar las cosas, y con bastante eficiencia. Shevek no tenía otras obligaciones que las tareas del décimo día y los turnos comunes de bedelía en el domicilio y los laboratorios. A menudo omitía el ejercicio y de tanto en tanto las comidas. En cambio, nunca faltaba al curso de Gvarab, las clases colectivas sobre frecuencia y ciclo. Gvarab, ya de avanzada edad, divagaba y rezongaba a menudo, y la asistencia a clase era escasa e irregular. No tardó en advertir que aquel muchacho delgado de orejas grandes era su único alumno consecuente, y desde entonces dictó la clase para él. Al tropezar con la mirada clara, resuelta, inteligente del joven, se sentía apoyada, despertaba, exponía con brillantez, recobraba la visión perdida. Parecía cobrar altura, y los otros alumnos

la miraban parpadeando, asombrados o perplejos, y también con miedo, si eran bastante inteligentes como para sentir miedo. El universo de Gvarab le parecía demasiado vasto a la mayoría de la gente. El muchacho de ojos claros, en cambio, la miraba atento e imperturbable, y ella reconocía en ese rostro su propia felicidad. Lo que ella ofrecía, lo que había estado ofreciendo a lo largo de toda una vida, lo que nadie había comparado nunca con ella, él lo tomaba, lo compartía. A través del abismo de cincuenta años, era el hermano, la redención. A veces, cuando se encontraban en los gabinetes de física o en el refectorio, hablaban directamente de física; pero en otros momentos ella no tenía energías suficientes, y no sabían de qué hablar, pues la mujer vieja era tan tímida como el muchacho. —No comes lo suficiente —le decía ella. Y él sonreía y las orejas se le ponían rojas. Ninguno de los dos sabía qué decir. Después de medio año en el Instituto, Shevek le entregó a Sabul una tesis de tres páginas titulada «Crítica de la Hipótesis de la Secuencia Infinita de Atro». Sabul se la devolvió al cabo de una década. —Tradúcela en seguida al iótico —farfulló. —Pero la escribí casi toda en iótico, puesto que estaba usando la terminología de Atro. Bien, copiaré el original. ¿Para qué? —¿Para qué? ¡Para que Atro, ese aprovechado maldito, pueda leerla! Hay una nave el quinto día de la próxima década. —¿Una nave? —¡Un carguero de Urras! Así descubrió Shevek que no sólo petróleo y mercurio iban y venían entre los mundos, y no sólo libros, como los que había estado leyendo, sino cartas, además. ¡Cartas! Cartas a la gente del propietariado, a los súbditos de un gobierno fundado en la desigualdad del poder, a individuos que eran inevitablemente explotados por unos y explotadores de otros, y que habían consentido en ser elementos de la maquinaria estatal. ¿Era posible

que gente así quisiera realmente intercambiar ideas con un pueblo libre, de una manera voluntaria y no agresiva? ¿Eran capaces de admitir la igualdad y participar en la solidaridad de la inteligencia, o sólo les preocupaba dominar, hacerse fuertes, poseer? La idea misma de intercambiar cartas con un miembro del propietariado lo alarmaba, pero sería interesante averiguar... Tantos descubrimientos semejantes a aquél le habían sido impuestos durante el primer año en Abbenay que tuvo que reconocer que había sido - ¿y tal vez era aún?- extremadamente ingenuo: algo no muy fácil de admitir para un joven inteligente. El primero, y todavía el menos aceptable, de aquellos descubrimientos era que tenía que aprender iótico pero mantener en secreto ese conocimiento: una situación tan nueva para él y moralmente tan equívoca que aún no había llegado a entenderla del todo. Evidentemente no hacía daño a nadie, al no compartir ese conocimiento con los demás. Pero por otro lado ¿qué daño podía causarles saber que él había aprendido iótico y que también ellos podían aprenderlo? La libertad se apoya más sin duda en la franqueza que en la ocultación, y la libertad siempre merece que se corra el riesgo. De cualquier modo, Shevek no comprendía qué riesgo era ese. Se le ocurrió una vez que Sabul quería conservar la nueva física urrasti como algo privado, poseerla como un bien, una herramienta de poder contra los colegas de Anarres. Pero esta idea era tan contraria a los hábitos mentales de Shevek que tardó en admitirla, y entonces la reprimió en seguida, con desprecio, como un pensamiento genuinamente repulsivo. Estaba además la habitación privada, otra espina moral. De niño, cuando alguien dormía sólo en un cuarto, era porque había molestado demasiado a los otros ocupantes del dormitorio, porque era un egotista. Soledad equivalía a oprobio.

En términos adultos, el referente principal de los cuartos privados era de naturaleza sexual. Cada domicilio tenía cierto número de habitaciones particulares, y cuando una pareja quería copular utilizaba uno de esos cuartos libres por una noche, o una década, o por el tiempo que quisiera. Una pareja tomaba al principio un cuarto doble; en una ciudad pequeña donde no había dobles disponibles, levantaban uno en el fondo de un domicilio, y de este modo, cuarto a cuarto los edificios se extendían largos, bajos, en los llamados «vagones de compañeros". No había ninguna otra razón para no dormir en un dormitorio común. Cada uno tenía el taller, el laboratorio, el estudio, el granero o la oficina que necesitaba para trabajar; los baños podían ser públicos o privados, como uno quisiera; la intimidad sexual era facilitada libremente y socialmente sancionada; fuera de eso, cualquier forma de aislamiento se definía como no funcional. Era exceso, derroche. La economía de Anarres era demasiado frágil para sostener la edificación, el mantenimiento, la calefacción, la iluminación de casas y apartamentos individuales. Una persona de naturaleza genuinamente insociable, tenía que apartarse de la sociedad y cuidar de sí misma. Nada se lo impedía. Podía construirse una casa donde quisiera (aunque si estropeaba un hermoso paisaje o una parcela de tierra fértil, a veces tenía que mudarse a causa de la presión de los vecinos). Había muchos solitarios y eremitas en los lindes de las comunidades anarresti más antiguas: decían que no eran miembros de una especie social. Pero para aquellos que aceptaban el privilegio y la obligación de la solidaridad humana, la vida privada sólo tenía valor cuando cumplía alguna función. La primera reacción de Shevek cuando le dieron un cuarto separado, fue pues mitad de rechazo y mitad de vergüenza. ¿Por qué lo habían metido allí?

Pronto descubrió por qué. Era el lugar adecuado para el tipo de trabajo que estaba haciendo. Si las ideas le acudían a medianoche, podía encender la luz y escribirlas; sí le venían al amanecer, no se le iban a escapar de la cabeza a causa de la charla y el bullicio de cuatro o cinco compañeros de cuarto que se levantaban juntos; y si no le acudían y tenía que pasar días enteros sentado frente al escritorio con la mirada fija en la ventana, nadie se le acercaría por la espalda a preguntarle por qué estaba holgazaneando. Tener un cuarto propio era en verdad casi tan deseable para la física como para el sexo. Pero aun así, ¿era necesario? Siempre había postre en el refectorio del Instituto a la hora de la cena. Shevek lo saboreaba con fruición, y cuando había de sobra, lo repetía. Y la conciencia, la conciencia orgánico-social se le indigestaba. ¿Acaso todo el mundo en cada uno de los refectorios del planeta, desde Abbenay hasta las regiones más distantes, no recibía lo mismo, no compartía lo mismo? Eso era lo que siempre le habían dicho, y lo que siempre había observado. Había, desde luego, variantes locales, especialidades regionales, escaseces, excedentes, sustituciones de personal, como ocurría en los Campamentos de Planificación, malos y buenos cocineros, en suma una variedad infinita dentro del esquema inalterable. Pero ningún cocinero era tan ingenioso como para poder preparar un postre sin los ingredientes necesarios. La mayoría de los refectorios servían postre una o dos veces en cada década. Aquí lo servían noche tras noche. ¿Por qué? ¿Acaso los miembros del Instituto Central de Ciencias eran mejores que otra gente? Shevek no le hacía a nadie estas preguntas. La conciencia social, la opinión ajena, era la fuerza moral más poderosa en el comportamiento de casi todos los anarresti, pero en Shevek era un poco menos poderosa que en los demás. Le preocupaban

tantos problemas incomprensibles para otra gente, que se había habituado a trabajar en ellos a solas y en silencio. Así resolvió también estos problemas, que en algún aspecto eran para él mucho más difíciles que los de la física temporal. No solicitó la opinión de nadie. Dejó de comer el postre en el refectorio. Sin embargo, no se mudó a un dormitorio. Comparó el malestar moral con las ventajas prácticas, y descubrió que estas últimas eran más importantes. Trabajaba mejor en la habitación privada. El trabajo valía la pena y estaba haciéndolo bien. Era funcional y decisivo. La responsabilidad justificaba el privilegio. Y así trabajaba. Perdió peso; caminaba pisando apenas el suelo. La falta de actividad física, la falta de diversificación en el trabajo, la falta de relaciones sociales y sexuales, no las sentía como faltas sino como libertad. Era el hombre libre: libre de hacer lo que quisiera cuando y donde quisiera. Y lo hacía. Trabajaba. Trabajaba-jugaba. Estaba bosquejando ahora una serie de hipótesis de las que podía derivarse una teoría coherente de la simultaneidad. Pero esta meta empezaba a parecerle insignificante; había otra mucho más ambiciosa, más difícil de alcanzar, una teoría unificada del tiempo. Tenía la impresión de estar recluido en un cuarto cerrado con llave, en medio de una vasta campiña desierta: allí, alrededor de él, estaba todo, si sabía encontrar la salida, el verdadero camino. La intuición se transformó en obsesión. Durante aquel otoño y aquel invierno empezó a dormir cada vez menos. Un par de ñoras por la noche y una o dos en algún momento del día parecían bastarle, y estaban tan pobladas de sueños que no eran el reposo profundo que siempre había conocido, sino casi una vigilia, en otro nivel. Tenía sueños muy vividos, y los sueños eran parte del trabajo. Veía cómo el tiempo retrocedía, un río fluyendo cauce arriba hacia el manantial. Tenía

en la mano izquierda y la derecha la contemporaneidad de dos momentos; cuando apartaba las manos veía sonriendo los dos momentos que se separaban fragmentándose como pompas de jabón. Saltaba de la cama, y sin despertarse del todo escribía frenéticamente la fórmula que había estado esquivándolo durante untos días. Veía que el espacio se encogía alrededor como las paredes de una esfera que se cierran y cierran hacia un vacío central, hasta que despertaba con un grito de auxilio ahogado en la garganta, luchando en silencio por escapar del conocimiento de su propia y eterna vacuidad. Una tarde fría del final del invierno, cuando volvía al domicilio desde la biblioteca, pasó por el gabinete de física a ver si había alguna carta para él. No tenía por qué esperarla, pues nunca había escrito a ninguno de sus amigos del Regional de Poniente del Norte, pero desde hacía unos días no se sentía bien, había desechado algunas de sus más atractivas hipótesis y se encontraba, al cabo de medio año de trabajo, poco menos que en el punto de partida; el modelo físico era demasiado vago para ser útil, le dolía la garganta, y deseaba que hubiese una carta de alguien que conocía, o alguien quizá en el Gabinete de Física, a quien decirle hola, al menos. Pero no había nadie excepto Sabul. —Mira esto, Shevek. Miró el libro que el viejo le tendía: un libro delgado, encuadernado en verde, con el Círculo de la Vida en la cubierta. Lo tomó y miró la portada: «Crítica de la Hipótesis de la Secuencia Infinita de Atro». Era el ensayo que él había escrito, y la defensa y la réplica de Atro. Todo había sido traducido o retraducido al právico, e impreso en las prensas de la CPD de Abbenay. Llevaba los nombres de dos autores: Sabul, Shevek. Sabul estiró el cuello por encima del ejemplar que Shevek tenía en la mano, y lo miró con una expresión de alegría maligna. El gruñido se le transformó

en una risa contenida y gutural. —¡Lo hemos liquidado! ¡Hemos liquidado a Atro, a ese aprovechado maldito! ¡Que hablen ahora de «imprecisión pueril»! —Sabul había alimentado diez años de resentimiento contra la Revista de Física de la Universidad de Ieu Eun, que había calificado su obra teórica de «viciada por el provincialismo y la imprecisión pueril con que el dogma odoniano contamina todos los ámbitos del pensamiento»—. ¡Ahora verán quién es el provinciano! —dijo, sonriendo. En casi un año de contacto diario Shevek no recordaba haberlo visto sonreír. Para poder sentarse del otro lado del cuarto, Shevek tuvo que retirar de un banco una pila de papeles; el gabinete de física era comunal, naturalmente, pero Sabul mantenía este cuarto trasero abarrotado de materiales, de manera que nunca pareciera haber sitio suficiente para nadie más. Shevek miró el libro que aún tenía en las manos, y luego miró por la ventana. Se sentía, y parecía, enfermo. También se sentía tenso, pero con Sabul nunca había sido tímido ni torpe, como lo era a menudo con gente que le hubiera gustado conocer mejor, —No supe que estabas traduciéndolo —dijo. —Traducido, y editado. He pulido algunos de los pasajes más escabrosos, llenando las lagunas que dejaste, y todo eso. Un par de décadas de trabajo. Tendrías que sentirte orgulloso, tus ideas constituyen en gran parte la base de la obra. No había otras ideas en el libro que las de Shevek y las de Atro. —Sí —dijo Shevek. Se miró las manos. Luego de una pausa dijo—: Me gustaría publicar el trabajo sobre reversibilidad que escribí en el último trimestre. Habría que mandárselo a Atro. Podría interesarle. Él sigue aferrado a la causalidad. —¿Publicarlo? ¿Dónde? —En iótico, quise decir... en Urras. Enviárselo a Atro, como este otro, para que él lo publique allí, en una de las revistas. —No puedes mandarles un trabajo que

aún no ha sido editado aquí. —Pero si es lo que hicimos con éste. Todo, excepto mi refutación, apareció en la revista Ieu Eun... antes que lo editáramos. —Eso no lo pude evitar, pero ¿por qué crees que apresuré la impresión del libro? No pensarás que toda la CPD aprueba este intercambio de ideas con la gente de Urras, ¿no? Defensa pretende que cada palabra que sale de aquí en esos cargueros sea examinada por un experto de la CPD. Y como si eso fuera poco, ¿crees que los físicos provincianos que no tienen acceso a Urras no nos envidian? ¿Crees que no son envidiosos? Hay gente que está en acecho, esperando que demos un paso en falso. Y si nos equivocamos alguna vez, perderemos nuestro buzón en los cargueros urrasti. ¿Entiendes ahora? —¿Cómo fue que el Instituto consiguió ese buzón? —En la elección de Pegvur para la CPD, diez años atrás. —Pegvur había sido un físico de cierta distinción—. Desde entonces, he tenido que andar con pies de plomo para conservarlo. ¿Te das cuenta? Shevek asintió en silencio. —De todos modos, Atro no quiere leer esa cosa absurda que has escrito. Yo lo examiné y te lo devolví hace varias décadas. ¿Cuándo acabarás de perder el tiempo con esas teorías reaccionarias a que se aferra Gvarab? ¿No te das cuenta de que a ella se le fue la vida persiguiendo esas ideas? Si persistes, terminarás por ponerte en ridículo. Lo cual, por supuesto, es tu derecho. Pero no me vas a poner en ridículo a mí. —¿Y sí lo presento aquí, entonces, para que sea publicado en právico? —Tiempo perdido. Shevek aceptó esto con una leve inclinación de cabeza. Se levantó, flaco y anguloso, y permaneció inmóvil un momento, abismado en pensamientos remotos. La luz invernal le caía cruda sobre la cara inmóvil y sobre los cabellos, que ahora llevaba recogidos atrás en una cola. Se acercó al escritorio y sacó un ejemplar de la pequeña pila de

libros nuevos. —Me gustaría enviarle uno de estos a Mitis —dijo. —¡Llévate cuantos quieras! Escucha. Si crees saber más que yo, ve y somete a la Prensa ese trabajo. ¡No necesitas permiso! ¡Aquí no hay jerarquía de ninguna especie, bien lo sabes! Yo no puedo impedírtelo. Todo cuanto puedo hacer es aconsejarte. —Tú eres el asesor del Sindicato de Prensa para los manuscritos sobre física —dijo Shevek—. Pensé que si te lo pedía ahora, ganaba tiempo para todos. La afabilidad de Shevek era inalterable; no lucharía con Sabul tratando de dominarlo, y tampoco Sabul lo dominaría a él. —¿Ganar tiempo, qué quieres decir? —gruñó Sabul, pero también Sabul era odoniano: se encogió como si su propia hipocresía lo atormentase físicamente, se apartó de Shevek, se volvió hacia él, y dijo, con despecho, la voz cargada de cólera—: ¡Ve entonces! ¡Presenta esa mierda maldita! Yo me declararé incompetente y no opinaré. Diré que consulten a Gvarab. Ella es la experta en simultaneidad, no yo. ¡Esa mística reblandecida! ¡El universo, la cuerda de un arpa gigantesca que oscila entre la existencia y la inexistencia! ¿Y qué música toca, a ver? ¿Pasajes de las armonías numéricas, supongo? Lo cierto es que soy incompetente, en otras palabras que no estoy dispuesto a aconsejar a la CPD o a la Prensa sobre un excremento intelectual. —El trabajo que preparé para ti —dijo Shevek— es parte del que hice de acuerdo con las ideas de Gvarab sobre la simultaneidad. Si te interesa uno, tendrás que soportar el otro. Es en la mierda donde el grano crece mejor, como decimos en Poniente del Norte. Aguardó un momento, esperando en vano una respuesta de Sabul. Al fin saludó y se marchó. Sabía que había ganado una batalla,, y sin violencia aparente. Pero había habido violencia. Tal como Mitis lo había predicho, era «el hombre de Sabul». Hacía años que Sabul había dejado de ser un físico eficiente;

la reputación de que disfrutaba la había conseguido apropiándose del pensamiento ajeno. Shevek era el cerebro pensante, y Sabul cosechaba los honores. Una situación moralmente intolerable, por supuesto. Tenía que denunciarla, y luego renunciar. Solo que no quería hacerlo. Necesitaba a Sabul. Quería publicar lo que escribía y enviarlo a los hombres que eran capaces de comprender, los físicos urrasti; necesitaba las ideas, las críticas, la colaboración de esos hombres. De modo que habían traficado, él y Sabul, traficado como vulgares aprovechados. No había sido una batalla, sino una venta. Tú me das esto y yo te daré aquello. Niégate y te negaré. ¿Vendido? ¡Vendido! La carrera de Shevek, como la existencia de la sociedad a la que pertenecía, dependía de la continuidad de un contrato fundamental y tácito. No una relación de ayuda y solidaridad mutuas, sino una relación de explotación; no orgánica, sino mecánica. ¿Puede una función genuina nacer de una disfunción básica? Pero si todo cuanto deseo es hacer el trabajo, argumentaba Shevek mentalmente, mientras iba por la alameda hacia el patio del domicilio en la tarde gris y ventosa. Es mi deber, es mi alegría, es la finalidad de toda mi existencia. El hombre con quien tengo que trabajar es competitivo y dominante; es un aprovechado; pero si quiero trabajar, tengo que trabajar con él. Recordó la advertencia de Mitis. Recordó el Instituto de Poniente del Norte y la fiesta de la noche anterior a la partida. Ahora todo aquello le parecía tan remoto y tan puerilmente apacible y seguro que hubiera podido llorar de nostalgia. Cuando pasaba bajo el pórtico del Edificio de las Ciencias de la Vida, una muchacha lo miró de soslayo. Shevek pensó que se parecía a aquella muchacha joven... ¿Cómo se llamaba?... La de pelo corto, la que había comido tantos pasteles fritos en la noche de la fiesta. Se detuvo y se volvió, pero

la muchacha ya había dado vuelta la esquina. En todo caso, ésta tenía los cabellos largos. Se sintió abandonado, abandonado, todo lo abandonaba. Salió del refugio del pórtico al viento de la calle. El viento arrastraba una lluvia fina, rala. Siempre era rala la lluvia, las pocas veces que llovía. Este era un mundo seco. Seco, pálido, hostil. —¡Hostil! —dijo Shevek en voz alta en iótico. Nunca había oído la lengua hablada; el sonido era muy raro. La lluvia le mordía la cara como ráfagas de pedrisca. Era una lluvia hostil. Al dolor de la garganta se había sumado un dolor de cabeza atroz, que no había advertido hasta entonces. Llegó al cuarto 46 y se echó sobre la plataforma de la cama, que le pareció mucho más baja que de costumbre. Temblaba, y no podía impedirlo. Tironeó de la manta anaranjada, se envolvió en ella y se acurrucó, tratando de dormir, pero seguía temblando, como blanco de un incesante bombardeo atómico, un bombardeo que aumentaba junto con la temperatura. Nunca había estado enfermo, y nunca había conocido ningún malestar físico peor que el cansancio. Durante los intervalos lúcidos de aquella larga noche de fiebre, pensó a menudo que estaba volviéndose loco. Cuando llegó el día, el miedo a la locura lo llevó a la calle. Estaba demasiado asustado para recurrir a los vecinos del corredor: se había oído delirar durante la noche. Se arrastró hasta la clínica local, a ocho manzanas de distancia; las calles frías, brillantes al sol del amanecer se movían solemnemente alrededor. En la clínica le dijeron que el ataque de locura era una neumonía leve y que fuera a acostarse a la Sala Dos. Shevek protestó. La asistente lo acusó de egotista y le explicó que si se marchaba a su cuarto un médico tendría que molestarse en ir a visitarlo y atenderlo en privado. Fue a acostarse a la Sala Dos. Todos los otros ocupantes de la sala eran gente de edad. Una asistente entró y le ofreció un

vaso de agua y una píldora. —¿Qué es? —preguntó Shevek, receloso. Otra vez le castañeteaban los dientes. —Un antipirético. —¿Qué es eso? —Baja la fiebre. —No me hace falta. La asistente se encogió de hombros. —Bien —dijo, y siguió su camino. La mayor parte de los anarresti jóvenes pensaban que la enfermedad era oprobiosa, quizá a causa del éxito de ciertas medidas profilácticas, y quizá también por un equívoco analógico, en este caso entre las palabras «sano» y «enfermo». Les parecía que la enfermedad era un crimen, aunque involuntario. Ceder al impulso criminal, ocultarlo tomando analgésicos, era inmoral. Rehusaban las píldoras y las inyecciones. Con la llegada de la edad madura y la vejez, la mayoría cambiaba de parecer. El dolor era peor que el oprobio. La asistente administraba los medicamentos a los ancianos de la Sala Dos, y todos bromeaban con ella. Shevek los observaba con triste incomprensión. Más tarde apareció un médico con una aguja. —No quiero eso —dijo Shevek. —Basta de egotismos —dijo el doctor—. Date vuelta. —Shevek obedeció. Mas tarde aún llegó una mujer con una taza de agua para él; pero Shevek temblaba tanto que el agua se le derramó, mojando la manta. —Déjame en paz —le dijo—. ¿Quién eres? Ella le explicó quién era, pero él no entendió. Le dijo que se marchara, que se sentía muy bien. Luego le explicó por qué la hipótesis cíclica, aunque en sí misma improductiva, era fundamental en una posible Teoría de la Simultaneidad, una verdadera piedra de toque. Hablaba parte en právico y parte en iótico, y en una pizarra escribió las fórmulas y ecuaciones para ella y el resto del grupo, pues temía que hubiesen entendido mal lo de la piedra de toque. Ella le acarició la cara y le sujetó los cabellos en la nuca. Tenía las manos frescas. Shevek nunca había sentido nada más agradable que el contacto de aquellas manos. Extendió el bra-

zo para tocarla. La mujer ya no estaba allí, se había ido. Despertó mucho tiempo después. Podía respirar. Se sentía perfectamente bien. Todo estaba bien. Prefería no moverse. Moverse hubiera sido perturbar ese momento perfecto, estable, el equilibrio del mundo. A lo largo del techo, la luz invernal era de una belleza inexpresable. Shevek la observaba, inmóvil. Los ancianos de la sala se reían a coro, risas viejas, roncas y cascadas, un hermoso sonido. La mujer entró y se sentó junto a su cama. Él la miró y sonrió. —¿Cómo te sientes? —Recién nacido. ¿Quién eres? Ella también sonrió. —La madre. —Resucitada. Aunque tendría que tener un cuerpo nuevo, no el viejo de siempre. —¿Pero de qué estás hablando? —Hablo de Urras. Resucitar es parte de la religión urrasti. —Todavía deliras. —La mujer le puso la mano en la frente.— No hay fiebre. —La voz con que pronunció estas tres palabras tocó en Shevek algo muy profundo, un lugar recóndito y amurallado, donde reverberó y reverberó en la oscuridad. Shevek miró a la mujer y dijo con terror: —Eres Rulag. —Te lo dije. Varias veces. La expresión de ella era de indiferencia, hasta de buen humor. Shevek no podía reaccionar. No tenía fuerzas para moverse, pero se encogió apartándose con un temor no disimulado, como si no fuese su madre, sino su muerte. Si ella advirtió ese débil movimiento, no lo demostró. Era una mujer hermosa, morena, de rasgos finos y proporcionados, que no mostraban las huellas de los años, aunque tenía sin duda más de cuarenta. Todo en ella era armonioso y sosegado. La voz era grave, de timbre agradable. —No sabía que vivías aquí en Abbenay —dijo Rulag— o en otro sitio... ni si vivías. Yo estaba en el depósito de la Prensa, mirando las nuevas publicaciones, buscando material para la Biblioteca de Ingeniería, y vi un libro escrito por Sabul y Shevek, A Sabul lo conocía, claro. Pero ¿quién es Shevek?

¿Por qué me suena tan familiar? Hasta después de un minuto o más no caí en la cuenta. Extraño ¿no? Pero no me parecía lógico. El Shevek que yo conocía tendría apenas veinte, no podía haber escrito junto con Sabul tratados de meta-cosmología. ¡Pero cualquier otro Shevek tendría que ser aún más joven!... Entonces vine a ver. Un muchacho en el domicilio me dijo que estabas aquí... En esta clínica hay una espantosa falta de personal. No comprendo por qué los síndicos no piden ayuda a la Federación Médica, o de lo contrario por qué no reducen el número de admisiones; algunas de estas asistentes son médicas; ¡y trabajan ocho horas por día! Por supuesto, hay gente en las artes médicas que realmente pretende esto: un auto-sacrificio. Por desgracia, eso no siempre significa eficiencia... Fue muy raro encontrarte. Nunca te hubiera reconocido. ¿Estáis en contacto, tú y Palat? ¿Cómo anda él? —Ha muerto. —Ah, —No había sorpresa ni dolor en la voz de Rulag, sólo una especie de melancólica costumbre, una nota lúgubre. Shevek se sintió conmovido; le permitió verla, por un momento, como una persona. —¿Cuánto hace que murió? —Ocho años. —No podía tener más de treinta y cinco. —Hubo un terremoto en Llanos Anchos. Hacía cinco años que vivíamos allí, y él era el ingeniero de la comunidad. Él terremoto dañó el centro de aprendizaje. Él estaba allí con los otros tratando de sacar a los niños que habían quedado atrapados. Hubo un segundo temblor y el edificio entero se desmoronó. Treinta y dos muertos. —¿Tú estabas allí? —Yo había entrado en el Instituto Regional unos diez días antes del terremoto. Ella cavilaba, el rostro dulce y sereno. —Pobre Palat. De algún modo murió en su ley... junto con otros, una estadística, uno de treinta y dos... —Las estadísticas habrían sido más altas si él no hubiera entrado en el edificio —dijo Shevek. Ella lo miró: una

mirada en la que no había ninguna emoción. Lo que dijo podía ser espontáneo o deliberado; Shevek no lo sabía. —Tú querías a Palat. Shevek no respondió. —No te pareces a él. En realidad te pareces a mí, excepto en el color. Pensaba que te parecerías a Palat. Lo suponía. Qué extraños, los caminos de la imaginación. ¿Se quedó contigo, entonces? Shevek asintió. —Tuvo suerte —dijo Rulag con una voz ahogada, como reprimiendo un suspiro. —Yo también. Al cabo de un rato, Rulag sonrió débilmente. —Sí. Pude haberme comunicado con vosotros. ¿Me guardas rencor? —¿Guardarte rencor? Nunca te conocí. —Me conociste. Palat y yo te teníamos con nosotros en el domicilio, aun después del destete. Los dos queríamos que fuera así. El contacto individual es tan importante en estos primeros años; los psicólogos lo han demostrado de un modo concluyente. La verdadera socialización sólo puede desarrollarse a partir de ese núcleo afectivo inicial... Yo quería continuar viviendo con Palat. Traté de conseguir que le dieran un puesto aquí en Abbenay. Nunca hubo una vacante apropiada, y él no quería venir en esas condiciones. Era bastante testarudo... Al principio escribía de cuando en cuando, para decirme cómo estabais, luego dejó de escribir. —No tiene importancia —dijo el joven. Tenía la cara, enflaquecida por la enfermedad, cubierta de gotas de sudor, que brillaban como plata, como si le hubieran ungido las mejillas y la frente. Hubo un nuevo silencio, y Rulag dijo con su voz modulada, agradable: —Bueno, sí; tenía importancia y todavía la tiene. Pero fue Palat quien se quedó contigo y quien cuidó de ti durante esos años. Era afectuoso, era paternal, como no lo soy yo. Para mí, lo primero es el trabajo. Siempre lo fue. Aun así, me alegro de que estés ahora aquí, Shevek. Tal vez ahora pueda ayudarte de algún modo. Sé que Abbenay es un lugar abominable al princi-

pio. Uno se siente perdido, aislado, sin esa simple solidaridad de las pequeñas poblaciones. Conozco gente interesante que quizá te gustaría conocer. Y gente que podría serte útil. Conozco a Sabul; tengo alguna idea de lo que habrás tenido que soportar, con él, y con todo el Instituto. Allí juegan a quién domina a quién. Se necesita un poco de experiencia para ganarles de mano. En todo caso, me alegro de que estés aquí. Me da un placer que nunca esperé sentir... una especie de felicidad... Leí tu libro. Es tuyo ¿no es verdad? ¿Por qué, si no, aceptaría Sabul co-publicarlo con un estudiante de veinte años? El tema está fuera de mi alcance, no soy más que una ingeniera. Confieso que estoy orgullosa de ti. Es extraño ¿no? Irracional. Posesivo, incluso. ¡Cómo si tú fueses algo que me pertenece! Pero a medida que una envejece, necesita para seguir viviendo ciertos consuelos, que no siempre son del todo razonables. Shevek vio la soledad y el dolor de Rulag, y los rechazó. Eran una amenaza para él. Amenazaban la lealtad que lo había unido a Palat, el amor claro y constante en el que había crecido. ¿Qué derecho tenía ella, que había abandonado a Palat cuando era desdichado, a acudir ahora, cuando ella era desdichada, al hijo de Palat? El no tenía nada, nada que brindarle, ni a ella ni a nadie. —Hubiera sido mejor —dijo— que siguieras pensando en mí como una estadística. —Ah —dijo ella, la dulce habitual, desolada respuesta, y apartó los ojos. Los hombres viejos reunidos en el fondo de la sala se codeaban, admirándola. —Supongo —dijo ella— que estuve tratando de reclamar algún derecho sobre ti. Pero pensé que tú también reclamarías algún derecho sobre mí. Si querías hacerlo. Shevek no contestó. —Excepto biológicamente, no somos, por supuesto, madre e hijo. — Otra vez tenía en los labios la débil sonrisa—. No te acuerdas de mí, y el bebé que yo

recuerdo no es este hombre de veinte años. Todo eso es tiempo pasado, sin importancia. Pero somos hermano y hermana, aquí y ahora. Que es lo que en realidad importa ¿no es cierto? —No lo sé. Rulag se quedó un momento sentada, sin hablar, y luego se levantó. —Necesitas descanso. Estabas muy enfermo la primera vez que vine. Dicen que ahora estás bien. No creo que yo vuelva. Shevek no habló. —Adiós, Shevek —dijo ella y dio media vuelta mientras hablaba. Shevek tuvo una visión o una imagen alucinatoria de la cara de Rulag: la vio transfigurarse mientras se despedía, vio cómo se rompía, se hacía añicos. Rulag salió de la sala con el andar grácil y acompasado de una mujer hermosa, y él vio que se detenía en el vestíbulo y hablaba sonriendo con la asistente. Shevek dio rienda suelta al miedo que había venido con ella, la impresión de una promesa rota, de la incoherencia del tiempo. Estalló. Se echó a llorar, tratando de esconder la cara en el hueco de los brazos, pues no tenía fuerzas para darse vuelta en la cama. Uno de los viejos, los viejos enfermos, se acercó y se sentó al costado de la cama y le palmeó el hombro. —Está bien, hermano. Está bien, hermanito —murmuró. Shevek lo oyó y sintió la caricia, pero eso no lo consoló. Ni del hermano hay consuelo en la mala hora, en la oscuridad al pie del muro.

Capítulo 5

Urras

Shevek concluyó con alivio su carrera como turista. En Ieu Eun se iniciaba el nuevo período de clases: ahora podía dedicarse a vivir, y trabajar, en el Paraíso, en vez de contemplarlo desde afuera. Se inscribió en dos seminarios y un curso Ubre de conferencias. No estaba obligado a enseñar, pero él preguntó si podía hacerlo, y la administración había organizado los seminarios. El curso libre no fue idea de él ni de ellos. Una delegación de estudiantes fue a solicitárselo. Shevek consintió en seguida. Así era cómo se organizaban los cursos en los centros anarresti de aprendizaje: a pedido de los estudiantes, o por decisión conjunta de los estudiantes y los profesores. Cuando descubrió que los administradores estaban alarmados, se echó a reír. —¿Esperan acaso que los estudiantes no sean anarquistas? —dijo—. ¿Qué otra cosa pueden ser los jóvenes? ¡Cuando se está abajo, hay que organizarse de abajo para arriba! No estaba dispuesto a aceptar que la administración le quitara el curso; ya antes había tenido que librar batallas parecidas.

Transmitió esta firmeza a los estudiantes, y ellos se mantuvieron firmes. Los rectores de la Universidad cedieron al fin para evitar una publicidad molesta. Shevek inició el curso ante una audiencia de dos mil personas. La asistencia pronto declinó. Shevek se limitaba estrictamente a la física, sin desviarse en ningún momento hacia lo personal o lo político, y era física de un nivel bastante avanzado. Aun así, varios centenares de estudiantes seguían concurriendo. Algunos iban por simple curiosidad, a ver al hombre de la Luna, otros atraídos por la personalidad de Shevek, lo que alcanzaban a vislumbrar del hombre y del libertario, aunque no comprendiesen matemáticas. Y un número sorprendente de ellos era capaz de comprender tanto la filosofía como las matemáticas. Los estudiantes eran jóvenes de mentes bien entrenadas, despiertas y perspicaces. Cuando no estaban trabajando, descansaban. No tenían una docena de otras obligaciones que los embotaran y los distrajeran. Nunca se dormían de cansancio en clase porque la víspera hubieran estado ocupados en tareas rotativas. La sociedad los mantenía completamente libres de necesidades, distracciones y cuidados. Lo que podían hacer, sin embargo, era harina de otro costal. Shevek tenía la impresión de que esa falta de obligaciones era directamente proporcional a la falta de iniciativa. El sistema de exámenes, cuando se lo explicaron, lo descorazonó; no podía imaginar nada más nefasto para el deseo natural de aprender que este modo de proporcionar y exigir información. Al principio se negó a tomar exámenes y a poner notas, pero eso inquietó hasta tal extremo a los administradores que Shevek acabó cediendo, por cortesía. Pidió a sus alumnos que escribieran sobre cualquier problema de física que les interesara, y les dijo que les pondría a todos la calificación más alta, para que los burócratas tuvieran algo que

anotar. Sorprendido, descubrió que muchos de los estudiantes se quejaban. Querían que él planteara los problemas, que hiciera las preguntas correctas; ellos no querían pensar en las preguntas; sólo escribir las respuestas que habían aprendido. Y algunos objetaban enérgicamente que les pusiera a todos la misma nota. ¿Cómo se diferenciarían entonces los estudiantes diligentes de los lerdos? ¿Qué sentido tenía trabajar con ahínco? Si no había distinciones competitivas, daba lo mismo no hacer absolutamente nada. —Bueno, por supuesto —dijo Shevek, turbado—. Si no queréis hacer el trabajo, no tenéis por qué hacerlo. Se marcharon corteses, pero no apaciguados. Eran muchachos simpáticos, de modales francos y afables. Las lecturas de Shevek sobre historia urrasti lo llevaron a la conclusión de que en el fondo, aunque la palabra se oía poco entonces, eran aristócratas. En los tiempos feudales la aristocracia había enviado a sus hijos a la Universidad, a la que reconocía como institución superior. Hoy ocurría a la inversa: la Universidad daba superioridad al hombre. Le dijeron a Shevek con orgullo que la competencia por las becas universitarias de Ieu Eun era cada año más estricta, lo que revelaba el carácter esencialmente democrático de la institución. Él respondió: —Ustedes ponen otro candado en la puerta y lo llaman democracia. — Le gustaban sus alumnos, corteses e inteligentes, pero no sentía verdadero afecto por ninguno de ellos. Todos se preparaban para seguir carreras científicas, académicas o industriales, y lo que aprendían de él era un medio para ese fin, el éxito en tales carreras. Cualquier otra cosa que él pudiera ofrecerles, o bien ya la tenían, o le negaban toda importancia. Se encontró, por lo tanto, con una única obligación, la de preparar sus tres clases; lo que le quedaba de tiempo podía utilizarlo como se le antojara. No había estado en una situación

parecida desde los días de su primera juventud, los primeros años en el Instituto de Abbenay. Desde entonces su vida social y personal se había vuelto cada vez más çomplicada y exigente. No sólo había sido un físico sino también un socio, un padre, un odoniano, y por último un reformador. Como tal, nunca había escapado, ni había esperado escapar a todos los problemas y cuidados que recaían sobre él. Nunca había tenido otra libertad que la de actuar. Aquí ocurría todo lo contrario. Lo mismo que todos los estudiantes y profesores, no tenía nada que hacer fuera del trabajo intelectual, literalmente nada. Les tendían las camas, les barrían los cuartos, les ahorraban las tareas rutinarias de la Universidad, les allanaban el camino. Y no había esposas, ni familias. Ni una sola mujer. A los estudiantes no se les permitía casarse. Los profesores casados vivían por lo general durante los cinco días semanales de clase en barrios para solteros dentro del campus, y sólo iban a casa los fines de semana. Nada que distrajera la atención. Ocio completo para trabajar; todos los materiales a mano; estímulo intelectual, discusiones, conversación cuando uno la necesitaba; ninguna presión. ¡Un verdadero paraíso! Pero Shevek se sentía incapaz de ponerse a trabajar. Había algo que faltaba, en él, pensó, no en el lugar. No estaba preparado. No era lo bastante fuerte para aceptar lo que se le ofrecía con tanta generosidad. Se sentía seco y árido, como una planta del desierto, en este hermoso oasis. La vida en Anarres lo había marcado, le había cerrado la mente; las aguas de la vida manaban alrededor, y sin embargo él no podía beberías. Se obligó a trabajar, pero tampoco en el trabajo se encontraba seguro. Parecía haber perdido la intuición que (de acuerdo con la opinión que tenía de sí mismo) constituía su principal ventaja sobre los otros físicos: la capacidad de descubrir dónde estaba el verdadero problema, la

llave de acceso a lo interior, al centro. Aquí, parecía haber perdido el sentido de orientación. Trabajaba en los Laboratorios de Investigación de la Luz, leía mucho, y durante aquel verano y aquel otoño escribió tres trabajos: un medio año productivo, de acuerdo con las pautas normales. Pero él sabía que en realidad no había hecho nada. En verdad, cuanto más tiempo vivía en Urras, menos real le parecía. Tenía la impresión de que se le escapaba de las manos, todo ese mundo vital, magnífico, inagotable que había visto desde las ventanas de su habitación, aquel primer día. Se le escapaba de las manos torpes, extrañas, lo eludía, y cuando volvía a mirar se encontraba con algo muy diferente, algo que no había querido, una especie de papel arrugado, envoltorios, basura. Ganaba dinero por los trabajos que escribía. Ya tenía en una cuenta del Banco Nacional las 10.000 unidades monetarias internacionales del premio Seo Oen, y una subvención de 5.000 del gobierno ioti. Esa suma se veía ahora acrecentada por el sueldo de profesor y el dinero que le había pagado la prensa universitaria por las tres monografías. Al principio todo eso le pareció divertido, luego se sintió incómodo. No tenía por qué desechar como ridículo algo que allí era, al fin y al cabo, tremendamente importante. Intentó leer un texto elemental de economía; se aburrió a más no poder, era como escuchar a alguien que contaba y volvía a contar interminablemente un sueño largo y estúpido. No pudo obligarse a entender cómo funcionaban los bancos y todo lo demás, pues las operaciones del capitalismo eran para él tan absurdas como los ritos de una religión primitiva, tan bárbaras, tan elaboradas, tan innecesarias. En un sacrificio humano a una deidad podía haber al menos una belleza equívoca y terrible; en los ritos de los cambistas, en los que la codicia, la pereza y la envidia eran los únicos móviles de la conducta humana,

aun lo terrible parecía trivial. Shevek observaba esta mezquindad monstruosa con desprecio, y sin interés. No admitía, no podía admitir, que en realidad lo asustaba. Durante su segunda semana en A-Io, Saio Pae lo había llevado «de compras». Aunque no tenía intención de cortarse el pelo -que era, al fin y a cabo, parte de él- quería un traje y un par de zapatos de estilo urrasti. No deseaba, si podía evitarlo, llamar demasiado la atención. La sencillez de su traje viejo era decididamente ostentosa, y las blandas y toscas botas de desierto parecían en verdad muy extrañas comparadas con el fantástico calzado de los ioti. Pae lo llevó, pues, al Paseo Saemtenevia, la elegante calle de las tiendas de Nio Esseia, para que lo vistieran y lo calzaran. La experiencia había sido tan sobrecogedora que trató de olvidarla lo más pronto posible; pero luego, durante meses, tuvo sueños, pesadillas. El Paseo Saemtenevia tenía dos millas de largo, y era una masa compacta de gente, tránsito, y cosas: cosas para comprar, cosas para vender. Gabanes, vestidos, togas, túnicas, pantalones, camisas, blusas, sombreros, zapatos, medias, bufandas, chales, chalecos, gorros, paraguas, ropas para dormir, para nadar, para jugar a diferentes juegos, para vestir en reuniones vespertinas, en fiestas nocturnas, en fiestas campestres, ropas para viajar, para ir al teatro, para montar a caballo, para trabajar en el jardín, para recibir invitados, para navegar, para cenar, para cazar; todas diferentes, todas en centenares de cortes, estilos, colores, texturas, materiales. Perfumes, relojes, lámparas, estatuas, cosméticos, velas, cuadros, cámaras fotográficas, juegos, floreros, sofás, teteras, rompecabezas, almohadas, muñecas, coladores, cojines, joyas, alfombras, mondadientes, calendarios, un sonajero para bebé de platino con mango de cristal de roca, una máquina sacapuntas eléctrica, un reloj-pulsera con numerales de diamante;

estatuillas y recuerdos y bagatelas y mementos y chucherías y curiosidades, todas inservibles o adornadas de tal modo que no se podía saber para qué servían; acres de lujos, acres de excremento. En la primera manzana Shevek se había detenido a mirar un abrigo de piel moteada que ocupaba el centro de un escaparate resplandeciente de prendas de vestir y joyas. —¿El abrigo cuesta 8.400 unidades? —preguntó con incredulidad, pues recientemente había leído en un periódico que el «salario vital» era de unas 2.000 unidades anuales. —Oh, sí, es de piel auténtica, muy rara ahora que se protege a los animales —le había dicho Pae—. Bonito ¿no? Las mujeres adoran las pieles. Una manzana más adelante Shevek se había sentido totalmente exhausto. No podía seguir mirando. Quería taparse los ojos. Y lo más inaudito de esa calle pesadilla era que ninguno de los millones de objetos en venta se hacían allí. Allí sólo se vendían. ¿Dónde estaban los talleres, las fábricas, dónde estaban los granjeros, los artesanos, los mineros, los tejedores, los químicos, los tallistas, los tintoreros, los dibujantes, los maquinistas, dónde estaban las manos, la gente que hacía esas cosas? Fuera de la vista, en otra parte, detrás de muros. Toda la gente en todas las tiendas eran compradores o vendedores. No tenían otra relación con las cosas que la posesión. Descubrió que ahora que le habían tomado las medidas podía encargar por teléfono cualquier ropa que necesitara, y resolvió no volver nunca a la calle pesadilla. El equipo de ropa y los zapatos le fueron entregados al cabo de una semana. Se los puso y se miró al espejo de cuerpo entero de la alcoba. La sobria toga-casaca gris, la camisa blanca, los ahuchados pantalones negros, y los calcetines y los zapatos brillantes sentaban bien a la figura larga y delgada y los pies estrechos de Shevek. Tocó con el dedo la superficie de un zapato. Era el mis-

mo material que cubría los sillones del otro cuarto, y que al tacto parecía piel; poco tiempo antes había preguntado qué era, y le habían dicho que era piel; la piel de un animal, cuero, lo llamaban. El contacto lo horrorizó, se enderezó, y se apartó del espejo, aunque no antes de haber reconocido que, ataviado de esa manera, el parecido con su madre Rulag era mayor que nunca. Hubo una larga interrupción entre los cuatrimestres, a mediados del otoño. La mayoría de los estudiantes se marcharon de vacaciones. Shevek fue de excursión a las montañas del Meitei por algunos días con un grupo de estudiantes e investigadores del Laboratorio de la Luz, y luego volvió y pidió que le permitieran utilizar la gran computadora, que en los períodos de clases siempre estaba muy ocupada. Sin embargo, harto de una tarea que no conducía a ninguna parte, no trabajaba con mucho empeño. Dormía más de lo habitual, paseaba, leía y se decía que el problema consistía simplemente en que se había dado demasiada prisa; no es posible captar en pocos meses todo un mundo nuevo. Los prados y bosquecillos de la Universidad eran hermosos y agrestes, las hojas doradas centelleaban, arremolinadas en el lluvioso viento invernal, bajo un suave cielo gris. Shevek leyó otra vez las obras de los grandes poetas; ahora los comprendía cuando hablaban de las flores, y del vuelo de los pájaros, y del color de los bosques en el otoño. Y le deleitaba comprenderlos. Era agradable volver a la penumbra de la habitación, de una serena armonía de proporciones que nunca se cansaba de admirar. Se había acostumbrado a la belleza y la comodidad del cuarto, familiar ahora. También lo eran las caras que veía en la mesa redonda del comedor vespertino, los colegas, algunos más agradables y otros menos, pero todos ya familiares. Lo mismo le sucedía con la comida, tan abundante y variada, y que al comien-

zo lo había azorado. Los hombres que atendían la mesa sabían lo que necesitaba y le servían lo mismo que él se hubiera servido. Todavía no comía carne; la había probado, por cortesía y para demostrarse a sí mismo que no tenía prejuicios irracionales, pero su estómago tenía razones que la razón no conocía, y se había rebelado. Renunció al cabo de un par de intentos casi desastrosos, y continuó siendo vegetariano, aunque un vegetariano voraz. Disfrutaba enormemente de las comidas. Había aumentado tres o cuatro kilos desde que llegara a Urras; tostado por el sol de la montaña, descansado por las vacaciones, tenía ahora un aspecto excelente. Era una figura llamativa cuando se levantó de la mesa en el gran salón comedor bajo el techo alto y sombrío de vigas desnudas, entre los cuadros y retratos que colgaban de las paredes artesonadas, las mesas resplandecientes a la llama de las bujías, la porcelana y la plata. Saludó a alguien en otra mesa y siguió caminando, con una expresión de tranquilo desapego. Desde el otro lado del salón, Chifoilisk lo vio, y fue detrás de él, alcanzándolo en la puerta. —¿Tiene unos minutos libres, Shevek? —Sí. ¿Mis habitaciones? —Se había acostumbrado al uso constante del posesivo, y ahora lo empleaba sin timidez. Chifoilisk pareció titubear. —¿Por qué no la Biblioteca? Está en el camino de usted, y yo quiero retirar un libro. Cruzaron el patio hacia la Biblioteca de la Ciencia Noble -el antiguo nombre de la física, que aún se conservaba en Anarres, en ciertas acepciones- caminando lado a lado en la susurrante oscuridad. Chifoilisk abrió un paraguas, pero Shevek caminaba bajo la lluvia como los loti caminaban al sol, con deleite. —Se va a empapar —refunfuñó Chifoilisk—. Tiene el pecho delicado ¿no? Le convendría cuidarse. —Estoy muy bien —dijo Shevek, y sonrió mientras caminaba a través de la lluvia fina, refrescante—. Ese

médico del gobierno, sabe, me dio un tratamiento, inhalaciones. Da resultado. Ya no toso. Le pedí al doctor que describiera por radio el procedimiento y las drogas al Sindicato de Iniciativas de Abbenay. Lo hizo. Parecía contento. Es bastante sencillo; puede aliviar mucho el dolor, la tos del polvo. ¿Por qué, por qué no antes? ¿Por qué no trabajamos juntos, Chifoilisk? El thuviano soltó un breve quejido sardónico. Entraron en la sala de lectura de la Biblioteca. Bajo los dobles arcos de mármol, las naves de libros antiguos reposaban en una penumbra serena; las lámparas de Tas largas mesas de lectura eran sencillas esferas de alabastro. No había nadie más allí, pero un sirviente se apresuró a seguirlos para encender el fuego en la chimenea de mármol y comprobar que no necesitaban nada antes de retirarse otra vez. Chifoilisk se detuvo delante del hogar, observando cómo se alzaban las primeras llamas. Las cejas erizadas sobre los ojos diminutos, la cara tosca, cetrina, intelectual del físico, parecía más vieja que de costumbre. —Quiero ser desagradable, Shevek —dijo con su voz áspera. Y añadió—: Nada inusitado en eso, supongo —una humildad que Shevek no había esperado en él. —¿Qué pasa? —Quiero saber si se da cuenta de lo que está haciendo. Luego de una pausa Shevek dijo: —Creo que sí. —¿Se da cuenta, entonces, de que ha sido comprado? —¿Comprado? —Llámelo elegido por unanimidad, si lo prefiere. Escuche. Un hombre, por muy inteligente que sea, no puede ver lo que no sabe ver. ¿Cómo va a comprender la situación de usted, aquí, en una economía capitalista, en un Estado plutócrata-oligárquico? ¿Cómo puede verlo viniendo como viene de una pequeña comuna de idealistas hambrientos allá en el cielo? —Chifoilisk, no quedan muchos idealistas en Anarres, se lo aseguro. Los Colonizadores eran idealistas, sí, al abandonar este mundo

por nuestros desiertos. ¡Pero eso fue hace siete generaciones! Nuestra sociedad es práctica. Tal vez demasiado práctica, demasiado preocupada por la mera supervivencia. ¿Qué tiene de idealista la cooperación social, la ayuda mutua, cuando no hay otro medio de sobrevivir? —No puedo discutir con usted los valores del odonianismo, aunque estuve tentado a menudo. Algo conozco al respecto, sabe. Nosotros, en mi país, estamos mucho más cerca del odonianismo que esta gente. Somos productos del mismo gran movimiento revolucionario del siglo octavo; somos socialistas, como ustedes. —Pero ustedes son uranistas. El Estado de Thu es aún más centralizado que el de A-Io. Una única estructura de poder maneja todo, el gobierno, la administración, la policía, el ejército, la educación, las leyes, el comercio, las manufacturas. Y tienen además una economía monetaria. —Una economía monetaria basada en el principio de que a todo trabajador se le paga lo que merece, por el valor de su trabajo... ¡no por capitalistas a quienes está obligado a servir, sino por el Estado del que es miembro! —¿Es el trabajador quien establece el valor de lo que hace? —¿Por qué no va a Thu, a ver cómo funciona el verdadero socialismo? —Sé cómo funciona el verdadero socialismo —respondió Shevek—. Podría decírselo a usted, pero el gobierno de ustedes, en Thu, ¿me permitiría explicarlo? Chifoilisk pateó un leño, que aún no se había encendido. Miraba atentamente el fuego y tenía una expresión de amargura, con las líneas entre la nariz y las comisuras de los labios profundamente marcadas. No respondió a la pregunta de Shevek. Dijo por último: —No quiero hablar con usted como si jugáramos a algo. No tiene sentido; no lo haré. Lo que tengo que preguntarle es ¿iría usted a Thu? —No ahora, Chifoilisk. —Pero, ¿qué puede usted hacer... aquí? —Mi trabajo. Y además, aquí estoy cerca de

la sede del Consejo de Gobiernos Mundiales... —¿El CGM? ¡Hace treinta años que A-Io se lo metió en los bolsillos! ¡ No cuente con ellos para que lo salven! Una pausa. —¿Estoy en peligro, entonces? —¿Ni siquiera de eso se había dado cuenta? Otra pausa. —¿Contra quién me está usted poniendo en guardia? —preguntó Shevek. —Contra Pae, en primer lugar. —Oh, sí, Pae. —Shevek apoyó las manos sobre el elegante manto de la chimenea, taraceado en oro—. Pae es un físico excelente. Y muy servicial. Pero no confío en él. —¿Por qué no? —Bueno... es evasivo. —Sí. Un certero juicio psicológico. Pero Pae no es peligroso para usted porque sea personalmente escurridizo, Shevek. Es peligroso para usted porque es un agente leal, ambicioso, del gobierno ioti. Informa sobre usted, y sobre mí, regularmente, al Departamento de Seguridad Nacional, la policía secreta. No lo subestimo a usted, Dios lo sabe, pero no se da cuenta, ese hábito de usted de tratar a todo el mundo como personas, como individuos, es inútil aquí, no sirve. Tiene que entender qué clase de poderes hay detrás de los individuos. Mientras Chifoilisk hablaba, la postura natural, relajada, de Shevek Se había endurecido; ahora estaba en pie, tieso, como Chifoilisk, mirando el fuego. —¿Cómo sabe eso de Pae? —preguntó. —Por el mismo conducto por el que sé que en la habitación de usted hay un micrófono escondido, lo mismo que en la mía. Porque es mi oficio saberlo. —¿También usted es un agente del gobierno? El semblante de Chifoilisk se ensombreció; de pronto, volviéndose hacia Shevek, habló en voz baja y con odio: —Sí —dijo—, también yo, por supuesto. No estaría aquí si no lo fuese. Todo el mundo lo sabe. Mi gobierno sólo manda al extranjero a aquellos en quienes puede confiar. ¡Y pueden confiar en mí! Porque yo no he sido comprado, como todos esos malditos, esos ricos

profesores ioti. Creo en mi gobierno y en mi país. Tengo fe en ellos. —Chifoilisk hablaba con esfuerzo, como atormentado—. ¡Mire alrededor, Shevek! Parece usted un niño entre rufianes. Son buenos con usted, le dan una habitación agradable, conferencias, alumnos, dinero, lo llevan a visitar castillos, fábricas modelo, aldeas encantadoras. ¡Todo lo mejor! ¡Todo hermoso, maravilloso! Pero ¿por qué? ¿Por qué lo traen aquí desde la Luna, lo ensalzan, le imprimen los libros, lo mantienen tan abrigado, tan a salvo en las salas de lectura y en los laboratorios y en las bibliotecas? ¿Cree que lo hacen por motivos científicos, desinteresados, por amor fraternal? ¡Esta es una economía utilitaria, Shevek! —Lo sé. Vine a negociar con ella. —¿Negociar... qué? ¿Para qué? El rostro de Shevek tenía ahora la misma expresión fría, grave que había tenido cuando se alejara de la Fortaleza, en Drio. —Usted sabe lo que yo quiero, Chifoilisk. Quiero que mi pueblo salga del exilio. Vine aquí porque no creo que ustedes quieran eso en Thu. Ustedes, allí, nos tienen miedo. Temen que traigamos de vuelta la revolución, la antigua, la verdadera, la revolución por la justicia que ustedes comenzaron y abandonaron a mitad de camino. Aquí en A-Io me temen menos porque se han olvidado de la revolución. No creen más en ella. Piensan que si la gente posee muchas cosas se contentará con vivir en una cárcel. Pero yo no acepto eso. Quiero derribar los muros. Quiero solidaridad, solidaridad humana. Quiero libre intercambio entre Urras y Anarres. Luché por ello como pude en Anarres, y ahora lucho por ello como puedo en Urras. Allí, actuaba. Aquí, negocio. —¿Con qué? —Oh, usted lo sabe, Chifoilisk —dijo Shevek en voz baja, con timidez—. Usted sabe qué quieren de mí. —Sí, lo sé, pero ignoraba que usted lo supiese —dijo el thuviano, también por lo bajo; la voz áspera se convirtió en un murmullo más áspe-

ro, todo aire y consonantes fricativas—. ¿La tiene, entonces... la Teoría Temporal General? Shevek lo miró, tal vez con una pizca de ironía. Chifoilisk insistió: —¿Existe, por escrito? Shevek lo siguió mirando un momento, y luego respondió directamente: —No. —¡Me alegro! —¿Porqué? —Porque si existiera, ellos ya la tendrían. —¿Qué quiere decir? —Lo que ha oído. Escuche, ¿no fue Odo quien dijo que donde hay propiedad hay robo? —«Para hacer un ladrón, haz un propietario; para que haya crímenes, haz leyes.» El Organismo Social. —Perfecto. ¡Donde hay papeles en cuartos cerrados con llave, hay gente que tiene llaves de los cuartos! Shevek se estremeció. —Sí —dijo tras una pausa—, es muy desagradable. —Para usted. No para mí. Yo no tengo como usted los escrúpulos de una moral individualista. Sé que no tiene redactada, por escrito, la teoría. Si pensara que la tiene, habría intentado conseguirla, de cualquier modo, por la persuasión, el robo, la fuerza si pensara que podríamos secuestrarlo a usted sin desencadenar una guerra con A-Io. Cualquier cosa, para impedir que caiga en poder de estos gordos capitalistas ioti y ponerla en manos de la Junta de Gobierno de mi país. Porque la causa más noble que podré servir jamás es la fuerza y el bienestar de mi patria. —Está mintiendo —replicó Shevek pacíficamente—. Creo que es usted un patriota, sí. Pero por encima del patriotismo pone el respeto a la verdad, la verdad científica, y acaso también la lealtad a las personas, como individuos. Usted no me traicionaría. —Lo haría si pudiese —dijo Chifoilisk con vehemencia salvaje. Empezó a hablar otra vez, se interrumpió, y dijo finalmente con colérica resignación—: Piense lo que quiera. Yo no puedo abrirle los ojos. Pero recuerde, lo queremos con nosotros. Si a la larga se da cuenta de lo que pasa aquí, vaya a Thu. ¡Escogió a la gente menos apropiada para tratar de

convertirla en hermanos! Y si... no tengo por qué decírselo. Pero no importa. Si no va a Thu, si no acude a nosotros, al menos no entregue la Teoría a los ioti. ¡No les dé nada a los usureros! Váyase. Vuelva a Anarres. ¡Dele a los suyos lo que tiene que dar! —Ellos no la quieren —dijo Shevek, sin expresión—. ¿Cree que no lo intenté? Cuatro o cinco días más tarde, al preguntar por Chifoilisk, Shevek se enteró de que había regresado a Thu. —¿Definitivamente? No me dijo que estaba por marcharse. —Un thuviano nunca sabe cuándo va a recibir una orden de su gobierno —dijo Pae, pues naturalmente fue Pae quien informó a Shevek—. Sólo sabe que cuando le llega, lo mejor que puede hacer es volar. Y no detenerse a juntar florcillas por el camino. ¡Pobre Chif! Me pregunto qué error habrá cometido. Shevek iba una o dos veces por semana a ver a Atro en la simpática casita en que vivía en los lindes de la Universidad, atendido por un par de sirvientes tan viejos como él. Ya casi octogenario, Atro era, como él mismo decía, un monumento a un físico de primer orden. Aunque la obra de su vida no había caído en el vacío, como en el caso de Gvarab, Atro había alcanzado con los años algo de ese mismo desinterés característico. El interés que mostraba por Shevek, al menos, parecía ser enteramente personal, un interés de camarada. Había sido el primer físico secuencial que adoptara las ideas de Shevek para la comprensión del tiempo. Había luchado, con las armas de Shevek, por las teorías de Shevek, contra todo el aparato burocrático de la respetabilidad científica, y la batalla había continuado durante varios años antes que se publicara la versión íntegra de los Principios de la Simultaneidad con la consiguiente y casi inmediata victoria de los simultaneístas. Esa batalla había sido el punto culminante de la vida de Atro. El nunca hubiera luchado por menos que la verdad,

pero más que la verdad, era la lucha lo que le había fascinado. La genealogía de Atro se remontaba a cien mil años atrás, a través de generales, princesas, grandes terratenientes. La familia era dueña de siete mil acres y catorce aldeas en la provincia de Sie, la región más rural de A-Io. Atro empleaba giros de lenguaje provincianos, arcaísmos a los que se aferraba con orgullo. Las riquezas no le impresionaban, y de los gobernantes del país decía que eran «demagogos y políticos trepadores». Nadie podía comprar su respeto. No obstante, lo concedía, generosamente, a cualquier imbécil que tuviese lo que él llamaba «un buen apellido». En algunos aspectos, era totalmente incomprensible para Shevek; un enigma: el aristócrata. Y sin embargo despreciaba realmente el poder y el dinero, y Shevek se sentía más cerca de él que de cualquier otra persona de las que había conocido en Urras. Una vez, cuando estaban sentados conversando en el porche de vidrio donde Atro cultivaba toda clase de flores exóticas y fuera de estación, el urrasti empleó en un momento la frase «nosotros los cetianos». Shevek lo interrumpió vivamente: —«Cetianos»... ¿no es una palabra chicharrera? «Chicharrera», en la jerga vulgar, significaba la prensa popular, los periódicos, la radio y la televisión, la literatura barata manufacturada para la población trabajadora urbana. —¡Chicharrera! —repitió Atro—. Pero mi querido amigo, ¿dónde diablos aprende usted esas expresiones? Lo que yo entiendo por «cetianos* es precisamente lo que entienden los redactores de la prensa diaria y el público que los lee moviendo los labios. ¡Urras y Anarres! —Me sorprendió oírle una palabra extranjera... una palabra no-cetiana en realidad. —Definición por exclusión —rebatió el viejo con regocijo—. Cien años atrás no necesitábamos esa palabra. Bastaba con «humanidad». Pero hace unos sesenta años las cosas cambia-

ron. Yo tenía diecisiete, era un hermoso día de sol de principios de verano. Lo recuerdo muy vividamente. Estaba adiestrando mi caballo, y mi hermana mayor gritó por la ventana: «¡Por la radio están hablando con alguien del espacio exterior!» Mi pobre madre querida pensó que estábamos todos condenados; diablos extraños, usted sabe. Pero eran sólo los hainianos, cacareando sobre la paz y la fraternidad. Y bueno, hoy, «humanidad» es un término demasiado amplio. ¿Qué define la fraternidad sino la no-fraternidad? ¡Definición por exclusión, querido mío! Usted y yo somos parientes. Los antepasados de usted probablemente cuidaban cabras en las montañas mientras los míos oprimían siervos en Sie, unos siglos atrás; pero somos miembros de la misma familia. Para saberlo, basta conocer a un verdadero extraño, oírlo hablar. Un ser de otro sistema planetario. Un hombre, así llamado, que no tiene nada en común con nosotros excepto la práctica disposición de dos piernas, dos brazos, ¡y una cabeza con alguna especie de cerebro dentro! —Pero los hainianos no han demostrado que somos... —Todos de origen extraño, retoños de colonizadores interestelares hainianos, medio millón de años atrás, o un millón, o dos o tres millones; sí, lo sé, ¡Demostrado! ¡Por el Número Primigenio, Shevek, habla como un seminarista novicio! ¿Cómo se puede hablar con seriedad de pruebas históricas, luego de tanto tiempo? Estos hainianos juegan con los milenios como si fueran pelotas, pero es puro malabarismo. ¡Pruebas, realmente! La religión de mis antepasados me informa, con idéntica autoridad, que desciendo de Pinra Od, a quien Dios expulsó del Jardín porque se atrevió a contarse los dedos de las manos y los pies, hasta sumar veinte, y dejar así el Tiempo suelto por el Mundo. ¡Prefiero este cuento, si tengo que elegir, al de los extraños! Shevek reía a carcajadas. Le encantaba el humor de

Atro. Pero el viejo estaba serio. Palmeó el brazo de Shevek y enarcando las cejas y mascullando, conmovido, dijo al fin: —Espero que usted sienta lo mismo, querido mío. Lo espero de veras. Hay muchas cosas admirables, no lo dudo, en la sociedad de ustedes, pero no se les enseña a discriminar, lo que es en definitiva lo mejor que la civilización puede darnos. No quiero que esos extraños malditos lo atrapen por esas ideas que usted tiene, de fraternidad y mutualismo y todo eso. Lo inundarán con ríos de «humanidad común» y «ligas de los mundos» y toda esa cháchara, y yo detestaría ver que usted la acepta. La ley de la existencia es la lucha, la competencia, la eliminación del débil, una guerra sin cuartel. Y yo quiero que sobrevivan los mejores. La humanidad que yo conozco. Los cetianos. Usted y yo: Urras y Anarres. Ahora les llevamos la delantera, a todos esos hainianos, y terranos o como quiera que se llamen, y tenemos que conservar nuestro puesto. Ellos nos dieron la propulsión interastral, es verdad, pero ahora estamos construyendo naves mejores que las de ellos. Cuando se decida a dar a conocer la teoría de usted, espero seriamente que piense en el deber que tiene para con los suyos, los de su misma especie. En lo que significa la lealtad, y a quién se la debe. Las lágrimas fáciles de la edad senil humedecieron los ojos casi ciegos de Atro. Shevek apoyó una mano en el brazo del viejo, una mano tranquilizadora, pero no dijo nada. —La tendrán, por supuesto. Finalmente la tendrán. Y es natural que así sea. La verdad científica saldrá a la luz; no es posible ocultar el sol debajo de una piedra. ¡Pero antes que la consigan, quiero que paguen! Quiero que ocupemos el lugar que nos corresponde. Quiero respeto: y eso es lo que usted puede conquistar para nosotros. La transimultaneidad... si la conseguimos, el impulso interastral de ellos no tendrá más valor que un saco de

habas. No es el dinero lo que me importa, usted lo sabe. Quiero que se reconozca la superioridad de la ciencia cetiana, la superioridad de la mente cetiana. Si ha de haber algún día una civilización interastral, ¡por Dios, no quiero que los de mi raza sean entonces miembros de una casta inferior! Tendremos que llegar, como hombres de la alta nobleza, con un gran regalo en nuestras manos... así tendría que ser. Bueno, bueno, me acaloro a veces hablando de estas cosas. A propósito, ¿qué tal anda el libro de usted? —He estado trabajando con la hipótesis gravitatoria de Skask. Tengo la impresión de que Skask se equivoca cuando sólo utiliza ecuaciones diferenciales parciales. —Pero el último trabajo que usted escribió era sobre la gravedad. ¿Cuándo se va a dedicar a la cosa real? —Usted sabe que para nosotros, los odonianos, los medios son el fin —dijo Shevek con ligereza—. Además, no puedo representar una teoría del tiempo que omita la gravedad, ¿no es así? —¿Quiere decir que nos la está dando con cuentagotas? —preguntó Atro con suspicacia—. Eso sí que no se me había ocurrido. Me convendría releer ese último trabajo. Había partes que no tenían mucho sentido para mí. Se me cansan tanto los ojos estos días. Creo que algo anda mal en esa cosa maldita, en esa lupa-proyector que necesito para leer. Tengo la impresión cíe que ya no proyecta claramente las palabras. Shevek miró al anciano con afecto y compunción, pero no le dijo nada más acerca de su propia teoría. A Shevek le llegaban cada día invitaciones a recepciones, homenajes, inauguraciones y otras cosas por el estilo. Asistía a veces, porque había venido a Urras con una misión y debía tratar de cumplirla: tenía que imponer la idea de fraternidad, tenía que encarnar, en su persona, la solidaridad de los Dos Mundos. Hablaba, y la gente lo escuchaba, y decía: —Qué gran verdad. Se preguntaba por qué

el gobierno no le impedía que hablase. Chifoilisk tenía que haber exagerado, para sus propios fines, la magnitud del control y la censura. Hablaba, hablaba de anarquismo puro, y nadie se lo impedía. ¿Pero necesitaban acaso hacerlo callar? Tenía la impresión de que siempre, cada vez, hablaba para el mismo público: bien vestido, bien alimentado, bien educado, sonriente. ¿Era la única clase de público que había en Urras? —Es el dolor lo que une a los hombres —decía Shevek en pie delante de ellos, y ellos asentían y decían: —Qué gran verdad. Empezó a odiarlos, y cuando se dio cuenta, dejó bruscamente de aceptar invitaciones. Pero eso equivalía a aceptar el fracaso y a que se sintiera más solo. No estaba haciendo lo que había venido hacer. No eran ellos quienes lo aislaban, se decía; era él, como siempre, quien se había aislado de ellos. En el comedor de los Decanos dijo una noche, en la mesa: —Yo no sé cómo viven ustedes, aquí. Veo las casas particulares, desde fuera. Pero desde dentro, sólo conozco la vida pública de ustedes... salas de reuniones, refectorios, laboratorios. Al día siguiente Oiie le preguntó, no sin cierto empaque, si en el próximo fin de semana querría ir a cenar y a pasar la noche fuera, en casa de Oiie. La casa estaba en Amoeno, una aldea a pocas millas de Ieu Eun, y era, de acuerdo con los cánones urrasti, una modesta vivienda de clase media, quizá más antigua que la mayoría. Era una casa de piedra, construida unos trescientos años atrás, de habitaciones artesonadas. El arco doble que caracterizaba a la arquitectura ioti aparecía en los marcos de las ventanas y las puertas. A Shevek le agradó, ya a primera vista, la relativa ausencia de muebles: con aquellos grandes espacios de suelo minuciosamente pulido, las habitaciones parecían austeras, espaciosas. Siempre se había sentido incómodo en medio de los decorados y enseres extravagantes de los edificios

públicos en que se celebraban las recepciones, los homenajes y los otros actos. Los urrasti tenían buen gusto, pero contaminado a menudo por un impulso exhibicionista: la ostentación de lo caro. El origen natural, estético del deseo de tener cosas estaba enmascarado y pervertido por compulsiones económicas y competitivas, compulsiones que limitaban a su vez la calidad de los objetos: todo no era más que una especie de despilfarro mecánico. Aquí, en cambio, había gracia, la gracia de la austeridad. Un criado recogió los abrigos en la entrada. La esposa de Oiie acudió a saludar a Shevek desde la cocina del subsuelo, donde había estado instruyendo a la cocinera. Mientras conversaban antes de la cena, Shevek reparó de pronto que le hablaba a ella casi exclusivamente, con una cordialidad y un deseo de agradar que a él mismo le sorprendió. ¡Pero era tan bueno hablar otra vez con una mujer! No le sorprendía que se hubiera sentido aislado, viviendo una existencia artificial, entre hombres, siempre hombres, sin la tensión y la atracción de la diferencia sexual. Y Sewa Oiie era atractiva. Observándole las líneas delicadas de las sienes y la nuca, Shevek se dijo que la moda urrasti de rasurar las cabezas de las mujeres no le parecía tan criticable como al principio. Sewa era reservada, más bien tímida; Shevek trató de que se sintiera a gusto con él, y veía, encantado, que al parecer estaba consiguiéndolo. Pasaron a cenar y en la mesa se les unieron dos niños. Sewa Oiie se disculpó: —Ya no es posible conseguir una niñera decente en este país —dijo. Shevek asintió, sin saber qué era una niñera. Estaba observando a los dos chiquillos, con el mismo alivio, con el mismo deleite. No había visto casi a ningún niño desde que partiera de Anarres. Eran niños muy limpios, muy juiciosos, que hablaban cuando se les hablaba, vestidos con casacas de terciopelo azul y pantalones abuchonados.

Observaban a Shevek con una mezcla de temor y de respeto, como a una criatura del Espacio Exterior. El de nueve años era severo con el de siete, le cuchicheaba al oído que no mirase, pellizcándolo sin piedad. El pequeño contestaba con otros pellizcos y trataba de patearlo por debajo de la mesa. El principio de autoridad no parecía aún muy firme en la mente del niño. Oiie era otro hombre en su casa. Ya no tenía aquella mirada furtiva, y no arrastraba las palabras al hablar. La familia lo trataba con respeto, pero ese respeto era recíproco. A Shevek, que había escuchado muchas de las opiniones de Oiie sobre las mujeres, le sorprendió ver cómo trataba a Sewa: con cortesía, hasta con delicadeza. Esto es caballerosidad, pensó, una palabra que había aprendido recientemente, pero pronto decidió que era algo más. Oiie quería a su mujer y confiaba en ella. Se comportaba con ella y con los niños casi como si fuera un anarresti. A decir verdad, se le reveló entonces como un hombre sencillo, fraternal, un hombre libre. A Shevek se le ocurrió luego que era una libertad de alcance muy limitado, un núcleo familiar pequeño, pero se sentía tanto más a gusto, tanto más libre él mismo, que no tenía ganas de ponerse a criticar. En una pausa de la conversación, el niño más pequeño dijo con su vocecita clara: —El señor Shevek no tiene muy buenos modales. —¿Por qué no? —preguntó Shevek antes que la mujer de Oiie pudiera reprender al niño—. ¿Qué he hecho? —No dijo gracias. —¿Gracias por qué? —Cuando yo le pasé el plato de los encurtidos. —¡Ini!¡ Cállate! ¡Sadik! ¡No seas egotista! El tono era exactamente el mismo. —Creía que estabas compartiéndolos conmigo. ¿Eran un regalo? Nosotros sólo damos las gracias por los regalos, en mi país. Las demás cosas las compartimos sin palabras, ¿te das cuenta? ¿Quieres que te devuelva los encurtidos? —No, no me gustan —dijo el niño mirando

a Shevek a la cara, con ojos negros y luminosos. —Así es mucho más fácil compartirlos —dijo Shevek. El niño mayor se retorcía de deseos contenidos de pellizcar a Ini, pero Ini rió, mostrando los dientes pequeños y blancos. Al cabo de un rato, en otra pausa, dijo en voz baja, inclinándose hacia Shevek: —¿Le gustaría ver mí nutria? —Sí. —Está en el jardín de atrás. Mamá la puso allí porque pensó que a usted podía molestarle. A algunas personas grandes no les gustan los animales. —A mí me gusta mucho verlos. En mi país no hay animales. —¿No? —dijo el chico mayor, abriendo los grandes ojos—. ¡Papá! ¡El señor Shevek dice que ellos no tienen animales! También Ini miraba con ojos muy abiertos. —¿Pero qué tienen? —Gente. Peces. Gusanos. Y árboles holum. —¿Qué son árboles holum? La conversación continuó así durante media hora. Era la primera vez que a Shevek le pedían, en Urras, que hablara de Anarres. Los niños hacían las preguntas, pero los padres escuchaban con interés. Shevek eludió la cuestión ética con ciertos escrúpulos: no estaba allí para hacer proselitismo con los hijos de los anfitriones. Les explicó con palabras sencillas cómo era La Polvareda, qué aspecto tenía Abbenay, cómo se vestían, qué hacía la gente cuando necesitaba ropa, qué hacían los niños en la escuela. Este último tema, pese a él mismo, se convirtió en propaganda. Ini y Aevi escucharon fascinados la descripción de un programa de estudios que incluía agricultura, carpintería, recuperación de aguas servidas, imprenta, Plomería, reparación de caminos, dramaturgia, y todas las demás ocupaciones de la comunidad adulta, y la declaración de Shevek de que nunca se castigaba a nadie, por ningún motivo. —Aunque a veces —dijo— te dejan solo un rato. —Pero —dijo Oiie abruptamente, como si la pregunta, largo tiempo contenida, estallara de pronto ahora— ¿qué mantiene el orden

entre la gente? ¿Por qué no roban, por qué no se matan unos a otros? —Nadie tiene nada que se pueda robar. Si uno necesita cosas las va a buscar a los almacenes. En cuanto a la violencia, bueno, no sé, Oiie. ¿Usted me asesinaría, normalmente? Y si quisiera hacerlo, ¿se lo impediría acaso una ley contra el asesinato? No hay nada menos eficaz que la coerción para obtener orden. —Está bien, ¿pero cómo consiguen que la gente haga los trabajos sucios? —¿Qué trabajos sucios? —preguntó la esposa de Oiie, sin entender. —Recolectar basuras, sepultar a los muertos —dijo Oiie. —Extraer el mercurio de las minas —añadió Shevek, y casi dijo: la reelaboración de los excrementos, pero se acordó del tabú ioti a propósito de las cuestiones escatológicas. Había reflexionado, ya desde los primeros días de su estancia en Urras, que los urrasti vivían entre montañas de desperdicios, pero no mencionaban nunca los excrementos. —Bueno, todos colaboramos. Pero nadie tiene que trabajar en eso, durante mucho tiempo, a menos que le guste. Un día de cada diez el comité que administra la comunidad o el comité vecinal o quienquiera que lo necesite, puede pedirle a uno que ayude en esos trabajos, en turnos rotativos. Además, en las ocupaciones desagradables, o peligrosas, como las minas o las fábricas de mercurio, nadie trabaja por lo común más de medio año. —Pero entonces todo el personal ha de estar constituido por simples aprendices. —Sí. No es eficiente, ¿pero qué otra cosa se puede hacer? No se puede pedir a un hombre que trabaje en un oficio que lo dejará inválido, o que lo matará en pocos años. ¿Por qué tendría que hacerlo? —¿Puede negarse a obedecer? —No es una orden, Oiie. El hombre va a la Divtrab, la oficina de división del trabajo, y dice: «Quiero hacer esto y aquello, ¿qué tenéis para mí?» Y ellos le dicen dónde hay trabajo. —Pero entonces,

¿por qué hacen los trabajos sucios? ¿Por qué aceptan esa tarea rotativa cada diez días? —Porque trabajan juntos. Y por otras razones. La vida en Anarres no es rica, como aquí, usted sabe. En las comunidades pequeñas no es muy entretenida, y en cambio hay muchísimo trabajo pendiente. Y si uno trabaja la mayor parte del tiempo en un telar-mecánico, es agradable ir cada diez días a las afueras e instalar una cañería o arar un campo, con un grupo de gente diferente... Y hay un desafío implícito, además. Aquí, ustedes piensan que el incentivo del trabajo es la economía, la necesidad de dinero o el deseo de acumular riqueza, pero donde no existe el dinero los motivos reales son más claros, tal vez. A la gente le gusta hacer cosas. Le gusta hacerlas bien. La gente hace los trabajos peligrosos, difíciles. Y se siente orgullosa, puede... mostrarse egotista, decimos nosotros... ¿jactarse? ante los más débiles. ¡Eh, mirad, amiguitos, mirad cuan fuerte soy! ¿Se da cuenta? Les gusta hacer las cosas bien... Pero la cuestión de fondo es los fines y los medios. En última instancia, el trabajo se hace por el trabajo mismo. Es el placer duradero de la vida. La conciencia, la conciencia íntima lo sabe. Y también la conciencia social, la opinión del prójimo. No hay ninguna otra recompensa, en Anarres, ninguna otra ley. Eso es todo. Y en esas condiciones la opinión del prójimo llega a ser una fuerza muy poderosa. —¿No hay nadie, nunca, que la desafíe? —Quizá no bastante a menudo —dijo Shevek. —¿Todos, entonces, trabajan con ahínco? —preguntó la esposa de Oiie—. ¿Qué ocurre si un hombre se niega a cooperar? —Bueno, se va a otra parte. Los otros se cansan de él, sabe. Se burlan de él, o lo tratan con rudeza, lo hostigan; en una comunidad pequeña llegan a quitarlo de la lista de comensales, y entonces tiene que cocinar y comer a solas, y se siente humillado. Entonces se muda a otro

sitio, y allí se queda por algún tiempo, y tal vez vuelve a mudarse. Algunos lo hacen durante toda la vida. Nuchnibi, se les llama. Yo soy una especie de nuchnib. Estoy aquí eludiendo el trabajo que me asignaron. Me mudé más lejos que la mayoría. Shevek hablaba tranquilamente; si había amargura en su voz, no era discernible para los niños, ni explicable para los adultos. Pero todos callaron un momento. —No sé quién hace aquí los trabajos sucios —dijo Shevek al fin—. Nunca he visto que nadie los hiciera. Es extraño. ¿Quiénes los hacen? ¿Por qué los hacen? ¿Están mejor pagados? —Los trabajos peligrosos, algunas veces. Los simplemente bajos, no. Menos. —¿Por qué los hacen, entonces? —Porque una paga baja es mejor que ninguna —dijo Oiie, y en un tono de claro resentimiento, Sewa Oiie empezó a hablar nerviosamente para cambiar de tema, pero él continuó—: Mi abuelo era portero. Durante cuarenta años fregó pisos y cambió sábanas sucias en un hotel. Diez horas diarias, seis días a la semana. Lo hacía para que él y su familia pudieran comer. Oiie se interrumpió bruscamente y observó a Shevek por el rabillo del ojo, con la vieja mirada furtiva, recelosa y luego, casi con desafío, a su mujer. Ella sonrió y dijo con una voz nerviosa, infantil: —El padre de Demacre fue un verdadero triunfador. Era dueño de cuatro compañías cuando murió. —Tenía la sonrisa de una persona angustiada, y apretaba con fuerza, una contra otra, las manos gráciles, morenas. —No creo que haya hombres triunfadores en Anarres —dijo Oiie con marcado sarcasmo. En ese momento entró la cocinera para cambiar los platos, y Oiie se interrumpió. El pequeño Ini dijo entonces, como si supiera que la conversación seria no se iba a reanudar mientras permaneciera allí la criada: —Mamá, ¿puedo mostrarle mi nutria al señor Shevek, cuando terminemos de cenar? Cuando volvieron a la sa-

la, le permitieron a Ini ir en busca del animalito: un cachorro de nutria terrestre, un animal común en Urras. Habían sido adiestrados, explicó Oiie, desde tiempos prehistóricos, en un principio para que recogieran la pesca, más tarde como animales domésticos. Era una criatura de patas cortas, lomo arqueado y flexible, piel lustrosa y de color castaño. Shevek no había visto nunca a un animal tan de cerca, fuera de una jaula; y la nutria parecía tener más miedo de él que él de ella. Los dientes blancos, aguzados, eran impresionantes. Shevek extendió la mano con cautela para acariciarla, como se lo pedía Ini. La nutria se sentó sobre las ancas y lo miró de frente. Tenía ojos oscuros, con motas de oro, inteligentes, curiosos, inocentes. —Ammar —murmuró Shevek, cautivado por aquella mirada a través del abismo del ser—, hermano. La nutria gruñó, se irguió en cuatro patas y examinó con interés los zapatos de Shevek. —Usted le cae bien... —dijo Ini. —Ella me cae bien a mí —replicó Shevek, con cierta tristeza. Cada vez que veía un animal, el vuelo de los pájaros, el esplendor de los árboles otoñales, le invadía siempre esa misma tristeza, y el placer era como una hoja de borde afilado y cortante. No pensaba conscientemente en Takver en esos momentos, no la pensaba como ausente. Era más bien como si ella estuviese allí, aunque él no pensara en ella. Era como si la belleza y la extrañeza de las bestias y las plantas de Urras le trajesen un mensaje de Takver, de Takver que nunca las vería, de Takver cuyos antepasados durante siete generaciones no habían tocado jamás la piel tibia de un animal ni habían visto un aleteo en la fronda de los árboles. Pasó la noche en una alcoba abuhardillada. Hacía frío, pero el frío le parecía una bendición después de la calefacción perpetua y excesiva de los cuartos de la Universidad, y el cuarto era muy sencillo: la cama, anaqueles

de libros, una cómoda, una silla y una mesa de madera pintada. Era como estar en casa, pensó, si hacía caso omiso de la altura de la cama y la blandura del colchón, las mantas de lana fina y las sábanas de seda, las chucherías de marfil sobre la cómoda, las encuadernaciones de cuero de los libros, y el hecho de que la habitación, y todo cuanto había en ella, y la casa en que se encontraba, y el solar en que se alzaba la casa, eran propiedad privada, la propiedad de Demacre Oiie, aunque él no la había construido y no fregaba los pisos. Shevek desechó esas tediosas discriminaciones. Era una alcoba agradable y no tan diferente en realidad de una habitación particular en un domicilio. Durmiendo en aquel cuarto, soñó con Takver. Soñó que estaba con él en la cama, que se abrazaban, cuerpo contra cuerpo... pero ¿dónde, en qué habitación? Estaban juntos en la Luna, hacía frío, e iban juntos, caminando. Era un lugar llano, la Luna, todo cubierto de una nieve blancoazulada, aunque fina; un puntapié la removía con facilidad en el suelo de luminosa blancura. Era un lugar muerto, muerto. —No es realmente así —le decía a Takver, sabiendo que ella estaba asustada. Iban caminando en dirección a algo, una línea distante de algo que parecía incorpóreo y brillante como plástico, una barrera remota apenas visible más allá de la llanura nevada. En verdad, Shevek tenía miedo de acercarse, pero le decía a Takver: —Pronto estaremos allí. —Y ella no le respondía.

Capítulo 6

Anarres

Cuando lo mandaron a casa después de diez días en el hospital, el vecino del cuarto 45 fue a verlo. Era un matemático, muy alto y muy delgado. Tenía un estrabismo no corregido, de manera que nunca se podía saber si lo estaba mirando a uno y/o si uno estaba mirándolo. El y Shevek habían convivido amigablemente, lado a lado en el domicilio del Instituto durante un año, sin haber intercambiado jamás una frase entera. Desar entró y miró a Shevek, o al lado de Shevek. —¿Algo? —dijo. —Estoy muy bien, gracias. —¿Qué te parece cenar juntos? —¿Contigo? —dijo Shevek, influido por el estilo telegráfico de Desar. —De acuerdo. Desar trajo dos cenas en una bandeja del refectorio del Instituto, y comieron juntos en el cuarto de Shevek. Hizo lo mismo mañana y noche durante tres días hasta que Shevek estuvo en condiciones de volver a salir. Shevek no entendía los motivos de esta conducta. Desar no era un hombre afable, y las expectativas de la hermandad no significaban mucho para él. Uno de los motivos por los que se man-

tenía apartado de la gente era sin duda el deseo de esconder su deshonestidad. Tenía un carácter espantosamente perezoso o bien francamente posesivo, pues el cuarto 45 estaba abarrotado de cosas que conservaba sin ningún derecho y ninguna razón: platos del comedor, libros de las bibliotecas, un juego de herramientas para tallar madera sacado de un almacén de útiles de artesanía, un microscopio traído de algún laboratorio, ocho mantas diferentes, un armario repleto de prendas de vestir, algunas que evidentemente no le servían a Desar ni le habían servido nunca, otras que parecían cosas que había usado cuando tenía ocho o diez años. Daba la impresión de que iba a las proveedurías y depósitos y juntaba brazadas de cosas, las necesitase o no. —¿Para qué guardas toda esa chatarra? —le preguntó Shevek la primera vez que Desar le permitió entrar en el cuarto. Desar le clavó una mirada torcida. —Abulta —dijo vagamente. El campo de la matemática que Desar había elegido era tan esotérico que nadie en el Instituto o en la Federación de Matemáticos podía en realidad comprobar si él progresaba. Por eso, precisamente, había elegido ese campo. Daba por supuesto que los motivos de Shevek eran los mismos. —Demonios —decía—, ¿trabajar? Buen puesto aquí. Secuencia, simultaneidad, mierda. En algunos momentos Shevek gustaba de Desar, y en otros lo detestaba, por las mismas cualidades. Seguía aferrado a él, sin embargo, deliberadamente, como parte de la resolución que había tomado: cambiar de vida. La enfermedad le había obligado a comprender que si trataba de seguir solo se derrumbaría definitivamente. Veía esto en términos morales, y se juzgaba sin ninguna piedad. Había vivido encerrado en sí mismo, en contra del imperativo ético de hermandad. El Shevek de veintiún años no era, exactamente, un mojigato, pues mostraba una moral apa-

sionada y drástica, pero vivía aún ajustado a normas rígidas, el odonianismo simplista que unos adultos mediocres enseñaban a los niños, una prédica internalizada. Había estado actuando mal. Tenía que actuar correctamente. Lo hizo. Se prohibió trabajar en física cinco noches de cada diez. Se ofreció como voluntario para los trabajos del comité administrativo del domicilio del Instituto. Asistía a reuniones de la Federación de Física y del Sindicato de Miembros del Instituto. Se incorporó a un grupo que practicaba ejercicios de bio-realimentación y de entrenamiento de ondas cerebrales. En el refectorio se obligó a sentarse en las mesas grandes y no en una pequeña con un libro frente a él. Era sorprendente: daba la impresión de que la gente había estado esperándolo. Lo acogían, lo agasajaban, lo invitaban como compañero de cuarto y camarada. Lo llevaban a pasear con ellos, y al cabo de tres días había aprendido más acerca de Abbenay que en todo un año. Iba con grupos de jóvenes alegres a los campos de atletismo, a los centros de artesanía, a las piscinas de natación, a festivales, museos, teatros y conciertos. Los conciertos fueron una revelación, una sorpresa maravillosa. Nunca había ido a un concierto aquí en Abbenay, en parte porque pensaba que la música es algo que uno hace, no algo que uno escucha. De niño siempre había cantado, o tocado, uno u otro instrumento, en los coros y conjuntos locales; había disfrutado muchísimo, pero no tenía verdadero talento. Y eso era todo cuanto sabía de la música. En los centros de enseñanza se aprendía todo lo necesario para la práctica del arte: canto, métrica, danza, el uso del cepillo, el cincel, el cuchillo, el torno, y así sucesivamente. Todo era pragmático: los niños aprendían a ver, a hablar, a escuchar, a moverse, a manejar. No había una línea divisoria entre las artes y los oficios; el arte no tenía un lugar es-

pecial en la vida, era una simple técnica básica de la vida, como el lenguaje. De este modo la arquitectura había desarrollado, desde el principio y en plena libertad, un estilo coherente, puro y simple, de sutiles proporciones. La pintura y la escultura eran sobre todo elementos de la arquitectura y el urbanismo. En cuanto a las artes de la palabra, la poesía y la narrativa, tendían a ser efímeras, a confundirse con el canto y la danza; sólo el teatro se mantenía apañe, y sólo al teatro lo llamaban «El Arte», algo completo en sí mismo. Había numerosos elencos regionales e itinerantes de actores y bailarines, compañías de repertorio, muy a menudo con un autor acólito. Representaban tragedias, comedias improvisadas a medias, pantomimas. Eran tan bienvenidas como la lluvia en las solitarias ciudades del desierto, eran la gloria del año en cualquier lugar a donde iban. Nacido del aislamiento y el espíritu de solidaridad de los anarresti, y encarnándolos, el arte dramático había alcanzado una pujanza y una brillantez extraordinarias. Shevek, sin embargo, no era particularmente sensible al arte del teatro. Gustaba del esplendor verbal, pero la actuación misma no le interesaba. Sólo en el segundo año de su estancia en Abbenay descubrió, por fin, su Arte: el arte que está hecho de tiempo. Alguien lo llevó a un concierto en el Sindicato de Música. Volvió a la noche siguiente. Iba a todos los conciertos, con sus nuevas amistades si era posible, solo si no había otro remedio. La música era una necesidad más urgente, una satisfacción más profunda que la compañía humana. En realidad, nunca había conseguido romper su aislamiento esencial, y él lo sabía. No tenía amigos íntimos. Copulaba con varias muchachas, pero copular no era el goce que tenía que ser. Era sólo el alivio de una necesidad, de la que luego se sentía avergonzado, pues involucraba a otra persona como objeto. Prefería la mastur-

bación, el camino adecuado para un hombre como él. La soledad lo había atrapado; estaba condenado por herencia. Ella había dicho: —Lo primero es el trabajo. —Rulag lo había dicho, lo había dicho con calma, ella había enunciado esa realidad, incapaz de cambiarla, de sacarla de la celda fría. Lo mismo le ocurría a él. Anhelaba acercarse a aquellas almas jóvenes y generosas, que lo llamaban hermano, pero no podía llegar a ellas, ni ellas a él. Había nacido para estar solo, un frío intelectual maldito, un egotista. El trabajo era lo primordial, pero no lo llevaba a nada. Como el sexo, tendría que haber sido un placer, y no lo era. Seguía enredado en los mismos problemas, sin avanzar ni un solo paso hacia la solución de la Paradoja Temporal de To, y menos aún la Teoría de la Simultaneidad, que el año anterior casi había tenido al alcance de la mano, o así lo había pensado al menos. Aquella confianza en sí mismo le parecía inverosímil. ¿Se había considerado capaz, a los veinte años, de desarrollar una teoría que podría cambiar los fundamentos mismos de la física cosmológica? Evidentemente, había estado loco mucho tiempo, mucho antes de la fiebre. Se inscribió en dos grupos de matemática filosófica, diciéndose que los necesitaba y negándose a admitir que él podía haber encabezado uno y otro tan bien como los instructores. Evitaba a Sabul siempre que podía. En el primer arranque de las nuevas resoluciones se había propuesto conocer mejor a Gvarab. Gvarab le respondió lo mejor que pudo, pero el invierno había sido cruel con ella: estaba enferma y sorda, y senil; inició un curso y al poco tiempo lo abandonó. Estaba incoherente: un día apenas reconocía a Shevek, y al día siguiente lo llevaba ala rastra a su domicilio para conversar con él toda la noche. Shevek, que había llegado poco más allá de las ideas de Gvarab, encontraba tediosas aquellas charlas interminables. O

tenía que permitir que Gvarab lo aburriese durante horas, repitiendo cosas que él ya sabía o que había refutado, o tenía que herirla y confundirla mientras trataba de mostrarle el buen camino. Era un conflicto que superaba la paciencia o el tacto de alguien tan joven, y terminó por evitar a Gvarab cuando podía, siempre con remordimientos. No había nadie más con quien hablar. Nadie en el Instituto sabía bastante de física temporal pura como para sostener una conversación con él. Le hubiera gustado enseñarla, pero todavía no le habían dado una clase en el Instituto. Pidió un puesto una vez, pero el Sindicato de Profesores y Estudiantes lo rechazó de plano. No querían enemistarse con Sabul. A medida que avanzaba el año, se acostumbró a distraerse escribiendo cartas a Atro y otros físicos y matemáticos de Urras. Pocas de aquellas canas eran enviadas. Algunas las rompía él mismo en seguida de escribirlas. Descubrió que el matemático Loai-An, a quien había enviado una tesis de seis páginas sobre la reversibilidad temporal, estaba muerto desde hacía veinte años: no se le había ocurrido leer el prefacio biográfico de la Geometría del Tiempo de An. Otras canas que intentó enviar con los cargueros de Urras fueron detenidas por los administradores del Puerto de Abbenay. El Puerto estaba bajo el control directo de la CPD, y como las funciones de la CPD incluían la coordinación de numerosos sindicatos, algunos de los coordinadores necesitaban saber iótico. Esos administradores del Puerto, de conocimientos especializados y posición relevante, se aficionaban pronto a la mentalidad burocrática: decían «no» automáticamente. Desconfiaban de las cartas a matemáticos, les parecían escritas en código, y nadie podía asegurarles lo contrario. Las canas a los tísicos sólo eran admitidas con la aprobación de Sabul, el asesor. Y Sabul no aprobaba ninguna que tratase de

temas ajenos a su propia rama: la física secuencial. —No es de mi competencia —gruñía, empujando a un lado la carta. Shevek la enviaba de todos modos a los administradores del Puerto, y la recibía de vuelta con un sello: «Denegada la exportación». Planteó el problema en la Federación de Física, a cuyas asambleas Sabul rara vez se molestaba en asistir. Nadie allí daba importancia a la necesidad de una libre comunicación con el enemigo ideológico. Algunos sermonearon a Shevek por trabajar en un campo tan arcano que, como él mismo admitía, no había nadie que lo dominara, ni siquiera en su propio mundo. —Pero es un campo nuevo —arguyó Shevek, con lo que no llegó a ninguna parte. —¡Si es nuevo, compártelo con nosotros, no con el propietariado! —Cada trimestre, desde hace un año, he tratado de dar un curso. Siempre decís que no hay demanda suficiente. ¿Le tenéis miedo porque es nuevo? Nadie lo apoyó. Los dejó enfurecidos. Seguía escribiendo cartas a Urras, aun cuando nunca las enviaba. El hecho de escribir para alguien que comprendía -que hubiera podido comprender- le permitía escribir, pensar. De otro modo no era posible. Transcurrían las décadas y los trimestres. Dos o tres veces al año llegaba la recompensa: una carta de Atro u otro físico de A-Io o Thu, una carta larga, de escritura apretada, con argumentaciones profusas, teoría pura desde el saludo hasta la firma, pura, intensa y abstrusa física temporal matemático-ética-cosmológica, escrita en un idioma que él no sabía hablar por hombres que no conocía, ferozmente empeñados en combatir y destruir sus teorías, enemigos de su mundo, rivales, extraños, hermanos. Durante unos días, después de recibir una de estas cartas, estaba irascible y radiante, trabajaba día y noche, las ideas le brotaban como de un manantial. Luego, poco a poco, con arrebatos y luchas desesperados, volvía a la tierra, al

suelo seco, árido. Terminaba su tercer año en el Instituto cuando murió Gvarab. Pidió hablar en el servicio fúnebre, que se celebraba como de costumbre en el lugar donde el muerto había trabajado: en este caso en una de las salas de conferencia en el edificio del laboratorio de Física. Fue el único orador. No asistió ningún estudiante; hacía dos años que Gvarab no enseñaba. Estaban allí unos pocos miembros veteranos del Instituto, y el hijo de Gvarab, de mediana edad, que era químico agrícola en el Noreste. Shevek habló desde el sitio en que la anciana profesora solía dar clase. Dijo a los presentes, con la voz enronquecida por la ahora permanente bronquitis invernal, que Gvarab había fundado la ciencia del tiempo, y que era la cosmóloga más notable que había trabajado jamás en el Instituto. —Tenemos ahora nuestra Odo en física —dijo—. La tenemos, y nunca la hemos honrado. Luego, una mujer le agradeció, con lágrimas en los ojos. —Siempre hacíamos juntas el décimo día, ella y yo; en la portería del domicilio pasábamos tan buenos momentos conversando —dijo, estremeciéndose en el viento glacial cuando salían a la calle. El químico agrícola farfulló unas palabras de agradecimiento, y se marchó de prisa para alcanzar un vehículo de regreso al Noreste. En un arranque de dolor, futilidad e impaciencia Shevek echó andar a la deriva por las calles de la ciudad. Tres años aquí, ¿y qué había conseguido? Un libro, expropiado por Sabul, cinco o seis trabajos inéditos; y una oración fúnebre por una vida desperdiciada. Nadie comprendía lo que hacía. O, para decirlo más honestamente, nada de lo que hacía tenía significado. No estaba cumpliendo ninguna función necesaria, personal o social. En realidad -y no era un fenómeno insólito en ese campo- ya nunca haría nada más. Había chocado con el muro para siempre. Se detuvo frente al auditorio del Sindicato de Música a

leer los programas para la década. No había concierto esa noche. Se volvió apartándose de la cartelera y se encontró cara a cara con Bedap. Bedap, siempre ala defensiva y un tanto miope, no lo reconoció. Shevek lo tomó del brazo. —¡Shevek! ¡Diantre, eres tú! —Se abrazaron, se besaron, se separaron, se abrazaron otra vez. Shevek se sentía desbordante de amor. ¿Por qué? Ni siquiera había simpatizado mucho con Bedap aquel año del Instituto Regional. Nunca se habían escrito, en estos tres últimos años. La amistad entre ellos era cosa de la niñez, del pasado. Sin embargo el amor estaba allí: llameaba como ascuas removidas. Caminaron, hablaron, sin saber a dónde iban. Las calles anchas de Abbenay estaban silenciosas en la noche invernal. En las bocacalles la luz empañada de los faroles era un estanque de plata, y la nieve seca revoloteaba allí como cardúmenes de peces diminutos que perseguían sus propias sombras. El viento soplaba áspero y frío detrás de la nieve. Los labios entumecidos y el castañeteo de los dientes entorpecían la conversación. Alcanzaron el ómnibus de las diez, el último, para el Instituto. El domicilio de Bedap quedaba lejos, en la margen este de la ciudad, un largo viaje en el frío. Bedap inspeccionó el cuarto 46 con un asombro irónico. —¡Pero Shev, vives como un podrido aprovechado urrasti! —Vamos, no exageres. ¡Señálame algo excrementicio! La habitación contenía en realidad poco más o menos lo mismo que cuando Shevek había entrado en ella por primera vez. Bedap señaló: —Esa manta. —Estaba aquí cuando vine. Alguien la tejió, y la dejó al mudarse. ¿Es algo excesivo una manta en una noche como ésta? —El color es decididamente excrementicio —dijo Bedap—. Como analista de funciones he de puntualizar que el naranja no es necesario. No cumple ninguna función indispensable en el organismo social, sea a nivel cultural o a nivel orgánico,

y ninguno por cierto en el nivel holorgánico o más centralmente ético; en cuyo caso la tolerancia es una elección menos buena que la excreción. ¡Tíñela de verde sucio, hermano! ¿Qué es todo esto? —Notas. —¿En código? —preguntó Bedap mientras examinaba un cuaderno con aquella frialdad que era una de sus características, como recordó Shevek. Bedap tenía aún menos sentimientos posesivos -menos sentido de la propiedad privada- que la mayoría de los anarresti. Nunca había tenido un lápiz predilecto que llevara consigo a todas partes, ni una camisa vieja con la que se hubiera encariñado y no quisiese tirar al recipiente de reciclaje; y sí recibía un regalo, trataba de conservarlo por respeto a los sentimientos del donante, pero siempre acababa perdiéndolo. Bedap no ignoraba esta particularidad de su carácter, lo que demostraba, según él, que era menos primitivo que la mayoría, un ejemplar anticipado del Hombre Prometido, el genuino, el verdadero hombre odoniano. Pero tenía un cierto sentido de la vida privada. La vida privada empezaba para él en el cráneo, el suyo o el de otro, y a partir de allí era total. Él nunca espiaba. Dijo ahora: —¿Te acuerdas de aquellas cartas disparatadas que escribíamos en código cuando estabas en el proyecto de replantación forestal? —Esto no es código, es iótico. —¿Lo has aprendido? ¿Por que escribes en iótico? —Porque nadie en este planeta entiende lo que trato de decir. O no quiere entender. La única persona que entendía murió hace tres días. —¿Sabul ha muerto? —No. Gvarab. Sabul no ha muerto. ¡Tiene suerte! —¿Cuál es el problema? —¿El problema con Sabul? Mitad envidia, la otra mitad incompetencia. —Tenía entendido que su libro sobre la causalidad era excelente. Tú lo dijiste. —Así lo pensaba, hasta que leí las fuentes. Son todas ideas urrasti. No nuevas, además. En veinte años no se le ha ocurrido un solo pensamiento.

Ni darse un baño. —¿Qué tal andan tus propios pensamientos? —preguntó Bedap, poniendo una mano sobre los cuadernos y observando a Shevek por debajo de las cejas. Bedap tenía los ojos pequeños y ligeramente estrábicos, una cara fuerte, un cuerpo robusto. Se comía las uñas, y ese hábito de años las había reducido a franjas diminutas en las puntas de los dedos gruesos y sensibles. —Es inútil —dijo Shevek, sentándose en la plataforma de la cama—. Me equivoqué de campo. Bedap sonrió. —¿Tú? —Creo que al final de este trimestre pediré otro puesto. —¿Para hacer qué? —Me da lo mismo. Enseñanza, ingeniería. Tengo que salir de la física. Bedap se sentó en la silla del escritorio, se mordió una uña y dijo: —Eso me suena raro. —Me he dado cuenta de mis limitaciones. —No sabía que tuvieras ninguna. En física, quiero decir. Tenías toda clase de limitaciones y defectos. Pero no en física. Yo no soy un temporalista, lo sé. Pero no necesitas saber nadar para reconocer un pez, no necesitas brillar para reconocer una estrella... Shevek miró a su amigo y soltó lo que nunca había sido capaz de decirse claramente a sí mismo: —He pensado en el suicidio. A menudo. Este año. Parece el mejor camino. —No creo que te lleve más allá del sufrimiento. Shevek sonrió, rígido. —¿Te acuerdas de eso? —Vividamente. Fue una conversación muy importante para mí. Y para Takver y Tirin, creo. —¿De veras? —Shevek se levantó. No había sitio allí para dar más de cuatro pasos, pero no podía quedarse quieto—. Fue importante para mí entonces —dijo, deteniéndose en la ventana—. Pero he cambiado, aquí. Hay algo malo aquí, no sé qué es. —Yo sé —dijo Bedap—. El muro. Te has topado con el muro. Shevek se volvió con una mirada asustada. —¿El muro? —En tu caso, el muro parece ser Sabul. Sabul y quienes lo respaldan en los sindicatos de ciencias y en la CPD. En lo que a

mí atañe, hace cuatro décadas que estoy en Abbenay. Cuarenta días. Bastante para saber que si paso aquí cuarenta años no habré logrado nada, absolutamente nada, de lo que quiero hacer, el mejoramiento de la instrucción científica en los centros de aprendizaje. A menos que las cosas cambien. O a menos que me una a los enemigos. —¿Los enemigos? —Los hombrecillos. ¡Los amigos de Sabul! La gente que está en el poder. —¿De qué estás hablando, Dap? No tenemos ninguna estructura de poder. —¿No? ¿Qué da fuerza a Sabul? —No una estructura de poder, un gobierno. ¡Esto no es Urras, al fin y al cabo! —No. No tenemos gobierno, no tenemos leyes, de acuerdo. Pero hasta donde yo sé, las ideas nunca fueron manejadas por leyes y gobiernos, ni siquiera en Urras. Si lo hubieran estado, las ideas de Odo no habrían sido posibles, ni el odonianismo habría llegado a ser un movimiento mundial. Los arquistas trataron de extirparlo por la fuerza, y fracasaron. La vía más eficaz para destruir las ideas no es reprimirlas sino ignorarlas. ¡Y eso es precisamente lo que nuestra sociedad hace! Sabul te usa cuando puede, y cuando no, te impide publicar, enseñar, hasta trabajar. ¿Verdad? En otras palabras, tiene poder sobre ti. ¿De dónde lo saca? No de una autoridad constituida, no existe ninguna. No de la excelencia intelectual, que no la tiene. La saca de la cobardía innata de la mente humana común. ¡La opinión pública! Sabul es parte de esa estructura de poder, y sabe cómo usarla. La autoridad inadmitida, inadmisible que gobierna a la sociedad odoniana y sofoca el pensamiento del individuo. Shevek apoyó las manos en el antepecho de la ventana, mirando hacia afuera, hacia la oscuridad, a través del cristal empañado. Al fin dijo: —Desvarías, Dap. —No, hermano. Estoy en mi sano juicio. Lo que enloquece a la gente es tratar de vivir fuera de la realidad. La realidad es terri-

ble. Puede matarte. Si le das tiempo, te matará sin ninguna duda. La realidad es dolor... ¡Tú lo dijiste! Pero las mentiras, las evasiones de la realidad, todo eso te enloquece. Las mentiras hacen que pienses en matarte. Shevek se volvió y lo miró de frente. —¡Pero no puedes hablar en serio de un gobierno, aquí! —Las Definiciones de Tomar: Gobierno: el uso legal del poder para mantener y extender el poder. Sustituye «legal» por «rutinario», y tienes a Sabul, y al Sindicato de Instrucción y a la CPD. —¡La CPD! —La CPD es ya ahora, básicamente, una burocracia arquista. Al cabo de un momento Shevek se rió, con una risa no muy natural, y dijo: —Bueno, vamos, Dap, esto es divertido, pero un poco enfermizo, ¿no? —Shevek, ¿pensaste alguna vez que lo que el modo analógico llama enfermedad, malestar, descontento, alienación, analógicamente también podría llamarse dolor... lo que tú decías cuando hablabas del dolor, del sufrimiento? ¿Y que tienen una determinada función en el organismo, lo mismo que el dolor? —¡No! —dijo Shevek con violencia—. Yo hablaba en términos personales, en términos espirituales. —Pero hablaste de sufrimiento físico, de un hombre que se moría de quemaduras. ¡Y yo hablo de sufrimiento espiritual! De gente que ve malgastado su talento, su trabajo, su vida. De mentes bien dotadas sometidas a mentes estúpidas. De la fortaleza y el coraje estrangulados por la envidia, la ambición de poder, el miedo al cambio. El cambio es libertad, el cambio es vida... ¿Hay algo más básico en el pensamiento odoniano? ¡Pero ya nada cambia! Nuestra sociedad está enferma. Tú lo sabes. Tú sufres esa misma enfermedad. ¡Es la enfermedad suicida! —Ya basta, Dap. Acaba. Bedap no dijo más. Empezó a morderse la uña del pulgar, metódica y pensativamente. Shevek volvió a sentarse en la plataforma del lecho y hundió la cabeza entre las manos. Hubo un

largo silencio. La nieve había cesado. Un viento seco, oscuro, sacudía el cristal de la ventana. La habitación estaba fría. Ninguno de los dos se había quitado el gabán. —Mira, hermano —dijo Shevek al fin—. No es nuestra sociedad lo que frustra la creatividad del individuo. Es la pobreza de Anarres. Este planeta no fue hecho para albergar una civilización. Sí, dejamos de ayudarnos unos a otros, si no renunciamos a nuestros deseos personales por el bien común, nada, nada en este mundo estéril puede salvarnos. La solidaridad humana es nuestro único bien. —¡Solidaridad, sí! Aun en Urras, donde la comida cae de los árboles, aun allí decía Odo que la solidaridad humana es nuestra única esperanza. Pero hemos traicionado esa esperanza. Hemos permitido que la cooperación se transforme en obediencia. En Urras gobiérnala minoría, aquí la mayoría. ¡Pero es un gobierno! La conciencia social ha dejado de ser una cosa viva para transformarse en una máquina, ¡una máquina de poder, manejada por burócratas! —Tú o yo podríamos ofrecernos como voluntarios y ser elegidos para trabajar en la CPD dentro de unas décadas. ¿Nos convertiría eso en burócratas, en patrones? —No se trata de los individuos de la CPD, Shev. La mayoría de ellos se parecen a nosotros. Se nos parecen demasiado. Bien intencionados, ingenuos. Y no es sólo en la CPD. Es en todo Anarres. Centros de aprendizaje, institutos, minas, refinerías, pesquerías, fábricas de alimentos conservados, centros de desarrollo e investigación agrícola, fábricas de electricidad, comunidades de mono-producción, en todos aquellos campos en los que la función requiera pericia y una institución estable. Pero esa estabilidad da cabida al impulso autoritario. En los primeros años de la Colonización nos dábamos cuenta, estábamos atentos. La gente discriminaba entonces con mucho cuidado entre el gobierno y la administración. Lo hicieron

tan bien que olvidamos que el deseo de poder es tan fundamental en el ser humano como el impulso a ayudarnos mutuamente, y que esto hay que inculcárselo a cada nuevo individuo, en cada nueva generación. ¡Nadie nace odoniano del mismo modo que nadie nace civilizado! Pero lo hemos olvidado. No educamos para la libertad. La educación, la actividad más importante del organismo social, se ha hecho rígida, moralista, autoritaria. Los chicos aprenden a recitar las palabras de Odo como si fueran leyes... ¡La peor blasfemia! Shevek vaciló. De niño, e incluso aquí, en el Instituto, había conocido demasiado de cerca el tipo de enseñanza que descubría Bedap. Bedap aprovechó el terreno ganado: —Siempre es más fácil no pensar por tu propia cuenta. Encontrar una jerarquía agradable y segura, y dejarse estar. No cambiar nada, no arriesgarte a las censuras, no intranquilizar a tus síndicos. Dejarte gobernar es siempre más cómodo. —¡Pero no es gobierno, Dap! Los expertos y los veteranos o las cuadrillas dirigen los sindicatos; ellos conocen mejor el trabajo. ¡El trabajo tiene que hacerse, al fin y al cabo! En cuanto a la CPD, sí, podría convertirse en una jerarquía, en una estructura de poder, si no estuviera organizada para impedir precisamente que eso ocurra. ¡Recuerda cómo está montada! Voluntarios, elegidos por sorteo; un año de aprendizaje; luego cuatro años en la Nómina, y luego afuera. Nadie podría conquistar poder, en el sentido anjuista, en un sistema como éste, con sólo cuatro años de tiempo. —Algunos se quedan más de cuatro años. —¿Los consejeros? Pierden el voto. —Los votos no tienen importancia. Hay gente entre bastidores... —¡Vamos! ¡Eso es paranoia pura! Entre bastidores... ¿Cómo? ¿Qué bastidores? Cualquiera puede asistir a cualquier reunión de la CPD, y si es un síndico interesado, ¡puede intervenir en el debate y votar! ¿O tratas de decirme que aquí

tenemos políticos? Shevek estaba furioso con Bedap; tenía rojas las orejas prominentes; hablaba en voz muy alta; en todo el patio no brillaba una sola luz. Desar, en el cuarto 45, golpeó la pared pidiendo silencio. —Estoy diciendo lo que ya conoces —dijo Bedap en un tono de voz mucho más bajo—. Que es la gente como Sabul la que en realidad maneja la CPD, y la ha manejado año tras año. —Si tanto sabes —lo acusó Shevek en un murmullo áspero—, ¿por qué no lo dices en público? ¿Por qué no convocaste a una sesión de crítica en el sindicato, si tienes pruebas? Si tus ideas no pueden soportar el juicio público, no me las cuchichees aquí a medianoche. Bedap tenía ahora los ojos muy pequeños, como cuentas de acero. —Hermano —dijo—, eres un justiciero. Siempre lo fuiste. ¡Por una vez, mira afuera de tu maldita conciencia pura! Vengo aquí y cuchicheo porque sé que puedo confiar en ti, ¡maldición! ¿Con qué otro podría hablar? ¿Acaso quiero acabar como Tirin? Shevek elevó la voz, sorprendido. —¿Como Tirin? —Señalando con un gesto la pared, Bedap le pidió que se moderara—: ¿Qué pasa con Tirin? ¿Dónde está? —En el Hospicio de la Isla Segvina. —¿En el Hospicio? Bedap se sentó de costado y se abrazó las rodillas, pegadas al mentón. Hablaba en voz muy baja ahora, a regañadientes. —Tirin escribió una obra de teatro y la presentó el año después que te fuiste. Era rara, disparatada; tú sabes las cosas que a él se le ocurrían. — Bedap se pasó una mano por el pelo áspero, rojizo, y se soltó la cola—. Podía parecer antiodoniano, sí uno era estúpido. Mucha gente era estúpida. Se alborotó. Lo amonestaron. Lo amonestaron públicamente. Era algo que yo nunca había visto antes. Todo el mundo viene a las reuniones de tu sindicato y te lo cuenta en secreto. Así ponían en su sitio a un capataz o a un jefe de escuadrilla prepotente. Ahora emplean el

mismo método sólo para decirle a un individuo que deje de pensar por sí mismo. Fue horrible. Tirin no lo pudo soportar. Creo que en realidad perdió un poco la cabeza. Le parecía que todo el mundo estaba contra él. Empezó a hablar más de la cuenta, como resentido. No cosas irracionales, pero siempre críticas, siempre amargas. Y hablaba con cualquiera en ese tono. Bueno, cuando terminó el Instituto, calificado como instructor de matemáticas, pidió un destino. Consiguió uno. En una cuadrilla de reparación de carreteras en Poniente del Sur. Protestó suponiendo que había sido un error, pero las computadoras de la Divtrab dijeron lo mismo. Así que fue. —En todo el tiempo que lo conocí Tirin nunca trabajó al aire libre — interrumpió Shevek—. Desde que tenía diez años. Siempre se daba maña para conseguir algún trabajo burocrático. Lo que hizo la Divtrab era justo. Bedap no prestó atención. —No sé realmente lo que pasó allí. Me escribió varias veces, y cada vez le habían asignado otro puesto de trabajo. Siempre trabajos físicos, en comunidades pequeñas y lejanas. Escribió que dejaba el puesto y que volvía a Poniente del Norte, a verme. No volvió. Dejó de escribir. Lo encontré al fin por intermedio de los Archivos de Trabajo de Abbenay. Me enviaron una copia de la ficha, y la última entrada era clarísima: «Terapia. Isla Segvina». ¡Terapia! ¿Había asesinado a alguien, Tirin? ¿Había violado a alguien? ¿Por qué otras cosas te mandan al Hospicio? —Nadie te manda al Hospicio. Tú mismo pides que te manden. —No me hagas tragar esa mierda —dijo Bedap con una furia repentina—. ¡Él nunca pidió que lo mandaran allí! Ellos lo enloquecieron, y ellos mismos lo mandaron allí. Es de Tirin de quien te estoy hablando, Tirin, ¿te acuerdas de él? —Lo conocí antes que tú. ¿Qué crees que es el Hospicio... una cárcel? Es un albergue. Si hay criminales y desertores crónicos es

porque han pedido ir allí, porque allí no hay presiones ni castigos. Pero ¿quién es esa gente de la que siempre hablas... .ellos¿ «Ellos» lo enloquecieron, y lo demás. ¿Estás tratando de decir que todo el sistema social es nefasto, que en realidad «ellos», los perseguidores de Tirin, tus enemigos, somos nosotros, el organismo social? —Si puedes quitarte a Tirin de la conciencia como un desertor crónico, no tengo más que decirte —respondió Bedap, sentándose encorvado en la silla. Había en su voz un dolor tan evidente, tan simple, que la santa indignación de Shevek cesó de pronto. Ninguno de los dos habló durante un rato. —Será mejor que me vaya a casa —dijo Bedap desdoblándose con dificultad y poniéndose en pie. —Tienes una hora de caminata desde aquí. No seas estúpido. —Bueno, he pensado... ya que... —No seas estúpido. —Está bien. ¿Dónde está el cagadero? —A la izquierda, tercera puerta. Cuando volvió, Bedap propuso dormir en el suelo, pero como no había alfombra y sólo tenían una manta, la idea era estúpida, como opinó Shevek con voz monótona. Los dos estaban hoscos y malhumorados; doloridos, como si hubiesen peleado a puñetazos sin haber agotado toda la furia que llevaban dentro. Shevek desenrolló el colchón y la ropa de cama y se acostaron. Cuando apagaron la lámpara, una oscuridad plateada penetró en el cuarto, la penumbra de una noche ciudadana cuando hay nieve en la calle y la luz resplandece débilmente. Hacía frío. Cada uno sentía con gratitud el calor del cuerpo del otro. —Retiro lo que dije de la manta. —Escucha, Dap. No tenía intención de... —Oh, por la mañana hablaremos de eso. —Está bien. Se acercaron todavía más. Shevek se puso boca abajo y al cabo de dos minutos se quedó dormido. Bedap, mientras trataba de mantenerse despierto, fue hundiéndose en la tibieza, en el abandono profundo del sueño confiado, y se durmió.

En mitad de la noche uno de ellos lloró a gritos, en sueños. El otro extendió un brazo, adormecido, musitando palabras de alivio, y el peso ciego y cálido de aquel contacto ahuyentó todos los temores, Volvieron a encontrarse a la noche siguiente y discutieron si iban o no a vivir juntos un tiempo, como en la adolescencia. Tenían que discutirlo, porque Shevek era definidamente heterosexual y Bedap definitivamente homosexual; el placer sería sobre todo para Bedap. Shevek estaba perfectamente dispuesto, sin embargo, a reafirmar la antigua amistad; y cuando vio que el elemento sexual de la relación significaba mucho para Bedap, que era, para él, una verdadera consumación, tomó la iniciativa y con gran ternura y tenacidad convenció a Bedap de que volviera a pasar la noche con él. Tomaron una habitación particular en un domicilio en el centro de la ciudad, y allí vivieron durante cerca de una década; luego se separaron otra vez, Bedap volvió a su dormitorio y Shevek al cuarto 46. No había en ninguno de los dos un deseo sexual bastante fuerte como para que la relación fuese duradera. No habían hecho más que confirmar una mutua confianza. Sin embargo, Shevek se preguntaba a veces, mientras seguía viendo a Bedap casi a diario, qué era lo que le gustaba de su amigo y por qué confiaba en él. Las opiniones actuales de Bedap le parecían detestables, y además las repetía una y otra vez hasta el aburrimiento. Discutían con ferocidad cada vez que se encontraban. A menudo, al separarse de Bedap, Shevek se acusaba a sí mismo por haberse aferrado a una lealtad desmedida, y juraba con furia no volver a ver a Bedap. Pero lo cieno era que le gustaba mucho más Bedap el hombre que Bedap el niño. Inepto, obstinado, dogmático, destructivo: Bedap podía ser todo eso; pero había logrado una libertad de espíritu que Shevek codiciaba, aunque las ideas nacidas de esa libertad

le parecieran abominables. Había cambiado la vida de Shevek, y Shevek lo sabía. Sabía que ahora por fin estaba saliendo a flote, y que era Bedap quien le había ayudado. Reñía con Bedap a cada paso, pero seguía viéndolo, para discutir, para herir y ser herido, para encontrar lo que estaba buscando por detrás de la cólera, el rechazo, la negación. No sabía qué buscaba. Pero, sabía dónde buscarlo. Fue, conscientemente, un año tan desdichado para él como el anterior. Todavía no había avanzado un solo paso en su trabajo; en realidad, había abandonado por completo la física temporal para dedicarse una vez más a humildes trabajos prácticos, preparando diversos experimentos en el laboratorio de radiación, ayudado por un técnico diestro, silencioso, y estudiando las velocidades subatómicas. Era un campo bastante trillado, y el tardío interés de Shevek fue considerado por los demás como el reconocimiento de que por fin había renunciado a ser original. El Sindicato de Miembros del Instituto le confió un curso de física matemática para jóvenes principiantes. No sintió que hubiera triunfado por haber conseguido al fin que le permitieran enseñar, pues sólo había sido eso: se lo habían permitido, concedido. Nada lo consolaba. El hecho de que las paredes de su dura conciencia puritana se estuvieran ensanchando enormemente era cualquier cosa, pero no un consuelo. Se sentía frío y perdido. No tenía dónde abrigarse, dónde buscar refugio, de modo que seguía saliendo y alejándose en el frío, cada vez más distante, más extrañado. Bedap había hecho muchas amistades, un grupo errabundo y descontento, y algunos llegaron a simpatizar con el hombre tímido. Shevek no se sentía más cerca de ellos que de la gente convencional que conocía en el Instituto, pero eran independientes, capaces de defender la autonomía moral aun a riesgo de parecer excéntricos, y esto le interesaba.

Algunos de ellos eran intelectuales nuchnibi que desde hacía años no participaban regularmente en los trabajos comunitarios. Shevek los desaprobaba severamente, cuando no estaba con ellos. Uno de ellos era un compositor llamado Salas. Salas y Shevek tenían interés en aprender uno del otro. Salas sabía poca matemática, pero cuando Shevek le explicaba la Física en el modo analógico o el experimental, era un oyente ávido e inteligente. Del mismo modo Shevek escuchaba todo cuanto Salas pudiese decirle sobre teoría musical, y cualquier cosa que Salas le hiciera oír en las cintas grabadas o en el instrumento portátil. Pero algunas de las cosas que Salas le contaba lo perturbaban profundamente. Salas trabajaba ahora en una cuadrilla de cavadores de acequias en los Llanos del Temae, al este de Abbenay. Venía a la ciudad los tres días libres de cada década y los pasaba en compañía de una u otra muchacha. Shevek suponía que había tomado el puesto voluntariamente, porque quería, para variar, trabajar un poco al aire libre; pero luego supo que nunca le habían dado un puesto en música, ni en nada que no fueran tareas no especializadas. —¿En qué nómina estás en la Divtrab? —le preguntó, intrigado. —Trabajos generales. —¡Pero tú eres un especialista! Pasaste seis u ocho años en el Conservatorio de Música del Sindicato, ¿no? ¿Por qué no te ponen a enseñar música? —Lo hicieron. No acepté. Hasta dentro de diez años no estaré en condiciones de enseñar. Soy un compositor, recuérdalo, no un ejecutante. —Pero habrá puestos para compositores. —¿Dónde? —En el Sindicato de Música, supongo. —A los síndicos de Música no les gustan mis composiciones. En verdad, no les gustan a mucha gente, todavía. Yo solo no puedo ser un sindicato, ¿no? Salas era un hombre menudo y enjuto, ya calvo en la frente y el cráneo; llevaba lo poco que le quedaba de pelo en

una franja rubia y sedosa alrededor de la barbilla y la nuca. Tenía una sonrisa dulce, que le arrugaba la cara expresiva. —Tú sabes, no compongo como me enseñaron en el conservatorio. Compongo música disfuncional. —Sonrió con más dulzura que nunca—. Ellos quieren corales. Yo detesto los corales. Quieren piezas armónicas como las que escribía Sessur. Detesto la música de Sessur. Estoy escribiendo una pieza de música de cámara. Pensé que podría llamarla El Principio de la Simultaneidad. Cinco instrumentos tocando cada uno un tema cíclico independiente; nada de causalidad melódica; el desarrollo se apoya enteramente en la relación de las partes. Una nueva armonía, muy hermosa. Pero ellos no la oyen. No quieren oírla. ¡No pueden! Shevek reflexionó un momento. —Si la llamaras Las Alegrías de la Solidaridad —dijo—, ¿querrían oírla? —¡Caramba! —dijo Bedap, que estaba escuchando—. Es la primera cosa cínica que has dicho en tu vida, Shev. ¡Bienvenido a la cuadrilla de trabajo! Salas se echó a reír. —Tal vez sí, pero no permitirían que se grabara o tocara. No está dentro del estilo orgánico. —No me extraña no haber oído nunca música profesional cuando vivía en Poniente del Norte. Pero ¿cómo justifican este tipo de censura? ¡Tú escribes música! La música es un arte cooperativo, orgánico por definición, social. Quizá la forma más noble de comportamiento social de que seamos capaces. Sin duda una de las actividades más nobles del individuo. Y por su naturaleza, por la naturaleza de todo arte, es algo que compartes con otros. El artista comparte algo con otros, y esto es la esencia misma de lo que nace. Digan lo que digan tus síndicos, ¿cómo justifica la Divtrab que no te den un puesto en tu propio campo? —No quieren compartirla —dijo Salas con buen humor—. Los asusta. Bedap habló en tono más grave: —Pueden justificarlo porque la música no es

algo útil. Cavar acequias es importante, tú lo sabes; la música es simple decoración. El círculo se ha cerrado alrededor del utilitarismo más ruin. Hemos renegado de la complejidad, la vitalidad, la libertad de invención e iniciativa que eran el alma misma del ideal odoniano. Hemos retrocedido a la barbarie. ¡Si es nuevo, escapa; si no puedes comerlo, tíralo! Shevek pensó en su propio trabajo y no encontró nada que decir. A pesar de todo, no podía aceptar las críticas de Bedap. Bedap le había hecho comprender que él, Shevek, era un auténtico revolucionario; pero tenía la convicción profunda de que era revolucionario por crianza y educación, como odoniano y como anarresti. No podía rebelarse contra su sociedad, porque esa sociedad, inteligente-: mente concebida, era ella misma una revolución, una revolución permanente, un proceso continuo. Para corroborar la validez y la fuerza de esa sociedad bastaba con que uno actuara, sin temor al castigo y sin esperar recompensa: que actuara desde el centro del alma. Bedap y algunos de sus amigos habían resuelto salir de vacaciones juntos, por una década, e ir de excursión al Ne Theras. Habían convencido a Shevek de que los acompañara. A Shevek le agradaba la perspectiva de diez días en las montañas, pero no la de diez días escuchando a Bedap. La conversación de Bedap se parecía excesivamente a las Sesiones de Crítica, la actividad comunal que menos le había gustado siempre, en las que todo el mundo se levantaba y se quejaba de los defectos estructurales de la comunidad y, por lo común, de los defectos de carácter de los vecinos. Cuanto más se acercaban las vacaciones, menos lo atraían. No obstante, se metió un cuaderno en el bolsillo, para poder apartarse y fingir que trabajaba, y fue en busca de los otros. Se reunieron detrás del paradero de camiones de Punta del Oeste a primera hora de la mañana, tres mujeres y tres hombres.

Shevek no conocía a ninguna de las mujeres, y Bedap le presentó sólo a dos. Cuando se pusieron en camino rumbo a las montañas, se encontró al lado de la tercera. —Shevek —dijo él. Ella dijo: —Ya sé. Shevek comprendió que sin duda la había conocido antes en alguna parte y que tendría que saber cómo se llamaba. Las orejas se le pusieron rojas. —¿Te estás haciendo el gracioso? —le preguntó Bedap, acercándose por la izquierda—. Takver estaba con nosotros en el Instituto de Poniente del Norte. Hace dos años que vive en Abbenay. ¿No os habéis visto nunca hasta añora? —Yo lo vi un par de veces —dijo la joven, y se rió de Shevek. Tenía la risa de una persona a quien le gusta comer bien, una boca grande, infantil. Era alta y más bien delgada, de brazos torneados y caderas anchas. La cara trigueña, inteligente y alegre no era muy bonita. Tenía en los ojos una zona oscura, no la opacidad de los ojos oscuros y brillantes sino algo abismal, casi como ceniza fina, negra, profunda, muy suave. Shevek, al encontrar aquellos ojos, supo que había cometido un error imperdonable al olvidarla, y en ese mismo instante supo también que había sido perdonado. Que estaba de suerte. Que su suerte había cambiado. Emprendieron el camino de las montañas. En el frío atardecer del cuarto día de excursión, él y Takver estaban sentados en una ladera desnuda y escarpada al borde de una garganta. Cuarenta metros más abajo un torrente de montaña se precipitaba ruidoso por el barranco, entre las rocas salpicadas de espuma. Había poca agua en Anarres; el agua potable escaseaba en casi todas las regiones; los ríos eran conos. Sólo en las montañas había ríos rápidos. El sonido del agua que gritaba y reía y cantaba era nuevo para ellos. Habían estado trepando y gateando arriba y abajo por las gargantas de aquella comarca montañosa, y tenían las piernas cansadas. El resto del grupo esta-

ba en el Refugio del Camino, un albergue de piedra construido por y para excursionistas, y bien cuidado; la Federación del Ne Theras era el más activo de los grupos voluntarios que cuidaban de los parajes «pintorescos» de Anarres, no muy numerosos. Un guardabosque que vivía allí en el verano estaba ayudando a Bedap y los otros a preparar una cena con las provisiones de las bien abastecidas despensas. Takver y Shevek habían salido, en ese orden, por separado, sin anunciar a dónde iban o, en realidad, sabiéndolo de antemano. La encontró en la ladera escarpada, sentada entre las delicadas matas de zarzaluna que crecían allí como nudos de encaje, las ramas tiesas, frágiles y plateadas a la media luz crepuscular. En un claro entre los picos orientales el cielo incoloro anunciaba la salida de la luna. El fragor del torrente resonaba en el silencio de las colinas altas, descarnadas. No había viento, ni nubes. El aire que se elevaba por encima de las montañas parecía de amatista, duro, diáfano, profundo. Estuvieron sentados allí un rato, sin hablar. —Nunca en mi vida me he sentido atraído por una mujer como me he sentido atraído por ti. Desde que empezamos esta excursión. —El tono de voz de Shevek era frío, casi irritado. —No tenía intención de estropearte las vacaciones —dijo ella, con una risa abierta, infantil, demasiado ruidosa para la media luz. —¡No las estropeas! —Me alegro. Pensé que decías que te distraigo. —¡Que me distraes! Es como un terremoto. —Gracias. —No es por ti —dijo él roncamente—. Es por mí. —Eso es lo que crees —dijo ella. Hubo una pausa más larga. —Si quieres copular —dijo ella—, ¿por qué no me lo pediste? —Porque no estoy seguro de quererlo. —Tampoco yo. —La sonrisa había desaparecido—. Escucha —dijo. La voz era dulce y casi sin timbre; tenía la misma cualidad aterciopelada de los ojos—. Tengo que decírte-

lo. —Pero lo que tenía que decirle quedó sin decir un largo rato. Shevek la miraba con una aprensión tan implorante que ella se apresuró a hablar, precipitadamente—: Bueno, sólo diré que no quiero copular contigo ahora. Ni con nadie. —¿Has renunciado al sexo? —¡No! —dijo ella con una indignación que no explicó. —Yo, es como si hubiera renunciado —dijo él, arrojando un guijarro al río—. O soy impotente. Ya hace medio año, y fue sólo con Dap. Casi un año, en realidad. Era cada vez más insatisfactorio, hasta que renuncié a intentarlo. No valía la pena. No merecía el esfuerzo. Y sin embargo yo... recuerdo... sé cómo tendría que ser. —Bueno, es lo mismo —dijo Takver—. Me divertí mucho copulando, hasta los dieciocho o los diecinueve. Me parecía excitante, e interesante, y había placer. Pero después... no sé. Como tú dices, empezó a ser insatisfactorio. Yo no quería placer. No sólo placer, quiero decir. —¿Quieres niños? —Cuando llegue el momento. Shevek tiró otra piedra al río, que se perdía entre las sombras del barranco dejando una estela de ruido, una armonía continua de sonidos inarmónicos. —Yo quiero terminar un trabajo —dijo él. —¿Te ayuda el celibato? —Hay una relación. Pero no sé cuál es, no es causal. Hacia la época en que el sexo empezó a corromperse para mí, lo mismo me ocurrió con el trabajo. Cada vez más. Tres años sin llegar a nada. La esterilidad. La esterilidad en todos los flancos. Hasta donde alcanza la vista se extiende el desierto infértil, bajo el resplandor implacable de un sol despiadado, un páramo sin vida, sin huellas, sin accidentes, sin sustancia, sembrado con los huesos de infelices caminantes... Takver no se rió, dejó escapar un quejido de risa, como si le doliera. Shevek trató de verle la cara. Detrás de la cabeza oscura de Takver el cielo era duro y claro. —¿Qué tiene de malo el placer, Takver? ¿Por qué no lo quieres?

—No tiene nada de malo. Y en realidad lo quiero. Sólo que no lo necesito. Y si tomo lo que no necesito, nunca tendré lo que en realidad necesito. —¿Qué necesitas? Ella miró para abajo, al suelo, rascando con la uña la superficie de una roca. No dijo nada. Se inclinó hacia adelante para arrancar una ramita de zarzaluna, pero no la arrancó, se limitó a acariciarla, a palpar el tallo velludo y la hoja frágil. Shevek notó la tensión de los movimientos de ella, como si luchara tratando de contener o refrenar una tormenta de emociones, para poder hablar. Cuando habló, lo hizo en voz baja y un poco áspera. —Necesito el vínculo —dijo—. El verdadero. Cuerpo y mente y todos los años de la vida. Nada más. Nada menos. Alzó la vista y lo miró con desafío, quizá con odio, En Shevek crecía misteriosamente la alegría, como el sonido y el olor del agua que se alzaban en la oscuridad. Tenía una sensación de infinitud, de claridad, de claridad completa, como si hubiera sido liberado. Detrás de la cabeza de Takver, el cielo resplandecía a la luz de la luna; los picos flotaban límpidos y plateados. —Sí, es eso —dijo, distraídamente, como si no advirtiera que estaba hablándole a alguien; decía lo que le venía a la cabeza, pensativo—. Yo nunca lo vi. En la voz de Takver había aún un leve resentimiento. —Nunca tuviste que verlo. —¿Por qué no? —Supongo que porque nunca te pareció posible. —¿Posible, qué quieres decir? —¡La persona! Shevek lo pensó. Estaban sentados a casi un metro de distancia, abrazándose las rodillas porque empezaba a hacer frío. El aire les llegaba a la garganta como agua helada, y flotaba ante ellos como un vapor ligero a la creciente claridad de la luna. —La noche que lo vi —dijo Takver— fue la noche antes de que te fueras del Instituto de Poniente del Norte. Hubo una fiesta, ¿recuerdas? Algunos nos quedamos levantados y conversamos toda la noche. Pero eso fue

hace cuatro años. Y tú ni siquiera sabías mi nombre. —El rencor había desaparecido de su voz; parecía querer disculparlo. —¿Tú viste en mí, entonces, lo que yo he visto en ti en estos últimos cuatro días? —No sé. No sabría decirlo. No era sólo algo sexual. Ya me había fijado en ti antes, de ese modo. Esto era diferente. Te vi a ti. Pero no sé lo que tú ves ahora. Y no sabía realmente qué veía yo entonces. No te conocía bien, no te conocía nada. Sólo que, cuando hablaste, me pareció ver claro en ti, en el centro. Pero podías haber sido muy diferente. Eso no sería culpa tuya, al fin y al cabo —añadió—. Sólo supe que veía en ti lo que yo necesitaba. ¡No únicamente lo que quería! —¿Y has estado dos años en Abbenay y nunca...? —¿Nunca qué? Era todo cosa mía, todo en mi cabeza, tú ni siquiera sabías mi nombre. ¡Una persona sola no puede hacer un vínculo! —Y tenías miedo de que si venías a mí yo quizá no quisiera el vínculo. —No era miedo. Sabía que tú eras una persona... a quien no se podía forzar... Bueno, sí, tenía miedo. Tenía miedo de ti. No de cometer un error. Sabía que no era un error. Pero tú eras... tú. No te pareces a la mayoría de la gente, ¿sabes? ¡Te tenía miedo porque sabía que eras mí igual! — concluyó Takver con vehemencia; pero un momento después dijo muy suavemente, con ternura—: En realidad no importa, Shevek, sabes. Era la primera vez que Takver lo llamaba por el nombre. Se volvió a ella y dijo tartamudeando, ahogándose casi: —¿No importa? Primero me enseñas... me enseñas lo que importa, lo que realmente importa, lo que he necesitado toda mi vida... y luego me dices que no importa. Estaban frente a frente ahora, pero no se habían tocado. —¿Es eso lo que necesitas, entonces? —Sí. El vínculo. La posibilidad. —¿Ahora... para toda la vida? —Ahora y para toda la vida. Vida, dijo el torrente precipitándose piedras abajo en la tría oscuridad.

Cuando Shevek y Takver volvieron de las montañas se mudaron a una habitación doble. No había ninguna libre cerca del Instituto, pero Takver sabía de una no demasiado distante en un antiguo domicilio del norte de la ciudad. Para conseguir el cuarto fueron a ver a la administradora de manzanas -Abbenay estaba dividido en unos cien distritos administrativos, llamados manzanas-, una tallista de lentes que trabajaba en su casa y mantenía a tres niños de corta edad. Guardaba el fichero de viviendas en el estante alto de un armario, para que no lo alcanzaran los niños. Vio que la habitación estaba registrada como vacante. Shevek y Takver la registraron como ocupada, y firmaron. Tampoco la mudanza fue complicada. Shevek llevó una caja con papeles, y la manta anaranjada. Takver tuvo que hacer tres viajes. Primero a la proveeduría de ropas del distrito a conseguir un conjunto de prendas nuevas para cada uno, algo que ella sentía oscura pero intensamente como indispensable para iniciar la sociedad. Luego fue a su antiguo dormitorio, una vez en busca de ropas y papeles, y otra, con Shevek, para llevarse una cantidad de objetos curiosos: complejas formas concéntricas de alambre que se movían y se transformaban lentamente hacia adentro cuando las colgaba del techo. Las había hecho con restos de alambres y las herramientas del depósito de material de artesanía, y las llamaba Ocupantes del Espacio Deshabitado. Una de las dos sillas del cuarto estaba decrépita, de modo que la llevaron al taller de reparaciones, donde consiguieron una sólida. Con esto completaron el mobiliario. La nueva habitación tenía el techo alto, lo que la hacía aireada y con espacio de sobra para los ocupantes. El domicilio se levantaba en una de las colinas bajas de Abbenay, y el cuarto tenía una ventana esquinada que recibía el sol de la tarde, con vista a la ciudad, las calles y las plazas, los

tejados, el verde de los parques, y más allá las llanuras. La vida en común después de la larga soledad, el goce abrupto, pusieron a prueba la estabilidad de Shevek y de Takver. En las primeras décadas Shevek tenía arranques salvajes de exaltación y de angustia; ella tenía accesos de mal humor. Los dos eran ultrasensibles y poco experimentados. La tensión se disipó poco a poco, mientras iban conociéndose. El hambre sexual persistía como un deleite apasionado, el deseo de comunión se renovaba en ellos diariamente porque se satisfacía diariamente. Ahora era claro para Shevek, y le hubiera parecido un desatino pensar de otra manera, que los años de desdicha en esta ciudad habían sido parte de esta gran felicidad presente, pues lo habían llevado a ella, preparado para ella. Todo cuanto le había ocurrido era parte de lo que ocurría ahora. Takver no veía aquella oscura concatenación de efecto/causa/efecto, pero ella no conocía la física temporal. Veía el tiempo ingenuamente como un camino que se extendía, allá adelante. Uno caminaba hacia adelante y llegaba a algún lugar. Si tenía suerte, llegaba a un lugar al que valía la pena llegar. Pero cuando Shevek retomó esa metáfora, y la expuso en su propio lenguaje, explicando que si el pasado y el futuro no llegaban a ser parte del presente por obra de la memoria y la intención, no había, en términos humanos, ningún camino, ningún lugar a donde ir, ella asintió antes que él hubiera explicado la mitad de la teoría. —Exactamente —dijo—. Eso es lo que estuve haciendo los últimos cuatro años. No es todo suerte. Sólo en parte. Tenía veintitrés años, medio menos que Shevek. Había crecido en una comunidad agrícola, Valle Redondo, en el Noreste. Era un paraje aislado, y antes de ir al Instituto de Poniente del Norte había trabajado más duramente que la mayoría de los jóvenes anarresti. En Valle Redondo apenas había gente

para hacer las tareas más indispensables, y como los índices de producción eran allí mínimos dentro de la economía general, las computadoras de la Divtrab no lo tenían en cuenta. A los ocho años, Takver había trabajado en el molino tres horas diarias, separando la paja y las piedras del grano de holum, luego de tres horas de escuela. Poca de la enseñanza práctica que había recibido de niña tenía como objeto el enriquecimiento personal: había sido parte de la lucha de la comunidad por la supervivencia. En las épocas de siembra y cosecha todos los mayores de diez y los menores de sesenta trabajaban en los campos, el día entero. A los quince se había ocupado de coordinar los programas de trabajo en las cuatrocientas parcelas agrícolas de Valle Redondo, y había ayudado a la dietista en el refectorio de la ciudad. No había nada fuera de lo común en todo esto, y Takver no lo recordaba a menudo, pero había contribuido sin duda a modificar ciertos aspectos de su carácter y opiniones. Shevek se alegraba de haber hecho su parte de kleggish, porque Takver despreciaba a la gente que evitaba los trabajos físicos. —Míralo a Tinan —decía—, lloriqueando y gimiendo porque ha conseguido un puesto de cuatro décadas en la cosecha de raíces de holum. ¡Es tan delicado como un huevo de pez! ¿Habrá tocado alguna vez la suciedad? —Takver no era particularmente caritativa, y tenía un temperamento violento. Había estudiado biología en el Instituto Regional de Poniente del Norte, con suficiente éxito como para decidir trasladarse al Instituto Central y seguir estudiando allí. Al cabo de un año había solicitado un puesto en un nuevo sindicato. Estaban montando un laboratorio para estudiar el mejoramiento y la propagación de los peces comestibles en los tres océanos de Anarres. Cuando le preguntaban qué hacía, respondía: —Soy genetista ictícola. —Le gustaba el tra-

bajo; combinaba dos elementos que ella valoraba: la investigación minuciosa, concreta, y una meta específica. Sin un trabajo de este tipo no se habría sentido satisfecha. Pero no le bastaba. La mayor parte de lo que pasaba por la mente y el espíritu de Takver tenía poco que ver con la genética de los peces. El interés que sentía por los paisajes y las criaturas vivas era apasionado. Ese interés, débilmente expresado por las palabras «amor a la naturaleza», le parecía a Shevek algo mucho más vasto que el amor. Hay almas, pensaba, a las que nunca se les ha cortado el cordón umbilical. Que nunca se desprenden del seno del universo. Esas almas no ven en la muerte a un enemigo; desean pudrirse y transformarse en humus. Era extraño ver a Takver tomar en la mano una hoja, o hasta una piedra. Se transformaba en una prolongación de la hoja o la piedra, o ellas en una prolongación de Takver. Le mostró a Shevek los estanques de agua marina en el laboratorio, cincuenta o más familias de peces, grandes y pequeños, parduscos y llamativos, elegantes y grotescos. Shevek estaba fascinado y un poco intimidado. En los océanos de Anarres abundaba la vida animal, que faltaba en la tierra. En aquellos mares, incomunicados durante millones de años, las formas de vida habían evolucionado siguiendo distintos cursos. Eran de una variedad prodigiosa. Nunca se le había ocurrido a Shevek que la vida pudiera proliferar con tanto ímpetu, con tanta exuberancia, que la exuberancia fuera quizá la cualidad esencial de la vida. En la tierra, las plantas crecían bien, a su manera, ralas y espinosas, pero los animales que habían intentado respirar el aire oxigenado renunciaron al proyecto cuando el clima del planeta entró en una era milenaria de polvo y sequedad. Las bacterias sobrevivían, muchas de ellas litófagas, y había unos cuantos centenares de especies de lombrices y crus-

táceos. El hombre se adaptó con cautela y peligro a esta ecología precaria. Si pescaba, pero sin una excesiva codicia, y si cultivaba, utilizando desechos orgánicos como fertilizantes, podía adaptarse. Pero no pudo adaptar a ningún otro ser vivo. No había pasto para los herbívoros. No había herbívoros para los carnívoros. No había insectos que fecundaran las flores; los árboles frutales importados eran siempre fertilizados a mano. Para no poner en peligro el delicado equilibrio de la vida no introdujeron de Urras ninguna especie animal. Sólo fueron los Colonos, y tan expurgados por fuera y por dentro que llevaron consigo sólo un mínimo de fauna y de flora privadas. Ni siquiera la pulga había llegado a Anarres.

—Me gusta la biología marina —dijo Takver a Shevek frente a los acuarios—; es tan compleja, una verdadera maraña. Este pez se come a aquel que come a los pequeños que comen a los ciliados que comen bacterias, y así sigue la ronda. En la tierra no hay más que tres familias, todas invertebradas, si descontamos al hombre. Nosotros los anarresti estamos artificialmente aislados. En el Viejo Mundo hay dieciocho familias de animales terrestres; hay clases, como los insectos, que tienen tantas especies que nunca han podido contarlas, y algunas de esas especies tienen poblaciones de miles de millones. Piensa en eso: por donde mires, animales, otras criaturas que comparten contigo el aire y la tierra. Hacen que te sientas tanto más uní pane. —Siguió con la mirada la curva fugitiva de un pequeño pez azul a través del estanque en sombras.

Shevek, absorto, seguía el rastro del pez y el rastro de los pensamientos de Takver. Vagabundeó un rato entre las piscinas, y volvió a menudo con ella al laboratorio y a los acuarios, despojándose de su arrogancia de físico ante aquellas vidas pequeñas y extrañas, seres para quienes el presente es eterno, seres que no se explican a

sí mismos y nunca necesitan explicarles a los hombres por qué son así. La mayoría de los anarresti trabajaban de cinco a siete horas diarias, con dos a cuatro días libres cada década. Los pormenores de regularidad, puntualidad, días libres, etcétera, eran decididos entre el individuo y el grupo, cuadrilla, sindicato o federación que coordinase el trabajo, en cualquier nivel en que pudieran mejorarse la eficiencia y la cooperación. Takver investigaba también por cuenta de ella, pero el trabajo y los peces tenían sus propias e imperiosas demandas: pasaba de dos a diez horas diarias en el laboratorio, sin jornadas de descanso. Shevek tenía a la sazón dos puestos docentes, un curso de matemática avanzada en un centro de aprendizaje y otro en el Instituto. Los dos eran matutinos y volvía al cuarto al mediodía. Por lo general Takver aún no había regresado. El edificio estaba en silencio. El sol no había dado aún la vuelta hasta la doble ventana que miraba al sur y al oeste y dominaba la ciudad y las llanuras. La habitación estaba fresca y en sombras. Los delicados móviles concéntricos suspendidos del techo a distintas alturas se movían con la introvertida precisión, el silencio y el misterio de los órganos corporales o los procesos de una mente. Shevek se sentaba a la mesa debajo de las ventanas y se ponía a trabajar, leyendo o haciendo notas o cálculos. Poco a poco entraba el sol, los rayos pasaban por encima de los papeles que estaban sobre la mesa, por encima de las manos sobre los papeles, e inundaban el cuarto de luz. Y Shevek trabajaba. Los falsos comienzos y futilezas de los años anteriores resultaron ser basamentos, cimientos puestos a ciegas aunque bien puestos. Sobre ellos, metódica y cautelosamente pero con una habilidad y una certeza que no parecían venir de él, sino de un conocimiento que pasaba por él, que lo usaba como vehículo, Shevek edificaba la

hermosa e inmutable estructura de los Principios de la Simultaneidad. A Takver, como a cualquier hombre o mujer que ha decidido acompañar a un espíritu creador, no siempre le era fácil aquella vida. Aunque la existencia de Takver era necesaria para Shevek, la presencia real de ella podía ser una distracción, Takver evitaba volver al cuarto demasiado temprano, pues a menudo él dejaba de trabajar cuando ella llegaba, y ella tenía la impresión de que esto no era justo. Más adelante, cuando fueran gente mayor, aburrida, él podría ignorarla, pero no a los veinticuatro. Por lo tanto ella organizaba las tareas de laboratorio para no regresar hasta media tarde. La solución no era perfecta, pues Shevek necesitaba que lo cuidaran. Los días en que no tenía clases podía estar sentado a la mesa de seis a ocho horas consecutivas. Cuando se levantaba trastabillaba, parpadeaba, le temblaban las manos, y era apenas coherente. El uso que el espíritu creador hace efe sus vehículos es brutal, los consume, los descarta, busca un nuevo modelo. Para Takver no había repuestos, y cuando veía de qué forma despiadada se servía de Shevek, protestaba. Hubiera exclamado como Asieo, el esposo de Odo: —Por amor de Dios, mujer, ¿no puedes servir a la Verdad poco a poco? —con la diferencia de que la mujer era ella, y no tenía relación con Dios. Conversaban, salían a caminar o a los baños, luego a cenar en el comedor del Instituto. Después de la cena había reuniones, o un concierto, o veían a los amigos, Bedap y Salas, y otros del mismo círculo, Desar y gente del Instituto, colegas y amigos de Takver. Pero las reuniones y los amigos pertenecían a un orden periférico. Para ellos la participación social o sociable no era necesaria; les bastaba la sociedad de ellos mismos y no podían ocultarlo. Sin embargo, no parecía ofender a los otros. Al contrario quizá: Bedap, Safas, Desar y el resto acu-

dían a ellos como gente sedienta que acude a un manantial. Los otros eran periféricos para ellos: pero ellos eran centrales para los demás. No porque hicieran mucho: no eran ni más benevolentes ni conversadores más brillantes que otros; y sin embargo sus amigos los querían, dependían de ellos, y siempre les llevaban regalos, las pequeñas ofrendas que circulaban entre esta gente que no poseía nada y lo poseía todo: una bufanda tejida a mano, un trozo de granito tachonado de rubíes, una vasija torneada en el taller de la Federación de Alfareros, un poema sobre el amor, un juego de botones tallados en madera, una caracola del Mar Sorruba. Le daban el regalo a Takver, diciendo: «Ten, esto podría gustarle a Shevek como pisapapeles» o a Shevek, diciendo: «Ten, a Takver quizá te guste este color». Dando trataban de participar de lo que Shevek y Takver compartían, y también celebrar, y alabar. Fue un verano largo, largo y luminoso, aquel verano del año ciento sesenta de la Colonización de Anarres. Las lluvias copiosas de la primavera habían reverdecido las Llanuras de Abbenay y asentado el polvo, y el aire era de una insólita diafanidad; durante el día el sol brillaba, cálido, y por las noches las estrellas resplandecían apretadas. Cuando la Luna estaba en el cielo bajo las deslumbrantes volutas blancas de las nubes, se alcanzaban a ver los bordes de los continentes. —¿Por qué parece tan hermosa? —dijo Takver, acostada junto a Shevek bajo la manta de color naranja. Suspendidos del techo, los Ocupantes del Espacio Deshabitado flotaban apenas visibles en la habitación sin luz; afuera, del otro lado de la ventana, pendía, brillante, la Luna llena—. Cuando sabemos que es un planeta igual a éste, sólo que con un clima mejor y gente peor; cuando sabemos que todos allí son un vasto propietariado, y que hacen guerras, y que hacen leyes, y comen mientras otros

pasan Hambre, y aun así envejecen y tienen mala suerte y rodillas reumáticas, y callos en los pies igual que la gente de aquí... cuando sabemos todo eso, ¿por qué parece tan feliz... como si allí la vida fuera tan feliz? No puedo mirar ese resplandor e imaginarme que también allí vive un hombrecito horrendo de mangas grasientas y mente atrofiada como Sabul; no puedo. La luna les iluminaba los brazos y los pechos desnudos. La pelusa débil, leve de la cara de Takver la envolvía en una tenue aureola; el cabello y las sombras eran negros. Shevek le acarició el brazo plateado con la mano de plata, maravillado por la tibieza del tacto en esa luz fría. —Si puedes ver una cosa completa —dijo—, siempre te parece hermosa. Los planetas, las vidas... Pero de cerca, un mundo es tierra y piedras. Y día a día, la vida es un trabajo duro, te cansas, te pierdes. Necesitas distancia, intervalo. Para ver qué hermosa es la tierra hay que verla como la luna. Para ver qué hermosa es la vida, hay que contemplaría desde la altura de la muerte. —Eso está muy bien para Urras. Dejémosla allí y que sea la luna... ¡yo no la quiero! Pero no me alzaré sobre la tumba para mirar la vida desde arriba y decir: «¡Qué maravillosa!» Quiero verla toda en el centro mismo, aquí, ahora. Me importa un bledo la eternidad. —No tiene nada que ver con la eternidad —dijo Shevek, sonriendo, un delgado y velludo hombre de plata y sombra—. Todo cuanto necesitas para ver la totalidad de la vida, es verla como mortal. Yo moriré, tú morirás; ¿cómo podríamos amarnos si no fuera así? El sol se apagará, ¿qué otra cosa lo mantiene brillante? —¡Ah, tu charla, tu maldita filosofía! —¿Charla? No es charla. No es razón. Es el tacto de la mano, estoy tocando la totalidad, la tengo. ¿Cuál es la luz de la luna, cuál es Takver? ¿Cómo voy a temer a la muerte? Cuando la tengo, cuando tengo en mis manos la luz... —Hablas como un

propietario —musitó Takver. —Corazón amado, no llores. —No estoy llorando. Tú estás llorando. Estas son tus lágrimas. —Tengo frío. La luz de la luna es fría. —Acuéstate. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo a Shevek cuando ella lo abrazó. —Tengo miedo, Takver —murmuró. —Hermano, alma querida, silencio. Durmieron abrazados esa noche, muchas noches.

Capítulo 7

Urras

Shevek encontró una carta en un bolsillo del nuevo gabán con forro de vellón que había encargado para el invierno en la tienda de la cañe pesadilla. No tenía idea de cómo había aparecido allí. No había llegado por cierto con el correo que le entregaban tres veces al día, y que consistía enteramente en manuscritos y reediciones de físicos de todo Urras, invitaciones a recepciones y cándidos mensajes de escolares. Era una hoja de papel delgado, doblada y pegada, sin sobre; no llevaba sello ni franquicia de ninguna de las tres empresas de correos rivales. La abrió, con una vaga aprensión, y leyó: «Si eres un Anarquista por qué colaboras con el sistema traicionando a tu Mundo y la Esperanza Odoniana o estás aquí para traernos esa Esperanza. Víctimas de la injusticia y la represión esperamos del Mundo Hermano la luz de la libertad en la noche oscura. ¡Únete a nosotros tus hermanos!» No había ninguna firma, ninguna dirección. Fue para Shevek una conmoción física e intelectual, un sobresalto no de sorpresa, sino una

especie de pánico. Sabía que existían, ¿pero dónde estaban? No los había conocido, no había visto uno solo, no había encontrado gente pobre. Habían levantado un muro alrededor de él, y él ni siquiera lo había notado. Lo había aceptado como si fuera parte del propietariado de ese mundo. Lo habían elegido por unanimidad, como dijera Chifoilisk. Pero no sabía cómo derribar el muro. ¿Y si lo supiera, a dónde podía ir? El pánico lo cercaba, cerrándose cada vez más. ¿A quién pedir ayuda? Estaba todo rodeado por las sonrisas de los ricos. —Me gustaría hablar con usted, Efor. —Sí, señor. Discúlpeme, señor, hago sitio para dejar esto aquí. El sirviente depositó con destreza la pesada bandeja, retiró las tapas efe los platos, vertió el chocolate amargo que subió en espumas hasta el borde de la taza sin derramarse ni salpicar alrededor. Era evidente que el hombre disfrutaba del ritual del desayuno y de su propia pericia, y que no deseaba ninguna interrupción insólita. A menudo hablaba un iótico perfectamente claro, pero ahora, ni bien Shevek le dijo que quería conversar con él, se refugió en el staccato del dialecto urbano. Shevek había aprendido a entenderlo un poco, el cambio en el valor de los sonidos era consistente una vez que uno lo captaba, pero se le escapaban las apócopes, que suprimían la mitad de las palabras. Era una especie de código, pensaba Shevek; como si los «nioti», como se llamaban a sí mismos, no quisieran que la gente de afuera entendiera lo que decían. El sirviente permaneció en pie atento a los deseos de Shevek. Sabía - había aprendido a conocer la idiosincrasia de Shevek en la primera semanaque Shevek no quería que le acercara la silla, o que esperara junto a él mientras comía. La postura erecta, solícita del hombre bastaba para desalentar cualquier esperanza de informalidad. —¿Quiere sentarse, Efor? —Con el permiso de us-

ted, señor —respondió el hombre. Corrió una silla media pulgada, pero no se sentó. —De esto quiero hablarle. Usted sabe que no me gusta darle órdenes. —Trato de hacer las cosas a gusto de usted, señor, sin esperar a que me lo ordene. —Las hace...; no me refiero a eso. Usted sabe, en mi país nadie da órdenes. —Eso he oído decir, señor. —Bien, quiero conocerlo a usted como mí igual, mi hermano. Usted es la única persona que conozco aquí que no es uno de los ricos... uno de los amos. Me interesa muchísimo hablar con usted. Quiero conocer la vida de usted... Advirtió una mueca de desprecio en la arrugada cara de Efor, y se interrumpió con desesperación. Había cometido todos los errores posibles. Efor lo tomaba por un entrometido, un imbécil que lo trataba con arrogante condescendencia. Dejó caer las manos sobre la mesa en un gesto de impotencia y dijo: —¡Oh, demonios, lo siento, Efor! No sé cómo decirle lo que quiero. Olvídelo, por favor. —Como usted diga, señor. —Efor se retiró. No había nada que hacer. Las «clases desposeídas» seguían siendo algo tan remoto como cuando había leído sobre ellas en el Instituto Regional de Poniente del Norte. Mientras tanto, había prometido pasar una semana con los Oiie, entre los trimestres de verano y primavera. Oiie lo había invitado a cenar varias veces después de la primera visita, siempre con cierto empaque, como si estuviese cumpliendo un deber de hospitalidad, o una orden del gobierno, quizás. En su propia casa, sin embargo, aunque nunca del todo expansivo y confiado con Shevek, era genuinamente cordial. En la segunda visita los dos hijos de Oiie habían decidido que Shevek era un viejo amigo, y evidentemente la confianza de los niños desconcertaba al padre. Se sentía inquieto; no podía aprobarla, realmente; pero tampoco podía decir que fuese injustificada. Shevek se comportaba como un viejo amigo,

como un hermano mayor. Los niños lo admiraban, y el más pequeño, Ini, llegó a quererlo apasionadamente. Shevek era tierno, serio, sincero, y les contaba excelentes historias acerca de la Luna; pero había algo más. Representaba algo para Ini que él no podía describir. Incluso mucho más tarde, todavía influido de un modo profundo y oscuro por esa fascinación infantil, Ini no encontraba palabras para explicarla, sólo palabras que conservaban algún eco de aquella fascinación: la palabra viajero, la palabra exiliado. La única nieve espesa del año cayó aquella semana. Shevek no había visto nunca una nevada de más de dos o tres centímetros. La extravagancia, la prodigalidad de la ventisca lo regocijaban. Le deleitaba ver aquel exceso. Era demasiado blanco, demasiado frío, silencioso e indiferente para que el más sincero de los odonianos pudiera llamarlo excrementicio; verlo como otra cosa que una magnificencia inocente hubiera sido mezquindad de alma. Ni bien el cielo se aclaró, salió a la nieve con los niños, tan entusiasmados como él. Corretearon por el gran jardín de los fondos de la casa, arrojaron bojas de nieve, construyeron túneles, castillos y fortalezas de nieve. Sewa Oiie estaba con su cuñada Vea en la ventana, mirando jugar a los niños, al hombre, y a la pequeña nutria. La nutria se había construido un tobogán en una de las paredes inclinadas del castillo de nieve y se deslizaba cuesta abajo una y otra vez, chillando, excitada. Los chicos tenían las mejillas encendidas. El hombre, los largos cabellos ásperos de un caoba grisáceo sujetos a la nuca con un trozo de cuerda y las orejas encarnadas de frío, cavaba con energía. —¡Aquí no! —¡Cava allí! —¿Dónde está la pala? —¡Tengo hielo en el bolsillo! —resonaban constantemente las voces infantiles. —Ahí tienes a nuestro extraño —dijo Sewa, sonriendo. —El más grande de los físicos vivientes —dijo la cuña-

da—. ¡Qué divertido! Cuando entró, resoplando y pateando nieve y exhalando el vigor renovado y frío y el bienestar que sólo conocen quienes entran en una casa viniendo de la nieve, fue presentado a la cuñada. Shevek extendió la mano grande, dura y fría y miró a Vea con ojos afables. —¿Usted es la hermana de Demacre? —dijo—. Sí, es idéntica. Y este comentario, que en labios de cualquier otro le habría parecido insípido, le gustó enormemente a Vea. «Es un hombre», siguió pensando toda aquella tarde. «Un hombre auténtico, ¿Qué es eso que hay en él?» Se llamaba Vea Doern Oiie, a la usanza ioti; su marido Doem era presidente de un gran monopolio industrial y viajaba con frecuencia, pasando la mitad de cada año en el extranjero como representante del gobierno. Todo esto le fue explicado a Shevek mientras la observaba. En ella, la pequeñez, los colores pálidos de Demacre, y los ojos negros y ovales habían sido trasmutados en belleza. Los pechos, hombros y brazos eran redondos, suaves, y muy blancos. Shevek se sentó al lado de ella en la mesa de la cena. Le miró todo el tiempo los pechos desnudos, empujados hacia arriba por el corpiño rígido. La idea de andar así semidesnuda en un tiempo glacial era extravagante, tan extravagante como la nieve, y los pechos pequeños tenían una blancura inocente, también como la nieve. La curva delicada del cuello se prolongaba en la curva de la cabeza orgullosa, rasurada y grácil. Era en verdad muy atractiva, se dijo Shevek. Es como las camas de aquí: suave. Afectada, sin embargo. ¿Porqué arrastra las palabras al hablar? Se aferró a aquella voz tenue, a aquellos melindres como a una balsa en alta mar, y no se daba cuenta, no sospechaba que se estaba ahogando. Ella regresaría a Nio Esseia en tren, después de la cena; había ido sólo a pasar el día y no la vería nunca más. Oiie tenía un resfriado. Sewa estaba atareada con los niños. —Shevek

¿cree que podría acompañar a Vea a la estación? —¡Santo Dios, Demacre! No obligues al pobre hombre a protegerme. No pensarás que hay lobos ¿verdad? ¿O que los salvajes mingrads vienen a la ciudad para raptarme y llevarme a los harenes? Quizá mañana me encuentren en las puertas de la estación con una lágrima congelada en un ojo y un ramillete rígido en mis manos pequeñas. ¡Oh, casi me gustaría! Por encima de la voz cascabeleante, tintineante de Vea la risa rompía como una ola, una ola oscura, tranquila, poderosa, que arrastraba todo y dejaba la arena vacía. No se reía del mundo sino de sí misma; la risa oscura del cuerpo, que borraba las palabras. Shevek se puso el gabán en el vestíbulo y la esperó en la puerta. Caminaron un rato en silencio. La nieve crujía y chirriaba bajo los pies. —En verdad es usted demasiado cortés para... —¿Para qué? —Para ser un anarquista —dijo ella con su voz tenue y arrastrada (era la misma entonación de Pae, y de Oiie cuando se encontraba en la Universidad)—. Me decepciona. Creía que era usted peligroso e indómito. —Lo soy. Ella levantó la cabeza y lo miró de soslayo. Llevaba una chalina escarlata atada por encima de la cabeza; los ojos parecían muy negros y brillantes contra el color vivido y la blancura de la nieve todo alrededor. —Pero ahora me está acompañando mansamente a la estación, doctor Shevek. —Shevek —dijo él con suavidad—. Nada de «doctor». —¿Ese es su nombre completo... primero y último? Él asintió, sonriente. Se sentía bien y vigoroso, disfrutando de aquel aire resplandeciente, el gabán bien cortado, el encanto de la mujer que lo acompañaba. Hoy no lo agobiaban las preocupaciones ni los pensamientos opresivos. —¿Es verdad que una computadora les pone a ustedes los nombres? —Sí. —¡Qué horrible, que una máquina le ponga el nombre a uno! —¿Por qué horrible? —Es tan mecánico, tan im-

personal. —¿Pero qué es más personal que un nombre único, que no pertenece a ningún otro? —¿Ningún otro? ¿Usted es el único Shevek? —Mientras viva. Hubo otros antes que yo. —¿Parientes, quiere decir? —Entre nosotros no cuentan mucho los parentescos; todos somos parientes, ¿se da cuenta? No sé quiénes fueron, salvo una mujer, en los primeros años de la Colonia. Inventó una especie de cojinete que se utiliza en las máquinas pesadas, todavía los llaman «shevek». —Shevek sonrió otra vez, con una sonrisa más ancha—. ¡Una buena inmortalidad! Vea parecía sorprendida. —¡Buen Dios! —exclamó—. ¿Cómo diferencian a los hombres de las mujeres? —Bueno, hemos descubierto métodos... Un momento después la risa de ella estalló, blanda, pesada. Se secó los ojos, que le lagrimeaban en el aire frío. —Sí, tal vez sea usted indómito... ¿Todos, entonces, tienen nombres inventados, y aprenden un idioma inventado... todo nuevo? —¿Los Colonizadores de Anarres? Sí. Eran gente romántica, supongo. —¿Y usted no lo es? —No. Nosotros somos muy pragmáticos. —Se puede ser las dos cosas —dijo ella. Shevek no había esperado de ella ninguna sutileza mental. —Sí, eso es cierto —dijo. —¿Qué puede ser más romántico que haber venido aquí solo, sin un cuarto en el bolsillo, a interceder por el pueblo de usted? —Y entre tanto dejarme corromper por los lujos. —¿Lujos? ¿Las habitaciones de la Universidad? ¡Buen Dios! ¡Pobrecito! ¿No lo han llevado a ningún sitio decente? —A muchos, pero todos iguales. Ojalá pudiera llegar a conocer mejor Nio Esseia. Sólo he visto lo exterior de la ciudad, el envoltorio del paquete. —Lo dijo porque desde el comienzo le había fascinado la costumbre urrasti de envolverlo todo en papel y plástico y cartón y hojas de metal laminado, todo muy limpio, todo muy decorativo. La ropa de la lavandería, los libros, las legumbres, las prendas de

vestir, los medicamentos, todo venía dentro de capas y capas de envoltorio. Hasta los paquetes de papeles venían envueltos en varias capas de papel. Para que nada estuviera en contacto con nada. Había empezado a pensar que a él también le habían empaquetado. —Lo sé. ¡Lo llevaron a ver el Museo Histórico y el Monumento Dobunnae, y a escuchar un discurso en el Senado! —Shevek se echó a reír, pues ése había sido precisamente el itinerario de un día, el verano anterior— . ¡Lo sé! Son tan estúpidos con los extranjeros. ¡Yo me encargaré de mostrarle la verdadera Nio! —Me gustaría. —Conozco toda clase de gente maravillosa. Colecciono gente. Lo tienen ahí, atrapado junto con todos esos profesores y políticos aburridos... —Continuó parloteando. Shevek disfrutaba de aquella charla insustancial tanto como del sol y la nieve. Llegaron a la pequeña estación de Amoeno. Ella tenía billete de vuelta; el tren llegaría de un momento a otro. —No espere, se va a congelar. Shevek no respondió, pero se quedó allí, corpulento en el gabán forrado de vellón, mirándola con afecto. Ella se miró el puño del abrigo y sacudió un copo de nieve del bordado. —¿Tiene esposa, Shevek? —No. —¿Nadie de familia? —Oh... sí. Una compañera; nuestras hijas. Discúlpeme, estaba distraído. Para mí una «esposa» es algo que sólo existe en Urras. —¿Qué es una çompañera¿ —Vea lo miró de frente, con malicia. —Supongo que ustedes dirían una esposa, o un esposo. —¿Por qué no vino con usted? —Porque ella no quiso venir; y la niña menor tiene apenas un..., no, dos años, ahora. Además... —Shevek titubeó. —¿Por qué no quiso venir? —Bueno, allí tenía trabajo, aquí no. Si hubiese sabido que ella hubiera disfrutado aquí de tantas cosas, le habría pedido que viniera. Pero no se lo pedí. Hay que tener en cuenta el problema de la seguridad, sabe. —¿La seguridad, aquí? Él titu-

beó otra vez, y al fin dijo: —También cuando regrese. —¿Qué le sucederá? —preguntó Vea, los ojos redondos de asombro. El tren cruzaba la colina en las afueras del pueblo. —¡Oh!, probablemente nada. Pero hay gente que me considera un traidor. Porque trato de entablar amistad con Urras, entiende. Podrían ponerme dificultades, cuando vuelva. No quiero que ocurra, por ella y por las niñas. Ya tuvimos un poco de eso antes de que yo saliera para aquí. Suficiente. —¿Correrá un peligro real, quiere decir? Shevek se agachó para oírla, pues el tren entraba en la estación con un estrépito de ruedas y vagones. —No sé —dijo, sonriendo—. ¿Sabe que nuestros trenes son muy parecidos a éstos? Un buen diseño no requiere cambios. —La acompañó hasta un coche de primera clase. Como Vea no abría la puerta, la abrió él. Cuando ella entró, Shevek metió la cabeza observando el compartimiento—. ¡Por dentro no se parecen, sin embargo! ¿Todo esto es privado... para usted sola? —¡Oh!, sí, detesto la segunda clase. Hombres mascando goma maera y escupiendo. ¿Masca maera la gente en Anarres? No, seguramente no. ¡Oh, hay tantas cosas que me encantaría saber acerca de usted y de su país! —A mí me encanta hablar de eso, pero nadie pregunta. —¡Volvamos a vernos, y hablemos entonces! ¿Me llamará la próxima vez que venga a Nio? Prométalo. —Prometo—dijo Shevek, afable. —¡Magnífico! Sé que usted no promete en vano. Todavía no sé nada de usted, salvo eso. Eso puedo verlo. Adiós, Shevek. —Puso por un momento la mano enguantada en la de él, mientras Shevek sostenía la puerta. La máquina emitió un doble silbido, y Shevek cerró la puerta, y vio partir el tren, la cara de Vea un centelleo blanco y escarlata en la ventanilla. Volvió animado a pie a casa de los Oiie, y libró una batalla de bolas de nieve con Ini hasta el anochecer. ¡REVOLUCIÓN EN BENBILI! ¡EL

DICTADOR HUYE! ¡LA CAPITAL EN PODER DE CABECILLAS REBELDES! SESIÓN DE EMERGENCIA EN EL CGM. POSIBLE INTERVENCIÓN DE A-IO. El periódico se excitaba en grandes titulares. La ortografía y la gramática se perdían por el camino; era como leer la charla de Efor: «Anoche los rebeldes se apoderan del oeste de Meskti y hostigan al ejército...» Era el modo verbal de los rúo ti, el pasado y el futuro consolidados en un tiempo presente explosivo, inestable. Shevek leyó los periódicos y buscó una descripción de Benbili en la Enciclopedia del CGM. La nación, nominalmente una democracia parlamentaria, era de hecho una dictadura militar, gobernada por generales. Un vasto territorio del hemisferio occidental, montañas y sabanas áridas, subpoblado, pobre. Tendría que haber ido a Benbili, pensó Shevek, pues la idea lo atraía; se imaginaba las llanuras pálidas, el viento incesante. La noticia lo había conmovido extrañamente. Escuchaba los boletines por la radio, que rara vez había encendido desde que descubriera que la función principal del aparato era la de anunciar cosas en venta. Los comunicados de la radio, así como los del telefax oficial en los auditorios públicos, eran breves y escuetos: un curioso contraste con los periódicos populares, que en todas las páginas vociferaban ¡Revolución! El general Havevert, el Presidente, logró escapar sano y salvo en su famoso avión blindado, pero algunos generales menores fueron capturados y castrados y un castigo que los benbili preferían a la ejecución, desde tiempos inmemoriales. El ejército al batirse en retirada quemaba los campos y aldeas. Los guerrilleros hostigaban al ejército. En Meskti, la capital, los revolucionarios abrían las cárceles, y liberaban a los prisioneros. Shevek leía con el corazón en la boca. Había esperanza, todavía había una esperanza. .. Seguía las noticias de la

lejana revolución con una evasión creciente. El cuarto día, cuando miraba en el tele-IX la transmisión de un debate en el Consejo de Gobiernos Mundiales, vio que el embajador ioti en el CGM anunciaba que A-Io, acudiendo en ayuda del gobierno democrático de Benbili, enviaba refuerzos armados al Presidente, general Havevert. La mayoría de los revolucionarios benbili ni siquiera estaban armados. Las tropas ioti llegarían con cañones, carros blindados, aeroplanos, bombas. Shevek leyó en el periódico la descripción del armamento y sintió náuseas. Sintió náuseas y furia, y no había nadie con quien hablar. Pae no contaba. Atro era un militarista ardiente. Oiie era un hombre moral, pero tenía temores secretos, preocupaciones de propietario, y se aferraba a nociones rígidas de ley y orden. Podía reconocer que le tenía simpatía a Shevek sólo negándose a admitir que era un anarquista. La sociedad odoniana se llamaba a sí misma anarquista, decía, pero en realidad eran simples populistas primitivos que vivían sin gobierno aparente porque la población escaseaba y no tenían Estados vecinos. Cuando la propiedad de los odonianos fuera amenazada por un rival agresivo, o despertarían a la realidad, o serían exterminados. Los rebeldes benbili estaban despertando ahora a la realidad: descubriendo que la libertad es inútil si no hay armas para defenderla. Le explicó todo esto a Shevek, discutiendo con él. No importaba quiénes gobernaban, o quiénes creían gobernar a los benbili: la política de la realidad concernía a la lucha de poder entre A-Io y Thu. —La política de la realidad —repitió Shevek. Miró a Oiie y dijo—: Una frase curiosa en boca de un físico. —De ninguna manera. Tanto el político como el físico manejan cosas reales, las fuerzas reales, las leyes básicas del mundo. —¿Pone usted las «leyes», esas leyes mezquinas, miserables, destinadas a proteger la riqueza, las «fuer-

zas» de los fusiles y las bombas en la misma frase que la ley de la entropía y la fuerza de la gravedad? ¡Tenía una mejor opinión de las ideas de usted, Demacre! Oiie se encogió ante aquel fulminante estallido de desprecio. No dijo nada más, y tampoco Shevek dijo nada más, pero Oiie nunca lo olvidó. Lo recordó siempre como el momento más bochornoso de su vida. Pues si Shevek, el iluso Shevek, el utopista ingenuo lo había hecho callar tan fácilmente, ya era bochornoso; pero si Shevek el físico y el hombre a quien no podía menos que querer y admirar, cuyo respeto anhelaba merecer, como sí fuera de una calidad más pura que el respeto común de los demás... si este Shevek lo despreciaba, entonces el bochorno era intolerable, y tenía que ocultarlo, arrumbarlo por el resto de sus días en el rincón más oscuro del alma. También en Shevek el tema de la revolución benbili había agravado... ciertos problemas: en particular el problema de su propio silencio. Le era difícil desconfiar de la gente con quien estaba. Había sido educado en una cultura que confiaba deliberada y constantemente en la solidaridad, en la ayuda mutua. Ajeno a muchos aspectos de esta otra cultura, que no entendía del todo, conservaba aún los hábitos de toda una vida: daba por sentado que la gente sería solidaria. Confiaba en ellos. No obstante, las advertencias de Chifoilisk, que había tratado de desechar, volvían a él una y otra vez, fortalecidas por lo que ahora veía y sospechaba. Le gustara o no, tendría que aprender a desconfiar. Tenía que callar, ser reservado, conservar el poder de negociación. Hablaba poco, esos días, y escribía menos. El escritorio era una muralla de papeles insignificantes; las escasas notas de trabajo las llevaba siempre encima, en uno de los numerosos bolsillos urrasti. Nunca olvidaba dejar en blanco la computadora de mesa que tenía en el escritorio. Sabía que estaba

a un paso de definir la Teoría Temporal General que tanto interesaba a los ioti para los vuelos por el espacio y para el prestigio de la nación. También sabía que aún no lo había conseguido y que acaso no lo conseguiría, y que nunca se lo había confesado a nadie abiertamente. Antes de partir de Anarres, había creído tenerla al alcance de la mano. Había desarrollado las ecuaciones, Sabul lo sabía, y le propuso una reconciliación, un reconocimiento, a cambio de la oportunidad de imprimirlas y alcanzar la gloria. Había rechazado a Sabul, pero no había sido un gesto noble, moral. El gesto moral, al fin y al cabo, hubiera sido entregarlas a la imprenta del Sindicato de Iniciativas, y tampoco lo había hecho. No estaba muy seguro de estar en condiciones de publicar la teoría. No era del todo perfecta, había que depurarla. Y puesto que había estado trabajando diez años, no importaba que se tomara un poco más de tiempo, para pulirla y quitarle cualquier imperfección. Aquella pequeñez que no era del todo perfecta le parecía un error cada vez más grave. Una pequeña falla en el razonamiento. Una gran falla. Una resquebrajadura en los cimientos mismos... La noche antes de dejar Anarres había quemado todos los papeles de la teoría general. Había llegado a Urras sin nada. Durante medio año, como dirían ellos, había estado engañándolos. ¿O se había estado engañando él mismo? Era perfectamente posible que una teoría general de la temporalidad fuese una meta ilusoria. También era posible que él no fuera el hombre destinado a unificar la secuencia y la simultaneidad en una teoría general, había estado intentándolo durante diez años y no lo había conseguido. Los matemáticos y los físicos, los atletas del intelecto, triunfan en plena juventud. Era más que posible –probable- que estuviese consumido, acabado. Sabía perfectamente que siempre tenía esas mismas depresiones y

temores justo antes de los momentos más creativos. Descubrió que quería alentarse a sí mismo con este argumento, y lo enfureció su propia ingenuidad. Interpretar el orden temporal como un orden causal era una idea demasiado estúpida para un filósofo del tiempo. ¿Estaría senil, ya? Más le valdría ponerse a trabajar en la tarea insignificante pero práctica de clarificar el concepto de intervalo. Quizá pudiera servirle a algún otro. Pero aun así, aun hablando con otros físicos del problema, tenía la impresión de que estaba reprimiendo algo. Y ellos lo sabían. Estaba harto de reprimir, estaba harto de no hablar, de no hablar de la revolución, de no hablar de física, de no hablar de nada, Iba a una conferencia cruzando el campo de la Universidad. En el follaje nuevo de los árboles cantaban los pájaros. No los había oído en todo el invierno, pero ahora estaban otra vez allí, pródigos, derramando las dulces melodías. Rü-dii, cantaban, tii-dü. Esta propiedad es para mí, este territorio es para mí, me pertenece a míí, mu. Shevek permaneció un momento inmóvil bajo los árboles, escuchando. Luego se desvió del sendero, fue hacia la estación, y tomó un tren matutino a Nio Esseia. ¡Tenía que haber una puerta abierta en algún lugar de este maldito planeta! Pensó, mientras iba en el tren, en tratar de salir de A-Io; en ir a Benbili, quizá. Pero no lo consideró seriamente. Tendría que viajar por barco o por avión, lo descubrirían y le impedirían abandonar el país. El único lugar donde podía refugiarse, esconderse de sus anfitriones benévolos y protectores, era la gran ciudad, a la vista de todos. No era una huida. Aun cuando lograse salir del país, seguiría encerrado, recluido en Urras. Como quiera que lo llamaran los arquistas, dominados por la mística de las fronteras nacionales, no podía decirse que esto fuese una fuga. Sin embargo, se sintió repentinamente contento, como hacía días que

no lo estaba, cuando se le ocurrió que sus anfitriones benévolos y protectores podrían pencar, por un rato, que había huido. Era él primer día realmente templado de aquella primavera. Los prados estaban cubiertos de verdor, centelleantes de agua. En las dehesas, las hembras apacentaban acompañadas por la prole. Las crías de las ovejas eran particularmente encantadoras, saltarinas como blancas pelotas elásticas, moviendo las colas en círculo. En un corral esperaba el progenitor -el macho cabrío, el toro, el semental-, henchido el cogote, impetuoso como una tempestad, cargado de poder generativo. Las gaviotas revoloteaban sobre los estanques desbordantes, blanco sobre azul, y las nubes blancas iluminaban el cielo pálido. Las ramas de los árboles frutales terminaban en puntos rojos, y algunos capullos se habían abierto, rosados y blancos. Mirando desde la ventanilla del tren, Shevek descubrió que en aquel estado de ánimo desazonado y rebelde se sentía dispuesto a oponerse aun a la belleza del día. Era una belleza injusta. ¿Qué habían hecho los urrasti para merecerla? ¿Por qué se les brindaba a ellos tan pródiga, tan generosa, y era tan escasa, tan terriblemente escasa en su propio planeta? Estoy pensando como un urrasti, se dijo. Como un maldito propietario. Como si merecer significara algo. ¡Como si la belleza se pudiera ganar, o la vida! Trató de no pensar en nada, de dejarse llevar y contemplar la luz del sol en el cielo y los corderitos que triscaban en los campos de la primavera. Nio Esseia, una ciudad de cinco millones de almas, asomó con sus delicadas torres centelleantes del otro lado de las marismas verdes del Estuario, como una urbe de brumas y luz solar. El tren se deslizó con un leve balanceo por un largo viaducto y la ciudad emergió más alta, más brillante, más compacta, hasta que repentinamente envolvió al tren entero en la rugiente oscuridad de

un acceso subterráneo, veinte rieles juntos, para liberarlo luego, junto con los pasajeros, en los enormes y brillantes recintos de la Estación Central, bajo la cúpula de marfil y de azur, la cúpula más grande, decían, que la mano del hombre hubiera levantado alguna vez en cualquiera de los mundos, Shevek vagabundeó a través de acres de mármol pulido bajo aquella bóveda enorme y etérea, y llegó por fin a la larga serie de puertas por las que entraban y salían multitudes urrasti, todos con un determinado propósito, todos separados. Todos tenían, para él, rostros ansiosos. Ya antes había observado esa misma ansiedad en las caras de los urrasti, y se había preguntado cuál sería la causa. ¿Sería porque, aunque tuvieran mucho dinero, estaban siempre preocupados por ganar más, por el temor de morir en la pobreza? ¿Se sentirían culpables porque aunque tuvieran muy poco dinero siempre había alguien que tenía menos? Cualquiera que fuese la respuesta, todos los rostros se parecían. Shevek se sintió terriblemente solo. Al escapar de la custodia de guías y guardianes no había previsto cómo se sentiría a solas en una sociedad de hombres desconfiados, en la que la premisa moral básica no era la ayuda mutua, sino la agresión mutua. Estaba un poco atemorizado. Había imaginado vagamente que iría de un lado a otro por la ciudad y hablaría con la gente, con miembros de la clase desposeída, si había aún algo así, o de las clases trabajadoras, como ellos las llamaban. Pero toda esa gente pasaba de largo, presurosa, ocupada, nada dispuesta a conversaciones ociosas, a perder un tiempo valioso. Le contagiaron la prisa. Tenía que ir a alguna parte, pensó, cuando salió a la luz del sol y a la magnificencia multitudinaria de la calle Moie. ¿A dónde? ¿A la Biblioteca Nacional? ¿Al Jardín Zoológico? Pero no quería hacer turismo. Indeciso, se detuvo frente a una tienda próxima

a la estación, que vendía periódicos y baratijas. Los titulares del periódico decían THU ENVÍA TROPAS EN AYUDA DE LOS REBELDES BENBILI, pero no reaccionó. En vez de mirar el diario, miró las fotografías en colores expuestas en los estantes. Se le ocurrió que no tenía ningún recuerdo de Urras. Cuando uno visita países extraños, suele comprar recuerdos de viaje. Le gustaban las fotografías: vistas de A-Io, las montañas que había escalado, los rascacielos de Nio, la capilla de la Universidad (casi el mismo paisaje que veía desde la ventana del cuarto), una muchacha campesina ataviada con un bonito vestido provinciano, las torres de Rodarred, y la que primero lo había atraído, un corderito en un prado de flores, dando pataditas en el aire y, al parecer, riéndose. A la pequeña Pilun le gustaría ese corderito. Tomó unas tarjetas y las llevó al mostrador. —Y cincuenta y cinco y la ovejita, sesenta; y un mapa, aquí tiene, señor, uno cuarenta. Hermoso día, ¿verdad, señor? Por fin ha llegado la primavera. ¿No tiene más pequeño, señor? —Shevek había sacado un billete de veinte unidades. Manoseó con torpeza el cambio que le habían dado cuando comprara el billete de tren, y tras un breve estudio de las inscripciones de los billetes y monedas, consiguió reunir una unidad cuarenta—. Está bien señor, ¡Gracias y que pase un día agradable! ¿También la amabilidad se compraba con dinero, lo mismo que las tarjetas postales y el mapa? ¿Habría sido igualmente amable el vendedor si él hubiese entrado en la tienda como entraba un anarresti en una proveeduría de bienes de consumo: a buscar lo que necesitaba, saludar con un gesto al encargado, y marcharse? Inútil, inútil pensar en esa forma. Cuando estás en el Reino de la Propiedad, piensa como un propietario. Vístete como ellos, actúa como ellos, sé como ellos. No había parques en el centro de Nio, la tierra era

demasiado valiosa para derrocharla en esparcimientos. Shevek se internó cada vez más en las mismas calles anchas y rutilantes por las que lo habían paseado muchas veces. Llegó al Paseo Saemtenevia, y lo atravesó de prisa, temiendo que se repitiera la pesadilla diurna. Ahora estaba en el distrito comercial. Bancos, edificios de oficinas, edificios del gobierno. ¿Era así toda Nio Esseia? Cajas grandes y brillantes de piedra y cristal, enormes, ornamentadas, paquetes descomunales, vacíos, vacíos. Al pasar por una ventana de una planta baja con la inscripción Galería de Arte, entró, pensando huir de la claustrofobia moral de las calles y reencontrar en un museo la belleza de Urras. Pero en todos los cuadros de aquel museo había etiquetas con precios adheridas a los marcos. Se detuvo a contemplar un desnudo de mujer hábilmente pintado. La etiqueta indicaba 4.000 UMI. —Es un Fei Feite —le dijo un hombre trigueño que había aparecido junto a él sin hacer ruido—. Hace una semana teníamos cinco. La gran sensación en el mercado de arte dentro de poco. Un Feite es una inversión segura. —Cuatro mil unidades es el dinero que cuesta mantener a dos familias durante un año en esta ciudad —dijo Shevek. El hombre lo inspeccionó y dijo, arrastrando las palabras: —Sí, bueno, pero usted ve, señor, ésta es una obra de arte. —¿Arte? Un hombre hace arte porque tiene que hacerlo. ¿Por qué hicieron esta pintura? —Usted es un artista, supongo —dijo el hombre, ahora con desembozada insolencia. —No, ¡soy un hombre que reconoce la mierda cuando la ve! El comerciante retrocedió. Cuando estuvo fuera del alcance de Shevek, empezó a decir algo acerca de la policía. Shevek hizo una mueca y salió a paso largo de la tienda. Un poco más adelante se detuvo. No podía seguir de ese modo. ¿Pero a dónde ir? A ver a alguien... a alguien, a otra persona. Un ser humano. Alguien que

le diera ayuda, no que se la vendiera. ¿Quién? ¿Dónde? Pensó en los hijos de Oiie, los niños que lo querían, y durante un rato no pudo pensar en nadie más. De pronto una imagen le apareció en la mente, distante, pequeña, y clara: la hermana de Oiie. ¿Cómo se llamaba? Prométame que me llamará, le había dicho, y desde entonces le había escrito dos veces invitándolo a cenar, con una letra clara e infantil, en un papel grueso, muy perfumado. Shevek había ignorado las invitaciones, junto con otras de gente desconocida. Ahora las recordó. Recordó al mismo tiempo el otro mensaje, el que había aparecido inexplicablemente en el bolsillo de su gabán: Únete a nosotros tus hermanos. Pero no podía encontrar ningún hermano, en Urras. Entró en la tienda más próxima. Era una confitería, toda serpentinas de oropel y estuco rosado, con hileras de vitrinas repleta de cajas y latas y cestas de bombones y golosinas, rosa, castaño, crema, oro. Preguntó a la mujer que estaba detrás de las vitrinas si lo ayudaría a buscar un número telefónico. Se sentía tranquilo ahora, después del arrebato de cólera en la tienda de arte, y tan humildemente ignorante y extranjero que la mujer quedó conquistada. No sólo lo ayudó a buscar el nombre en el pesado tomo de números telefónicos; ella misma llamó desde el teléfono de la tienda. —¿Hola? —Shevek —dijo; y se quedó callado. El teléfono era para él un vehículo de necesidades urgentes, notificaciones de muertes, nacimientos y terremotos. No se le ocurría nada que decir. —¿Shevek? ¿De veras? ¡Qué bueno que me haya llamado! No me importa despertarme si es usted. —¿Estaba durmiendo? —Profundamente, y todavía estoy en la cama. Está tibia y deliciosa. ¿Por dónde anda usted? —En la calle Kae Sekae, creo. —¿Y qué hace ahí? Venga en seguida. ¿Qué hora es? ¡Buen Dios, casi mediodía! Ya sé, lo encontraré a mitad de ca-

mino. Junto al estanque de los botes en los jardines del Palacio Viejo. ¿Sabrá encontrarlo? Escúcheme, tiene que quedarse. Doy una fiesta absolutamente paradisíaca esta noche. — Parloteó un rato más; él asentía a todo. Cuando salía de atrás del mostrador, la vendedora le sonrió. —Convendría que le llevara una caja de dulces ¿no le parece, señor? Shevek se detuvo. —¿Sí? —Nunca caen mal, señor. Había un algo de descaro y complacencia en la voz de la mujer. El aire de la tienda era tibio y dulzón, como si todos los perfumes de la primavera se hubiesen acumulado allí. Shevek seguía en pie en medio de las vitrinas de pequeños lujos tentadores, alto, pesado, abstraído, como los pesados machos en los corrales, los carneros y toros adormecidos por la tibieza anhelante de la primavera. —Le prepararé lo mejor de lo mejor —dijo la mujer, y llenó una cajita de metal, exquisitamente esmaltada, con hojas en miniatura de chocolate y rosas de azúcar. Envolvió la lata en papel de seda, puso el paquete en una caja de cartón plateado, envolvió la caja en un grueso papel de color rosa, y lo ató con una cinta de terciopelo verde. En todos los movimientos hábiles de la mujer había una divertida y simpática complicidad, y cuando le entregó a Shevek el envoltorio completo, y él lo tomó y se disponía a salir musitando las gracias, no había aspereza en la voz de la vendedora, que le recordó—: Son diez sesenta, señor. —Hasta lo hubiera dejado ir, compadeciéndolo, como las mujeres compadecen la fuerza; pero él regresó obedientemente y contó el dinero. Tomó el tren subterráneo para llegar a los jardines del Palacio Viejo, y al estanque de los botes, donde niños graciosamente vestidos hacían navegar embarcaciones de juguete, barquichuelos maravillosos con cordaje de seda y arboladura de bronce que parecían piezas de orfebrería. Vio a Vea del otro lado del ancho y

brillante círculo del agua y fue hacia ella bordeando al estanque, consciente de la luz del sol, del viento primaveral, del verde tierno de las primeras hojas en los árboles oscuros del parque. Almorzaron en un restaurante del parque, en una terraza protegida por una alta cúpula de vidrio. En el interior de la cúpula, a la luz del sol, los árboles estaban cubiertos de hojas, sauces encorvados sobre un estanque en el que flotaban unas aves gordas y blancas, observando con indolente voracidad a Tos comensales, esperando las sobras. Vea no se encargó de ordenar la comida, poniendo en claro que era Shevek quien estaba a cargo de ella, pero unos camareros hábiles le aconsejaron con tanta delicadeza que él quedó convencido de que lo había resuelto todo; y por fortuna tenía dinero de sobra en los bolsillos. La comida era excelente. Nunca había paladeado sabores tan sutiles. Acostumbrado a dos comidas diarias, solía pasar por alto el almuerzo de los urrasti, pero hoy comía de todo, mientras Vea picoteaba delicadamente, como un pajarito. Al fin no pudo más, y ella se rió del aire afligido de Shevek. —Comí demasiado, —Una pequeña caminata le sentará bien. Fue una pequeñísima caminata: un lento paseo de diez minutos por el césped, y de pronto Vea se dejó caer con naturalidad a la sombra de un barranco de arbustos, brillantes de flores doradas. Shevek se sentó junto a ella. Recordó una frase de Takver mientras miraba los gráciles pies de Vea, decorados con zapatitos blancos de tacones muy altos. «Una aprovechada del cuerpo», llamaba Takver a las mujeres que utilizaban la sexualidad como un arma contra los hombres, en una lucha competitiva. Vea era, por su aspecto, la aprovechada del cuerpo más consumada. Los zapatos, el vestido, los cosméticos, las joyas, los gestos, todo en ella era provocación. Toda ella era tan elaborada y ostentosamente un cuerpo femenino

que casi no parecía un ser humano. Encarnaba toda la reprimida sexualidad que los ioti sólo expresaban en sueños, en novelas y poemas, en infinitas pinturas de desnudos femeninos, en la música, las curvas y cúpulas arquitectónicas, las golosinas, los baños, los colchones. Era la mujer que se insinuaba en la tersura curvilínea de las mesas. Se había espolvoreado la cabeza, enteramente afeitada, con un talco que contenía diminutos copos de mica, de manera que un ligero centelleo atenuaba la desnudez de los contornos. Vestía un chal o estola de una tela transparente, bajo la cual las formas y la textura de los brazos desnudos parecían suavizadas y protegidas. Tenía los pechos cubiertos: las mujeres ioti no salían a la calle con los pechos desnudos, reservaban la desnudez para sus propietarios. Unos pesados brazaletes de oro le adornaban las muñecas, y en el hueco de la garganta, contra la piel tersa, brillaba, solitaria, una gema azul. —¿Cómo se sostiene ahí? —¿Qué? —Como ella no veía la gema podía fingir que no sabía de qué hablaba Shevek, obligándolo a señalarla, quizá a pasar la mano por encima de los pechos para tocar la gema. Shevek sonrió, y la tocó. —¿Está pegada? —Ah, eso. No. Tengo un imán diminuto incrustado ahí adentro, y la gema tiene detrás un trocito de metal ¿o es al revés? De cualquier modo estamos unidas. —¿Tiene un imán debajo de la piel? —inquirió Shevek con espontánea repugnancia. Vea sonrió y retiró el zafiro para que él pudiera ver que no había allí nada más que el minúsculo hoyuelo plateado de una cicatriz. —Usted me reprueba tan totalmente... es estimulante. Tengo la sensación de que por mucho que diga o haga, no puedo caer más bajo en la opinión de usted, ¡porque ya he tocado fondo! —No es así —protestó él. Se daba cuenta de que ella estaba jugando, pero sabía poco acerca de las reglas del juego. —No, no; sé reco-

nocer el horror moral cuando lo veo. Como ahora. —Vea hizo un mohín de desesperación; los dos se echaron a reír—. ¿Tan distinta soy, realmente, de las mujeres anarresti? —Oh, sí, realmente. —¿Son todas tremendamente fuertes y musculosas? ¿Llevan botas, y tienen pies grandes y planos, y ropas sensatas, y se afeitan una vez por mes? —No se afeitan. —¿Nunca? ¿En ninguna parte? ¡Oh, Dios! Hablemos de otra cosa. —De usted. —Shevek se recostó sobre la barranca herbosa, bastante cerca de Vea como para quedar envuelto en los perfumes naturales y artificiales que ella exhalaba—. Quiero saber si una mujer urrasti se contenta con ser siempre inferior. —¿Inferior a quién? —A los hombres. —¡Oh, eso! ¿Qué le hace pensar que soy inferior? —Al parecer, en la sociedad de ustedes los hombres se ocupan de todo. La industria, las artes, la administración, el gobierno, las decisiones. Y durante toda la vida ustedes llevan el apellido del padre y el apellido del esposo. Los hombres van a la escuela y ustedes no; ellos son siempre los maestros, los jueces, la policía, el gobierno, ¿no es así? ¿Por qué permiten que lo dominen todo? ¿Por qué no hacen lo que se les antoja? —Es que lo hacemos. Las mujeres hacen exactamente lo que se les antoja. Y no tienen que ensuciarse las manos, ni usar cascos de bronce, o pasarse las horas gritando en el Directorio. —¿Pero qué es lo que hacen ustedes? —¿Qué hacemos? Gobernar a los hombres, naturalmente. Y sabe una cosa, no corremos peligro diciéndolo, porque ellos no lo creen. Dicen: ¡Jua, jua, qué mujercita tan graciosa!, y te dan una palmadita en la cabeza, y se van con un tintineo de medallas, muy satisfechos. —¿Y también ustedes se sienten satisfechas? —En verdad yo sí. —No lo creo. —Porque no está de acuerdo con los principios de usted. Los hombres siempre tienen teorías, y las cosas han de acomodarse a

esas teorías. —No se trata de ninguna teoría; es porque veo que usted no está contenta. Que es una mujer inquieta, insatisfecha, peligrosa. —¡Peligrosa! —Vea rió, radiante—. ¡Qué cumplido tan maravilloso! ¿Por qué soy peligrosa, Shev? —Bueno, porque sabe que a los ojos de los hombres usted es una cosa, un objeto que se posee, que se compra y se vende. Y sólo piensa en engañar al propietario, en vengarse... Ella le puso la manita sobre la boca. —Calle —dijo—. Sé que no quiere ser grosero. Le perdono. Pero ya basta y sobra. Esta hipocresía enfureció a Shevek, y también la idea de que quizá la había ofendido de veras. Aún sentía en los labios el roce fugaz de la mano de Vea. —¡Lo siento! —dijo. —No, no. ¿Cómo va a comprender, viniendo de la Luna? Y además, usted no es más que un hombre. Le diré una cosa, sin embargo. Si a una de esas «hermanas», allá en la Luna, le da usted la oportunidad de sacarse las botas, de tomar un baño de aceite y depilarse, de ponerse un par de sandalias bonitas, y una gema en el ombligo, y perfume, se sentirá encantada. ¡Y a usted también le encantaría! ¡Claro que le encantaría! Pero no lo harán, pobrecitos, con esas teorías que tienen. ¡Todos hermanos y hermanas y nada de diversión! —Tiene razón —le dijo Shevek—. Nada de diversión. Nunca. En Anarres nos pasamos el día cavando para extraer el plomo de las entrañas de las minas, y cuando llega la noche, después de nuestra ración de tres granos de holum cocido en una cucharada de agua salobre, recitamos a coro las Máximas de Odo, hasta la hora de irnos a la cama. Lo que hacemos todos por separado y con las botas puestas. Su fluidez en iótico no era suficiente para permitirle el vuelo verbal que este discurso hubiera tenido en su propia lengua, una de esas fantasías improvisadas que sólo Takver y Sadik habían escuchado con bastante frecuencia como para estar

acostumbradas a ellas; no obstante, imperfecto y todo, asombró a Vea. La risa oscura estalló, densa y espontánea. —¡Buen Dios, es usted un imaginativo, además! ¿Hay algo que no sea? —Un vendedor —dijo él. Ella lo estudió, sonriente. Había algo profesional, algo teatral en la actitud de Vea. No es común que las personas miren a otras intensamente de muy cerca, salvo las madres a sus hijos pequeños, los médicos a sus pacientes, o los amantes entre ellos. Shevek se incorporó. —Quiero caminar un rato más. Ella le tendió la mano para que él la sostuviera y la ayudara a levantarse. El ademán era indolente e incitante, pero ella dijo con una ternura incierta en la voz: —Es usted como un hermano realmente... Deme la mano. ¡Prometo que lo soltaré! Vagabundearon por los senderos del gran jardín. Entraron en el palacio, conservado como museo de la antigua realeza, porque Vea dijo que le encantaba ver las joyas que había allí. Retratos de señores y príncipes arrogantes los miraban desde las paredes tapizadas de brocado y los mantos tallados de las chimeneas. Los salones desbordaban de plata y oro, y cristal, y maderas raras, y tapices, y joyas. Los guardianes estaban en pie detrás de los cordones de terciopelo. Los uniformes de color negro y escarlata armonizaban con el esplendor, los cortinados de filigrana, de oro, los cobertores de plumas entrelazadas, pero las caras parecían fuera de lugar: eran caras aburridas, cansadas, cansadas de estar todo el día de pie entre gente extraña en una tarea inútil. Shevek y Vea se acercaron a una vitrina en la que se exhibía el manto de la Reina Teaea, confeccionado con la piel curtida de unos rebeldes desollados vivos, el manto que aquella mujer terrible y provocadora había llevado cuatrocientos años atrás, cuando en medio del pueblo castigado por la peste iba a orar a Dios para que pusiera fin a la plaga. —Para mí se parece terriblemente a la

cabritilla —dijo Vea, examinando el andrajo descolorido, deteriorado por el tiempo. Miró a Shevek. —¿Se siente bien? —Creo que me gustaría irme de este sitio. Una vez afuera, ya en los jardines, Shevek recobró el color, pero miró con odio los muros del palacio. —¿Por qué ese afán de preservar la ignominia? —Pero no es más que historia. ¡Esas cosas ya no ocurren más! — replicó Vea. Lo llevó a una función teatral vespertina, una comedia sobre matrimonios jóvenes y suegras, con muchos chistes sobre la copulación en los que nunca se mencionaba la copulación. Shevek trataba de reírse cuando Vea se reía. Luego fueron a un restaurante del centro, un lugar de inverosímil opulencia. La cena costó cien unidades. Shevek apenas comió, pues había comido al mediodía, pero cedió a la insistencia de Vea y bebió dos o tres copas de vino, que era más agradable de lo que había pensado, y parecía no tener ningún efecto mental deletéreo. No tenía dinero suficiente para pagar la cena, pero Vea no se inmutó, limitándose a sugerirle que extendiera un cheque, cosa que él hizo. Luego fueron en un coche de alquiler hasta el apartamento de Vea; también le permitió que pagara al conductor. ¿Sería posible, se preguntaba, que Vea fuese en realidad una prostituta, esa entidad misteriosa? Pero las prostitutas que Odo describía eran mujeres pobres, y Vea con seguridad no lo era; «su» fiesta, la fiesta de que le había hablado, la estaban preparando «su» cocinero, «su» doncella, y «su» despensero. Además los hombres en la Universidad hablaban de las prostitutas con menosprecio, como criaturas procaces, mientras que Vea, pese a las constantes insinuaciones, se mostraba tan sensitiva y reacia a hablar abiertamente de cualquier tema sexual que Shevek cuidaba de su lenguaje como si estuviera en Anarres conversando con una tímida niña de diez años. En suma, no sabía qué era exactamente

Vea. Las habitaciones de Vea eran amplias y suntuosas, con ventanales que daban a las luces centelleantes de Nio, y enteramente amuebladas en blanco, hasta las alfombras. Pero Shevek empezaba a ser insensible al lujo, y además tenía muchísimo sueño. Los invitados no llegarían hasta dentro de una hora. Mientras Vea se cambiaba de ropa, se quedó dormido en un enorme sillón blanco. La doncella movió algo sobre la mesa haciendo ruido, y Shevek despenó en el momento en que Vea reaparecía, ataviada ahora con un formal traje de noche, una larga falda ioti plegada desde las caderas, que le dejaba el torso desnudo. En el ombligo le resplandecía una joya pequeña, como en las películas que viera con Tirin y Bedap hacía un cuarto de siglo en el Instituto Regional de Ciencias de Poniente del Norte, exactamente igual. Despierto a medias, y totalmente excitado, le clavó Tos ojos. Ella lo miró a su vez, insinuando una sonrisa. Se sentó en una banqueta almohadillada cerca de Shevek, para poder mirarlo a la cara. Se arregló los pliegues de la falda blanca sobre los tobillos, y dijo: —Ahora, cuénteme cómo son realmente las cosas entre hombres y mujeres en Anarres. Era inverosímil. La doncella y el empleado de la despensa estaban en la sala; ella sabía que él tenía una compañera, él sabía que ella lo sabía; y no habían cambiado entre ellos una sola palabra sobre la copulación. Sin embargo, el vestido, los movimientos, el tono de voz de Vea, ¿qué eran sino una invitación declarada? —Entre un hombre y una mujer hay lo que ellos quieren que haya — dijo, con cierta brusquedad—. Cada uno, y ambos. —¿Entonces es cierto que ustedes no tienen moral? —preguntó ella, como escandalizada y encantada a la vez. —No sé lo que quiere decir. Ofender a una persona allí significa lo mismo que ofenderla aquí. —¿Quiere decir que se atienen a las mismas normas anticuadas? Yo creo que la

moral no es más que otra superstición, lo mismo que la religión. Hay que tirarla por la borda. —Pero mi sociedad —dijo Shevek, completamente desorientado— es un intento de alcanzarla. Tirar por la borda la moralina, sí: las normas, las leyes, los castigos, para que el hombre pueda ver el bien y el mal y decidir entre ellos. —Así que ustedes tiran por la borda todos los haz y no hagas. Pero ¿sabe una cosa? Yo creo que ustedes los odonianos se equivocaron de medio a medio. Tiraron por la borda a los sacerdotes y los jueces y las leyes de divorcio y todo eso, pero conservaron en el fondo el problema real. Lo arrinconaron muy adentro, en la conciencia de todos ustedes. Pero todavía sigue allí. ¡Son tan esclavos como siempre! No son verdaderamente libres. —¿Cómo lo sabe? —Leí un artículo en una revista sobre el odonianismo —dijo ella—. Y hemos estado juntos todo el día. No lo conozco a usted, pero sé algunas cosas. Sé que hay una... una Reina Teaea dentro de usted, dentro de esa cabeza peluda que tiene. Y le da órdenes, como antes a sus siervos, la vieja tirana. Le dice: «¡Haz esto!», y usted lo hace, y «¡No hagas eso!» y usted no lo hace. —Está donde tiene que estar —dijo Shevek, sonriendo—. En mi cabeza. —No. Mejor sería tenerla en un palacio. Así usted podría rebelarse contra ella. ¡Tendría que rebelarse! El tatarabuelo de usted lo hizo; al menos huyó a la Luna, escapó. Pero llevó consigo a la Reina Teaea, ¡y allí la tienen todavía! —Puede ser. Pero he aprendido, en Anarres, que si me ordenan que haga daño a otra persona, me hago daño a mí mismo. —La misma hipocresía de siempre. La vida es una lucha, y el más fuerte gana. ¡Todo lo que hace la civilización es ocultar la sangre y disfrazar el odio con palabras bonitas! —La civilización de ustedes, tal vez. La nuestra no oculta nada. Todo está a la luz. Allí, la Reina Teaea no se pone la piel de otro. Hay una sola ley

que respetamos, sólo una, la ley de la evolución humana. —¡La ley de la evolución es la supervivencia del más fuerte! —Sí, y los más fuertes, en cualquier especie social, son más sociales. En términos humanos, más éticos. Ya ve, nosotros no tenemos en Anarres ni víctimas ni enemigos, Sólo nos tenemos los unos a los otros. No es fuerza lo que se gana haciendo daño. Sólo debilidad. —A mí no me importa herir y no herir. No me importa la otra gente, que a nadie le importa, por lo demás. Los que dicen lo contrario fingen. Yo no quiero fingir. ¡Yo quiero ser libre! —Pero Vea —empezó a decir Shevek, con ternura porque el vehemente alegato lo había conmovido, pero en ese momento sonó la campanilla de la puerta. Vea se levantó, se alisó la falda, y avanzó sonriendo a recibir a los invitados. En el transcurso de la hora siguiente llegaron treinta o cuarenta personas. Al principio Shevek se sentía malhumorado, descontento y aburrido. Era otra de aquellas reuniones en las que todo el mundo iba y venía con copas en las manos, sonriendo y hablando en alta voz. Pero al rato le pareció más entretenida. Se iniciaron discusiones y polémicas, la gente se sentaba para conversar, empezaba a recordarle una reunión en Anarres. Se pasaban fuentes de delicados pasteles, y trozos de carne y de pescado, un camarero atento llenaba incesantemente las copas. Shevek aceptó un trago. Hacía meses ya que veía cómo los urrasti engullían alcohol sin que nadie pareciera enfermarse. El brebaje sabía a medicamento, pero alguien le explicó que en su mayor parte era agua carbonatada, que a Shevek le gustaba. Tenía sed, y lo bebió de un sorbo. Un par de hombres estaban decididos a hablar de física con él. Uno de ellos era bien educado, y Shevek logró esquivarlo durante un tiempo, pues le molestaba hablar de física con un lego. El otro era prepotente, y Shevek no pudo eludirlo; pero des-

cubrió, irritado, que le era mucho más fácil conversar con él. El hombre lo sabía todo, aparentemente porque tenía montones de dinero. —Tal como yo la veo —informó a Shevek— esa Teoría de la Simultaneidad de usted niega el hecho más obvio, el hecho de que el tiempo pasa. —Bueno, en física somos cautelosos con lo que llamamos «hechos». No es lo mismo que en los negocios —dijo Shevek con mucha afabilidad y mansedumbre, pero había algo en aquella mansedumbre que hizo que Vea, que se encontraba cerca conversando con otro grupo, se volviera a escuchar—. Dentro de los términos estrictos de la Teoría de la Simultaneidad, la sucesión no sería un fenómeno físicamente objetivo, sino un fenómeno subjetivo. —Deje de asustar a Dearri, y explíquenos en media lengua lo que eso significa —dijo Vea. La perspicacia de ella hizo sonreír a Shevek. —Bien, nosotros pensamos que el tiempo «pasa», fluye y nos deja atrás, pero ¿y si somos nosotros los que nos adelantamos, del pasado al futuro, siempre descubriendo lo nuevo? Sería como leer un libro, se da cuenta. El libro está todo ahí, todo al mismo tiempo, entre la tapa y la contratapa. Pero si usted quiere leer la historia y comprenderla, ha de comenzar por la primera página, y seguir adelante, siempre en orden. El universo sería pues un libro inmenso, y nosotros lectores muy pequeños. —Pero el hecho muestra —replicó Dearri— que experimentamos el universo como una sucesión, un transcurso. En cuyo caso, ¿para qué sirve esa teoría de que en un plano más alto todo puede ser eternamente coexistente? Divertido para ustedes los teóricos, tal vez, pero no tiene ninguna aplicación práctica, ninguna relación con la vida real. ¡A menos que haga posible construir una máquina del tiempo! —agregó con una suerte de tensa, fingida jovialidad. —Pero no sólo experimentamos el universo como una

sucesión —dijo Shevek—. ¿Usted nunca sueña, señor Dearri? —Se sintió orgulloso de haber llamado señor a alguien, por una vez. —¿Qué relación tiene? —Es sólo la conciencia, nuestra conciencia, parece, lo que experimenta el transcurso del tiempo. Para un bebé el tiempo no existe: él no puede separarse del pasado y comprender cómo ese pasado se relaciona con el presente, ni imaginar cómo el presente podría relacionarse con el futuro. No sabe que el tiempo pasa; no comprende la muerte. La mente inconsciente del adulto sigue siendo una mente infantil. En un sueño tampoco hay tiempo, y la sucesión es trastocada, y la causa y el efecto se confunden. En el mito y la leyenda no existe el tiempo. ¿A qué tiempo pasado se refiere el cuento cuando dice "Había una vez¿ Y así, cuando la razón se funde con el inconsciente, el místico ve que todo se transforma en una existencia única, y comprende el eterno retorno. —Si, los místicos —dijo con vehemencia el hombre más tímido—. Tebores, en el Octavo Milenio. Escribió: La mente inconsciente coexiste con el universo. —Pero no somos bebés —lo interrumpió Dearri—, somos hombres racionales. ¿Es esa simultaneidad de usted una especie de regresividad mística? Hubo una pausa, mientras Shevek se servía un pastelillo que no deseaba, y lo comía. Ese día ya había perdido una vez los estribos, y se había puesto en ridículo. Con una vez bastaba. —Tal vez podría vérsela —dijo— como el intento de establecer cierto equilibrio. Vea usted, la secuencia explica eficazmente nuestro sentido lineal del tiempo, y la evidencia de la evolución. Incluye la creación, y la mortalidad. Pero allí se detiene. Explica todos los cambios, pero no puede explicar por qué las cosas perduran. Habla sólo de la flecha del tiempo... nunca del círculo del tiempo. —¿El círculo? —preguntó el inquisidor más educado, con un anhelo tan evidente

de comprender que Shevek se olvidó por completo de Dearri, y se dejó llevar por el entusiasmo, moviendo las manos y los brazos como sí tratara de mostrar, materialmente, las flechas, los ciclos, las oscilaciones de que hablaba. —El tiempo procede en ciclos, como también en una línea. Un planeta gira: ¿ve? Un ciclo, una órbita alrededor del sol, es un año ¿no? Y dos órbitas, dos años, y así sucesivamente. Uno puede contar las órbitas interminablemente... un observador puede hacerlo. En realidad con un sistema como ese medimos el tiempo. El contador de tiempo, el reloj. Pero dentro del sistema, del ciclo, ¿dónde está el tiempo? ¿Dónde comienza y dónde termina? La repetición infinita es un proceso atemporal. Es menester compararlo, referirlo a algún otro proceso cíclico o no cíclico, para poder verlo como temporal. Y bien, esto es muy curioso y muy interesante, ya lo ve. Los átomos, usted sabe, tienen un movimiento cíclico. Los compuestos estables están constituidos por partículas dotadas de un movimiento regular, periódico, un movimiento correlativo. En realidad, son los ciclos atómicos de tiempo reversible los que confieren a la materia la permanencia que hace posible la evolución. Las pequeñas intemporalidades sumadas constituyen el tiempo. Y luego, en la escala grande, el cosmos: bueno, usted sabe, nosotros pensamos que en el universo todo es un proceso cíclico, una oscilación de expansión y contracción, sin ningún antes, sin ningún después. Sólo dentro de cada uno de los grandes ciclos, en los que vivimos, sólo allí hay tiempo lineal, hay evolución, hay cambio. Por lo tanto el tiempo tiene dos aspectos. Está la flecha, el río eme fluye, sin lo cual no hay cambio, no hay progreso, ni dirección, ni creación. Y está el círculo o el ciclo, sin el cual todo es caos, la sucesión sin sentido de instantes, un mundo sin relojes, sin estaciones, sin promesas. —Usted se contradice —dijo

Dearri, con la tranquilidad del saber superior—. En otras palabras, uno de esos «aspectos» es real, el otro es simplemente una ilusión. —Muchos físicos han dicho eso —admitió Shevek. —Pero ¿qué dice usted? —le preguntó el que quería saber. —Bueno, yo creo que es una manera fácil de salir del atolladero... ¿Se puede acaso desechar el ser, o el devenir, como una ilusión? El devenir sin el ser carece de sentido. El ser sin el devenir es el aburrimiento total... Si la mente es capaz de percibir el tiempo en estos dos aspectos, entonces una auténtica filosofía del tiempo incluiría un campo en el que la relación de los dos aspectos o procesos podría al fin comprenderse. —Pero ¿para qué sirve esa clase de «comprensión» —dijo Dearri— si no resulta en aplicaciones prácticas, tecnológicas? Puro malabarismo verbal, ¿no? —Sólo un propietario verdadero puede hacer esas preguntas —dijo Shevek, y nadie se dio cuenta de que había insultado a Dearri con la palabra más despectiva de su vocabulario; en realidad Dearri movió la cabeza afirmativamente, aceptando el cumplido con satisfacción. Vea, en cambio, advirtió la tensión, y estalló de pronto: —En realidad no entiendo una palabra de lo que dice, sabe, pero me parece que si entendí bien lo del libro, que realmente todo existe ahora... ¿no podríamos entonces predecir el futuro? ¿Si ya está aquí? —No, no —dijo el hombre más tímido, sin ninguna timidez—. No está como un diván o como una casa. El tiempo no es el espacio. ¡Usted no puede dar un paseo alrededor del tiempo! —Vea asintió con vivacidad, como si en verdad estuviera contenta de que le hubiesen dado una lección. Como envalentonado por haber echado a la mujer fuera de los ámbitos del pensamiento elevado, el hombre tímido se volvió a Dearri y dijo: —A mí me parece que la física temporal tiene aplicación en el campo de la ética. ¿Está usted de acuerdo,

doctor Shevek? —¿Ética? Bueno, no sé. Yo hago fundamentalmente matemática, usted sabe. Usted no puede desarrollar ecuaciones del comportamiento ético. —¿Por qué no? —dijo Dearri. Shevek lo ignoró. —Pero es verdad, la filosofía del tiempo implica una ética. Pues nuestro sentido del tiempo nos permite separar la causa y el efecto, los medios y los fines. El bebé, nuevamente, el animal, ellos no ven la diferencia entre lo que hacen ahora y lo que ocurrirá porque lo hacen. Ellos no pueden hacer una polea, o una promesa. Nosotros podemos. Adviniendo la diferencia entre el ahora y el no ahora, podemos relacionarlos. Y ahí entra la moral. La responsabilidad. Decir que por medios malos puedo obtener fines buenos equivale exactamente a decir que si tiro de la cuerda de esta polea levantaré el peso de aquella otra. Romper una promesa es negar la realidad del pasado; y negar por lo tanto la esperanza de un futuro real. Si tiempo y razón son funciones recíprocas, si nosotros somos criaturas temporales, entonces será mejor que lo sepamos, y tratemos de aprovecharlo lo mejor posible. De actuar de modo responsable. —Pero mire una cosa —dijo Dearri, con la inefable satisfacción de su propia sagacidad—, ha dicho hace un momento que en el Sistema de la Simultaneidad de usted no hay pasado ni futuro, sólo una suerte de eterno presente. Si es así ¿cómo puede uno ser responsable por el libro que ya está escrito? Lo único que puede hacer es leerlo. No queda ninguna opción, ninguna libertad. —Ese es el dilema del determinismo. Usted tiene toda la razón, está implícito en el pensamiento simultaneísta. Pero también el pensamiento secuencial tiene su dilema. Es así, para pintarle un cuadro un poco disparatado: usted le tira una piedra a un árbol, y si usted es un simultaneísta la piedra ya ha golpeado contra el árbol, y si usted es un secuencista nunca alcanzará el árbol. ¿Qué

elige usted, entonces? Quizá prefiera tirar piedras sin pensarlo más, sin elegir. Yo prefiero el camino difícil, y elijo las dos interpretaciones. —¿Cómo... cómo las reconcilia? —preguntó el hombre tímido con seriedad. Shevek estuvo a punto de reírse de desesperación. —No lo sé. ¡He estado trabajando mucho tiempo en eso! En última instancia la piedra golpea el árbol. Ni la pura secuencia ni la pura unidad podrán explicarlo. Nosotros no queremos pureza, sino complejidad, la relación de causa y efecto, cíe medio y fin. Nuestro modelo del cosmos tiene que ser tan inagotable como el cosmos mismo. Una complejidad que no sólo incluya la duración sino también la creación, no sólo el ser sino el devenir, no sólo la geometría sino la ética. No es una respuesta lo que buscamos, sino el modo de formular la pregunta... —Todo está muy bien, pero son respuestas lo que la industria necesita-—dijo Dearri. Shevek se volvió lentamente, lo observó un rato, y no dijo nada. Se hizo un silencio pesado, en el que Vea saltó, graciosa e inconsecuentemente, a su tema de la predicción del futuro. Había otros interesados, y pronto todos empezaron a narrar sus experiencias con adivinos y clarividentes. Shevek resolvió no decir nada más, no importaba lo que le preguntasen. Estaba más sediento que nunca; permitió que el camarero le volviera a llenar la copa, y bebió aquella cosa efervescente de sabor agradable. Miró alrededor de la sala, tratando de tranquilizarse, observando a otra gente. Pero éstos también se comportaban de una manera muy emocional, para ser ioti: gritaban reían a carcajadas. Se interrumpían unos a otros. En un rincón una pareja se entretenía en las preliminares de un juego sexual. Shevek miró para otro lado, con repugnancia. ¿Hasta en el sexo eran egotistas? Acariciarse y copular en presencia de gente sin pareja era tan grosero como comer en presencia de un hambriento.

Volvió la atención al grupo que lo rodeaba. Habían abandonado el tema de la predicción, y se habían volcado a la política. Estaban todos discutiendo sobre la guerra, sobre cuál sería el próximo paso de Thu, cuál el próximo paso de A-Io, cuál el del CGM. —¿Por qué sólo hablan en abstracto? —inquirió intempestivamente, preguntándose mientras hablaba por qué estaba hablando, cuando había resuelto no hacerlo—. No sólo nombres de países, son gentes que se están matando, unos a otros. ¿Por qué van los soldados? ¿Por qué un hombre va a matar a desconocidos? —Pero si los soldados estancara eso —dijo una mujercita rubia con un ópalo en el ombligo. Varios hombres empezaron a explicarle a Shevek el principio de la soberanía nacional. Vea los interrumpió: —Pero déjenlo hablar. ¿Cómo resolvería usted el embrollo, Shevek? —La solución está a la vista. —¿Dónde? —¡Anarres! —Pero lo que hacen ustedes en la Luna no resuelve nuestros problemas aquí. —El problema del hombre es siempre el mismo. Supervivencia. Especie, grupo, individuo. —Defensa nacional... —gritó alguien. Ellos discutían, él discutía. Sabía lo que quería decir: algo claro y verdadero que podía convencer a todos, pero por alguna razón no conseguía decirlo con propiedad. Todo el mundo gritaba. La mujercita rubia palmeó el ancho brazo del sillón en que estaba sentada, y Shevek se instaló junto a ella. La cabeza rasurada y sedosa asomó por debajo de la cabeza de Shevek: —¡Hola, Hombre de la Luna!—dijo. Vea se había unido a otro grupo durante un rato, pero ahora estaba otra vez cerca de él. Tenía la cara encendida y los ojos grandes y líquidos. Shevek creyó ver a Pae del otro lado de la sala, pero había tanta gente que las caras se le confundían. Las cosas se sucedían en espasmos y paroxismos, con lagunas intermedias, como si le permitiesen asistir entre bastidores al funcionamiento del cosmos

cíclico, según la hipótesis de la vieja Gvarab. —¡Si no defendemos el principio de autoridad legal, degeneraremos en mera anarquía! —tronó un hombre gordo, malcarado. —¡Sí, sí, degeneraremos! —dijo Shevek—. Nosotros hemos disfrutado de esa anarquía durante ciento cincuenta años. Los dedos de los pies de la mujercita rubia, calzados en sandalias de plata, asomaron por debajo de la falda, totalmente recamada de centenares y centenares de perlas diminutas. Vea dijo: —Pero háblanos de Anarres... ¿cómo es realmente? ¿Es en verdad tan maravilloso? Estaba sentado en el brazo del sillón, y Vea se había dejado caer en el cojín, a los pies de él, erguida y sumisa, los pechos tiernos clavando en él una mirada ciega, la cara sonriente, complaciente, sonrosada. Algo sombrío giró en la mente de Shevek, oscureciéndolo todo. Tenía la boca seca. Vació la copa que el camarero acababa de llenarle. —No sé —dijo. Sentía la lengua casi paralizada—. No. No es maravilloso. Es un mundo feo. No se parece a éste. Anarres es todo polvo y colinas secas. Todo estéril, todo seco. Y la gente no es hermosa. Tienen manos y pies grandes, como yo y como este camarero. Pero no grandes vientres. Se ensucian mucho, y se bañan juntos, nadie aquí lo hace. Las ciudades son muy pequeñas e insignificantes, son tristes. No hay palacios. La vida es opaca, y el trabajo duro. Uno nunca puede tener lo que quiere, y ni siquiera lo que necesita, porque no hay para todos. Ustedes los urrasti tienen suficiente para todos. Aire suficiente, lluvia suficiente, pastos, océanos, alimentos, música, edificios, fábricas, máquinas, libros, ropas, historia. Ustedes son ricos, nosotros pobres. Ustedes tienen, nosotros no tenemos. Todo es hermoso aquí. Menos las caras. En Anarres nada es hermoso, nada excepto las caras. Las otras caras, los hombres y las mujeres. Nosotros no tenemos nada más. Aquí uno ve las joyas,

allí uno ve los ojos. Y en los ojos ve el esplendor, el esplendor del espíritu humano. Porque nuestros hombres y mujeres son libres. Y ustedes los poseedores son poseídos. Viven todos en una cárcel. Cada uno a solas, solitario, con el montón de lo que posee. Viven en una cárcel y mueren en una cárcel. Eso veo en los ojos de ustedes... el muro, ¡el muro! Todos lo estaban mirando. Shevek oía el sonido de su propia voz todavía vibrando en el silencio, le escocían las orejas. La oscuridad, la tiniebla, volvió a moverse dentro de él. —Me siento mareado —dijo, y se levantó. Vea estaba a su lado. —Venga por aquí —dijo con una risa corta, sofocada. Se abrió paso entre la gente y Shevek la siguió. Estaba muy pálido ahora, el mareo no se le pasaba; pensó que ella lo conduciría al lavabo, o hasta una ventana donde pudiera respirar un poco de aire fresco. Pero entraron en una habitación grande, iluminada con luces indirectas. Había una cama alta y blanca contra una pared; un espejo cubría la mitad de otra. Se respiraba una fragancia intensa, dulce, a cortinados, a ropa blanca, el perfume de Vea. —Usted es demasiado —dijo Vea, poniéndose delante de él y mirándolo a la cara en la penumbra, con esa risa sofocada—. Realmente demasiado, usted es imposible... ¡Magnífico! —Le puso las manos sobre los hombros—. ¡Oh, las caras de todos! ¡Se merece un beso! —Y alzándose sobre las puntas de los pies le ofreció la boca, la garganta blanca, los pechos desnudos. Él la abrazó y la besó en la boca, empujándole la cabeza hacia atrás, y luego en la garganta y los pechos. Al principio Vea cedió, blanda como si no tuviera huesos; luego se resistió un poco, con pequeñas contorsiones, riendo y empujándolo débilmente, y diciéndole: —¡Oh, no, no, pórtese bien ahora! A ver, vamos, tenemos que volver a la fiesta. No, Shevek, serénese, ¡no puede ser! Él no la escuchaba. La arrastró hacia

la cama, y ella fue con él aunque sin dejar de hablar. Tironeando con una mano de las complicadas prendas que vestía, Shevek logró abrirse el pantalón. Faltaba el vestido de Vea, la cinta con un lazo colgante pero ceñido al talle que le sujetaba la falda, y que no conseguía desatar. —Bueno, basta —dijo ella—. No, ahora escuche, Shevek, no puede ser, ahora no. No he tomado un anticonceptivo, en buen lío me veré, si me quedo llena, ¡mi marido vuelve dentro de dos semanas! No, suélteme. — Pero él no podía soltarla, tenía la cara apretada contra la carne perfumada, sudorosa, tierna—. Escuche, no me estropee el vestido, la gente se dará cuenta, por favor. Espere... espere, podemos arreglarlo, podemos buscar un sitio donde encontrarnos, tengo que cuidar mi reputación, no puedo confiar en la doncella, espere un poco, ¡ahora no! ¡Ahora no! ¡Ahora no! Asustada al fin por aquella urgencia ciega, por la fuerza de Shevek, le puso las dos manos contra el pecho, y lo empujó, todo lo que pudo. Él dio un paso atrás, confundido por aquella voz aguda, asustada, y por aquella lucha; pero no podía detenerse, la resistencia de ella lo excitaba todavía más. La estrechó contra él, y el semen saltó contra la seda blanca del vestido. —¡Suélteme! ¡Suélteme! —le repetía Vea en el mismo murmullo agudo. Shevek la soltó. Se sentía aturdido. Manoteó el pantalón, tratando de cerrarlo. —Lo... siento... pensé que usted quería... —¡Por amor de Dios! —dijo Vea, mirándose la falda a la luz mortecina, mientras tironeaba de los pliegues para quitársela—. ¡Realmente! Ahora tendré que cambiarme el vestido. Shevek seguía en pie, inmóvil, la boca abierta, respirando con dificultad, las manos colgantes; de pronto dio media vuelta y salió atolondradamente de la media luz de la habitación. De regreso en la sala iluminada de la fiesta, trastabilló entre la gente amontonada, tropezó con una pierna, encontró el ca-

mino bloqueado por cuerpos, ropas, joyas, pechos, ojos, llamas de bujías, muebles. Tropezó contra una mesa. Sobre ella había una fuente de plata con pasteles de carne, crema y hierbas dispuestos en círculos concéntricos, como una enorme flor pálida. Shevek abrió la boca para tomar aliento, cayó doblado sobre la mesa, y vomitó sobre la fuente de planta. —Lo llevaré a casa —dijo Pae. —Llévalo, por favor —dijo Vea—. ¿Estuviste buscándolo, Saio? —¡Oh!, un poco. Felizmente Demacre te telefoneó. —Él se alegrará de veros, seguramente. —No tendremos ningún problema con él. Se desvaneció en el vestíbulo. ¿Puedo usar tu teléfono antes de irme? —Dale mis cariños al jefe —dijo Vea con malicia. Oiie había ido al piso de su hermana acompañado por Pae, y se marchó con él. Se sentaron en el asiento medio de la gran limusina del gobierno de la que Pae disponía siempre, mediante una simple llamada, la misma que había llevado a Shevek desde el puerto el verano anterior. Ahora yacía en el asiento trasero, tal como ellos lo habían dejado. —¿Estuvo con tu hermana todo el día, Demacre? —Desde el mediodía, parece. —¡Gracias a Dios! —¿Por qué te preocupa tanto que pueda ir a los barrios bajos? Cualquier odoniano está ya convencido de que somos una caterva de esclavos asalariados y oprimidos, ¿qué diferencia hay si ve algunas pruebas? —No me importa lo que él vea. Lo que no queremos es que lo vean a él. ¿No has leído los periódicos? ¿O las octavillas que circulaban la semana pasada en la Ciudad Vieja, sobre el "Precursor¿ El mito, el que vendrá antes del milenio, «un extranjero, un paria, un exiliado, trayendo en las manos vacías el tiempo por venir». Citaban eso. Uno de esos malditos arranques de humor apocalíptico, propios del populacho. Buscan un mascarón de proa. Un catalizador. Hablan de una huelga general. Nunca aprenderán. De todos

modos necesitan una lección. Maldita chusma rebelde, que luchen contra Thu, es lo único bueno que alguna vez conseguiremos de ellos. Ninguno de los dos volvió a hablar durante el trayecto. El sereno de la Residencia de Docentes Decanos los ayudó a subir a Shevek. Lo descargaron como un fardo sobre la cama. El aliento del hombre borracho era repugnante; Oiie se apartó de la cama, y el temor y el amor que sentía por Shevek crecieron en él, cada sentimiento estrangulando al otro. Arrugó el ceño, y murmuró: —Imbécil de mierda. —Apagó la luz y volvió al otro cuarto. Pae estaba en pie junto al escritorio revisando los papeles de Shevek. —Deja eso —dijo Oiie, mientras la expresión de repugnancia se le acentuaba en el rostro—. Vamos. Son las dos de la mañana. Estoy cansado. —¿Qué ha estado haciendo ese bastardo, Demacre? Nada todavía, absolutamente nada. ¿Será un farsante? ¿Habremos traído de Utopía un condenado campesino ingenuo? ¿Dónde está su teoría? ¿Dónde está nuestro vuelo instantáneo? ¿Dónde está nuestra ventaja sobre los hainianos? ¡Nueve, diez meses alimentando al bastardo, para nada! —No obstante, se metió en el bolsillo uno de los trabajos, antes de seguir a Oiie hacia la puerta.

Capítulo 8

Anarres

Estaban afuera, en los campos de atletismo del Parque Norte de Abbenay, seis de ellos, en el oro largo y el calor y el polvo del anochecer. Todos se sentían gratamente repletos, porque la comilona se había prolongado a lo largo de la tarde, un festival y un festín callejero con manjares cocinados al aire libre. Era la fiesta del pleno verano, el Día de la Insurrección, conmemorando el primer gran levantamiento en Nio Esseia en el año urrasti 740, hacía casi doscientos años. Los cocineros y trabajadores del refectorio eran ese día los invitados de honor del resto de la comunidad, pues había sido un sindicato de cocineros y camareros el que iniciara la huelga que llevó a la insurrección. Había numerosas tradiciones y festivales de esa naturaleza en Anarres, algunos instituidos por los Colonizadores y otros, como los de la Cosecha y el Solsticio, que habían surgido espontáneamente, del ritmo natural de la vida en el planeta y la necesidad de quienes trabajaban juntos de celebrar juntos. Estaban conversando, todos en forma un tanto inconexa

excepto Takver, Había bailado durante horas, había comido grandes cantidades de pan frito y encurtidos, y se sentía muy animada. —¿Por qué a Kvigot lo han mandado a las pesquerías del Mar de Keran, donde tendrá que empezar todo de nuevo, mientras que a Turib le permiten investigar aquí mismo? —estaba diciendo. El sindicato de Takver había sido incorporado a un proyecto que dependía directamente de fa CPD, y Takver se había convertido en una decidida defensora de algunas ideas de Bedap—. Pues Kvigot es un biólogo excelente que no está de acuerdo con las farragosas teorías de Simas, y Turib es una nulidad que en los baños le friega la espalda a Simas. Ya veréis quién se encarga del programa cuando Simas se retire. ¡Ella, Turib, os lo apuesto! —¿Qué significa esa expresión? —preguntó alguien que no se sentía dispuesto a la crítica social. Bedap, que había engordado de cintura y tomaba muy en serio la gimnasia, trotaba concienzudamente alrededor del campo de juegos. Los otros, sentados debajo de los árboles en un bando polvoriento, practicaban la gimnasia verbal. —Es un verbo iótico —explicó Shevek—. Un juego de probabilidades común entre los urrasti. El que adivina gana la propiedad del otro. —Había dejado hacía tiempo e obedecer a Sabul, que le había prohibido hablar de la lengua iótica. —¿Cómo se incorporó esa palabra al právico? —Los Colonizadores —explicó otro—. Tuvieron que aprender právico de adultos; durante mucho tiempo pensaron sin duda con los conceptos de las lenguas antiguas. Leí en alguna parte que la palabra maldición no figura en el diccionario právico; es iótico, también. Farigv no pensó en incluir maldiciones cuando inventó el idioma, o las computadoras no lo consideraron necesario. —¿Qué es infierno, entonces? —preguntó Takver—. Yo pensaba que quería decir el depósito de mierda del pueblo en que crecí.

«¡Vete al infierno!» El peor lugar del mundo. Desar, el matemático, que ahora tenía un puesto permanente en el Instituto, y que siempre rondaba alrededor de Shevek, aunque rara vez hablaba con Takver, dijo en su estilo criptográfico: —Significa Urras. —En Urras, significa el lugar al que van a parar los condenados. —Es un puesto veraniego en el Sudoeste —dijo Ternis, una ecologista, una vieja amiga de Takver. —En iótico, el sentido es religioso. —Ya sé que tienes que leer en iótico, Shev, ¿pero tienes que leer libros de religión? —Los conceptos de la antigua física urrasti son todos religiosos. «Infierno» significa el lugar del mal absoluto. —El depósito de estiércol de Valle Redondo —dijo Takver—. Como yo pensaba. Bedap llegó resoplando, blanco de polvo, chorreando sudor. Se sentó pesadamente al lado de Shevek y jadeó. —Di algo en iótico —pidió Richat, una alumna de Shevek—. ¿Cómo suena? —Tú sabes: ¡Infierno! ¡Maldición! —Acaba de maldecirme —dijo la chica, riendo—; di una frase entera. Shevek dijo una frase en iótico. —En realidad no sé cómo se pronuncia —añadió—, trato de adivinar. —¿Qué quiere decir? —«Si el paso del tiempo es cualidad de la conciencia humana, el pasado y el futuro son funciones de la mente.» De un presecuencista, Keremcho. —¡Qué extraño pensar en gente que habla y que uno no la puede entender! —Ni siquiera entre ellos pueden entenderse. Hablan centenares de lenguas, esos anarquistas locos de la Luna... —Agua, agua —dijo Bedap, todavía jadeando. —No hay agua —dijo Terrus—. No ha llovido una sola vez en dieciocho décadas. Ciento ochenta y tres días exactamente. La sequía más larga en Abbenay desde hace cuarenta años. —Si continúa, tendremos que reciclar la orina, como en el año 20. ¿Un vaso de pis, Shev? —No bromees —dijo Terrus—. En esa cuerda floja estamos ahora. ¿Lloverá bastante? Las cosechas de hoja de

Levante del Sur ya están todas perdidas. Ni una gota de lluvia en treinta décadas. Todos contemplaron el cielo dorado, brumoso. Las hojas dentadas de los árboles a cuya sombra estaban sentados, altas especies exóticas originarias del Viejo Mundo, colgaban mustias de las ramas, polvorientas, rizadas por la sequía. —No más Gran Sequía —dijo Desar—. Laboratorios modernos desalinizadores. Prevención. —Podrían ayudar a aliviarla —dijo Terrus. El invierno llegó temprano aquel año, frío y seco en el hemisferio norte. Un polvo escarchado flotó en el viento por las calles bajas, anchas de Abbenay. El agua para los baños fue estrictamente racionada: la sed y el hambre eran más urgentes que la higiene. El alimento y la vestimenta para los veinte millones de habitantes de Anarres procedían de las plantas de holum, hoja» semilla, fibra, raíz. Había pilas de tejidos en los depósitos y almacenes, pero nunca había habido una reserva importante de alimentos. El agua iba a la tierra, para mantener vivas las plantas. El polvo traído por el viento desde las regiones más secas del sur y del oeste manchaba de amarillo el cielo de la ciudad, antes despejado, diáfano, sin una nube. A veces, cuando el viento soplaba desde el norte, desde el Ne Theras, la neblina amarilla se disipaba y aparecía el cielo, brillante y vacío, de un azul oscuro, purpúreo en el cenit. Takver estaba embarazada, y por lo general se sentía soñolienta y de buen talante. —Soy un pez —decía—, un pez en el agua. Estoy dentro del bebé que está dentro de mí. Pero a veces el trabajo la extenuaba, o se quedaba con hambre, pues habían reducido un poco las raciones. Las mujeres embarazadas, lo mismo que los niños y los viejos, tenían derecho a una comida extra diaria, un refrigerio a las once, pero Takver los omitía a menudo a causa de las exigencias del trabajo. Ella podía prescindir de una comida, pero no los

peces del laboratorio. Los amigos solían llevarle una parte de sus propias raciones, o de las sobras del comedor, un bollo relleno o una fruta. Takver lo comía todo agradecida, pero tenía una desesperada necesidad de cosas dulces, y los dulces escaseaban. Cuando estaba cansada perdía la paciencia y se irritaba con facilidad, y bastaba una palabra para que estallase. . Al final de otoño Shevek completó el manuscrito de los Principios de la Simultaneidad. Se lo entregó a Sabul para que lo aprobara y lo hiciera imprimir. Sabul lo retuvo una década, dos décadas, tres décadas, y no decía nada. Shevek preguntó. Sabul respondió que aún no había tenido tiempo de leerlo, que estaba demasiado ocupado. Shevek esperó. Mediaba el invierno. El viento seco soplaba día tras día; el suelo estaba escarchado. Todo parecía haberse detenido, en una pausa sin sosiego, en espera de la lluvia, del nacimiento. El cuarto estaba a oscuras. En la ciudad acababan de encenderse las luces; parecían débiles bajo el cielo alto, de un gris sombrío. Takver entró, encendió la lámpara y se arrebujó en el abrigo junto a la reja del calefactor, —¡Oh, qué frío! ¡Qué frío terrible! Siento los pies como si hubiera estado caminando sobre glaciares, casi lloro en el camino, tanto me dolían. ¡Estas podridas botas de propietario! ¿Por qué no somos capaces de hacer un par de Dotas decentes? ¿Por qué estás sentado ahí, en la oscuridad? —No sé. —¿Fuiste al comedor? Yo comí un bocado camino a casa, en Excedentes. Tuve que quedarme, las crías de los kukuri estaban a punto de romper el cascarón, y tuvimos que sacar los peces del estanque antes que los adultos se los comieran. ¿Comiste? —No. —No te pongas lúgubre. Por favor no te pongas lúgubre esta noche. Si una sola cosa más anda mal, me echaré a llorar. ¡Estoy harta de llorar! ¡Estas estúpidas hormonas! Ojalá pudiera tener bebés como los peces, poner

los huevos y alejarme nadando. A menos que nadara de vuelta y me los comiera... No te quedes así, inmóvil como una estatua. No lo puedo soportar. —Gimoteaba cuando se agachó para recibir el soplo cálido de la reja, mientras trataba de aflojarse las botas con los dedos entumecidos. Shevek no dijo nada. —¿Qué te pasa? ¡No te quedarás así inmóvil todo el tiempo! —Sabul me citó hoy. No va a recomendar que se publiquen los Principios ni que se exporten. Takver dejó de forcejear con los cordones de las botas y se quedó muy quieta. Miró a Shevek por encima del nombro. —¿Qué dijo, exactamente? —preguntó al fin. —La crítica está sobre la mesa. Ella se levantó, y arrastrando los píes con una bota todavía puesta llegó hasta la mesa, y leyó el papel, inclinándose, las manos en los bolsillos del abrigo. —«El principio de que la física secuencial fundamenta la filosofía del tiempo ha sido reconocido y aceptado de común acuerdo en la sociedad odoniana desde la colonización de Anarres. Toda desviación egoísta de esta solidaridad primaria sólo puede conducir a devaneos estériles, hipótesis impracticables e inútiles para el organismo social, o a la reiteración de las especulaciones supersticiosas de irresponsables científicos a sueldo, en los Estados explotadores de Urras...» ¡Ese aprovechado! ¡Ese farsante miserable y envidioso, predicando a Odo! ¿Mandará esta crítica a la prensa? Takver se arrodilló para tratar de sacarse la bota. Le echó alguna mirada a Shevek, pero no se le acercó ni trató de tocarlo, y durante un rato no dijo nada. Habló con una voz que no era fuerte y tensa como un momento antes; ahora tenía otra vez aquella calidad natural propia, grave y aterciopelada. —¿Qué vas a hacer, Shev? —No hay nada que hacer. —Nosotros imprimiremos el libro. Fundaremos un sindicato de prensa y aprenderemos tipografía. —El papel está racionado al mínimo. Nada de impre-

siones no esenciales. Sólo las publicaciones de la CPD, hasta que las plantaciones de árboles holum estén a salvo. —Entonces ¿no podrías alterar de algún modo la presentación? Disfrazar lo que dices. Decorarlo con galones secuenciales. Para que lo acepte. —No puedes disfrazar lo negro de blanco. Ella no preguntó si no podía eludir el control de Sabul, o pasar por encima de él. Nadie en Anarres pasaba por encima de nadie. No había subterfugios. Si uno no podía trabajar en solidaridad con los síndicos, trabajaba solo. —Y si... —Se interrumpió. Se incorporó y puso las botas a secar cerca del calefactor. Se quitó el abrigo, lo colgó, se echó sobre los hombros un grueso chal tejido a mano. Luego se sentó en la cama, que rechinó ligeramente al hundirse. Miró a Shevek, que seguía sentado de perfil entre ella y la ventana. —¿Y si le propusieras que lo firme como coautor? Como el primer trabajo que escribiste. —Sabul no prestará su nombre para «especulaciones supersticiosas». —¿Estás seguro? ¿Estás seguro de que no es justamente eso lo que quiere? Él sabe de qué se trata lo que tú has hecho. Siempre dijiste que era astuto. Sabe que tu libro lo echaría a él y a toda la escuela secuencial en el recipiente de reciclaje. ¿Pero si lo pudiera compartir contigo, compartir el mérito? Es un ego puro, eso es lo que es. Si pudiera decir que es su libro... Shevek dijo amargamente: —Compartir con él el libro sería como compartirte a ti. —No lo tomes de esa manera, Shev. Es el libro lo que importa... las ideas. Escúchame. Nosotros queremos conservar a este niño, a este bebé que va a nacer, queremos amarlo. Pero si por alguna razón tuviera que morir si se quedara con nosotros, si sólo pudiera vivir en un hogar de niños, si nunca pudiéramos verlo ni saber cómo lo llaman... si tuviéramos esa opción, ¿qué elegiríamos? ¿Conservar al niño? ¿O darle la vida? —No sé —dijo él. Hundió la cara entre

las manos y se frotó la frente con angustia—. Sí, desde luego. Sí. Pero esto... pero yo... —Hermano, corazón amado —dijo Takver. Cruzó las manos por delante del regazo, pero no las tendió hacia él—. No importa el nombre que figure en el libro. La gente sabrá. La verdad es el libro. —Yo soy ese libro —dijo él. Cerró los ojos y se quedó muy quieto. Takver se le acercó, tímidamente, y lo tocó con cuidado, como si tocara una herida. A principios del año 164 se imprimió en Abbenay la primera versión incompleta, drásticamente abreviada de los Principios de la Simultaneidad, firmada por Sabul y Shevek como coautores. La CPD sólo editaba a la sazón los documentos y las directivas esenciales, pero Sabul había influido ante la Prensa y la división de Informaciones de la CPD, y los había convencido del valor propagandístico del libro en el exterior. Urras, dijo, veía con maligno regocijo la sequía y las perspectivas de una hambruna en Anarres; en los periódicos loti llegados en el último embarque abundaban las siniestras profecías sobre el inminente desastre odoniano. Qué mejor desmentido; arguyó Sabul, que la publicación de una obra de pensamiento puro, «un monumento científico», decía en su crítica revisada, «que se eleva por encima de la adversidad material para demostrar la vitalidad inextinguible de la sociedad odoniana y cómo supera al propietariado arquista en todos los ámbitos del pensamiento». De modo que la obra fue editada; y quince de los trescientos ejemplares viajaron a través del espacio en el carguero ioti Alerta. Shevek nunca abrió un ejemplar del libro impreso. Sin embargo, en el paquete destinado a la exportación agregó una copia del original completo, escrita a mano. Una nota en la cubierta rogaba que se lo entregaran al doctor Airo del Colegio de la Ciencia Noble en la Universidad de Ieu Eun, con saludos del autor. No cabía duda que

Sabul, que daría la aprobación final al paquete, notaría la adición. Si sacó el manuscrito o lo dejó, Shevek no lo supo. Quizá lo confiscó, por despecho; o lo dejó salir, convencido de que la versión que él había abreviado y mutilado no impresionaría a los físicos urrasti. No le dijo nada a Shevek sobre el manuscrito. Shevek no preguntó. Shevek no habló mucho con nadie, aquella primavera. Trabajó como voluntario en la construcción en una nueva planta de reciclaje de agua al sur de Abbenay, y estaba casi todo el día fuera de casa, trabajando o enseñando. Reanudó sus estudios de física subatómica, y a menudo pasaba las noches en el acelerador o en los laboratorios del Instituto con los especialistas en partículas. Con Takver y los amigos se mostraba callado, sobrio, amable y frío. A Takver le había crecido un vientre enorme y caminaba como si llevara un cesto de ropa grande y pesado. No abandonó el trabajo en los laboratorios de piscicultura hasta que encontró y adiestró a un reemplazante, y entonces volvió al domicilio y los trabajos del parto se presentaron de pronto, atrasados en más de una década. Shevek llegó a media tarde. —Podrías buscar a la comadrona —dijo Takver—. Dile que las contracciones se repiten cada cuatro o cinco minutos, pero no se aceleran mucho, y no hay por qué darse demasiada prisa. Shevek se dio prisa, pero no encontró a la comadrona, y tuvo miedo. Tanto la comadrona como el médico del distrito estaban ausentes, y ninguno de ellos había dejado una nota indicando dónde se los podía encontrar, como era costumbre. El corazón empezó á golpearle con violencia, y de repente lo vio todo con una claridad terrible. Vio que esa falta de ayuda era de mal augurio. Se había alejado de Takver desde el invierno, desde la decisión respecto del libro. Ella había estado cada vez más callada, más pasiva, más paciente. Y él ahora com-

prendía esa pasividad: se había estado preparando para morir. Era ella quien se había alejado de él, y él no había tratado de seguirla. El sólo había atendido a la amargura de su propio corazón, nunca a los temores, o al coraje de ella. La había dejado sola porque quería estar solo, y así se había distanciado más y más, más lejos, demasiado lejos, y seguiría estando solo, ahora para siempre. Corrió a la clínica local, y llegó tan sin aliento y con las piernas tan temblorosas que ahí pensaron que sufría un ataque cardíaco. Explicó. Enviaron un mensaje a otra comadrona y le dijeron que volviera al domicilio, que la compañera lo necesitaría. Volvió, y a cada paso sentía que el miedo crecía en él, el terror, la certidumbre de la pérdida. Pero cuando llegó no pudo arrodillarse junto a Takver y pedirle perdón, como necesitaba hacerlo tan desesperadamente. Takver no tenía tiempo para escenas emotivas; estaba ocupada. Había sacado todo de la plataforma de la cama, excepto una sábana limpia, y estaba ocupada en las tareas del paño. No se quejaba ni gritaba, como si no sintiera ningún dolor, pero cada vez que tenía una contracción la dominaba con los músculos y la respiración, y luego soltaba un largo soplido, como alguien que hace un esfuerzo tremendo para levantar una carga pesada. Shevek no había visto nunca un trabajo que utilizara de ese modo toda la fuerza del cuerpo. No podía observar semejante trabajo sin tratar de colaborar. Quizá convenía que le tomara la mano, para cuando ella necesitara un punto de apoyo. Descubrieron esta combinación en seguida, por el método de la prueba y el error, y se mantuvieron así aun después de la llegada de la comadrona. Takver parió de pie, agachada, la cara contra el muslo de Shevek, las manos aferradas a los brazos entrelazados de Shevek. —Ya va —dijo la comadrona con tranquilidad, bajo el jadeo pesado de la

respiración de Takver, y levantó la criatura viscosa pero reconociblemente humana que había aparecido. Siguió un borbotón de sangre, y una masa amorfa de algo no humano, no vivo. El terror olvidado volvió a asaltar a Shevek, redoblado. Era muerte lo que veía. Takver le había soltado los brazos y yacía a sus pies, acurrucada y exánime. Se inclinó sobre ella, tieso de horror y de congoja. —Ya está —dijo la comadrona—, ayúdela a hacerse a un lado para que yo pueda limpiar esto. —Quiero lavarme —dijo Takver débilmente. —Aquí, ayúdela a lavarse. Estos son paños esterilizados... allí. —Uau, uau, uau —dijo otra voz. La habitación parecía estar llena de gente. —A ver ahora —dijo la comadrona—. Llévele el bebé de nuevo, póngaselo en el pecho, para que ayude a parar la sangre. Quiero llevar esta placenta al congelador de la clínica. Tardaré diez minutos. —Dónde está... Dónde está el... —¡En la cuna! —dijo la comadrona, mientras salía. Shevek descubrió la cama pequeñísima, que había esperado lista en el rincón durante cuatro décadas, y dentro a la criatura. De algún modo, en medio de esa precipitación extrema de acontecimientos, la comadrona había encontrado un momento para limpiar a la criatura, y hasta para ponerle una camisa, y ya no estaba tan viscosa ni se parecía tanto a un pez como cuando la había visto por vez primera. La noche había llegado con la misma celeridad peculiar, la misma ausencia de tiempo. La lámpara estaba encendida. Shevek levantó al bebé para llevárselo a Takver. El rostro era de una pequeñez increíble, con grandes párpados cerrados, de aspecto frágil. —Tráemelo —le estaba diciendo Takver—. ¡Oh!, date prisa, tráemelo por favor. Shevek llevó la criatura al otro lado del cuarto y con suma cautela la bajó hasta el estómago de Takver. —¡Ah! —dijo ella en voz baja; una exclamación de triunfo. —¿Qué es?—preguntó luego de un

momento, con voz soñolienta. Shevek se había sentado junto a ella en el borde de la plataforma de la cama. Investigó cuidadosamente, un poco desorientado por la longitud de la camisa y la extraordinaria cortedad de las piernas. —Niña. Volvió la comadrona, trajinó por el cuarto poniendo las cosas en orden. —Han hecho un buen trabajo —comentó habiéndoles a los dos. Ellos asintieron con modestia—. Vendré un momento por la mañana —dijo al marcharse. El bebé y Takver dormían ya. Shevek apoyó la cabeza cerca de la de Takver. Estaba habituado al grato olor almizclado de la piel de ella. Ahora era distinto; se había transformado en un perfume, intenso y tenue, grávido de sueño. Dulcemente, pasó un brazo por encima de ella, que descansaba con el bebé al lado, sosteniéndolo contra el seno. En la alcoba pesada de sueño, Shevek se quedó dormido. Un odoniano se decidía por la monogamia como si se tratara de una empresa colectiva de producción, un cuerpo de baile o una fábrica de jabón. Una sociedad era una federación tan voluntariamente constituida como cualquier otra. Mientras funcionaba bien, funcionaba, y si no funcionaba dejaba de existir. No era una institución sino una función. No requería otras sanciones que las de la conciencia individual. Todo esto respondía plenamente a la teoría social odoniana. La validez de la promesa, aun una promesa de término indefinido, era parte de la trama misma del pensamiento odoniano, y aunque el énfasis con que Odo defendía la libertad de cambio pareciera invalidar la idea misma de promesa o de voto, era precisamente esa libertad lo que daba significado a la promesa. Una promesa es una dirección elegida, una auto-limitación de la opción. Como lo señalaba Odo, si el ser humano no toma una dirección, si no va a ninguna parte, no conocerá el cambio. La libertad de elección y de cambio inherente al ser humano quedará

sin utilizar, lo mismo que si estuviera en una cárcel, una cárcel que él mismo se ha construido, un laberinto en el que ningún camino es mejor que otro. Así pues, para Odo la promesa, el compromiso, la idea de fidelidad era esencial dentro de la complejidad de la libertad. Mucha gente opinaba que ese concepto de fidelidad no era aplicable a la vida sexual. La feminidad, decían, la había impulsado a rechazar la verdadera libertad sexual; y en este aspecto, si no en otros, Odo no había escrito para los hombres. Había tantas mujeres como hombres que objetaban lo mismo, de modo que no era la masculinidad lo que Odo parecía no haber comprendido, sino todo un tipo o sector del género humano, aquellas personas para quienes la experimentación es el alma misma del placer sexual. No obstante, aunque pudiera no haberlos comprendido y los considerara probablemente aberraciones del propietariado -ya que la especie humana es, si no una especie esclava de la pareja, al menos una especie enclavada en el tiempo- Odo había tenido más en cuenta a los promiscuos que a aquellos que pretendían una larga vida en pareja. No había ninguna ley, ninguna limitación, ninguna penalidad ni castigo, ninguna censura que reprimiese las prácticas sexuales de cualquier índole, salvo la violación de una mujer o un niño, caso en el que los vecinos podían tomar represalias por cuenta propia, si el violador no iba a parar prontamente a las manos más benévolas de un centro de terapia. Pero las vejaciones eran extremadamente raras en una sociedad en la que la satisfacción sexual completa era la norma a partir de la pubertad, y la única limitación a la actividad sexual era una moderada presión en favor de la práctica en privado, una especie de recato impuesto por la vida comunitaria. Por el contrario, aquellos que se comprometían a formar y mantener una pareja, ya fuese homosexual o hetero-

sexual, tropezaban con problemas desconocidos para quienes se contentaban con el sexo dónde y cómo lo encontrasen. No sólo tenían que luchar contra los celos y los sentimientos posesivos y los otros males comunes de la pasión, la unión monogámica, sino también las presiones de la sociedad. Una pareja se constituía dando siempre por sentado que las exigencias de la distribución del trabajo podían separarlos en cualquier momento. La Divtrab, la administración de la división del trabajo, procuraba que las parejas permanecieran juntas, o reuniríais lo más pronto posible cuando los miembros lo pedían; pero esto no siempre podía hacerse; sobre todo en los casos de levas de emergencia, y nadie pretendía que la Divtrab rehiciera listas enteras o reprogramara las computadoras para resolver el conflicto. Todo anarresti sabía que para sobrevivir tenía que estar dispuesto a ir a donde lo necesitaran y hacer el trabajo que fuera necesario. Crecía con la conciencia de que la distribución del trabajo era un factor fundamental de la vida, una necesidad social inmediata y permanente; la vida conyugal era en cambio un asunto privado, una elección que sólo podía hacerse dentro de los límites de la elección más fundamental. Pero cuando una dirección es libremente elegida y seguida de buena fe, todas las circunstancias pueden presentarse como favorables. De modo que la posibilidad y aun la realidad de la separación servían a menudo para fortalecer la lealtad de los compañeros. Mantener una fidelidad genuina y espontánea en el seno de una sociedad que no imponía sanciones morales contra la infidelidad, y mantenerla durante separaciones voluntariamente aceptadas, que podían sobrevenir en cualquier momento y prolongarse durante años, era una suerte de desafío. Pero los seres humanos gustan del desafío, buscan la libertad en la adversidad. En el año 164 muchas perso-

nas que nunca la habían buscado probaron esa clase de libertad, y les gustó, les gustó aquella impresión de que pasaban por una prueba peligrosa. La sequía que comenzara en el verano de 163 no disminuyó en el invierno. En el verano de 164 llegó la escasez, y la amenaza de un desastre si la sequía se prolongaba. El racionamiento era estricto; las leyes de trabajo, una necesidad imperiosa. El trabajo de cultivar y distribuir alimentos en cantidad suficiente era ahora convulsivo, desesperado. Sin embargo, la gente no estaba desesperada. Odo había escrito: «Un niño libre de la culpa de la propiedad y el peso de la competencia económica crecerá con el deseo de hacer lo que necesita hacer, y con la capacidad de disfrutar lo que hace. Es el trabajo inútil lo que enturbia el corazón. El deleite de la madre que amamanta, del estudioso, del cazador afortunado, del buen cocinero, del artesano hábil, de cualquiera que hace un trabajo necesario y lo hace bien, esta alegría perdurable es tal vez la fuente más profunda de la afectividad humana y de la vida en sociedad». Hubo una corriente subterránea de alegría, en ese sentido, en aquel verano de Abbenay. Todos disfrutaban del trabajo por duro que fuese, predispuestos a dejar de lado cualquier preocupación tan pronto como hacían lo que podía hacerse. La vieja insignia de la «solidaridad» había revivido. Entusiasmaba descubrir que al fin y al cabo el vínculo era más fuerte que todo cuanto lo ponía a prueba. A principios del verano unos carteles de la CPD aconsejaron reducir en una hora la jornada de trabajo, pues las proteínas proporcionadas por los comedores eran insuficientes para un consumo normal de energía. La actividad exuberante de las calles de la ciudad ya había declinado. La gente que salía temprano del trabajo vagabundeaba por las plazas, jugaba a los bolos en los parques secos, se sentaba en las puertas

de los talleres y conversaba con los transeúntes. La población de la ciudad había menguado bastante, pues varios millares se habían marchado a trabajar a los campos como voluntarios, o enviados por la Divtrab. Pero la confianza mutua mitigaba la depresión o la angustia. —Ya saldremos del paso —decían, serenamente. Y torrentes de vitalidad corrían casi a flor de piel. Cuando fallaron los pozos de agua de los suburbios del norte, los voluntarios, especializados y no especializados, adultos y adolescentes, trabajando en los ratos libres, instalaron caños maestros traídos de, otros distritos, y la obra fue ejecutada en treinta horas. A fines del verano Shevek fue enviado a una leva agrícola de emergencia en la comunidad de Saltos Colorados, en Levante del Sur. Con el aliciente de alguna lluvia caída en la estación tormentosa ecuatorial, estaban tratando de obtener una cosecha de granos de holum, plantarla y segarla antes de que volviera la sequía. Shevek había estado esperando un destino de emergencia, pues los trabajos en la construcción habían concluido, y él se había anotado en el padrón de tareas generales. Durante todo el verano no había hecho otra cosa que dictar cursos, leer, acudir a cualquier llamada de voluntarios en lamanzana del domicilio o en la ciudad, y volver a casa a reunirse con Takver y la pequeña. Takver, después de cinco décadas, trabajaba nuevamente en el laboratorio, pero sólo por las mañanas. Como madre lactante tenía derecho a un suplemento de proteínas e hidratos de carbono, y aprovechaba ese derecho; sus amigos ya no podían compartir con ella las sobras de comida; no había sobras. Takver estaba delgada pero se sentía cada vez mejor, y la niña era pequeña pero robusta. Shevek disfrutaba mucho con la niña. Como la tenía a su cargo por las mañanas (sólo la dejaban en la escuela de párvulos cuando él daba clase o trabajaba como voluntario)

tenia la convicción de que la niña lo necesitaba: carga y recompensa de la paternidad. La niña, un bebé despierto y vivaz, era el público perfecto para las reprimidas fantasías verbales de Shevek, lo que Takver llamaba su vena loca. Sentaba a la pequeña sobre las rodillas y le recitaba descabelladas conferencias cosmológicas, explicándole por qué el tiempo era en realidad el espacio vuelto del revés, y el cronón la víscera dada vuelta del quantum, y la distancia una de las propiedades accidentales de la luz. Le ponía a la niña apodos extravagantes y siempre distintos, y le enumeraba mnemotécnicas absurdas: El tiempo es vesánico, el tiempo es tiránico, súper-mecánico, súper-orgánico -¡pop!- y allí la pequeña daba un saltito en el aire, chillando y agitando los puños gordezuelos. Los dos se sentían muy satisfechos con estos ejercicios. Cuando recibió el aviso de un nuevo destino, se sintió desgarrado. Pero junto con la triste necesidad de separarse de Takver y el bebé tenía la seguridad formal de que estaría de vuelta dentro de sesenta días. Mientras contara con eso no tenía por qué quejarse. La noche anterior a la partida de Shevek, Bedap fue a comer con ellos en el refectorio del Instituto, y volvieron juntos a la habitación. Se sentaron a conversar en la noche calurosa, con la luz apagada y las ventanas abiertas. Bedap, que comía en un comedor pequeño, donde los arreglos especiales no eran una carga para los cocineros, había guardado durante una década su ración de bebidas especiales: una botella de un litro de zumo de frutas. La mostró con orgullo: una fiesta de despedida. Lo repartieron y lo saborearon lentamente, arqueando las lenguas. —¿Te acuerdas —dijo Takver— de aquella comilona, la noche antes de que partieras de Poniente del Norte? Yo comí nueve de aquellos pastelillos fritos. —Tenías el pelo cono entonces —dijo Shevek, sorprendido por aquella imagen, que

nunca había comparado con la Takver actual—. Esa eras tú ¿no? —¿Quién te imaginas que era? —¡Diantre, que niña eras entonces! —También tú eras un niño, ya han pasado diez años. Me había cortado el pelo para parecer distinta e interesante. ¡No me sirvió de mucho! —Takver se rió, con una risa fuerte, alegre, que sofocó en seguida para no despertar al bebé, dormido detrás del biombo. Nada, sin embargo, despertaba a la niña una vez que se dormía—. ¡Cuánto deseaba entonces ser diferente! Me pregunto por qué era así. —Hay un momento, alrededor de los veinte —dijo Bedap— en que tienes que elegir si serás como todo el mundo por el resto de tus días, o aprovecharás tus propias peculiaridades. —O por lo menos las aceptarás con resignación —dijo Shevek. —Shev pasa por una crisis de resignación —explicó Takver—. Es la vejez que se acerca. Ha de ser terrible tener treinta años. —No te preocupes, tú no te resignarás ni a los noventa —dijo Bedap, palmeándole la espalda—. ¿Acaso te has resignado al nombre de tu hija? Los nombres de cinco y seis letras emitidas por la computadora del registro central, y que eran únicos para cada individuo viviente, remplazaban a los números que una sociedad que utilizaba computadoras tendría que haber asignado a sus miembros. Un anarresti no necesitaba otra identificación que la del nombre. El nombre, por lo tanto, era considerado parte importante del yo, aunque uno no pudiera elegirlo más que la nariz o la estatura. A Takver no le gustaba el nombre que le había tocado a la niña, Sadik. —Todavía me suena a un buen bocado de pedregullo —dijo—. No le sienta. —A mí me gusta —dijo Shevek—. Me suena a chica alta y espigada de largos cabellos negros. —Pero es una niña bajita y gorda, de cabellos invisibles —observó Bedap. —¡Dale tiempo, hermano! Escuchad. Pronunciaré un discurso. —¡Que hable! ¡Que

hable! —Chist... —Pero ¿por qué? A esa criatura no la despierta ni un cataclismo. —Cállate. Me siento emocionado. —Shevek alzó la copa de zumo de fruta.— Quiero decir... Lo que quiero decir es esto. Me alegra que Sadik haya nacido ahora. Es un año difícil, en tiempos difíciles, y necesitamos de nuestra hermandad. Me alegra que haya nacido ahora y aquí. Me alegra que sea uno de los nuestros, un odoniano, nuestra hija y nuestra hermana. Me alegra que sea la hermana de Bedap. Que sea la hermana de Sabul, ¡y aun de Sabul! Brindo por esta esperanza: que mientras viva, Sadik ame a sus hermanas y hermanos tanto y con tanta alegría como yo los amo en esta noche. Y que llueva. La CPD, el principal usuario de la radio, el teléfono y los servicios postales, coordinaba los medios de comunicación a larga distancia del mismo modo que coordinaba los medios de transporte y embarque a larga distancia. Como en Anarres no existía el «comercio», en el sentido de promoción, propaganda, inversiones, especulaciones, y otras cosas por el estilo, el correo se ocupaba fundamentalmente de la correspondencia entre los sindicatos industriales y profesionales, las directivas y los boletines informativos de éstos, además de los de la CPD, y un reducido volumen de cartas privadas. Por el hecho de vivir en una sociedad en la que cada miembro podía mudarse cuando y donde quisiera, el anarresti tendía a buscar amigos en el lugar donde residía, no en el que había residido. Los teléfonos se utilizaban muy rara vez dentro de una comunidad: no había distancias que lo justificaran. Hasta Abbenay respondía al trazado del estricto modelo regional, con sus «manzanas», los vecindarios semiautónomos que, por sus dimensiones, permitían que cualquier vecino pudiera ir a pie a ver a cualquier otro, o en procura de cualquier cosa que pudiera necesitar. Por lo tanto las llamadas telefónicas eran prin-

cipalmente de larga distancia, y estaban a cargo de la CPD. Las llamadas personales tenían que ser concertadas anticipadamente por correo, o no eran conversaciones sino simples mensajes que se dejaban en la central de la CPD. Las canas no iban cerradas, no por ley, naturalmente, sino por convención. La comunicación a larga distancia es costosa en materiales y mano de obra, y como la economía privada no estaba separada de la pública, había un sentimiento generalizado de rechazo a las cartas y llamadas superfluas. Era una frivolidad: olía a propietariado, a egoísmo. Quizá por eso las cartas iban abiertas: nadie tenía derecho a pedir que alguien llevara una carta que no se podía leer. Las cartas viajaban en un dirigible-correo de la CPD, si uno tenía suerte, y si no la tenía, en un tren de provisiones. Llegaban finalmente a la estafeta de la población de destino, y allí quedaban, pues no había carteros, hasta que alguien avisaba al destinatario y éste recogía la carta. No obstante, era el individuo quien decidía lo que necesitaba y lo que no necesitaba. Shevek y Takver se escribían regularmente, alrededor de una vez por década. Shevek escribió: El viaje no fue malo, tres días, un furgón-carril de pasajeros, directo. Esta es una leva grande; tres mil personas, dicen. Los efectos de la sequía son mucho peores aquí. No así la escasez. La ración en los comedores es la misma que en Abbenay, sólo que aquí te sirven hojas de gara cocidas, en las dos comidas diarias, pues han tenido un excedente. También nosotros empezamos a creer que hemos tenido un excedente. Pero aquí lo terrible es el clima. Esto es La Polvareda. El aire es seco y el viento sopla día y noche. Hay lluvias breves, pero una hora después de la lluvia, el suelo se disgrega y el polvo se levanta. En esta estación ha llovido menos de la mitad de la media anual. Todo el mundo en el Proyecto tiene los labios res-

quebrajados, los ojos irritados, hemorragias nasales y tos. Entre quienes viven en Saltos Colorados hay mucha tos del polvo. Los bebés en particular lo pasan muy mal, se ven muchos con la piel y los ojos inflamados. Me preguntó si lo hubiera notado medio año atrás. La paternidad te hace más perceptivo. El trabajo es trabajo, y hay camaradería, pero el viento seco desgasta. Anoche pensé en el Ne Theras y el rumor del viento en la noche me recordaba el torrente. No lamentaré esta separación. Me he dado cuenta de que había empezado a dar menos, como si yo te poseyera a ti y tú a mí y no hubiera otra cosa que hacer. La realidad no tiene nada que ver con la posesión. Lo que nosotros hacemos es corroborar la totalidad del tiempo. Cuéntame de Sadik. En los días libres estoy dando clases a un grupo de gente que las pidió una de las jóvenes es una matemática nata, pienso recomendarla al Instituto. Tu hermano, Shevek. Takver le escribió: Hay algo raro que me preocupa. Las clases para el tercer trimestre fueron asignadas tres días atrás y fui a averiguar qué horario tendrías en el Instituto pero en la lista no figuraba ninguna clase ni ninguna sala para ti. Pensé que te habían omitido por error y fui al Sindicato de Miembros y ellos dijeron que sí, que querían que dieras la clase de geometría. De modo que fui a la oficina de coordinación del Instituto, vi a la vieja de la nariz, y ella no sabía nada, no, yo no sé absolutamente nada, vaya al centro de asignaciones. Esto es ridículo, dije y fui a ver a Sabul. Pero no estaba en el gabinete de física, y no lo he visto aún aunque he vuelto dos veces. Con Sadik, que usa un maravilloso sombrero blanco de paja que Terras le tejió y está tremendamente seductora. Me niego a ir a desenterrar a Sabul del cuarto o de la gusanera o donde sea que vive. Tal vez está fuera haciendo trabajos voluntarios ¡ja! ¡ja! Quizá tú podrías telefonear

al Instituto y averiguar qué clase de error es ése. En realidad fui y miré en el centro de asignaciones de la Divtrab pero no había ninguna lista nueva para ti. Allí la gente es correcta pero esa vieja de la nariz es ineficiente y descomedida, y nadie se interesa por nada. Bedap tiene razón. Nos hemos dejado envolver en las redes de la burocracia. Por favor vuelve (con la matemática genial si es preciso). La separación educa, sin duda, pero tu presencia es la educación que yo quiero. Estoy consiguiendo medio litro de zumo de fruta más una cuota de calcio por día porque andaba escasa de leche y Sadik chillaba mucho. ¡Bien por los viejos doctores! Todo, siempre. T. Shevek nunca recibió esta carta. Se había marchado de Levante del Sur antes de que llegara a la estafeta de Saltos Colorados. Había unas dos mil quinientas millas desde Saltos Colorados a Abbenay. Lo natural hubiera sido viajar con quien quisiera llevarlo, ya que todos los vehículos de transporte estaban disponibles como vehículos de pasajeros para tantas personas como cupieran; pero como había que devolver cuatrocientas cincuenta personas a los puestos regulares que habían tenido en el Noroeste, se les facilitó un tren. Era un tren de vagones de pasajeros, o al menos de vagones que momentáneamente se utilizaban para pasajeros. El menos popular era el furgón, que en un viaje reciente había transportado un cargamento de pescado ahumado. Al cabo de un año de sequía las líneas normales de transporte eran insuficientes, aunque los trabajadores se esforzaban por atender todas las necesidades. Era la federación más numerosa de la sociedad odoniana, y ella misma, por supuesto, se había organizado en sindicatos regionales coordinados por representantes que se reunían y colaboraban con la CPD local y central. La red mantenida por la Federación de Transportes funcionaba bien en tiempos normales y

en situaciones de moderada emergencia: era flexible, se adaptaba a las circunstancias, y los síndicos del Transporte tenían fuerza y orgullo profesional. Bautizaban a sus máquinas y dirigibles con nombres como Indomable, Resistencia, Devora-los-Vientos; tenían lemas: Nunca Fallamos, ¡Nada es Excesivo! Pero ahora, cuando la hambruna amenazaba a regiones enteras del planeta, cuando había que trasladar grandes levas de trabajadores de una región a otra, las demandas eran excesivas. No había vehículos suficientes; no había gente suficiente para manejarlos. La flota íntegra de la Federación, en alas o sobre ruedas, estaba consignada al servicio, y los aprendices, los trabajadores jubilados, los voluntarios, los reclutas de emergencia, todos estaban ayudando en los camiones, los trenes, los barcos, las estaciones y los puertos. El tren en que viajaba Shevek avanzaba lentamente, con pausas prolongadas, pues tenía que dar paso a todos los trenes de víveres. De pronto se detuvo durante veinte horas consecutivas. Un señalero sobrecargado de trabajo o falto de experiencia había cometido un error, y había habido un accidente en la línea. El pequeño poblado en que el tren se detuvo no tenía reservas de alimentos ni en los comedores ni en los depósitos. No era una comunidad agrícola sino una población industrial, que fabricaba hormigón y piedra espuma, merced a la afortunada coincidencia de algunos yacimientos de cal y un río navegable. Había camiones-huertos, pero los pobladores dependían del transporte para abastecerse de víveres. Si daban de comer a los cuatrocientos cincuenta pasajeros del tren, los ciento cincuenta lugareños se quedarían sin nada. Idealmente, tendrían que haber compartido lo que había, comer todos a medias, o pasar hambre a medias, unos y otros. Si los del tren hubieran sido cincuenta, o hasta un centenar, probablemente la comunidad les habría cedido

por lo menos una horneada de pan. ¿Pero cuatrocientos cincuenta? Si a cada uno le daban algo quedarían sin provisiones durante varios días. Y luego, ¿cuándo llegaría el próximo tren de provisiones? ¿Y cuánto grano traería? No dieron nada. Los viajeros, que ese día no habían podido desayunar, ayunaron durante sesenta horas. No probaron bocado hasta que la vía quedó despejada, y el tren, luego de recorrer ciento cincuenta millas, llegó a una estación con un refectorio aprovisionado para pasajeros. Aquella fue para Shevek la primera vez que pasó hambre. Había ayunado a veces cuando trabajaba porque no quería perder tiempo en ir a comer; siempre había tenido a su disposición dos comidas completas diarias: constantes como el amanecer y el crepúsculo. Nunca se le había ocurrido pensar cómo sería tener que prescindir de esas comidas. Nadie en su sociedad, nadie en el mundo, tenía que prescindir de esas comidas. Mientras el hambre lo atormentaba más y más, mientras el tren seguía detenido hora tras hora en el desvío entre una cantera escarificada y polvorienta y una fábrica paralizada, tuvo pensamientos sombríos acerca de la realidad del hambre, y de la posible inadecuación de la sociedad para sobrellevar una hambruna sin perder la solidaridad que constituía su fuerza. Era fácil compartir cuando había comida suficiente, o apenas la suficiente, para seguir viviendo. ¿Pero cuando no la había? Entonces entraba en juego la fuerza; la fuerza se convertía en derecho; en poder, y la herramienta del poder era la violencia, y su aliado más devoto, el ojo que no quiere ver. El resentimiento de los pasajeros era amargo, pero menos ominoso que la actitud de la gente del pueblo, el modo en que se escondían detrás de «sus» muros con «sus» posesiones, e ignoraban la presencia del tren, nunca lo miraban. Shevek no era el único pasajero de humor melancólico;

una larga conversación iba y venía serpenteando al costado de los vagones detenidos, la gente opinaba, argumentando y asintiendo, siempre en torno del mismo tema que angustiaba a Shevek. Una incursión a los camioneshuertos fue propuesta seriamente, y discutida con amargura, y quizá la hubieran llevado a la práctica si el silbato del tren no hubiese anunciado la partida. Pero cuando por fin entró arrastrándose en la estación siguiente, y pudieron comer -media hogaza de pan de holum y un tazón de sopa-, la melancolía se transformó en exaltación. Cuando se llegaba al fondo del tazón se descubría que la sopa era bastante chirle, pero el primer sabor, el primer sabor había sido maravilloso, valía la pena el ayuno. Todos estuvieron de acuerdo. Volvieron al tren riendo y bromeando juntos. Habían salido del paso. Un tren de carga recogió a los pasajeros de Abbenay en la Colina Ecuador y los llevó las últimas quinientas millas. Llegaron tarde a la ciudad, en una noche ventosa de principios del otoño. Era casi medianoche; las calles estaban desiertas. El viento corría por las calles como un río seco y turbulento. Arriba, por encima de los débiles faroles, las estrellas brillaban con una luz clara y trémula. La tormenta seca del otoño y de la pasión arrastró a Shevek por las calles, casi corriendo, tres millas hasta el sector norte, solo en la ciudad oscura. Subió de un salto los tres peldaños del portal, corrió a través del vestíbulo, llegó a la puerta, la abrió. La habitación estaba a oscuras. Las estrenas ardían en las ventanas. —¡Takver! —dijo, y oyó el silencio. Antes de encender la lámpara, allí en la oscuridad, en el silencio, supo de pronto lo que era la separación. Nada faltaba allí. Nada había que pudiese faltar. Sólo Sadik y Takver. Los Ocupantes del Espacio Deshabitado giraban lentamente, con un leve centelleo, en la brisa que entraba por la puerta. Había una carta sobre la

mesa. Dos cartas. Una de Takver. Era breve: la habían llamado a un puesto de emergencia en los Laboratorios de Algas Comestibles del Noreste, por un tiempo indeterminado. Decía: No podía a conciencia negarme ahora. Fui y hablé con ellos en Divtrab y leí además el proyecto presentado a Ecología en la CPD, y es cierto que me necesitan, pues he trabajado exactamente en este ciclo alga-ciliadocamarón- kukuri. Pedí en Divtrab que te destinaran a Roiny pero por supuesto no harán nada hasta que tú también lo pidas, y si no es posible a causa de tu trabajo en el Inst. no lo pedirás. En última instancia, si la cosa se prolonga demasiado les diré que se busquen otra genetista, ¡y volveré! Sadik está muy bien y ya dice ius por luz. No me quedaré mucho tiempo. Todo, de por vida, tu hermana, Takver. Oh por favor ven si puedes. La otra nota estaba garrapateada en un trocito diminuto de papel: «Shevek: Gab. Física, tan pronto como regreses. Sabul». Shevek fue de un lado a otro por el cuarto. La tormenta, el ímpetu que lo había lanzado por las calles, seguía aún en él. Había tropezado contra el muro. No podía ir más lejos, pero tenía que moverse. Miró dentro del armario. No había nada excepto su gabán de invierno y una camisa que Takver, aficionada a los trabajos manuales delicados, había bordado para él; las escasas ropas de ella habían desaparecido. El biombo, plegado, mostraba la cuna vacía. La plataforma de dormir no estaba tendida, pero la manta naranja cubría las ropas de cama cuidadosamente arrolladas. Shevek fue otra vez hasta la mesa y volvió a leer la cana de Takver. Los ojos se le llenaron de lágrimas de furia. Temblaba, sacudido por la rabia de la decepción, la ira, un mal presentimiento. No le podía echar la culpa a nadie. Eso era lo peor. Takver era necesaria, necesaria para luchar contra el hambre; el hambre de ella, de él, de Sadik. La sociedad

no estaba contra ellos; estaba por ellos: era ellos. Pero él había renunciado a su libro, a su amor, y a su hija. ¿Hasta dónde se le puede pedir a un hombre que renuncie? —¡Infierno! —dijo en voz alta. El právico no era un idioma apropiado para maldecir. Es difícil maldecir cuando el sexo no es sucio y la blasfemia no existe—. ¡Oh, infierno! —repitió. Arrugó la desaliñada nota de Sabul, y golpeó con los puños cerrados el borde de la mesa, como vengándose, tres veces, buscando apasionadamente el dolor. Pero no quedaba nada. No había nada que pudiera hacer, ningún sitio a dónde ir. Lo único que finalmente le quedó por nacer fue desenrollar la ropa de cama, acostarse a solas y dormir, dormir con pesadillas y sin consuelo. Temprano por la mañana golpeó Bunub. La atendió en la puerta, sin hacerse a un lado para que pudiera pasar. Bunub era la vecina del fondo del corredor, una mujer de cincuenta años, que trabajaba de mecánica en la fábrica de motores para vehículos aéreos. Takver siempre la había encontrado divertida, pero a Shevek lo enfurecía. Ante todo, codiciaba el cuarto de ellos. Lo había solicitado la primera vez que quedara vacante, decía, pero la animosidad de la encargada de la manzana le había impedido conseguirlo. El de ella no tenía la ventana rinconera, el objeto de su envidia incurable. Sin embargo, era un cuarto doble, y ella vivía sola, lo que era egoísta de parte de ella, dada la escasez de viviendas; pero Shevek nunca hubiera perdido el tiempo en discusiones si ella no lo hubiera obligado tratando de excusarse. Ella explicaba y explicaba. Tenía un compañero, un compañero para toda la vida, «igual que vosotros dos» (sonrisa boba). Pero ¿dónde estaba el compañero? Por alguna razón siempre se lo mencionaba en tiempo pasado. Mientras tanto el cuarto doble quedaba perfectamente justificado por la procesión de hombres que cruzaba la puerta de

Bunub, un hombre diferente cada noche, como si Bunub fuese una ardorosa muchacha de diecisiete. Takver observaba el desfile con admiración. Bunub iba a verla y le hablaba de los hombres, y se quejaba, se quejaba. No tener un cuarto en la esquina era sólo uno de los innumerables motivos de resentimiento de Bunub. Tenía una mente insidiosa además de envidiosa, capaz de ver el mal en todas las cosas, y tomárselo a pecho. La fábrica donde trabajaba era un ponzoñoso montón de incompetencia, favoritismo y sabotaje. Las asambleas sindicales eran un verdadero manicomio de insinuaciones pérfidas, todas contra ella. El organismo social íntegro estaba dedicado a la persecución de Bunub. Todo esto nacía reír a Takver, a veces a mandíbula batiente, en la cara misma de Bunub. —¡Oh, Bunub, eres tan cómica! —jadeaba, y la mujer, el pelo gris, la boca fina, los ojos bajos, sonreía débilmente, no ofendida, en absoluto, y continuaba con aquella monstruosa retahíla. Shevek sabía que Takver hacía bien en reírse de ella, pero él no podía reírse. —Es terrible. —Bunub se escurrió por delante de Shevek y se encaminó en línea recta a la mesa, a leer la carta de Takver. La tomó. Shevek se la arrancó de la mano con una celeridad tranquila para la cual Bunub no estaba preparada—. Sencillamente terrible. Ni siquiera una década de preaviso. Simplemente: ¡Ven aquí! ¡Ahora! Y dicen que somos gente libre, se supone que somos gente libre. ¡Bonita burla! Destruir de esa manera una sociedad feliz. Eso es lo que hicieron, sabes. Están en contra de las parejas, puedes verlo todo el tiempo, mandan a los compañeros a sitios diferentes, a propósito. Eso fue lo que hicieron conmigo y con Lebeks, la misma cosa. Nunca más volveremos a estar juntos. No con toda la Divtrab alineada contra nosotros. Y ahí está la cunita, vacía. ¡Pobre criaturita! ¡Lo que ha llorado estas cuatro décadas, de día y de noche!

Me tenía despierta horas y horas. La escasez, por supuesto; Takver no tenía bastante leche. ¡Mandar a una madre lactante allá, a un puesto a centenares de millas, te imaginas! No creo que puedas reunirte allá con ella, ¿dónde fue que la mandaron? —Al Noreste. Quiero ir a desayunar, Bunub. Tengo hambre. —¿No es típico que lo hicieran mientras no estabas? —¿Que hicieran qué mientras no estaba? —Mandarla lejos... destruir la pareja. —Bunub leía ahora la nota de Sabul, que había desarrugado cuidadosamente—. ¡Ellos saben cuándo tienen que intervenir! Me imagino que dejarás el cuarto, ¿no? No te permitirán quedarte con uno doble. Takver hablaba de volver pronto, pero me di cuenta de que quería darse ánimos. ¡Libertad, dicen que somos libres, bonita burla! Llevados y traídos de aquí para allá... —Oh, maldita sea, Bunub, si Takver no hubiese querido el puesto, lo habría rechazado. Sabes que nos amenaza una hambruna. —Bueno. Me preguntaba si ella no estaba deseando un cambio. Suele ocurrir después que viene un bebé. Pensé hace tiempo que tendríais que haber llevado ese bebé a un parvulario. Los niños se interponen entre los compañeros. Los atan. Es natural, como tú dices, que ella haya estado deseando un cambio, y se haya apresurado a aceptarlo cuando lo consiguió. —Yo no dije eso. Voy a desayunar. —Shevek salió a grandes pasos, con cinco o seis puntos sensibles en carne viva que Bunub había tocado certeramente. Lo horrible de aquella mujer era que expresaba todos los temores de él, los más ruines. Ahora se había quedado en la habitación, probablemente para planificar la mudanza. Se había despenado tarde, y llegó al comedor justo antes que cerraran las puertas. Famélico todavía del viaje, tomó una doble ración de potaje y de pan. El muchacho que atendía las mesas lo miró con desaprobación. Nadie en estos tiempos se ser-

vía porciones dobles. Shevek le devolvió la mirada y no dijo nada. Había pasado unas ochentas horas con dos tazones de sopa y un kilo de pan, y tenía derecho a resarcirse, pero maldición, no iba a dar explicaciones. La existencia se justifica por sí misma, la necesidad es el derecho. Él era un odoniano, la culpa la dejaba para los aprovechados. Se sentó en una mesa a solas, pero Desar se le unió inmediatamente, sonriendo, mirándolo o mirando al lado de él con sus desconcertantes ojos estrábicos. —Larga ausencia—dijo Desar. —Leva agrícola. Seis décadas. ¿Cómo anduvieron las cosas aquí? —Escaseando. —Escasearán todavía más —dijo Shevek, pero sin verdadera convicción, pues estaba comiendo, y el sabor del potaje era maravilloso. ¡Frustración, angustia, hambruna! le decía el cerebro, asiento de la inteligencia; pero el cerebelo, acurrucado con impenitente ferocidad en la oscuridad profunda del cráneo, reclamaba: ¡Comida ahora! ¡Comida ahora! ¡Bueno, bueno! —¿Viste a Sabul? —No. Llegué tarde anoche. —Miró a Desar y dijo con fingida indiferencia—: Takver consiguió un puesto en la lucha contra la hambruna; tuvo que marcharse hace cuatro días. Desar asintió con genuina indiferencia. —Eso oí. ¿Supiste de la reorganización del Instituto? —No. ¿Qué sucede? El matemático extendió sobre la mesa las manos largas, delicadas, y se las miró. Era poco suelto de lengua y telegráfico; en realidad, tartamudeaba; pero Shevek nunca había llegado a saber si era una tartamudez verbal o moral. Así como siempre había simpatizado con Desar, sin saber por qué, siempre había momentos en que lo encontraba profundamente desagradable, también sin saber por qué. Este era uno de esos momentos. Había un algo de taimado en la expresión de la boca de Desar, en sus ojos bajos, como en los ojos bajos de Bunub. —Un corte drástico. Sólo quedó el equipo funcional. Echaron a Shipeg.

—Shipeg era un matemático notoriamente estúpido que siempre conseguía, adulando una y otra vez a los estudiantes, procurarse en cada término un curso que ellos mismos solicitaban—. Lo enviaron afuera. Un instituto regional. —Hará menos daño escardando holum —dijo Shevek. Ahora que se había alimentado pensaba que quizá la sequía, en última instancia, podía favorecer de algún modo al organismo social. Las prioridades volvían a ser claras. Eliminadas las inepcias, los puntos débiles, los focos enfermos, los órganos perezosos funcionarían otra vez a un ritmo normal, el cuerpo político perdería grasa. —Hablé por ti, en la Asamblea —dijo Desar, alzando los ojos pero sin encontrar, porque no podía, los ojos de Shevek. Mientras Desar hablaba, aún antes de comprender lo que él quería decirle, Shevek supo que estaba mintiendo. Lo supo con absoluta certeza. Desar no había hablado por él, había hablado contra él. Ahora comprendía por qué a veces lo detestaba: reconocía que en Desar había a veces malicia pura, algo que hasta entonces se había negado a admitir. Que Desar también lo quería y que trataba de dominarlo era igualmente claro y, para Shevek, igualmente detestable. Los senderos tortuosos de la posesividad, los laberintos del amor / odio no tenían sentido para él. Arrogante, intolerante, pasaba a través de esos muros sin detenerse. No volvió a hablar con el matemático, terminó el desayuno y cruzó la plazoleta en la mañana luminosa de principios de otoño, alejándose hacia el Gabinete de Física. Fue al cuarto trasero que todo el mundo llamaba «la oficina de Sabul», la habitación en que se habían encontrado por primera vez, cuando Sabul le entregara la gramática y el diccionario ióticos. Sabul alzó los ojos detrás del escritorio, y los volvió a bajar, absorto en sus papeles, el científico infatigable, abstraído-; luego permitió que la presencia de Shevek

se le filtrase en el sobrecargado cerebro; y en seguida, de pronto, se mostró efusivo, efusivo con Shevek. Parecía enflaquecido y más viejo, y cuando se levantó encorvó los hombros más que de costumbre, en una postura que era quizá conciliadora. —¡Tiempos malos! —dije—. ¿Eh? ¡Tiempos difíciles! —Habrá peores —replicó Shevek con volubilidad—. ¿Cómo andan las cosas por aquí? —Mal, mal. —Sabul meneó la cabeza encanecida—. Estos son malos tiempos para la ciencia pura, para el intelectual. —¿Hubo alguno bueno? Sabul soltó una risita forzada. —¿Llegó algo para nosotros en los embarques de Urras, este verano? —dijo Shevek, mientras hacía sitio en el banco. Se sentó y cruzó las piernas. Delgado, la tez clara y curtida por el sol de Levante del Sur, que le había plateado la fina pelusa del rostro, era una figura sólida y joven, al lado de Sabul. Los dos se daban cuenta del contraste. —Nada de interés. —¿Ningún comentario sobre los Principios? —No. —El tono era agrio, más parecido al tono habitual de Sabul. —¿Ninguna carta? —No. —Eso es raro. —¿Qué tiene de raro? ¿Qué esperabas, una cátedra en la Universidad de Ieu Eun? ¿El Premio Seo Oen? —Esperaba reseñas y réplicas. Ha habido tiempo suficiente. —Dijo esto mientras Sabul decía—: Aún no ha habido tiempo para reseñas. Una pausa. —Tendrás que comprender, Shevek, que la convicción de que estás en la verdad no es suficiente. Trabajaste duro en ese libro, lo sé. Y yo trabajé duro escribiéndolo, tratando de aclarar que no era sólo un ataque irresponsable a la teoría secuencial, que tenía aspectos positivos. Pero si otros físicos no dan valor a tu trabajo, entonces es hora de que revises tu propia escala de valores y ver dónde está la discrepancia. Si para otra gente no significa nada, ¿de qué sirve? ¿Qué función cumple? —Soy un físico, no un analista de funciones —dijo Shevek con amabilidad. —Todo

odoniano tiene que ser un analista de funciones. Tú has cumplido treinta años, ¿no? A esa edad un hombre tendría que conocer no sólo su función celular sino también su función orgánica, el papel óptimo que podría corresponderle en el organismo social. Quizá tú no hayas tenido que pensarlo, no tanto como la mayoría de la gente... —No. Desde los diez o doce años he sabido qué clase de trabajo tenía que hacer. —Lo que un niño piensa que le gusta hacer no es siempre lo que la sociedad necesita. —Tengo treinta años, como tú dices. Un niño un poco viejo. —Has llegado a esa edad en un ambiente excepcional, siempre protegido, amparado. Primero el Instituto Regional de Poniente del Norte... —Y un proyecto de replantación forestal, y proyectos agrícolas, y enseñanza práctica, y comités de distritos, y trabajos voluntarios desde que empezó la sequía; la cantidad habitual de kleggish necesario. Me gusta hacerlo, en realidad. Pero también hago física. ¿A dónde quieres ir? Como Sabul no contestaba, y se limitaba a mirarlo con furia por debajo de las cejas espesas, aceitosas, Shevek agregó: —Bien podrías decirlo claramente, pues no llegarás a nada por el camino de mi conciencia social. —¿Consideras funcional el trabajo que has hecho aquí? —Sí. «Cuanto más organizado, más central es el organismo: lo central significa en este caso el campo de la función real.» De las Definiciones de Tomar. Puesto que la física temporal intenta organizado todo en una estructura inteligible, es por definición una actividad central y funcional. —No da pan para las bocas de la gente. —Acabo de pasar seis décadas ayudando a dar pan. Cuando me vuelvan a llamar, volveré a ir. Mientras tanto, quiero hacer mi trabajo. Si hay física para hacer, reclamo mi derecho a hacerla. —Lo que tienes que entender es que en estas circunstancias no se trata de hacer física. No la que tú haces. Tenemos que

volcarnos a las cosas prácticas. —Sabul se agitó un momento en la silla. Parecía malhumorado e inquieto—. Hemos tenido que prescindir de cinco personas. Lamento decirte que tú eres una de ellas. Así es la cosa. —Exactamente como yo pensaba —dijo Shevek, aunque en realidad no se había dado cuenta hasta este momento de que Sabul lo estaba echando del Instituto. No obstante, tan pronto como la oyó, le pareció una noticia ya familiar; y no quería darle a Sabul la satisfacción de que lo viera conmovido. —Lo que te perjudicó fue una combinación de circunstancias. La naturaleza abstrusa, irrelevante de la investigación que has realizado en estos últimos años. Además de una cierta impresión, no necesariamente justificada, pero compartida por muchos miembros del Instituto, de que tanto tus enseñanzas como tu comportamiento revelan un cierto desapego, un celo privado, falta de altruismo. Esto fue planteado en la asamblea. Yo te defendí, por supuesto, pero no soy más que un síndico entre otros muchos. —¿Desde cuándo el altruismo es una virtud odoniana? —dijo Shevek—. Bueno, no importa. Veo lo que quieres decir. —Se puso de pie. No podía seguir allí sentado, pero por lo demás estaba tranquilo, y en seguida dijo con perfecta naturalidad—: Supongo que no me recomendaste para un puesto docente en otro sitio. —¿De qué hubiera servido? —dijo Sabul, casi melodioso, exculpándose—. Nadie toma nuevos profesores. Los profesores y los estudiantes están trabajando codo a codo en las tareas de prevención de la hambruna en todo el planeta. Naturalmente, esta crisis no durará. Dentro de un año o algo así la miraremos de lejos, orgullosos por los sacrificios realizados y el trabajo cumplido mutuamente, solidarios, compartiendo y compartiendo por igual. Pero en este momento... Shevek estaba de pie, erguido, el cuerpo relajado, mirando por la ventana pequeña y

sucia el cielo desnudo. Tenía muchas ganas de despedirse de Sabul diciéndole que se fuera al infierno. Pero fue un impulso diferente y más profundo el que encontró las palabras: —En realidad —dijo— es probable que tengas razón. —Saludó brevemente a Sabul con un movimiento de cabeza y salió del cuarto. Tomó un autobús al centro de la ciudad. Todavía tenía prisa, algo lo arrastraba. Estaba siguiendo un camino y quería llegar hasta el final, al punto muerto. Fue a la Divtrab, al Centro de Asignaciones, y solicitó un puesto en la comunidad a que habían enviado a Takver. La Divtrab, con sus computadoras y una enorme tarea de coordinación, ocupaba toda una manzana; las oficinas eran hermosas, imponentes de acuerdo con los cánones anarresti, de líneas sobrias, delicadas. Por dentro, el Centro de Asignaciones, un recinto de techo alto parecido a un granero, desbordaba de gente y de actividad, las paredes tapizadas de anuncios de puestos y de letreros con instrucciones acerca de a qué despacho o departamento acudir por tal o cual asunto. Mientras esperaba en una de las colas, Shevek escuchaba a las personas que estaban delante de él, un muchacho de dieciséis y un hombre de unos sesenta. El joven iba a ofrecerse como voluntario para un puesto de prevención de la hambruna. Desbordaba sentimientos nobles, fraternales, sed de aventuras, ilusiones. Se sentía feliz de poder ir solo, de dejar atrás la infancia. Hablaba mucho, como un niño, con una voz no habituada aún a los tonos más graves. ¡Libertad! ¡Libertad!, resonaba en su charla impetuosa, en cada una de sus palabras; y la voz del viejo gruñía y retumbaba, regañona pero no amenazante, zumbona pero no desalentadora. La libertad, la capacidad de ir a algún lugar a hacer algo, la libertad era lo que el viejo valoraba y alababa en el joven, aunque sé burlara de su arrogancia. Shevek los escuchaba con placer. Rompían la serie de

grotescos de la mañana. Tan pronto como Shevek explicó a dónde quería ir, la empleada adoptó un aire contrito, y salió en busca de un atlas, que abrió sobre el mostrador, entre los dos. —Mire —dijo. Era una mujer menuda y fea con dientes de conejo. Puso sobre las páginas coloreadas del atlas unas manos tersas y diestras—. Aquí está Rolny, ve, esta península que sobresale al norte del Mar Temeniano. No es más que un inmenso arenal. Allí no hay nada, nada más que los laboratorios marítimos en el extremo, ¿ve? Y en la costa sólo hay pantanos y marismas saladas hasta que llega aquí, a Armonía: mil kilómetros. Y al oeste están los Páramos del Litoral. Lo más cerca de Rolny a donde podría ir sería algún poblado de la montaña. Pero allí no piden trabajadores de emergencia; se bastan a sí mismos. Desde luego, podría ir allí de todos modos —añadió en un tono algo diferente. —Está demasiado lejos de Rolny —dijo él, mirando el mapa, notando en las montañas del noreste la pequeña ciudad aislada en que Takver había crecido, Valle Redondo—. ¿No necesitan un portero en el laboratorio marino? ¿Un estadístico? ¿Alguien que les dé de comer a los peces? —Lo verificaré. El sistema humano-cibernético de archivos de la Divtrab funcionaba con admirable eficiencia. La empleada no tardó ni cinco minutos en obtener la información deseada en medio de la enorme y constante entrada y salida de información acerca de cada obra en marcha, cada puesto solicitado, cada trabajador requerido, y las prioridades dentro de la economía general de la sociedad. —Acaban de completar una leva de emergencia... Es la compañera de usted, ¿no? Tienen todo el personal que necesitan, cuatro técnicos y un jabeguero experimentado. Personal completo. Shevek apoyó los codos en el mostrador e inclinó la cabeza, rascándosela, un gesto de confusión y derrota enmascarado por

la timidez. —Bueno —dijo al fin—. No sé qué hacer. —Escuche, hermano, ¿por cuánto tiempo es el puesto de la compañera? —Indefinido. —Pero es un puesto de prevención de la hambruna, ¿no? No seguirá así eternamente. ¡No es posible! Lloverá, este invierno. Shevek miró la cara seria, comprensiva, atormentada de aquella hermana. Sonrió un poco, pues no podía dejar sin respuesta esos buenos deseos. —Volverán a reunirse. Mientras tanto... —Sí. Mientras tanto —dijo él. Ella lo miró, esperando a que se decidiera. A él le correspondía decidirse; y las opciones eran infinitas. Podía quedarse en Abbenay y organizar cursos de física, si conseguía estudiantes voluntarios. Podía ir a la Península de Rolny y vivir con Takver, aunque sin un sitio para él en la planta de investigación. Podía vivir en cualquier parte y no hacer nada más que levantarse dos veces al día e ir al comedor más cercano para que le dieran de comer. Podía hacer lo que quisiera. La identidad de las palabras «trabajo» y «juego» en právico tenían, naturalmente, una marcada connotación ética. Odo había advertido el peligro de que el uso de la palabra «trabajo» en su sistema analógico -las células que trabajan en común, el trabajo óptimo del organismo, el trabajo de cada elemento, y así sucesivamente- pudiera derivar en un moralismo rígido. Cooperación y función, dos conceptos fundamentales de la Analogía, implicaban trabajo. La prueba de un experimento, veinte tubos de ensayo en un laboratorio o veinte millones de personas en la Luna significaban pura y simplemente una función, trabajo. Odo había previsto la trampa moral. «El santo nunca está atareado», había dicho, quizá no sin tristeza. Pero el ser social nunca elige a solas. —Bueno —dijo Shevek—. Acabo de regresar de un puesto de prevención de la hambruna. ¿Hay algo en ese campo que sea necesario hacer? La empleada le clavó una mirada

de hermana mayor, incrédula pero indulgente. —Hay unos setecientos pedidos anunciados en esta misma sala — dijo—. ¿Cuál le gustaría? —¿Hay alguno que requiera matemáticas? —Son casi todos trabajos agrícolas y especializados. ¿Entiende algo de ingeniería? —No mucho. —Bueno, hay coordinación de trabajo. Eso requiere sin duda cabeza para los números. ¿Qué le parece éste? —De acuerdo. —Es en el Sudoeste, sabe, en La Polvareda. —Ya he estado antes en La Polvareda. Además, como usted dice, algún día lloverá... Ella asintió, sonriendo, y escribió en la ficha de la Divtrab: (DE Abbenay, Inst.Cient.NO. A Codo SO, coord. trab., molino fosfatos - l: P. EMERG: 5-1-3-165: indefinido.

Capítulo 9

Urras

Lo despertaron las campanas de la torre de la capilla, repicando la Armonía Prima para el servicio matutino. Cada campanada era como un golpe en la nuca. Se sentía tan enfermo y temblaba tanto que durante un rato ni siquiera pudo incorporarse. Por fin consiguió arrastrarse fuera de la cama y tomar un largo baño frío que le alivió el dolor de cabeza; pero sentía aún que su propio cuerpo le era extraño, que era, de algún modo, un cuerpo vil. Cuando pudo volver a pensar, recordó fragmentos y momentos de la noche anterior, pequeñas escenas absurdas, vívidas, de la velada en casa efe Vea. Intentó no pensar en ellas, y ya no pudo pensar en ninguna otra cosa. Todo, todo se convertía en algo vil. Se sentó delante del escritorio, y allí permaneció, abstraído, inmóvil, profundamente desdichado, por espacio de media hora. Muchas veces se había sentido turbado y confuso. De joven había sufrido al sentir que los otros lo consideraban extraño, distinto de ellos; en años posteriores había conocido, por haberla provocado deliberadamente, la cólera

y el desprecio de muchos de sus hermanos de Anarres. Pero nunca había aceptado en realidad el juicio de ellos. Nunca se había sentido avergonzado. No sabía que esa humillación paralizante era, lo mismo que el dolor de cabeza, una secuela química del alcohol. Aunque saberlo no lo hubiera ayudado mucho. La vergüenza -el sentimiento de bajeza y extrañamientoera una revelación. Ahora veía las cosas con una lucidez nueva, una lucidez horrible; veía mucho más allá de esos recuerdos incoherentes del final de la noche en casa de Vea. No era sólo la pobre Vea quien lo había traicionado. No era sólo el alcohol lo que había tratado de vomitar: era todo el pan que había comido en Urras. Apoyó los codos sobre el escritorio y con la cabeza entre las manos, oprimiéndose las sienes, en la postura contraída del hombre atormentado, se examinó a la luz de la vergüenza. En Anarres, desafiando las esperanzas de su sociedad, había elegido hacer el trabajo que como individuo se sentía llamado a hacer. Hacerlo significaba rebelarse: arriesgar el yo por la sociedad. Aquí en Urras, semejante acto de rebeldía era un lujo, un capricho. Ser un físico en A-Io significaba servir no a la sociedad, no a la humanidad, no a la verdad, sino al Estado. En la primera noche en este mismo cuarto les había preguntado, retador y curioso: —¿Qué van a hacer conmigo? —Ahora sabía lo que ellos habían hecho con él. Chifoilisk le había dicho la simple verdad. Se habían apropiado de él. Él se había propuesto negociar con ellos, la idea de un anarquista iluso. El individuo no puede negociar con el Estado. El Estado no reconoce otro sistema monetario que el del poder: y él mismo acuña las monedas. Ahora veía -en detalle, paso a paso desde el comienzo- que había cometido un error en venir a Urras, un primer gran error que amenazaba prolongarse por el resto de sus días. Una vez que vio esto, una vez que hubo pasado

revista a todas las evidencias que durante meses había reprimido y rechazado -y le llevó mucho tiempo, allí sentado, inmóvil frente al escritoriohasta llegar a la última escena ridícula y abominable con Vea, y la hubo revivido otra vez, mientras le ardía la cara y le canturreaban los oídos: entonces todo quedó atrás. Ni aun en aquel valle de lágrimas post-alcohólico sentía culpa alguna; todo aquello había quedado atrás; cómo actuaría ahora, eso era lo que importaba. Si él mismo se había encerrado en una cárcel, ¿cómo podría considerarse un hombre libre? No iba a hacer física para los políticos. Eso era claro, ahora. Si dejaba de trabajar, ¿le permitirían volver a Anarres? En este momento, respiró hondamente y levantó la cabeza, mirando sin ver, más allá de las ventanas, el paisaje verde iluminado por el sol. Era la primera vez que se permitía pensar en el regreso como una posibilidad genuina. El pensamiento amenazaba romper todas las compuertas, para inundarlo con una nostalgia imperiosa. Hablar en právico, hablar con los amigos, ver a Takver, a Pilun, a Sadik, tocar el polvo de Anarres... No le permitirían volver. No había pagado el peaje. Tampoco podía permitírselo: darse ya por vencido y escapar. Sentado frente al escritorio, a la luz radiante del sol matinal, golpeó las manos contra el borde del escritorio, con fuerza y deliberación, dos, tres veces; tenía el rostro sereno, pensativo. —¿A dónde voy? —dijo en voz alta. Llamaron a la puerta. Efor entró con la bandeja del desayuno y los periódicos de la mañana. —Vine a las seis como de costumbre, pero usted se estaba recuperando —observó, mientras depositaba la bandeja con admirable destreza. —Anoche me emborraché —dijo Shevek. —Hermoso mientras dura —dijo Efor—. ¿Nada más, señor? —y salió con la misma destreza, inclinándose ante Pae, que entraba en el cuarto. —¡No tenía intención de in-

terrumpirle el desayuno! Salía de la capilla, pensé en darme una vuelta. —Siéntese. Tome un poco de chocolate. —Shevek se sentía incapaz de tragar un bocado a menos que Pae aceptara comer con él. Pae tomó una rosquilla de miel y la desmigajó en un platillo. Shevek aún se sentía un poco destemplado, pero atacó el desayuno con energía. A Pae parecía resultarle más difícil que de costumbre iniciar la conversación. —¿Todavía sigue recibiendo esta basura? —preguntó al fin en un tono divertido, tocando los periódicos doblados que Efor había dejado sobre la mesa. —Efor me los trae. —¿Ah, sí? —Yo le pedí que lo hiciera —dijo Shevek, mirando a Pae, una mirada exploratoria de una fracción de segundo—. Amplían mi comprensión del país. Me interesan las clases bajas de Urras. La mayor parte de los anarresti descendemos de las clases bajas. —Sí, por supuesto —dijo el hombre más joven, con aire respetuoso y aquiescente. Comió un trocho de rosquilla de miel—. Creo que me gustaría tomar unos sorbos de chocolate, después de todo —dijo, y sacudió la campanilla que estaba en la bandeja. Efor apareció en la puerta—. Otra taza —dijo Pae, sin volverse—. Bueno, señor, teníamos intenciones de llevarlo otra vez de gira, ahora que el tiempo se pone bueno, y hacerle conocer mejor el país. Hasta una visita al extranjero, quizá. Pero esta guerra maldita ha puesto fin a todos esos planes, me temo. Shevek miró los titulares del periódico que coronaba la pila: CHOQUES ENTRE IO Y THU CERCA DE LA CAPITAL BENBILI. —Hay noticias más recientes en el telefax —dijo Pae—. Hemos liberado la capital. El general Havevert volverá a la presidencia. —¿Entonces la guerra ha terminado? —No mientras Thu aún retenga las dos provincias orientales. —Ya veo. Entonces el ejército de ustedes y el de Thu combatirán en Benbili. ¿No aquí? —No, no. Sería una completa lo-

cura que ellos nos invadieran, o nosotros a ellos. ¡Ya hemos dejado atrás esa barbarie que llevaba la guerra al corazón del mundo civilizado! El equilibrio de poderes se mantiene mediante esta especie de acción policial. Sin embargo, oficialmente estamos en guerra. De modo que todas las viejas y tediosas restricciones entrarán en vigor, me temo. —¿Restricciones? —Clasificación de los trabajos de investigación en el Colegio de la Ciencia Noble, para empezar. Nada serio, en realidad, sólo un sello de goma del gobierno. Y a veces una demora en la publicación de un trabajo, ¡cuando los de arriba lo consideran peligroso porque no lo entienden!... Y los viajes un poco limitados, especialmente para usted y los otros extranjeros que están aquí, me temo. Mientras dure el estado de guerra, no podrá salir de los límites de la Universidad, creo, sin autorización del Rector. Pero no se preocupe. Yo puedo sacarlo de aquí cuando usted quiera sin necesidad de tanto engorro. —Usted tiene las llaves —dijo Shevek, con una sonrisa ingenua. —Oh, soy todo un especialista en la materia. Me encanta burlar las reglamentaciones y engañar a las autoridades. Tal vez sea un anarquista nato, ¿en? ¿Dónde diablos anda ese viejo imbécil a quien mandé en busca de una taza? —Ha de haber bajado a las cocinas. —No tiene que tardar medio día para eso. Bueno, no esperaré. No quiero quitarle el resto de la mañana. A propósito, ¿vio el último Boletín de la Fundación de Investigaciones del Espacio? Reproducen los planos de Reumere para el ansible. —¿Qué es el ansible? —Es lo que él llama un dispositivo de comunicación instantánea. Dice que si los temporalistas, es decir, usted, resuelven las ecuaciones tiempoinercia, los ingenieros, es decir, él, podrán construir la maldita cosa, probarla, y así demostrar incidentalmente la validez de la teoría en unos pocos meses, o semanas. —Los ingenieros son ellos mismos la

prueba de la reversibilidad causal. Ya lo ve, Reumere ha fabricado el efecto antes de que yo le proporcione la causa. —Shevek sonrió otra vez, algo menos ingenuamente. Cuando Pae salió cerrando la puerta, Shevek se incorporó—. ¡Aprovechado inmundo y mentiroso! —dijo en právico, blanco de rabia, con los puños cerrados para que las manos no aferraran algún objeto y lo arrojaran contra Pae. Efor entró trayendo una taza y un platillo en una bandeja. Se detuvo en seco, con aire atemorizado. —Está bien, Efor. No quiso... No quería la taza. Puede llevarse todo ahora. —Muy bien, señor. —Escuche. No quisiera visitas, por un tiempo. ¿Puede retenerlos afuera? —Fácil, señor. ¿Alguien en especial? —Sí, él. Cualquiera. Diga que estoy trabajando. —Eso le alegrará, señor —dijo Efor, la malicia fundiéndose por un instante con las arrugas; y luego, con respetuosa familiaridad—: Nadie que usted no quiera pasará sobre mí. —Y por último, con formal corrección—: Gracias, señor, y buenos días. La comida, y la adrenalina, habían disipado la parálisis de Shevek. Caminaba por la habitación de arriba abajo, irritable y desasosegado. Necesitaba actuar. Había pasado casi un año sin hacer nada, excepto ponerse en ridículo. Era tiempo de que hiciera algo. Bien, ¿qué había venido a hacer aquí? A hacer física. A ratificar, con su talento, los derechos de cualquier ciudadano de cualquier sociedad: el derecho a trabajar, a que lo mantengan mientras él trabaja, y a compartir el producto con todos aquellos que quieran compartirlo. Los derechos de un odoniano y de un ser humano. Sus anfitriones benévolos y protectores le permitían trabajar, y lo mantenían mientras trabajaba, eso era cierto. El problema asomaba en el tercer paso. Pero él no lo había dado aún. No había concluido su trabajo. No podía compartir lo que no tenía. Volvió al escritorio, se sentó, y sacó del menos accesible y menos

útil de los bolsillos del ceñido y elegante pantalón un par de hojas de papel repletas de anotaciones. Las estiró con los dedos y las miró. Se le ocurrió que se estaba pareciendo a Sabul, escribiendo con letra muy pequeña, en abreviaturas y en pedazos de papel. Ahora sabía por qué Sabul hacía eso: Sabul era posesivo y solapado. Un psicópata en Anarres era un comportamiento racional en Urras. Volvió a sentarse, inmóvil, la cabeza gacha, estudiando los dos trocitos de papel en que había anotado ciertos puntos esenciales de la Teoría Temporal General. Durante los tres días siguientes estuvo sentado al escritorio, mirando los dos trocitos de papel. A ratos se levantaba y caminaba por la habitación, o escribía algunas notas, o utilizaba la computadora de mesa, o le pedía a Efor que le trajese algo de comer, o se echaba en la cama y dormía. Luego volvía al escritorio y allí seguía, inmóvil. Al anochecer del tercer día estaba sentado, para variar, en el banco de mármol junto a la chimenea. Se había sentado en él la primera noche que había entrado en esta habitación, en esta celda encantadora, y por lo general se sentaba allí cuando tenía visitas. No tenía visitas en ese momento, pero estaba pensando en Saio Pae. Como todos los buscadores de poder, Pae era un hombre de una miopía mental asombrosa. Había una calidad trivial, abortiva en su mente: carecía de profundidad, de afecto, de imaginación. La mente de Pae era en realidad un instrumento primitivo. Sin embargo, había tenido un potencial real, y aunque deformada, no estaba perdida del todo. Pae era un físico muy inteligente, o para decirlo mejor, era muy inteligente para la física. No había hecho nada original, pero su sentido de la oportunidad, su olfato para saber de dónde podía sacar el mejor provecho, lo conducían paso a paso por el terreno más prometedor. Tenía una intuición infalible para saber qué ha-

bía que hacer, como la tenía Shevek, y Shevek la respetaba en Pae tanto como en sí mismo, pues es un atributo singularmente importante en alguien que se dedica a la ciencia. Era Pae quien le había dado a Shevek la obra traducida del terrano, el simposio sobre las Teorías de la Relatividad, las ideas que en los últimos tiempos lo ocupaban cada vez más. ¿Sería posible que hubiese venido a Urras sólo para conocer a Salo Pae, su enemigo? ¿Que hubiese venido a buscarlo, sabiendo que de ese enemigo podría recibir lo que no le habían dado sus hermanos y amigos, lo que ningún anarresti podía darle: el conocimiento de lo extraño, lo exótico, lo nuevo? Olvidó a Pae. Pensó en aquel libro. No lograba explicarse con claridad qué era, exactamente, lo que le había parecido tan estimulante. Al fin y al cabo la física que había en él era en su mayor parte obsoleta; los métodos engorrosos, la actitud terrana a veces profundamente desagradable. Los terrarios habían sido imperialistas del intelecto, celosos constructores de muros. Hasta Ainsetain, el creador de la teoría, se había obligado a advenir que su física sólo trataba del mundo material, y no había por qué suponer que involucraba el pensamiento metafísico, el filosófico, o el ético. Lo cual, desde luego, era superficialmente cierto; y sin embargo había utilizado el número, el puente entre lo racional y lo percibido, entre la psique y la materia. «El número incontrovertible», como lo habían llamado los antiguos fundadores de la Ciencia Noble. Emplear las matemáticas en este sentido era emplear el modo que precedía y conducía a todos los otros modos. Ainsetain lo había sabido; con admirable cautela había opinado que su física describía posiblemente la realidad misma. Extrañeza y familiaridad: en cada movimiento del pensamiento del terrano Shevek descubría esta combinación, una combinación intrigante, y atrayente: pues también Ainsetain

había buscado una teoría unificada del campo. Luego de explicar la fuerza de la gravedad como una función de la geometría del espacio-tiempo, había intentado extender la síntesis e incluir en ella las fuerzas electromagnéticas. No lo había logrado. En vida de él, y durante numerosos decenios después de su muerte, los físicos terranos hicieron a un lado los esfuerzos y los fracasos de Ainsetain, y se dedicaron a las magníficas incoherencias de la teoría del quantum, de elevado rendimiento tecnológico, concentrándose tan exclusivamente en los modos tecnológicos que al fin llegaron a un punto muerto, a un catastrófico fracaso de la imaginación. Y sin embargo, la intuición primera había sido cierta: en aquel entonces el progreso se había apoyado en la indeterminación que el viejo Ainsetain se había negado a aceptar. Y esa negativa también había sido igualmente correcta, a la larga. Sólo que él no había tenido los instrumentos de prueba necesarios: las variables Saeba y las teorías de la velocidad infinita y las causas coexistentes. Había un campo unificado, en la física cetiana, pero en unos términos que acaso Ainsetain no habría estado dispuesto a aceptar; pues la velocidad de la luz como factor limitativo había sido fundamental para sus grandes teorías. Las dos Teorías de la Relatividad eran tan hermosas, tan válidas, y tan útiles como siempre al cabo de todos esos siglos, y no obstante las dos dependían de una hipótesis que no podía demostrarse como verdadera, v que en ciertas circunstancias podía demostrarse como falsa. Pero ¿una teoría en la cual todos los elementos fueran demostrables como verdaderos no era acaso tautología? La única posibilidad de romper el círculo y seguir avanzando había que buscarla en el ámbito de lo indemostrable, y aun de lo refutable. En cuyo caso, esa indemostrabílidad de la hipótesis de la coexistencia real -el problema con que Shevek

se había estado golpeando la cabeza desesperadamente en los últimos tres días, y en verdad en los últimos diez años- ¿importaba realmente? Había estado buscando a tientas la certeza y tratando de alcanzarla como si fuese algo de lo que él pudiera adueñarse. Había estado reclamando una seguridad y una garantía que no se otorgan, y que si se otorgaran se convertirían en una prisión. Ya nada impedía que utilizara la hermosa geometría de la relatividad. Había supuesto la validez de la coexistencia como punto de partida, y ahora podía seguir adelante. El próximo paso era perfectamente claro. La coexistencia de la sucesión sería resuelta mediante una serie de transformaciones saebianas; encaradas de esta manera, a la sucesión y la presencia no se oponía ninguna antítesis. La unidad fundamental de los puntos de vista secuencial y simultaneísta se hacía evidente; el concepto de intervalo conectaba los aspectos estático y dinámico del universo. ¿Sería posible que durante diez años hubiera tenido la realidad delante de los ojos y no la hubiera visto? Ya no habría problemas para seguir avanzando. En realidad ya había avanzado. Estaba allí. Veía todo cuanto aparecería en aquella primera ojeada, en apariencia casual, al método adecuado, descubierto porque había comprendido al fin la naturaleza de un viejo error. El muro había sido derribado. La visión era a la vez clara y total. Lo que veía era simple, más simple que todo el resto. Era la simplicidad misma: y contenía en sí toda posible complejidad, toda promesa. Era la revelación. Era el camino despejado, el camino de regreso, la luz. El espíritu era en él como un niño que correteara al sol. No había final, ningún final... Y sin embargo, en medio de esa calma, de esa felicidad completa, tenía miedo; le temblaban las manos, y las lágrimas le empañaban los ojos, como si hubiese estado mirando directamente al sol. Al fin

y al cabo, la carne no es transparente. Y es una impresión extraña, muy extraña, la de descubrir que la vida de uno tiene al fin algún significado. A pesar de todo seguía mirando, adelantándose, con esa misma alegría infantil, hasta que de pronto no pudo avanzar más; volvió, y cuando miró alrededor a través de las lágrimas, vio que la habitación estaba a oscuras y que en las altas ventanas brillaban las estrellas. El momento había desaparecido; él había visto cómo se iba. No había intentado retenerlo. Sabía que él era parte del momento, no el momento parte de él. El momento cuidaba de él y lo preservaba. Al cabo de un rato se levantó, destemplado, y encendió la lámpara. Caminó un poco por el cuarto, tocando las cosas, la encuadernación de un libro, la pantalla de una lámpara, contento de estar de vuelta entre aquellos objetos familiares, de vuelta en su propio mundo; pues en ese instante la diferencia entre este planeta y aquél, entre Urras y Anarres, no le parecía más significativa que la diferencia entre dos granos de arena a la orilla del mar. No había más abismos, ni más muros. No había más exilio. Había visto los cimientos del universo, y eran sólidos. Entró en la alcoba, con pasos lentos, vacilantes, y se dejó caer en la cama sin desvestirse. Allí permaneció acostado, con los brazos detrás de la cabeza, previendo y planeando algún detalle del trabajo que tenía que hacer, abstraído en una gratitud solemne y deleitada, que poco a poco se confundió con una ensoñación serena, y luego con el sueño. Durmió diez horas. Se despenó pensando en las ecuaciones que expresarían el concepto de intervalo. Fue hasta el escritorio y se puso a trabajar. Tenía una clase esa tarde, y la dio; cenó en el comedor de profesores decanos y habló con ellos del tiempo, y de la guerra, y de cualquier otra cosa que a ellos les interesara. Si advirtieron algún cambio en él, Shevek no lo supo,

porque en realidad era como si no existieran. Volvió a su habitación y trabajó. Los urrasti dividían el día en veinte horas. Durante ocho días pasó de doce a dieciséis horas diarias sentado frente al escritorio, o caminando alrededor del cuarto, los ojos claros vueltos a menudo a las ventanas, mientras afuera brillaba el sol tibio de la primavera, o las estrellas y la luna amarilla, menguante. Al entrar con la bandeja del desayuno, Efor lo encontró echado sobre la cama, los ojos cerrados, hablando en una lengua extranjera. Lo despertó. Shevek abrió los ojos con un sobresalto convulsivo, se levantó y se encaminó vacilante a la otra habitación, a la mesa, que estaba perfectamente vacía; escudriñó la computadora, ahora en blanco, y allí se quedó, como un hombre que ha recibido un golpe en la cabeza y aún no lo sabe. Efor logró convencerlo de que volviese a la cama, y dijo: —Fiebre, señor. ¿Llamo al médico? —¡No! —¿Seguro, señor? —¡No! No permita que nadie entre. Diga que estoy enfermo, Efor. —Entonces seguro buscan al médico. Puedo decir que todavía trabaja, señor. Eso les gusta. —Cierre la puerta con llave cuando salga —dijo Shevek. El cuerpo opaco lo había abandonado; se caía de cansancio y se sentía inquieto y con miedo. Temía a Pae, a One, temía una requisa policial. Todo cuanto había oído, leído, comprendido a medias acerca de la policía urrasti, la policía secreta, lo recordaba, vivida y terriblemente, como cuando un hombre admite que está enfermo y recuerda todo lo que ha leído alguna vez sobre el cáncer. Clavó en Efor una mirada angustiada, febril. —Puede confiar en mí —dijo el hombre con aquel tono sumiso, esquivo, rápido. Le alcanzó un vaso de agua y salió del cuarto. Detrás de él sonó el clic de la llave que giraba en la cerradura. Cuidó de Shevek durante los dos días siguientes, con un tacto que no se aprendía en la escuela de criados. —Usted tendría

que haber sido médico, Efor —le dijo Shevek, cuando la debilidad pasó a ser una lasitud meramente física, no desagradable. —Lo que dice mi madre. No deja, que otro la cuide cuando anda apestada. Dice, «Tú tienes buena mano», y yo creo que sí. —¿Trabajó alguna vez con enfermos? —No, señor. No quiero saber nada de hospitales. Negro día el que me toca morir en uno de esos agujeros apestados. —¿Los hospitales? ¿Qué pasa con ellos? —Nada, señor, no donde lo llevan a usted, si empeora —dijo Efor amablemente. —¿A cuáles se refiere, entonces? —Los nuestros. Sucios. Como cubo de basurero—dijo Efor, sin violencia—. Viejos. El crío muere en uno. Hay agujeros en el piso, grandes agujeros, se ven las vigas, ¿entiende? Yo oigo «¿Cómo puede ser?» Pues sí, las ratas suben por los agujeros, derecho a las camas. Ellos dicen «Edificio viejo, seiscientos años como hospital». Casa de la Divina Armonía para los Pobres, se llama. Una mierda, es lo que es. —¿Era hijo de usted el que murió en el hospital? —Sí, señor, mi hija Laia. —¿De qué murió? —El corazón, una válvula, dicen ellos. Ella no crece mucho. Tiene dos años cuando muere. —¿Otros hijos? —Vivos ninguno. Tres nacidos. Duro para la madre. Pero ahora dice: «Oh, bueno, no hay que tomarlo a pecho, ¡al fin y al cabo da igual!» ¿Puedo hacer algo más por usted, señor? El cambio repentino a la sintaxis de la clase alta sobresaltó a Shevek. —¡Sí! Siga hablando —dijo con impaciencia. Tal vez porque Shevek había hablado espontáneamente, o acaso porque estaba enfermo y había que levantarle el ánimo, esta vez Efor no se puso tieso. —Pienso ser médico del ejército, una vez —dijo—, pero ellos se adelantan. Reclutamiento. Dicen: «Ordenanza, eres ordenanza». Y voy. Buen entrenamiento, ordenanza. Del ejército paso directamente al servicio de señores. —¿Podías haberte entrenado como médico, en el ejército? —La

conversación continuó. A Shevek le era difícil seguirla, tanto por el lenguaje como por la sustancia. Le estaban hablando de cosas de las que no tenía ninguna experiencia. Nunca había visto una rata, ni un cuartel, ni un manicomio, ni un asilo, ni una casa de empeños, ni una ejecución, ni un ladrón, ni un cobrador de alquileres, ni un hombre que quería trabajar y no conseguía trabajo, ni un bebé muerto en una zanja. Todas esas cosas aparecían en las reminiscencias de Efor como lugares comunes o como horrores comunes. Para entenderlas, Shevek tenía que recurrir a toda su imaginación, recordar y recomponer todos los fragmentos que encontrara en Urras. No obstante, le resultaban familiares -en un sentido muy diferente de todo cuanto había visto hasta entonces-, y en realidad comprendía. Este era el Urras que había aprendido a conocer en la escuela de Anarres. Este era el mundo del que habían huido sus antepasados, prefiriendo el hambre y el desierto y el exilio sin fin. Este era el mundo que había formado la mente de Odo, y que la había encarcelado ocho veces por haber hablado contra él. Este era el sufrimiento humano en el que habían echado raíces los ideales de su sociedad, el suelo en que habían brotado. No era «el Urras real». La dignidad y la belleza del cuarto en que él y Efor se encontraban tenía tanta realidad como la sordidez en que había nacido Efor. La tarea de un pensador no consistía para Shevek en negar una realidad a expensas de otra, sino en integrar y relacionar. No era una tarea fácil. —Parece cansado otra vez, señor —dijo Efor—. Mejor descansa. —No. No estoy cansado. Efor lo observó un momento. Cuando Efor trabajaba como sirviente, la cara ajada, perfectamente rasurada no tenía ninguna expresión; en las últimas horas Shevek la había visto pasar por transformaciones inauditas, de la acritud al humor, al cinismo, al dolor. En aquel

momento mostraba una expresión de simpatía y a la vez de indiferencia. —Muy distinto todo, allá de donde usted viene —dijo Efor. —Muy distinto. —Nadie nunca sin trabajo, allá. —Había un leve dejo de ironía, o de duda, en la voz de Efor. —No. —¿Y nadie pasa hambre? —Nadie pasa hambre mientras otro come. —¡Ah! —Pero hemos pasado hambre. Hambre verdadera. Hubo una hambruna, sabe, hace ocho años. Conocí una mujer entonces que mató a su bebé; ella no tenía leche, y no había nada más, nada que pudiera darle al bebé. No todo es... no todo es miel sobre hojuelas en Anarres, Efor. —No lo dudo, señor —dijo Efor en uno de sus curiosos retornos a la dicción culta. Continuó con una mueca, separando los labios de los dientes— : De cualquier modo ¡allí no hay ninguno de ellos! —¿Ellos? —Usted sabe, señor Shevek. Lo que usted dijo una vez. Los amos. A la tarde siguiente Atro fue a visitarlo. Pae había estado acechando sin duda en alguna parte, pues unos minutos después de que Efor hiciera pasar al viejo, llegó como de paso, e inquirió con encantadora simpatía por la indisposición de Shevek. —Ha estado trabajando demasiado estas últimas dos semanas, señor —dijo—, no tiene que cansarse de ese modo. —No se sentó, y se marchó muy pronto, la cortesía en persona. Atro siguió hablando de la guerra en Benbili, que se estaba convirtiendo, como él decía, en «una operación en gran escala». —¿Aprueba esta guerra la gente del país? —preguntó Shevek, interrumpiendo un discurso sobre estrategia. Lo intrigaba la ausencia de juicios morales respecto de la guerra en los periódicos chicharreros. Habían abandonado el fervor deliberante de los primeros días. Ahora empleaban a menudo el mismo que los boletines del tele-fax, emitidos por el gobierno. —¿Aprobar? No se imaginará que nos echaremos a dormir y dejaremos que esos malditos thuvianos nos pisen la ca-

beza. ¡Está en juego nuestro status de potencia mundial! —Pero me refiero al pueblo, no al gobierno. La... la gente que tiene que ir a combatir. —¿Qué piensan ellos? Ya han conocido otras veces la conscripción en masa. ¡Para eso están, mi querido amigo! Para pelear por la patria. Y le diré una cosa, no hay mejor soldado en el mundo que el hombre ioti del pueblo, una vez que se somete y aprende a obedecer. En tiempos de paz puede que parezca un pacifista sentimental, pero tiene garra, la lleva adentro. El soldado raso siempre ha sido nuestro gran recurso como nación. Así nos hemos convertido en la potencia que hoy somos. —¿Trepando sobre una pila de niños muertos? —dijo Shevek, pero la cólera, o acaso una resistencia inconsciente a herir los sentimientos del viejo, le sofocaron la voz, y Atro no lo oyó. —No —prosiguió Atro—, usted verá que el alma del pueblo es resistente como el acero, cuando la patria está en peligro. Unos cuantos agitadores alborotan al populacho entre las guerras, en Nio y en las ciudades industriales, pero es extraordinario ver cómo el pueblo cierra filas cuando la bandera está en peligro. Usted no quiere creerlo, ya sé. El problema del odonianismo, mi querido amigo, es que es afeminado. No tiene en cuenta, simplemente, el lado viril de la vida. «La sangre y el acero, el fulgor de la batalla», como dice el viejo poeta. No entiende el coraje... el amor a la bandera. Shevek guardó silencio un momento; luego dijo, amablemente: —Eso puede ser cierto, en parte. En todo caso, nosotros no tenemos banderas. Cuando Atro se marchó, Efor entró a retirar la bandeja de la cena. Shevek lo retuvo y se le acercó, diciendo: —Discúlpeme, Efor —y puso una hoja de papel sobre la bandeja. En ella había escrito: «¿Hay un micrófono en este cuarto?» El sirviente inclinó la cabeza y leyó, lentamente, y luego miró a Shevek, una mirada larga a corta dis-

tancia. Luego volvió los ojos un instante hacia la chimenea del hogar. «¿La alcoba?» inquirió Shevek por el mismo medio. Efor meneó la cabeza, dejó la bandeja, y siguió a Shevek a la alcoba. Cerró la puerta detrás de él sin hacer ningún ruido, como un buen sirviente. —Lo encontré el primer día, quitando el polvo —dijo con una sonrisa que le ahondaba y plegaba las arrugas de la cara. —¿Aquí no? Efor se encogió de hombros. —Nunca lo encontré. Podría hacer correr el agua allí, señor, como en las historias de espías. Se encaminaron al magnífico-templo de oro y marfil del cagadero. Efor abrió los grifos y escudriñaron las paredes. —No —dijo—. No me parece. Y un ojo espía podría localizarlo. Los descubro una vez cuando trabajo para un hombre en Nio. No los paso por alto una vez que los conozco. Shevek sacó del bolsillo otra hoja de papel y se la mostró a Efor. —¿Sabe de dónde vino? Era la nota que había encontrado en el gabán. «Únete a nosotros tus hermanos.» Efor leyó lentamente, moviendo los labios cerrados, y luego dijo: —No sé de dónde viene. Shevek estaba decepcionado. Se le había ocurrido que el propio Efor estaba en una posición excelente para deslizar alguna cosa en el bolsillo del «amo». —Sé de dónde viene. En cierto modo. —¿Quiénes? ¿Cómo puedo llegar a ellos? Otra pausa. —Asunto peligroso, señor Shevek. —Efor se alejó unos pasos y abrió todavía más los grifos de agua. —Yo no quiero comprometerlo. Si usted pudiera decirme a dónde ir. Por quién tengo que preguntar. Un nombre al menos. Una pausa más prolongada aún. El rostro de Efor parecía duro y consumido. —Yo no... —dijo, y se interrumpió. En seguida añadió, abruptamente y en voz muy baja: —Mire, señor Shevek, Dios sabe que ellos necesitan de usted, nosotros lo necesitamos, pero mire, usted no sabe cómo es. ¿Cómo va a esconderse? ¿Un hombre como usted? ¿Con

ese aspecto? Esto es una trampa, pero todo es una trampa. Usted puede escapar pero no puede esconderse. No sé qué decirle. Darle nombres, seguro. Pregunte a cualquier nioti, él le dirá a dónde ir. Ya hemos soportado demasiado. Necesitamos aire para respirar. Pero si lo pescan, lo matan, ¿y cómo me siento yo? Trabajo para usted ocho meses, llego a quererlo. Lo admiro. Ellos me lo piden todo el tiempo. Yo digo: «No. Dejadlo en paz. Un hombre bueno, no tiene culpa de nuestras desgracias. Dejadlo que vuelva al sitio de donde viene, donde la gente es libre. Dejad que alguien salga en libertad de esta prisión maldita en que vivimos». —No puedo volver. Todavía no. Quiero encontrar a esa gente. Efor callaba. Quizá fue el hábito de toda una vida de criado, que siempre obedece, lo que hizo que al fin asintiera y dijera en un murmullo: —Tuio Maedda, él quiere verlo. En el Callejón de la Broma, en Ciudad Vieja. La tienda de comestibles. —Pae dice que no puedo salir. Me detendrán si ven que tomo el tren. —Taxi, quizá —dijo Efor—. Le pido uno, usted baja por la escalera. Conozco a Kae Oimon en la parada. No es tonto. Pero no sé. —Está bien. Ahora mismo. Pae estuvo hace un rato, me vio, piensa que no saldré porque estoy enfermo. ¿Qué hora es? —Las siete y media. —Si voy ahora, tengo toda la noche para buscar. Llame el taxi, Efor. —Le prepararé una maleta, señor... —¿Una maleta de qué? —Necesita ropa... —¡Llevo ropa puesta! Llame. —No puede ir sin nada —protestó Efor, más ansioso y preocupado que nunca—. ¿Lleva dinero? —Ah... sí. Puedo necesitarlo. Shevek ya estaba listo; Efor se rascó la cabeza, ceñudo, malhumorado, pero fue hacia el teléfono del vestíbulo para llamar el taxi. Cuando volvió encontró a Shevek esperando junto a la puerta del vestíbulo y con el abrigo puesto. —Baje —le dijo Efor de mala gana—. Kae está en la puerta de atrás, cinco

minutos. Dígale que salga por el Camino del Bosque, allí no hay guardias como en el portón principal. No vaya por el portón, allí lo detienen, seguro. —¿Lo culparán por esto, Efor? Los dos hablaban cuchicheando. —Yo no sé que usted se va. Mañana digo que usted no se levanta todavía. Duerme. Los distraigo un rato. Shevek lo tomó por los hombros, lo besó, le estrechó las manos. —¡Gracias, Efor! —Buena suerte —dijo el hombre, azorado. Shevek ya no estaba allí. La costosa jornada con Vea lo había dejado casi sin dinero, y el viaje en taxi a Nio le sacó otras diez unidades. Se apeó en una estación mayor del tren subterráneo, y con la ayuda del mapa consiguió llegar a la Ciudad Vieja, un sector de Nio que nunca había visitado. El Callejón de la Broma no figuraba en el mapa, de modo que dejó el tren en el apeadero de la Ciudad Vieja. Cuando subió desde la amplia estación de mármol hasta la calle, se detuvo desconcertado. Aquello no se parecía nada a Nio Esseia. Caía una llovizna fina, neblinosa; la oscuridad era casi completa y en la calle no había luz. Había faroles, sí, pero o no los habían encendido, o estaban rotos. Aquí y allá, a través de los postigos cerrados de las ventanas, se filtraba un resplandor amarillo. Un poco más abajo, de un portal abierto, fluía un haz de luz; alrededor de él, hablando en voz muy alta, holgazaneaba un grupo de hombres. El pavimento, pegajoso a causa de la lluvia, estaba sembrado de restos de papel y desperdicios. Las fachadas de los comercios, por lo que alcanzó a distinguir en la penumbra, eran bajas, y estaban cerradas por pesadas celosías de metal o madera, excepto una que había sido destruida por el fuego y se alzaba negra y desnuda, con las astillas de vidrio todavía adheridas a los marcos rotos de las ventanas. La gente iba y venía, sombras calladas y presurosas. Una mujer subía la escalera detrás

de él, y Shevek se volvió para preguntarle por el callejón. A la luz del globo amarillo de la estación subterránea, vio con claridad la cara de la mujer: blanca y ajada, con la mirada muerta y hostil del cansancio. Unos aros de vidrio le bailoteaban sobre las mejillas. Trepaba laboriosamente las escaleras, encorvada quizá por la fatiga o la artritis o alguna deformidad de la columna. Pero no era vieja como le había parecido; no tenía ni siquiera treinta años. —¿Me puede decir por dónde se va al Callejón de la Broma? —tartamudeó Shevek. La mujer lo miró con indiferencia, y cuando llegó a lo alto de la escalera apresuró el paso y se alejó sin decir una palabra. Shevek echó a andar calle abajo, a la deriva. Después de la decisión súbita y la fuga de Ieu Eun, la exaltación del primer momento se había transformado en temor; se sentía acosado, perseguido. Evitó el grupo de hombres junto a la puerta, guiado por la sospecha instintiva de que un extranjero solitario no se acerca a esos grupos. Cuando vio a un hombre que caminaba solo delante de él, lo alcanzó y repitió la pregunta. —No sé —dijo el hombre, y le dio la espalda. No le quedaba otro recurso que seguir. Llegó a una calle mejor iluminada que corría serpenteando bajo la llovizna hacia arriba y abajo, entre el charro y empañado centelleo de una hilera de letreros y anuncios luminosos. Había muchas tabernas y casas de empeño, algunas abiertas todavía. La gente iba y venía por la calle, adelantándose a codazos, agolpándose a las puertas de las tabernas. Tirado en la calle había un hombre, un hombre caído, el gabán arrebujado sobre la cabeza, bajo la lluvia, dormido, enfermo, muerto. Shevek contempló con horror al hombre y a la que gente que pasaba sin mirar. Seguía allí paralizado cuando alguien se detuvo junto a él y lo miró a la cara, un individuo bajo, con la barba crecida, el cuello torcido, de unos cincuenta o sesenta

años, los ojos inyectados en sangre, la boca abierta en una mueca de risa. Se detuvo, y al ver al hombre alto, aterrorizado, lo apuntó con una mano temblorosa y soltó una carcajada estúpida. —¿De dónde sacas todo ese pelo, eh, eh, ese pelo, de dónde lo sacas? —farfulló. —¿Puede... puede usted decirme dónde queda el Callejón de la Broma? —Broma, seguro, bromeo, y no es broma que estoy quebrado. Eh, ¿tienes una azul para un trago en una noche fría? Seguro que tienes una azul. El hombre se le acercó todavía más. Shevek se apartó, mirándole la mano abierta, sin comprender. —Vamos, una broma, viejo, una azul —farfulló el hombre mecánicamente, sin amenaza ni súplica, la boca abierta todavía en la sonrisa idiota, la mano extendida. Shevek comprendió. Buscó a tientas en los bolsillos, encontró el último dinero que le quedaba, lo echó en la mano del mendigo, y helado de miedo, aunque no era miedo por él mismo, esquivó al hombre, que mascullaba aún y trataba de tironearle el gabán, y se encaminó al portal abierto más cercano. Un letrero decía: «Empeños y Objetos Usados. Tasaciones Máximas». Adentro, entre las perchas y estanterías repletas de abrigos raídos, zapatos, chales, instrumentos abollados, lámparas rotas, platos dispares, botes de lata, cucharas, abalorios, deséenos y fragmentos, todos con el precio marcado, se detuvo tratando de serenarse. —¿Busca algo? Shevek preguntó, una vez más. El tendero, un hombre moreno tan alto como Shevek pero encorvado y huesudo, lo miró de arriba abajo. —¿Para qué quiere ir? —Busco a alguien que vive allí. —¿De dónde es usted? —Necesito llegar a esa calle, el Callejón de la Broma. ¿Está lejos? —¿De dónde es usted, don? —Soy de Anarres, de la Luna —dijo Shevek con furia—. Tengo que llegar al Callejón de la Broma, ahora, esta noche. —¿Usted es él? ¿El hombre de ciencia? ¿Qué demonios hace aquí?

—¡Escapando de la policía! ¿Quiere avisarles que estoy aquí, o me va a ayudar? —Maldición —dijo el hombre—. Maldición. Mire... —Vaciló, iba a decir algo, alguna otra cosa, y continuó—: Siga su camino —y en seguida, en el mismo tono, aunque evidentemente cambiando de idea—: Está bien. Cerraré. Lo llevaré allí. Espere. ¡Maldición! Dio unas vueltas por la trastienda, apagó la luz, salió con Shevek, bajó las persianas metálicas, cerró la puerta, y echó a andar a paso vivo, diciendo: —¡Vamos! Caminaron a lo largo de veinte o treinta manzanas, internándose cada vez más en el laberinto de calles y callejones tortuosos, el corazón de la Ciudad Vieja. La lluvia neblinosa caía sin ruido en la oscuridad intermitente, trayendo olores á putrefacción, a piedra y metal mojados. Doblaron por una callejuela oscura sin letreros entre casas de vecindad altas y viejas, casi todas con tiendas en la planta baja. El guía de Shevek se detuvo y golpeó en la ventana tapiada de una de las tiendas: V. Maedda, Especies Finas. Al cabo de un buen rato abrieron la puerta. El prestamista conferenció con una persona adentro, luego le hizo una seña a Shevek, y entraron los dos. Una muchacha esperaba junto a la puerta. —Adelante, Tuio está en el fondo —dijo, mirando a Shevek a la luz débil de un pasillo negro—. ¿Usted es él? —La voz de la chica era apagada y ansiosa; sonreía de una manera extraña—. ¿De verdad, usted es él? Tuio Maedda era un hombre moreno de cuarenta y tantos años, de cara fatigada, intelectual. Cerró un libro en el que había estado escribiendo y se incorporó rápidamente cuando ellos entraron. Saludó al prestamista, pero sin apartar los ojos de Shevek. —Vino a mi tienda a preguntar cómo podía llegar aquí, Tuio. Dice que es él, tú sabes, el de Anarres. —Es usted, sí, ¿verdad? —dijo Maedda lentamente—. Shevek, ¿qué está haciendo aquí? —Miraba a She-

vek con ojos alarmados, luminosos. —Buscando ayuda. —¿Quién lo mandó? —El primer hombre a quien pregunté. Ignoro quién es usted. Le pregunté dónde podía ir, y me dijo que viniera a verlo. —¿Alguien más sabe que está aquí? —Ellos no lo saben. Me escapé. Lo sabrán mañana. —Ve a buscar a Remeivi —dijo Maedda a la chica—. Tome asiento, doctor Shevek. Será mejor que me diga lo que pasa. Shevek se sentó en una silla de madera pero no se desabrochó el gabán. Estaba tan cansado que tiritaba. —Me escapé —dijo—. De la Universidad, de la cárcel. No sé a dónde ir. Tal vez todo es cárceles aquí. Vine porque ellos hablan de las clases bajas, las clases trabajadoras, y pensé: eso suena más como mi gente. Gente capaz de ayudar. —¿Qué clase de ayuda busca? Shevek trató de serenarse. Miró alrededor, la pequeña oficina atestada de cosas, y a Maedda. —Yo tengo algo que ellos quieren —dijo—. Una idea. Una teoría científica. Dejé Anarres porque pensé que aquí podría hacer el trabajo y publicarlo. No comprendí que aquí una idea es propiedad del Estado. Yo no trabajo para un Estado. No puedo tomar el dinero y las cosas que ellos me dan. Quiero irme. Pero no puedo volver a Anarres. Por eso vine. Usted no quiere mi ciencia, y tal vez tampoco quiera el gobierno que tiene. Maedda sonrió. —No. Yo no lo quiero. Pero el gobierno tampoco me quiere a mí. No ha elegido el sitio más seguro, ni para usted ni para nosotros... No se preocupe. Esta noche es esta noche; ya decidiremos qué hacer. Shevek sacó la nota que había encontrado en el bolsillo del gabán, y se la tendió a Maedda. —Esto es lo que me trajo. ¿Es de gente que usted conoce? —«Únete a nosotros tus hermanos...» No sé. Quizás. —¿Ustedes son odonianos? —En parte. Sindicalistas, libertarios. Trabajamos con los thuvianistas, la Unión Socialista de Trabajadores, pero somos anticentralistas. Ha

llegado en un momento bastante alborotado, sabe. —¿La guerra? Maedda asintió. —Hay una manifestación anunciada para dentro de tres días. Contra la leva, los impuestos de guerra, el alza en el precio de los alimentos. Hay cuatrocientos mil desocupados en Nio Esseia, y ellos aumentan los precios y los impuestos. —No había dejado de observar a Shevek mientras conversaban; ahora, como si el examen le hubiera parecido satisfactorio, desvió la mirada y se reclinó en la silla—. La ciudad está casi preparada para cualquier cosa. Una huelga es lo que necesitamos, una huelga general, y demostraciones en masa. Como la Huelga del Noveno Mes que Odo encabezó —agregó con una sonrisa torcida y seca—. Podríamos recurrir a una nueva Odo ahora. Pero esta vez ellos no tienen una Luna para comprarnos y librarse de nosotros. Hacemos justicia aquí, o en ninguna parte. —Miró otra vez a Shevek y dijo, en un tono más tranquilo—: ¿Sabe lo que la sociedad de ustedes ha significado aquí para nosotros, en los últimos ciento cincuenta años? ¿Sabe que cuando alguien quiere desearle suerte a otro dice: Ojalá renazcas en Anarres? Saber que existe, que hay una sociedad sin gobierno, sin policía, sin explotación económica, ¡que nunca más me digan que es sólo un espejismo, el sueño de una idealista! Me pregunto si usted sabe realmente por qué lo retuvieron tan escondido allá en Ieu Eun, doctor Shevek. Por qué nunca lo llevaron a ninguna reunión pública. Saldrán detrás de usted como perros detrás de un conejo cuando descubran que se ha marchado. No sólo porque quieren de usted esa idea. Usted mismo es una idea. Una idea peligrosa. La idea del anarquismo, hecha carne. Caminando entre nosotros. —Entonces ya tenéis a vuestro Odo —dijo la chica de la voz queda y ansiosa. Había vuelto a entrar mientras Maedda hablaba—. Al fin y al cabo, Odo era sólo una idea. El

doctor Shevek es la prueba material. Maedda no habló durante un rato. —Una prueba indemostrable —dijo. —¿Porqué? —Si la gente sabe que está aquí, también la policía lo sabrá. —Déjalos que vengan e intenten capturarlo —dijo la chica y sonrió. —¡La manifestación será absolutamente no violenta! —dijo Maedda con súbita violencia—. ¡Hasta la UST lo ha aceptado! —Yo no lo he aceptado, Tuio. No permitiré que los camisas negras me golpeen la cara o me vuelen los sesos. Si me atacan, atacaré. —Únete a ellos, si te gustan esos métodos. ¡La justicia no se consigue por medio de la fuerza! —Y el poder no se consigue por medio de la pasividad. —No buscamos poder. ¡Lo que buscamos es acabar con el poder! ¿Qué dice usted? —Maedda apeló a Shevek—. Los medios son el fin. Odo lo dijo toda su vida. ¡Sólo la paz trae la paz, sólo los actos justos traen la justicia! ¡No podemos estar divididos en vísperas de la acción! Shevek lo miró, miró a la muchacha, y al prestamista que estaba de píe escuchando, tenso, cerca de la puerta, y dijo en voz cansada, baja: —Si puedo serles útil, utilícenme. Tal vez podría publicar una declaración en algún periódico de ustedes. No vine a Urras a esconderme. Si toda la población se entera de que estoy aquí, tal vez el gobierno no se atreva a arrestarme en público. No sé. —Claro —dijo Maedda—. Por supuesto. —Los ojos oscuros le brillaban de entusiasmo—: ¿Dónde demonios está Remeivi? Ve y llama a su hermana, Siró, dile que lo busque bajo tierra y que lo mande aquí... Escriba por qué vino, escriba sobre Anarres, escriba por qué no quiere venderse al gobierno, escriba lo que quiera; nosotros haremos que lo impriman. ¡Siró! Llama a Meisthe también... Lo ocultaremos, pero por Dios conseguiremos que todo A-Io sepa que usted está aquí, que está con nosotros. —Las palabras lo desbordaban, las manos se le crispaban, e iba

y venía de un lado a otro por el cuarto—. Y entonces, después de la manifestación, después de la huelga, ya veremos qué pasa. ¡Tal vez las cosas sean diferentes entonces! ¡Tal vez usted ya no necesite esconderse! —Tal vez se abran de par en par las puertas de las cárceles —dijo Shevek—. Bueno, deme un poco de papel, voy a escribir. La joven Siró se le acercó. Se inclinó sonriendo, como si fuera a hacerle una reverencia, tímida, decorosa, y le besó la mejilla; luego salió de la habitación. Siró tenía los labios fríos y Shevek sintió el roce en la mejilla durante mucho tiempo. Pasó un día en la buhardilla de una vivienda del Callejón de la Broma, y dos noches y un día en el sótano de una tienda de muebles viejos, un lugar raro y oscuro, repleto de marcos de espejos y camas destartaladas. Escribía. Le llevaban lo que había escrito, ya impreso, al cabo de unas pocas horas: al principio en el periódico La Edad Moderna y más tarde, cuando el gobierno clausuró las prensas de La Edad Moderna y arrestó a los editores, en una imprenta clandestina, junto con los planes y exhortaciones para la manifestación y la huelga general. Shevek no releía lo que había escrito. No escuchaba con mucha atención a Maedda y los otros, que describían el entusiasmo con que se leían los periódicos, la aceptación creciente del plan de huelga, el efecto que la presencia de Shevek en la manifestación tendría a los ojos del mundo. Cuando lo dejaban solo, sacaba a veces una pequeña libreta del bolsillo de la camisa y miraba las notas en código y las ecuaciones de la Teoría Temporal General. Las miraba y no podía leerlas. No las comprendía. Guardaba otra vez la libreta, y se sentaba con la cabeza entre las manos. Anarres no tenía banderas que flameasen al viento, pero entre las pancartas que exhortaban a la huelga general, y los estandartes azules y blancos de los sindicalistas y los

trabajadores socialistas, había muchos pendones hechos de prisa y que mostraban el Círculo Verde de la Vida, el antiguo símbolo del movimiento odoniano de doscientos años atrás. Todas las banderas e insignias brillaban, gallardas, a la luz del sol. Era maravilloso estar afuera, después de vivir a puertas cerradas, después de los escondites. Era maravilloso estar caminando, balancear los brazos, respirar el aire límpido de la mañana primaveral. Estar en medio de tanta gente, una muchedumbre tan enorme, marchando juntos, llenando las calles adyacentes y la ancha arteria por la que avanzaban, era pavoroso y reconfortante a la vez. Cuando rompieron a cantar, el regocijo y el pavor de Shevek se transformaron en una ciega exaltación; las lágrimas le velaron los ojos. Eran profundas aquellas voces en las calles profundas, atenuadas por el aire claro y la distancia, indistintas, avasallantes, aquellos millares y millares de voces que se elevaban en un solo canto. Las voces de los que encabezaban la marcha, lejos calle arriba, se adelantaban a las voces de la multitud innumerable que venía detrás, y la melodía parecía demorarse y perseguirse, como en un canon, y todas las partes de la canción eran entonadas a la vez, en el mismo instante, aunque cada cantor la entonara como una estrofa del principio al fin. Shevek, que no conocía las canciones, las escuchaba dejándose llevar por la música, hasta que desde el frente, ola tras ola, a lo largo del lento e interminable río humano, le llegó una melodía que él conocía. Entonces alzó la cabeza y la cantó con elfos, en su propia lengua, tal como la había aprendido: el Himno de la Insurrección. Esa gente, su propia gente, la había cantado en esas calles, en esta misma calle, doscientos años atrás. A aquellos que ya han dormido, oh luz del este, despierta. Se romperá la oscuridad. Será cumplida la promesa. En las filas que lo rodeaban todos callaron

para escucharlo, y él cantó en alta voz, sonriente, avanzando junto con ellos. Podía haber cien mil seres humanos en la Plaza del Capitolio, o acaso el doble. Los individuos, como las partículas de la física atómica, son incontables, del mismo modo que es imposible determinar la posición que ocupan o predecir cómo se conducirán. Y sin embargo esta masa, esta masa enorme se conducía tal como lo habían previsto los organizadores de la huelga: se había congregado, había marchado en orden, había cantado, había ocupado la Plaza del Capitolio y las calles circundantes, y ahora se había detenido, innumerable y turbulenta pero a la vez paciente, en el luminoso mediodía, para escuchar a los oradores, cuyas voces solitarias, amplificadas aquí y allá, golpeaban y reverberaban contra tos soleados frontispicios del Senado y del Directorio, retintineaban y zumbaban por encima del vasto murmullo incesante de la muchedumbre. Había aquí, en la plaza, más gente que la que vivía en Abbenay, reflexionó Shevek, pero el pensamiento no tenía ningún propósito, sólo cuantificar la experiencia directa. Estaba junto con Maedda y los otros en las gradas del Directorio, frente a las encolumnadas y altas puertas de bronce, contemplando el trémulo y sombrío campo de rostros, y escuchando como escuchaban ellos a los oradores: no oyendo y comprendiendo como la mente racional percibe y comprende, sino como quien contempla o escucha sus propios pensamientos, o como el pensamiento percibe y comprende el ser. Cuando habló, no hubo para él diferencia entre hablar y escuchar. No lo movió un impulso consciente; no se dio cuenta de que él mismo estaba hablando. Los ecos multiplicados de su voz desde los altavoces distantes y las fachadas de piedra de los soberbios edificios, lo distraían un poco, y por momentos titubeaba y hablaba muy lentamente. Pero no titubeaba buscando

palabras. Expresaba de viva voz el pensamiento de ellos, el sentir de todos ellos, en el idioma de ellos, y sin embargo no decía nada más que lo que había dicho muchos años antes, lo que había brotado de su propia soledad, del centro de su ser. —Es nuestro sufrimiento lo que nos une. No el amor. El amor no obedece a la mente, y cuando se lo violenta se transforma en odio. El vínculo que nos une está más allá de toda posible elección. Somos hermanos. Somos hermanos en aquello que compartimos. En el dolor, en ese dolor que todos nosotros hemos de sufrir a solas, en la pobreza y en la esperanza reconocemos nuestra hermandad. La reconocemos porque hemos tenido que vivir sin ella. Sabemos que para nosotros no hay otra salida que ayudarnos los unos a los otros, que ninguna mano nos salvará si nosotros mismos no tendemos la mano. Y la mano que vosotros tendéis está vacía, como lo está la mía. No tenéis nada. No poseéis nada. No sois dueños de nada. Sois libres. Todo cuanto tenéis es lo que sois, y lo quedáis. »Estoy aquí porque vosotros veis en mí la promesa, la promesa que hicimos hace doscientos años en esta ciudad: la promesa cumplida. Nosotros la hemos cumplido. En Anarres no tenemos nada más que nuestra libertad. No tenemos nada que daros excepto vuestra propia libertad. No tenemos leyes excepto el principio único de la ayuda mutua. No tenemos gobierno excepto el principio único de la libre asociación. No tenemos naciones, ni presidentes, ni ministros, ni jefes, ni generales, ni patronos, ni banqueros, ni propietarios, ni salarios, ni caridad, ni policía, ni soldados, ni guerras. Tampoco tenemos otras cosas. No poseemos, compartimos. No somos prósperos. Ninguno de nosotros es rico. Ninguno de nosotros es poderoso. Si lo que vosotros queréis es Anarres, si es ése el futuro que buscáis, entonces os digo que vayáis a él con las manos

vacías. Tenéis que ir a él solos, solos y desnudos, como viene el niño al mundo, al futuro, sin ningún pasado, sin ninguna propiedad, dependiendo totalmente de los otros para vivir. No podéis tomar lo que no habéis dado, y vosotros mismos tenéis que daros. No podéis comprar la Revolución. No podéis nacer la Revolución. Sólo podéis ser la Revolución. Ella está en vuestro espíritu, o no está en ninguna parte. Terminaba de hablar cuando el zumbido de los helicópteros de la policía empezó a ahogar la voz de Shevek. Se apartó de los micrófonos y miró hacia arriba, entornando los ojos al resplandor del sol. Muchos en la multitud hicieron lo mismo, y aquel movimiento de las cabezas y las manos fue como un viento que agitara un luminoso campo de espigas. Las palas giratorias chasqueaban y rechinaban en la enorme caja de piedra de la Plaza del Capitolio, como la voz de un monstruoso robot. El ruido ahogaba el tableteo de las ametralladoras, que disparaban desde los helicópteros. El bullicio de la multitud creció hasta convertirse en una algarabía, pero aún podían oírse los gruñidos de los helicópteros, el repiqueteo indiferente de las armas de fuego, la palabra huera. El fuego de los helicópteros se concentraba sobre la gente reunida en las gradas del Directorio o en los alrededores. El pórtico encolumnado era el refugio más próximo para quienes estaban en la escalinata, y un momento después estaba atestado de gente. Las voces de la multitud, que huía despavorida hacia las ocho calles que convergían en la plaza, rugían como un viento. Los helicópteros volaban a escasa altura, pero nadie sabía si el fuego había cesado o no; en la muchedumbre demasiado apretada los muertos y los heridos no podían caer. Las puertas revestidas de bronce del Directorio cedieron con un estallido que nadie oyó. La gente entró atropellándose en busca de refugio, a guarecerse de la

lluvia de metralla. Se apiñaban por centenares en los altos salones de mármol, algunos agazapados en el primer escondite que veían, otros empujando y buscando una salida a través del edificio, otros dispuestos a resistir hasta que llegaran los soldados. Cuando llegaron, marchando con sus cuidadas chaquetas negras, subiendo las escalinatas por entre los hombres y mujeres muertos o agonizantes, encontraron en el muro gris alto y pulido del gran atrio, a la altura de los ojos de un hombre, una palabra escrita en gruesos trazos de sangre: ABAJO. Hicieron fuego contra el hombre muerto que yacía allí cerca, y más tarde, cuando restablecieron el orden en el Directorio, trataron de borrar la palabra, restregándola con agua y jabón, pero no desapareció: había sido pronunciada: tenía sentido. El compañero de Shevek se debilitaba, empezaba a tambalearse; Shevek comprendió que no podría ir más lejos. Tampoco había a dónde ir, excepto lejos de la Plaza del Capitolio, ni un sitio en que pudiera quedarse. La muchedumbre se había vuelto a reunir dos veces en la Avenida Mesee, tratando de enfrentar a la policía, pero en pos de la policía llegaron los carros de asalto del ejército, empujando a la gente hacia adelante, hacia la Ciudad Vieja. Los chaquetas negras no habían hecho fuego hasta entonces, pero desde las otras calles llegaba el fragor de la metralla. Los ruidosos helicópteros volaban de uno a otro lado por encima de las calles; imposible escapar. El compañero de Shevek jadeaba al arrastrarse, hipaba tratando de respirar. Shevek lo había llevado casi en brazos durante un largo trecho, y ahora estaban lejos del cuerpo de la multitud, rezagados. Era inútil que tratasen de alcanzarla.

—A ver, siéntese aquí —dijo, y ayudó al hombre en el escalón superior, a la entrada de un sótano que parecía ser una especie de depósito. Sobre las ventanas tapiadas habían escrito, con grandes

trazos de tiza, la palabra HUELGA. Bajó hasta la puerta del sótano y la probó; estaba cerrada con candado. Todas las puertas estaban cerradas. Propiedad privada. Alzó un trozo de piedra que se había desprendido del borde de un escalón y destrozó la aldaba y el candado, trabajando no furtiva ni vengativamente, sino con la seguridad de alguien que abre la puerta de calle de su propia casa. Echó una ojeada adentro. El sótano no contenía otra cosa que cajones de embalaje. Ayudó a su compañero a bajar los peldaños, cerró la puerta, y le dijo—: Siéntese aquí, acuéstese si puede. Yo iré a ver si hay agua. En el sótano, evidentemente un depósito de productos químicos, había una hilera de artesas y una manguera contra incendios. Cuando Shevek regresó, el hombre se había desmayado. Aprovechó la oportunidad para lavarle la mano con el agua que chorreaba de la manguera y echar un vistazo a la herida. Era peor de lo que había pensado. Sin duda el hombre había recibido más de un proyectil; le faltaban dos dedos y tenía la palma y la muñeca destrozadas. Las astillas de los huesos asomaban por entre la carne como mondadientes. El hombre había estado cerca de Shevek cuando los helicópteros empezaron a disparar, y al sentirse herido se había dejado caer contra Shevek, aferrándose a él. Durante toda la fuga a través del Directorio, Shevek lo había sostenido con un brazo: en medio de una multitud tumultuosa, dos podían mantenerse en pie mejor que uno. Trató de contenerle la hemorragia con un torniquete y de vendarle la mano destrozada, o cubrírsela al menos, y le trajo un poco de agua y lo ayudó a beber. No sabía cómo se llamaba; por el brazal blanco, era un trabajador socialista; parecía tener más o menos la edad de Shevek, cuarenta, o algo más. En las fábricas del Sudoeste, Shevek había visto heridos mucho más graves, en accidentes, y había aprendido

que la gente tiene una capacidad inverosímil para soportar el sufrimiento y el dolor. Pero atendían a esos heridos. Allí había un cirujano para amputar, plasma para remediar la pérdida de sangre, una cama. Se sentó en el suelo al lado del hombre, que ahora yacía aletargado, y miró en torno las hileras de cajones, los largos y oscuros pasadizos entre las hileras, el resplandor blancuzco de la luz del día que se filtraba por las rendijas de las ventanas tapiadas a lo largo de la pared del frente, los blancos regueros de salitre en el techo, las huellas de las botas de los obreros y las ruedas de las carretillas en el polvoriento suelo de hormigón. Una hora antes, centenares de miles de personas cantando bajo el cielo abierto; a la siguiente, dos nombres escondidos en un sótano. —Sois despreciables —le dijo Shevek a su compañero, en právico—. Sois incapaces de dejar las puertas abiertas. Nunca seréis libres. —Tocó con delicadeza la frente del hombre; estaba fría y sudorosa. Le aflojó un rato el torniquete, se levantó, cruzó el sótano lóbrego hasta la puerta, y subió a la calle. La flotilla de los carros de asalto se había alejado. Unos pocos rezagados de la manifestación pasaban, presurosos, las cabezas gachas, en territorio enemigo. Shevek intentó parar a dos; un tercero se detuvo al Fin. —Necesito un médico, hay un hombre herido. ¿Puede mandar un médico aquí? —Será mejor que lo saque. —Ayúdeme a llevarlo. El hombre apresuró el paso y se alejó. —Vienen hacia aquí —le gritó a Shevek por encima del hombro—, será mejor que salgan. No pasó nadie más, y un momento después Shevek vio un poco más lejos, calle abajo, una columna de chaquetas negras. Bajó otra vez al sótano, cerró la puerta, volvió junto al hombre herido, y se sentó junto a él en el suelo polvoriento. —Infierno —dijo. Al cabo de un rato sacó del bolsillo de la camisa la pequeña libreta y se puso a

estudiarla. Por la tarde, cuando se asomó con cautela a mirar, vio un carro de asalto estacionado del otro lado de la calle, y otros dos cerrando la esquina. Eso explicaba los gritos que había oído: sin duda los soldados, impartiéndose órdenes unos a otros. Atro se lo había explicado una vez: cómo los sargentos podían dar órdenes a los soldados rasos, cómo los tenientes podían dar órdenes a los soldados rasos y a los sargentos, cómo los capitanes... y así en escala ascendente hasta los generales, que podían dar órdenes a todos los demás y no tenían que recibirlas de nadie, excepto del comandante en jefe. Shevek había escuchado con incrédula repulsión. —¿A eso lo llaman ustedes organización? —había preguntado—. ¿Y también lo llaman disciplina? Ni una cosa ni otra. Es un mecanismo coercitivo de extraordinaria ineficacia, ¡una especie de máquina de vapor del Séptimo Milenio! Con una estructura tan rígida y tan frágil, ¿qué cosa que merezca la pena se puede hacer? —Esto había dado pie para que Atro ensalzara las virtudes de la guerra, que da coraje y hombría y elimina a los ineptos, pero los mismos argumentos lo habían obligado a admitir la efectividad de las guerrillas, organizadas desde abajo, auto-disciplinadas—. Pero eso sólo funciona cuando la gente piensa que está peleando por algo propio, el hogar, o alguna idea —había dicho el viejo. Shevek había renunciado a la discusión. Ahora la continuaba, en la oscuridad creciente del sótano, entre las pilas de cajones de productos químicos no rotulados. Le explicaba a Atro que ahora comprendía por qué el ejercito estaba organizado de ese modo. Era sin duda un tipo de organización ineludible. Ninguna organización racional hubiera servido en este caso. Shevek no había comprendido hasta ahora que la finalidad era permitir que unos hombres provistos de ametralladoras matasen a hombres y mujeres inermes, fácilmente

y en grandes cantidades, cuando les ordenaban hacerlo. Pero no comprendía aún qué relación tenía todo esto con el coraje, o la hombría, o la aptitud. De tanto en tanto le hablaba a su compañero, a medida que la oscuridad crecía. El hombre, que ahora yacía con los ojos abiertos, se había quejado en un par de ocasiones, un gemido paciente que conmovió a Shevek. Durante los primeros momentos de pánico, en medio de la multitud que se precipitaba al Directorio, el hombre había tratado de mantenerse en pie, seguir adelante, al principio corriendo, y luego caminando hacia la Ciudad Vieja; con la mano debajo del gabán, apretada contra el costado, había hecho todo lo posible por avanzar, por no retrasar a Shevek. La segunda vez que el hombre se quejó, Shevek le tomó la mano sana, murmurando: —No, no. Calla, hermano —sólo porque no soportaba oír el dolor del hombre y no poder hacer nada. El hombre pensó sin duda que le pedía que callara por miedo a que la policía los descubriera en el sótano, pues asintió débilmente y apretó los labios. Los dos hombres resistieron tres noches en el depósito. Durante todo ese tiempo hubo refriegas esporádicas en el distrito, y el ejército continuó asediando aquella manzana de la Avenida Mesee. Los combatientes nunca se acercaban al edificio, fuertemente armado, de modo que los hombres escondidos en el depósito no podían salir sin rendirse. En una ocasión, cuando su compañero estaba despierto, Shevek le preguntó: —Si saliéramos a la vista de la policía, ¿qué harían con nosotros? El hombre sonrió y musitó: —Nos ametrallarían. Como durante horas se habían oído ráfagas de ametralladora cercanas y distantes, y alguna que otra explosión, y el zumbido de los helicópteros no había cesado, la opinión del hombre parecía bien fundada. Menos claro era el motivo de la sonrisa. Murió aquella noche a causa de la hemorragia,

mientras los dos dormían lado a lado para calentarse en el colchón que Shevek había improvisado con la paja de los cajones. Ya estaba rígido cuando Shevek despertó, se sentó, y escuchó el silencio del gran sótano lóbrego y de la calle desierta y de la ciudad toda, un silencio de muerte.

Capítulo 10

Anarres

La mayor parte de las líneas férreas del Sudoeste corrían sobre terraplenes a una yarda o más por encima de la llanura. Un balasto elevado estaba menos expuesto a las polvaredas, y permitía que los viajeros vieran el amplio panorama desolado. El Sudoeste era la única de las ocho regiones de Anarres que no contaba con importantes extensiones de agua. En el verano el deshielo polar alimentaba las marismas del lejano sur; hacia el ecuador sólo había lagos alcalinos poco profundos en vastas cuencas de sal. No había montañas; cada centenar de kilómetros una cadena de colinas corría de sur a norte, áridas, resquebrajadas, carcomidas, en riscos y puntas. Unas estrías de violeta y de rojo manchaban las colinas, y en las caras de los riscos crecía en empinadas verticales de verde-gris el musgo de las rocas, una planta que soportaba cualquier extremo de calor o frío, de sequía y de viento, y que se extendía sobre las vetas de la piedra arenisca como un tapiz cuadriculado. No había en el paisaje otro color que el pardo, un

pardo blancuzco en los lugares en que la arena cubría a medias las cuencas de sal. En el cielo, por encima de las llanuras, se desplazaban raras nubes de tormenta. Nunca traían lluvia, sólo sombras. El terraplén y los rieles centelleantes corrían hasta perderse de vista por detrás del furgón, y también por delante, siempre en línea recta. —Con el Sudoeste no se puede hacer nada —dijo el conductor—, nada más que atravesarlo. El hombre que lo acompañaba no contestó, pues se había quedado dormido. La cabeza se le sacudía junto con las vibraciones del motor. Las manos, endurecidas por el trabajo y ennegrecidas por la escarcha, descansaban flojas sobre los muslos; el rostro somnoliento era demacrado y triste. Había subido en Montaña de Cobre, y como no había otros pasajeros el conductor le había pedido que viajara con él en la cabina. Se había dormido inmediatamente. De vez en cuando el conductor le echaba una mirada decepcionada pero de simpatía. En los últimos años había visto tanta gente extenuada que le parecía la condición normal. El hombre despenó al final de la tarde, y luego de contemplar un rato el desierto, preguntó: —¿Siempre haces solo este viaje? —Los últimos tres, cuatro años. —¿Nunca has tenido una avería por aquí? —Un par de veces. Llevo comida y agua en abundancia en la gaveta. A propósito, ¿tienes hambre? —Todavía no. —En un día o algo así me mandan desde Soledades el equipo de averías. —¿Es ésa la población más cercana? —Aja. Mil millas desde Minas Sedep a Soledades. El trayecto más largo entre dos ciudades en todo este mundo. He estado haciéndolo durante once años. —¿No estás cansado? —No. Me gustan los trabajos independientes. El pasajero asintió, sin hablar. —Y es algo seguro. Me gusta la rutina; puedes imaginarlo. Quince días de camino, quince libres con la compañera en Nueva Esperanza. Año va, año viene;

sequía, hambruna, cualquier cosa. No cambia nada, aquí siempre es sequía. Me gusta el viajecito. Saca el agua, ¿quieres? El enfriador está atrás, debajo de la gaveta. El pasajero trajo la botella, y cada uno bebió un largo sorbo. El agua tenía un sabor indefinido, alcalino, pero estaba fresca. —¡Ah, qué buena! —exclamó con gratitud el pasajero. Apañó la botella, y sentándose de nuevo en el asiento de delante, se desperezó, tocando el techo con las manos—. Así que eres un hombre acompañado — dijo. La simplicidad con que lo dijo le cayó bien al conductor, quien respondió: —Dieciocho años. —Como si empezaras. —¡Diantre, estoy de acuerdo con eso! Y eso es lo que algunos no ven. Pero tal como yo lo entiendo, si copulas bastante con una y otra hasta los veinte, es entonces cuando le sacas mejor provecho, y descubres también que es siempre más o menos lo mismo. ¡Y algo bueno, además! Pero aun así, la diferencia no está en copular; está en la otra persona. Y dieciocho años es como si empezaras cuando descubres esa diferencia. Al menos, si es una mujer lo que estás tratando de entender. A una mujer puede no durarle tanto el misterio de un hombre, aunque quizá representen una comedia... Como quiera que sea, ése es el gusto de la cosa. Los misterios y las comedias y todo lo demás. La variedad. La variedad no se obtiene sólo yendo de un lado a otro. Anduve por todo Anarres, de joven. Por todas las Divisiones, manejando y cargando. He conocido hasta un centenar de chicas en las distintas ciudades. Terminó por aburrirme. Volví aquí, y hago este viajecito cada tres décadas, año va, año viene, a través del mismo desierto, donde no puedes distinguir una duna de arena de la otra y todo es igual a lo largo de mil quinientas millas para cualquier lado que mires, y vuelvo a casa a la misma compañera... y no me he aburrido ni una sola vez. No es ir de un lado a otro

lo que te mantiene vivo. Es tener tu propio tiempo. Trabajar con el tiempo, no contra él. —Así es —dijo el pasajero. —¿Dónde está la compañera? —En el Noreste. Cuatro años, ahora. —Eso es demasiado —dijo el conductor—. Tendrían que haberos mandado juntos. —No donde yo estuve. —¿Dónde? —Codo, y después Valle Grande. —Supe lo de Valle Grande. —El conductor miró al pasajero con el respeto con que se mira a un sobreviviente. Vio la tez reseca y curtida del hombre, como carcomida hasta el hueso por la lluvia y el viento, la misma que había visto en otros sobrevivientes de los años de hambruna en La Polvareda—. Fue un error intentar que esas refinerías continuaran trabajando. —Necesitábamos los fosfatos. —Pero dicen que cuando el tren de víveres fue atacado en Portal, las refinerías seguían funcionando, y la gente se moría de hambre en sus puestos. Se alejaban unos pasos, se acostaban en el suelo y se morían. ¿Era así? El hombre asintió, en silencio. El conductor no preguntó más, pero al cabo de un rato dijo: —No sé qué haría yo si alguna vez atacaran mi tren. —¿Nunca te pasó? —No. Es que no llevo víveres; un furgón, a lo sumo, para Alto Sedep. Este es un tren minero. Pero si me dieran un tren de víveres, y me detuvieran, ¿qué haría? ¿Atropellarlos y llevar los víveres a destino? Pero demonios, ¿cómo vas a atropellar a niños, a viejos? Está mal que lo hagan, pero ¿los matarás por eso? ¡No sé! Los rieles rectos y brillantes corrían bajo las ruedas. En el oeste las nubes proyectaban sobre la llanura grandes espejismos temblorosos, los espectros de sueños de lagos que se habían secado diez millones de años atrás. —Un síndico, un hombre que conocí durante años, hizo eso precisamente, al norte de aquí, en el 66. Trataron de sacarle un furgón de granos. Retrocedió con la máquina, y mató a un par de hombres antes de que despejaran los rieles, eran como gusanos

en el pescado podrido, espesos, decía. Hay ochocientas personas esperando ese furgón de grano, decía, y ¿cuántos de ellos morirán si no les llega? Más de un par, muchos más. Así que parece que hizo bien. Pero, ¡maldición! Yo no puedo sumar o restar de ese modo. No sé si está bien contar personas como se cuentan números. Pero entonces, ¿qué haces? ¿A quiénes matas? —El segundo año que estuve en Codo, donde era coordinador de Trabajo, el sindicato redujo las raciones. La gente que trabajaba seis horas recibía raciones completas, apenas suficientes para esa clase de trabajo. Los que trabajaban media jornada recibían tres cuartos de ración. Si estaban enfermos o demasiado débiles para trabajar, les daban medía ración. Una media ración no alcanzaba para que se curasen, aunque los mantenía vivos. Pero no volvían al trabajo. Yo era el encargado de poner a la gente a media ración, gente que ya estaba enferma. Yo trabajaba todo el día, ocho, diez horas algunas veces, trabajo burocrático, de modo que obtenía raciones completas: las ganaba. Las ganaba confeccionando las listas de los que pasarían hambre. —Los ojos claros del hombre miraban adelante, la luz seca—. Como tú dijiste, tenía que contar a la gente. —¿Renunciaste? —Sí, renuncié. Fui a Valle Grande. Pero algún otro se encargó de las listas en las refinerías de Codo. Siempre hay alguien dispuesto a hacer listas. —Ves, eso es lo que está mal —dijo el conductor mirando el fuego con el ceño fruncido. Tenía una cara y un cráneo morenos y desnudos, no le quedaba vello ni pelo entre los pómulos y el occipital, aunque no podía tener más de cuarenta y cinco. Era una cara fuerte, dura e inocente—. Eso es lo que está espantosamente mal. Tenían que haber clausurado las refinerías. No se le puede pedir a un hombre que haga una cosa así. ¿No somos odonianos acaso? Un hombre puede perder los estribos, de acuerdo.

Eso es lo que le pasaba a la gente que atacaba los trenes. Tenían hambre, los niños tenían hambre, hacía demasiado tiempo que estaban hambrientos, y allí había comida y no era para ti, perdías los estribos y atacabas. Lo mismo con el amigo, esa gente le estaba destrozando el tren, perdió los estribos y retrocedió. No le importó nada. ¡No en ese momento! Más tarde tal vez. Pues se sintió enfermo cuando vio lo que había hecho. Pero lo que te hacían hacer, diciendo éste vive y aquél muere... nadie tiene derecho a hacer ese trabajo o de pedirle a algún otro que lo haga. —Han sido malos tiempos, hermano —dijo el pasajero con gentileza, observando la llanura deslumbrante donde los espectros del agua ondulaban y volaban con el viento. El viejo dirigible de carga anadeó por encima de las montañas y amarró en el aeropuerto en la Montaña Riñón. Bajaron tres pasajeros. En el preciso momento en que el último de los tres pisaba el suelo, el suelo se encrespó y se encabritó. —Terremoto —observó el hombre; era un residente local que regresaba a casa—. ¡Maldito sea, mira ese polvo! Algún día aterrizaremos aquí y no habrá más montaña. Dos de los pasajeros optaron por esperar a que cargaran los camiones. Shevek prefirió caminar, pues el residente decía que Chakar quedaba a sólo unos seis kilómetros montaña abajo. El camino avanzaba en una sucesión de curvas largas con una corta elevación al final de cada una. En las laderas ascendentes, a la izquierda del camino, y en las descendentes a la derecha, crecían espesos matorrales de holum; hileras de altos árboles holum, espaciados como si hubiesen sido plantados, seguían los cursos de agua subterránea a lo largo de las laderas. En la cresta de una elevación, Shevek vio el oro claro del crepúsculo por encima de las colinas replegadas y oscuras. Excepto el camino mismo, que descendía hacia las sombras, no había señales de vida humana.

Cuando empezaba a bajar, el aire gruñó levemente, y Shevek sintió algo extraño: no una sacudida, no un temblor, sino un desplazamiento, una convicción de que las cosas andaban mal. Completó el paso que estaba dando, y allí estaba el suelo, que le recibió el pie. Continuó andando; el camino seguía allí muy quieto. Shevek nunca había estado en peligro, pero nunca tampoco se había sentido tan cerca de la muerte. La muerte estaba en él, debajo de él; la tierra misma era insegura, traidora. Lo perdurable, aquello en que se puede confiar, es una promesa hecha por la mente humana. Shevek sintió el aire frío, limpio, en la boca y los pulmones. Prestó atención. Un torrente de montaña atronaba en algún sitio, abajo entre las sombras. Llegó a Chakar cuando caía la noche. El cielo era de un violeta sombrío por encima de los cerros negros. Los faroles resplandecían en la calle claros y solitarios. Las fachadas de las casas parecían bosquejos a la luz artificial, contra el fondo oscuro del desierto. Había numerosos solares vacíos, casas solitarias; un poblado antiguo, un pueblo fronterizo, aislado, disperso. Una mujer que pasaba le indicó a Shevek las señas del Domicilio Ocho: —Por ese camino, hermano, pasando el hospital, al fondo de la calle. —La calle corría hacia la oscuridad al pie de la ladera y terminaba en la puerta de un edificio bajo. Entró y se encontró en el vestíbulo de un domicilio rural que le recordó la infancia, los lugares de Libertad, Montaña del Tambor, Llanos Anchos, donde había vivido con su padre: la luz débil, las esteras remendadas, un papel que describía las actividades de un grupo local de instrucción para mecánicos, un aviso de las reuniones del Sindicato, un volante anunciando la representación de una obra teatral tres décadas atrás, sujeto a la cartelera; un cuadro enmarcado de Odo en la prisión, obra de algún aficionado, colgado sobre el sofá de la

sala común; un armonio de fabricación casera; una lista de residentes, y el horario del agua caliente en los baños pegado junto a la puerta. Sherut, Takver, Nº 3. Shevek golpeó, observando el reflejo de la luz del pasillo en la superficie oscura de la puerta, que no cerraba bien. Una mujer dijo desde dentro: —¡Adelante! —Shevek abrió la puerta. La luz brillante de la habitación estaba detrás de ella. Por un momento no pudo distinguirla, no pudo estar seguro de que era Takver. Ella estaba de pie frente a él. Alargó una mano, como para echarlo o abrazarlo, un ademán incierto, inconcluso. Él le tomó la mano, y entonces se acercaron, se abrazaron, y permanecieron unidos sobre la tierra insegura, traidora. —Entra—dijo Takver—. Oh, entra, entra. Shevek abrió los ojos. Un poco más lejos, en el cuarto, que todavía parecía muy iluminado, vio la cara seria, atenta de una niña. —Sadik, éste es Shevek. La niña se acercó a Takver, se le abrazó a la pierna, y se echó a llorar. —Pero no llores, ¿por qué lloras, almita? —¿Por qué lloras tú? —murmuró la niña. —¡Porque soy feliz! Sólo porque soy feliz. Siéntate en mi falda. ¡Shevek, Shevek! Tu carta llegó ayer. Pensaba ir al teléfono cuando llevara a Sadik a dormir. Decías que llamarías esta noche. ¡No que vendrías! Oh, no llores, Sadik, mira, yo ya no lloro, ¿ves que no? —El hombre también lloraba. —Claro que lloraba. Sadik lo observaba con una curiosidad recelosa. Había cumplido cuatro años. Tenía una cabeza redonda, una cara redonda; era redonda, morena, afelpada, suave. No había muebles en el cuarto excepto las plataformas de dos camas. Takver se había sentado en una de ellas con Sadik en el regazo. Shevek se sentó en la otra y estiró las piernas. Se secó los ojos con el dorso de las manos, y extendió los nudillos para mostrarlos a Sadik. —Ves —dijo—, están mojados. Y la nariz gotea. ¿Tienes un pañuelo? —Sí. ¿Tú no? —Tenía,

pero se perdió en una lavandería. —Puedes compartir el pañuelo que yo uso —dijo Sadik luego de una pausa. —Él no sabe dónde está —dijo Takver. Sadik bajó del regazo de su madre y buscó un pañuelo en un cajón del armario. Se lo dio a Takver, quien se lo alcanzó a Shevek. —Está limpio —le dijo Takver con su sonrisa ancha. Mientras Shevek se secaba la nariz, Sadik lo observaba atentamente. —¿Hubo un terremoto aquí hace un rato? —preguntó Shevek. —Tiembla todo el tiempo, al final ni lo notas —dijo Takver, pero Sadik, encantada de proporcionar información, dijo con su voz aguda aunque cálida—: Sí, hubo uno grande antes de la cena. Cuando hay un terremoto las ventanas se ríen y el piso tiembla, y tienes que quedarte en el portal o fuera de casa. Shevek miraba a Takver; ella lo miraba a él. Takver había envejecido más de cuatro años. Nunca había tenido muy buenos dientes, y ahora había perdido dos, los dos premolares, y se le veían los huecos cuando sonreía. La piel no tenía ya la tersura delicada de la juventud, y el cabello, cuidadosamente recogido en la nuca, era opaco. Shevek veía claramente que Takver había perdido la gracia de la juventud, que ahora parecía una mujer común, fatigada, ya casi en la mitad de la vida. Veía todo esto con claridad, como ningún otro hubiera podido verlo, desde la perspectiva de años de intimidad y de añoranza. La veía tal como ella era. Las miradas se encontraron. —¿Cómo... cómo han marchado las cosas por aquí? —preguntó Shevek, enrojeciendo de súbito y hablando obviamente a la ventura. Ella sintió la ola palpable, el aluvión del deseo de Shevek. También ella se ruborizó ligeramente y sonrió. Dijo con su voz grave—: Oh, lo mismo que cuando hablamos por teléfono. —¡Eso fue hace seis décadas! —No cambian mucho las cosas por aquí. —Es muy hermoso todo esto... las colinas... —En los

ojos de Takver veía la oscuridad de los valles entre las montañas. El deseo sexual creció abruptamente, y por un instante se sintió mareado. Al fin consiguió dominarse—. ¿Crees que te gustaría quedarte aquí? —preguntó. —Me da lo mismo —respondió ella, con su voz extraña, sombría, aterciopelada. —Todavía te gotea la nariz —observó Sadik, preocupada, pero sin ansiedad. —Alégrate, no es demasiado grave —dijo Shevek. Takver dijo: —¡Calla, Sadik, no seas egotista! —Y los dos adultos se echaron a reír. Sadik seguía estudiando a Shevek. —En realidad me gusta el pueblo, Shev. La gente es simpática... es gente. Pero no hay demasiado trabajo. Es simple trabajo de laboratorio en el hospital. El problema de la escasez de técnicos está prácticamente resuelto; podría marcharme pronto sin dejarlos en la estacada. Me gustaría volver a Abbenay, si eso es lo que querías decir. ¿Te han dado otra vez el puesto? —No pedí ninguno, y no he averiguado. Estuve en camino toda una década. —¿Qué estuviste haciendo en el camino? —Viajando, Sadik. —Ha tenido que atravesar medio mundo, desde el sur, desde los desiertos, para venir a reunirse con nosotras —dijo Takver. La niña sonrió, se acomodó en la falda de Takver, y bostezó. —¿Has comido, Shev? ¿Estás cansado? Tengo que llevar a esta niña a dormir; estábamos por salir cuando llegaste. —¿Ya duerme en el dormitorio? —Desde principios de este trimestre. —Ya tenía cuatro —explicó Sadik. —Se dice ya tengo cuatro —dijo Takver, dejándola resbalar suavemente para ir hasta el armario en busca del abrigo. Sadik se quedó de pie, de perfil, delante de Shevek; parecía muy pendiente de él. —Pero tenía cuatro, ahora tengo más de cuatro —le dijo. —Una temporalista lo mismo que el padre. —No puedes tener cuatro y más de cuatro al mismo tiempo, ¿verdad que no? —preguntó la niña, adivinando la aprobación de Shevek,

y hablándole directamente. —Oh sí, claro. Y puedes tener cuatro y casi cinco al mismo tiempo, además. —Sentado en la plataforma baja, Shevek podía mantener la cabeza al nivel de la de Sadik, para que ella no tuviera que mirarlo alzando los ojos—. Pero me había olvidado de que tienes casi cinco, sabes. La última vez que te vi eras apenas menos que nada. —¿De veras? —El tono era de evidente coquetería. —Sí. Eras así de grande. —Shevek separó las manos, no a mucha distancia. —¿Ya sabía hablar? —Sabías decir uaa y un par de cosas más. —¿Despertaba a todos en el domicilio, como el bebé de Cheben? — inquirió Sadik con una sonrisa ancha, alborozada. —Por supuesto. —¿Y cuándo aprendí a hablar de verdad? —Al año y medio más o menos —dijo Takver—, y no has parado desde entonces. ¿Dónde está el sombrero, Sadikiki? —En la escuela. Odio el sombrero que uso —informó Sadik a Shevek. Caminaron con la niña por las calles ventosas hasta el dormitorio del centro de aprendizaje, y la acompañaron a la antesala. Era un lugar pequeño y también desmantelado, pero lo alegraban las pinturas de los niños y varias miniaturas de bronce que reproducían máquinas, y una multitud de casas de juguete y gente de madera pintada de distintos colores. Sadik se despidió de su madre con un beso, y volviéndose a Shevek alzó los brazos; él se agachó y la niña lo besó formal pero resueltamente. —¡Buenas noches! —dijo. Y entró con la asistente nocturna, bostezando. Oyeron la voz de la niña, y la voz calmosa de la asistente, sosegándola. —Es hermosa, Takver. Hermosa, sana, inteligente. —Está malcriada, me temo. —No, no. Lo has hecho bien, fantásticamente bien... en tiempos como estos... —No fueron tan malos por aquí, no como en el sur —dijo Takver, mirándolo a la cara cuando salieron del dormitorio—. Aquí los niños podían comer. No demasiado bien, pero lo

suficiente. Aquí una comunidad puede cultivar alimentos. Si no hay otra cosa, están los matorrales de holum. Puedes recoger las semillas y molerlas para hacer harina. Aquí nadie pasó hambre. Pero es cierto que he malcriado a Sadik. La amamanté hasta los tres años, claro, ¡por qué no, cuando no había nada bueno para alimentarla! Sin embargo, en la planta de investigación de Rolny no estaban de acuerdo. Pretendían que la dejara en el parvulario todo el día. Decían que yo parecía una propietaria con la niña, y que no ponía todo de mi parte para que la sociedad saliera de la crisis. En realidad, tenían razón. Pero eran tan puritanos. Ninguno de ellos comprendía lo que es sentirse solo. Eran un grupo sin carácter. Pero las mujeres me hostigaban más que los otros porque seguía dando de mamar. Auténticas aprovechadas del cuerpo. Lo soporté, pues allí la comida era buena, y yo probaba buscando algas comestibles, pues algunas veces se obtenía más que una ración normal, aunque en verdad sabían a cola, hasta que al fin encontraron a alguien que se adaptaba mejor. Entonces fui a Nuevo Principio por unas diez décadas. Eso fue en el invierno, hace dos años, esa larga temporada en que el correo no funcionó, cuando las cosas andaban tan mal allí donde estabas. En Nuevo Principio vi este puesto en la lista, y vine. Sadik siguió conmigo en el domicilio hasta este otoño. Todavía la echo de menos. Hay tanto silencio en el cuarto. —¿No hay una compañera de cuarto? —Sherut; es muy buena, pero trabaja en el hospital en el turno de noche. Era tiempo que Sadik se fuera, le hace bien convivir con otros niños. Se estaba volviendo tímida. Lo tomó muy bien, lo de ir allí, con mucho estoicismo. Los niños pequeños son estoicos. Lloran por un simple porrazo, pero las cosas grandes las toman como vienen, no lloriquean como tantos adultos. Siguieron caminando lado a lado.

Habían salido las estrellas otoñales, increíbles en número y en brillantez, titilando y casi parpadeando a causa del polvo levantado por el terremoto y el viento, y el cielo entero parecía temblar, un centelleo de briznas de diamante, un chisporroteo de sol sobre un mar de tinieblas. Bajo aquel esplendor inquieto se recortaban las colinas negras y compactas, los cantos de los tejados, la media luz de los faroles de la calle. —Hace cuatro años —dijo Shevek—. Hace cuatro años que volví a Abbenay, de ese lugar en Levante del Sur... ¿cómo se llamaba?, Saltos Colorados. Era una noche como ésta, con viento, con estrellas. Corrí, corrí todo el trayecto desde la Calle de los Llanos hasta el domicilio. Y no estabais allí, os habíais marchado. ¡Cuatro años! —En el momento en que me fui de Abbenay supe que había sido una locura marcharme. Con hambruna o sin hambruna, tenía que haber rechazado el puesto. —Eso no habría cambiado mucho las cosas. Sabul me estaba esperando para anunciarme que me habían echado del Instituto. —Si yo hubiese estado allí, no te habrías ido a La Polvareda. —Tal vez no, pero tampoco hubiéramos estado juntos. Hubo un tiempo en que parecía que nada podía continuar en pie, ¿no es cierto? Las poblaciones del Sudoeste... no había quedado un solo niño allí. Y todavía no han vuelto. Mandaron a la gente al norte, a regiones donde había comida, o alguna posibilidad de que la hubiera. La gente se quedó allí para atender a las minas y las refinerías. Es un milagro que nos hayamos salvado todos nosotros, ¿no?... Pero maldita sea, ¡me voy a dedicar a mi trabajo por un tiempo, ahora! Takver le tomó el brazo. Shevek se detuvo en seco, como fulminado de golpe por aquel contacto. Ella lo sacudió, sonriendo: —No comiste, ¿no? —No. Oh, Takver, he estado enfermo por ti, ¡enfermo por ti! Se unieron, abrazándose con pasión, en la calle

oscura entre los faroles, bajo las estrellas. Se separaron con igual brusquedad, y Shevek retrocedió hasta recostarse contra la pared más cercana. —Será mejor que coma algo —dijo, y Takver añadió: —¡Sí, o te caerás en la calle! Vamos. Caminaron a lo largo de la calle hasta el comedor, el edificio más grande de Chakar. La hora de la cena había pasado, pero los cocineros estaban comiendo, y pudieron ofrecer al viajero un tazón de caldo y el pan que quisiera. Estaban todos sentados alrededor de la mesa más próxima a la cocina. Las otras mesas ya habían sido preparadas para el desayuno de la mañana. La gran sala era cavernosa, el techo se perdía en las sombras, y el fondo estaba a oscuras excepto allí donde una vasija o un tazón parpadeaban sobre una mesa oscura reflejando la luz. Los cocineros y los ayudantes eran un grupo callado, cansado después de las tareas del día; comían de prisa, sin hablar demasiado ni prestar demasiada atención a Takver y el desconocido. Uno tras otro terminaron de cenar, se levantaron, y llevaron los platos a las artesas de la cocina. Una mujer vieja dijo al levantarse: —No corre prisa, ammari, todavía les queda para una hora de lavado. —Tenía una cara agria, y parecía una mujer dura, poco maternal, poco benévola; pero hablaba con compasión, con la candad de los iguales. No podía hacer nada por ellos, pero dijo «No corre prisa», y los observó un instante con una mirada de amor fraterno. Ellos no podían hacer más por ella, y poco más el uno por el otro. Regresaron al Domicilio Ocho, Habitación 3, y allí el largo deseo fue realizado. Ni siquiera encendieron la lámpara; a los dos les gustaba hacer el amor en la oscuridad. La primera vez todo concluyó cuando Shevek entró en ella; la segunda vez lucharon y gritaron en una furia gozosa, y prolongando el clímax como si dilataran el momento de la muerte; la tercera vez ambos estaban

casi dormidos, y giraron alrededor del centro del placer infinito, el uno alrededor del ser del otro, como planetas que giraran ciegos, silenciosos, en el torrente de la luz del sol, alrededor del centro común de gravedad, meciéndose, girando interminablemente. Takver se despertó al amanecer. Se acodó sobre el lecho y miró más allá de Shevek el rectángulo gris de la ventana, y luego miró a Shevek. Shevek yacía de espaldas, respirando tan apaciblemente que el pecho no se le movía apenas, la cara ligeramente vuelta hacia abajo, remota y grave en la penumbra del alba. Hemos llegado, pensó Takver, desde una gran distancia el uno al otro. Siempre lo hemos hecho. A través de grandes distancias, a través de años, a través de abismos de casualidad. Porque él viene de tan lejos, nada puede separarnos. Nada, ni la distancia, ni los años, puede ser más grande que la distancia que siempre estuvo entre nosotros, la distancia de nuestro sexo, la diferencia de nuestro ser, la de nuestras mentes; esa brecha, ese abismo que salvamos con una mirada, un roce, una palabra, la cosa más simple del mundo. Mira lo lejos que está, dormido. Mira lo lejos que está, lo lejos que está siempre. Pero vuelve, vuelve, vuelve... Takver avisó que dejaba el trabajo del hospital de Chakar, pero se quedó hasta que pudieron reemplazarla en el laboratorio. Cumplía un turno de ocho horas; en el tercer trimestre del año 168 mucha gente continuaba aún en los puestos de emergencia de jornada larga, pues si bien la sequía había terminado en el invierno anterior, la economía no se había recuperado aún. «Jornadas largas y raciones cortas» era todavía el lema de quienes se ocupaban de tareas especializadas, pero ahora la comida era adecuada para el trabajo del día, cosa que no había ocurrido un año atrás y dos años atrás. Shevek no hizo mucho durante un tiempo. No se consideraba enfermo; al cabo de cuatro

años de hambruna todos estaban habituados a los efectos de la escasez y la desnutrición, y los consideraban normales. Tenía la tos del polvo, endémica en las comunidades del desierto del sur, una irritación crónica de los bronquios parecida a la silicosis y otras enfermedades de los mineros, pero también esta tos era inevitable en los parajes en que había vivido. Disfrutaba del hecho de que si no tenía ganas de hacer nada, no había nada que tuviese que hacer. Durante algunos días él y Sherut compartieron el cuarto en las ñoras de luz, durmiendo ambos hasta bien avanzada la tarde; luego Sherut, una mujer plácida de cuarenta años, se mudó a la casa de otra mujer, que trabajaba de noche, y Shevek y Takver tuvieron el cuarto para ellos solos durante las cuatro décadas que aún permanecieron en Chakar. Mientras Takver estaba en el trabajo, Shevek dormía, o paseaba por los campos o por las colinas secas y desnudas en lo alto del poblado. Iba a última hora de la tarde al centro de aprendizaje y observaba a Sadik y a los otros niños en los patios de juego, o participaba con pasión, como suelen hacerlo los adultos, en algún proyecto de los niños: un grupo de desaforados carpinteros de siete años, o un par de topógrafos de doce que tenían problemas con la triangulación. Luego caminaba con Sadik hasta el cuarto; se reunían con Takver cuando ella salía del trabajo e iban juntos a los baños o al comedor. Una o dos horas después de la cena llevaban otra vez a la niña al dormitorio y volvían al domicilio. Los días eran maravillosamente plácidos, al sol del otoño, en el silencio de las colinas. Fue para Shevek un tiempo fuera del tiempo, al margen de la corriente, irreal, duradero, encantado. El y Takver conversaban a veces hasta muy tarde; otras noches se acostaban poco después del anochecer, y dormían nueve horas, diez horas, en el silencio profundo, cristalino de la no-

che montañesa. Shevek había traído equipaje: una caja pequeña y andrajosa de cartón de fibra con su nombre escrito con tinta negra en grandes letras; cuando iban de viaje todos los anarresti llevaban papeles, recuerdos, el par de botas de repuesto en el mismo tipo de caja, canon de fibra de color naranja, rayado y abollado. La de Shevek contenía la camisa nueva que había recogido al pasar por Abbenay, un par de libros y algunos papeles, y un objeto curioso que en reposo y dentro de la caja parecía consistir en una serie de aros planos de alambre y algunas cuentas de vidrio. Lo mostró a Sadik, con cierto misterio, a la segunda noche de estar allí. —Es un collar —dijo la niña con asombro. La gente de las pequeñas ciudades usaba joyas en abundancia. En la sofisticada Abbenay había un sentido más claro de la tensión entre el principio de la no propiedad y el impulso a adornarse, y allí un anillo o un broche eran el límite del buen gusto. Pero en el resto del planeta la relación entre lo estético y lo adquisitivo no preocupaba a nadie; la gente se engalanaba sin ninguna vergüenza. La mayoría de los distritos contaba con un joyero profesional que trabajaba por amor y por la fama, y con talleres artesanales donde cada uno podía satisfacer algún gusto personal con los modestos materiales accesibles: cobre, plata, abalorios, espíneles, y los diamantes rojos y amarillos de Levante del Sur. Sadik no había visto muchas cosas brillantes y delicadas, pero reconoció el collar. —No, mira —le dijo su padre, y con solemnidad y destreza levantó el objeto del hilo que unía los aros. Colgado de la mano de Shevek, el objeto se animó, los aros giraron libremente, describiendo airosas esferas concéntricas, las cuentas de vidrio centellearon a la luz de la lámpara. —¡Oh, hermoso! —dijo la niña—, ¿Qué es? —Se cuelga del techo; ¿hay un clavo aquí? El gancho para el abrigo servirá, hasta

que pueda conseguir un clavo en Suministros. ¿Sabes quién lo hizo, Sadik? —No... Tú lo hiciste. —Ella lo hizo. La madre. Lo hizo ella. —Se volvió a Takver.— Es mi favorito, el que tenía colgado sobre el escritorio. Le di los otros a Bedap. No los iba a dejar allí para la vieja cómo-se-llama, Misia Envidia, del fondo del corredor. —¡Oh... Bunub! ¡Hacía años que no pensaba en ella! —Takver se sacudía de risa. Miraba el móvil como atemorizada. Sadik continuaba observándolo mientras giraba, silencioso, buscando su equilibrio. —Desearía —dijo al cabo, con cautela— poder compartirlo una noche sobre la cama del dormitorio. —Haré uno para ti, alma querida. Todas las noches. —¿De verdad puedes hacerlos, Takver? —Bueno, los hacía. Creo que podría hacerte uno. —Ahora las lágrimas eran visibles en los ojos de Takver. Shevek la abrazó. Los dos estaban todavía impacientes, demasiado tensos. Sadik los observó abrazados un momento con una mirada serena, una mirada tranquila, atenta, y luego se volvió a contemplar el Ocupante del Espacio Deshabitado. Cuando estaban solos, por las noches, hablaban a menudo de Sadik. Takver se preocupaba demasiado por la niña, a falta de otras intimidades, y las ambiciones y angustias maternas le turbaban de algún modo el sentido común. Aquello no era natural para Takver; ni la competencia ni la sobreprotección eran motivos poderosos en la vida de un anarresti. Le alegraba poder confesar esas preocupaciones y librarse de ellas, ahora que la presencia de Shevek se lo permitía. Las primeras noches era ella quien llevaba la mayor parte de la conversación, y él escuchaba como hubiera podido escuchar una música o el rumor del agua, sin intentar responder. No había hablado mucho, desde hacía cuatro años; había perdido el hábito de la conversación. Takver, como siempre hasta ahora, lo sacaba del silencio. Más adelante, era él

el que hablaba más, aunque siempre pendiente de las respuestas de ella. —¿Te acuerdas de Tirin? —le preguntó una noche. Hacía frío; había llegado el invierno, y el cuarto, el más alejado de los hornos del domicilio, nunca se calentaba mucho, ni aun con la llave totalmente abierta. Habían quitado las ropas de cama de las dos plataformas y estaban acurrucados juntos en la más próxima al calefactor. Shevek usaba una camisa viejísima, muy lavada, para abrigarse el pecho, pues le gustaba estar en cama sentado. Takver, sin nada de ropa, se había tapado hasta las orejas. —¿Qué fue de la manta naranja? —dijo. —¡Qué propietaria! La dejé. —¿A Misia Envidia? Qué pena. No soy propietaria. Sólo sentimental. Fue la primera manta que nos abrigó. —No, no fue ésa. Creo que usamos otra manta allá arriba en el Ne Theras. —Si la usamos, no la recuerdo. —Takver rió—. ¿Por quién me preguntaste? —Tirin. —No recuerdo. —Del Regional de Poniente del Norte. Un chico trigueño, de nariz respingonada... —¡Oh, Tirin! Claro. Estaba pensando en Abbenay. —Lo vi, en el Sudeste. —¿Viste a Tirin? ¿Cómo estaba? Shevek no dijo nada durante un momento, pasando un dedo por la trama de la manta. —¿Recuerdas lo que Bedap nos contó? —Que seguían dándole puestos kleggish, y que iba de un lado a otro, y que por último fue a la Isla Segvina, ¿no? Y que luego le perdió la pista. —¿Viste la obra que presentó, la que le creó todos los problemas? —¿En el Festival de Verano, después que tú te fuiste? Oh, sí. No la recuerdo. Hace tanto tiempo. Era tonta. Ingeniosa... Tirin era ingenioso. Pero tonto. Era sobre un urrasti, eso es. Este urrasti se esconde en un tanque hidropónico en el carguero a la Luna, y respira por una pajita, y come las raíces de las plantas. ¡Te dije que era tonta! Y así viaja de contrabando a Anarres. Y entonces va de aquí para allá tratando de comprar cosas en los

depósitos, y de venderle cosas a la gente, y guardando pepitas de oro hasta que lleva tantas encima que no puede moverse. Entonces tiene que quedarse donde está, y construye un palacio, y se llama a sí mismo el Amo de Anarres. Y había una escena muy divertida en la que él y la mujer quieren copular, y ella está abierta de par en par y dispuesta, pero él no puede hacerlo hasta haberle dado primero las pepitas de oro, para pagarle. Y ella no las quiere. Eso era cómico, la mujer tirada en el suelo y agitando las piernas, y él abalanzándose sobre ella, y de pronto saltaba como si lo hubieran mordido, diciendo: «¡No debo! ¡No es moral! ¡No es buen negocio!» ¡Pobre Tirin! Era tan divertido, y tan vital. —¿Él hacía el papel del urrasti? —Sí. Estaba maravilloso. —Me mostró la obra. Varias veces. —¿Dónde te encontraste con él? ¿En Valle Grande? —No, antes, en Codo. Era portero de la fábrica. —¿Él lo había elegido? —No creo que Tir estuviera en condiciones de elegir, en ese entonces... Bedap siempre pensó que lo obligaron a ir a Segvina, que lo forzaron a solicitar terapia. No sé. Cuando lo vi, varios años después de la terapia, era una persona destruida. —¿Piensas que le hicieron algo en Segvina...? —No sé; yo creo que el Hospicio trata en serio de dar refugio y amparo a la gente. Según las publicaciones sindicales, son al menos altruistas. Dudo que llevaran a Tirin a ese extremo. —¿Pero qué lo destruyó, entonces? ¿Sólo no haber encontrado el puesto que quería? —La obra lo destruyó. —¿La obra? ¿El alboroto que armaron esos viejos inmundos? Oh, pero escucha, para que te vuelva loco un sermón moralista de ese tipo, tienes que estar loco antes. Con no hacerles caso... —Tir ya estaba loco. De acuerdo con las pautas de nuestra sociedad. —¿Qué quieres decir? —Bueno, yo creo que Tir es un artista nato. No un artesano... un creador. Un inventor-destructor, de esa especie que

tiene que ponerlo todo patas arriba y luego darlo vuelta del revés. Un escritor satírico, un genio mordaz. —¿Tan buena era la obra? —preguntó Takver ingenuamente, asomando unos centímetros por debajo de las mantas y estudiando el perfil de Shevek. —No, no lo creo. Ha de haber sido graciosa en escena. Al fin y al cabo, no tenía más de veinte años cuando la escribió. La sigue escribiendo todo el tiempo. Nunca ha escrito ninguna otra cosa. —¿Sigue escribiendo la misma obra? —Sigue escribiendo la misma obra. —Uf—dijo Takver con piedad y horror. —Cada dos décadas venía a verme y me la mostraba. Y yo la leía, o hacía como que la leía y trataba de hablar con él de la obra. Él necesitaba desesperadamente hablar de la obra, pero no podía. Tenía demasiado miedo. —¿De qué? No entiendo. —De mí. De todos. Del organismo social, del género humano, de la fraternidad que lo rechazaba. Cuando un hombre se siente solo contra todos, bien puede tener miedo. —¿Quieres decir que sólo porque alguna gente tachó la obra de inmoral y dijo que no podía tener un puesto en la enseñanza, decidió que todo el mundo estaba contra él? ¡Eso es un poco absurdo! —Pero ¿quiénes estaban a favor? —Dap estaba... todos los amigos. —Pero los perdió. Le dieron un destino lejano. —¿Por qué no lo rechazó, entonces? —Escucha, Takver. Yo pensé lo mismo, exactamente. Es lo que decimos siempre. Tú lo dijiste, que hubieras tenido que negarte a ir a Rolny. Yo lo dije ni bien llegué a Codo: soy un hombre libre, ¡no tenía por qué venir aquí!... Siempre lo pensamos, y lo decimos, pero no lo hacemos. Conservamos nuestra capacidad de iniciativa arropada y a salvo en nuestra mente, como en un cuarto en el que podemos entrar y decir: «No tengo la obligación de hacer nada, puedo elegir, soy libre». Y luego salimos de la buhardilla de nuestra mente, y vamos a donde nos manda la CPD, y nos que-

damos allí hasta que nos cambian de destino. —¡Oh, Shev, eso no es cieno! Sólo desde la sequía. Antes no había ni la mitad de todo eso. La gente trabajaba donde quería, y se unía a un sindicato o formaba uno, y luego se empadronaba en la Divtrab. La Divtrab asignaba destinos sobre todo a la gente que prefería estar en el Padrón de Trabajos Generales. Vamos a volver a eso, ahora. —No sé. Tendríamos que volver, desde luego. Pero ya antes de la hambruna las cosas no iban en esa dirección, al contrario. Bedap tenía razón: cada emergencia, cada leva incluso, tiende a incrementar la maquinaria burocrática dentro de la CPD, y le da una suene de rigidez: ésta es la forma en que se hacía, ésta es la forma en que se hace, ésta es la forma en que tiene que hacerse... Hubo mucho de todo eso, antes de la sequía. Cinco años de control riguroso pueden haber estereotipado el sistema de modo permanente. ¡No pongas esa cara de escéptica! Escucha, dime, ¿cuántas personas conoces que se hayan negado a aceptar un destino... aun antes de la hambruna? Takver reflexionó sobre la pregunta. —¿Sin contar los nuchnibi? —No, no. Los nuchnibi son importantes. —Bueno, algunos de los amigos de Dap... ese compositor tan simpático, Salas, y algunos de los parias, también. Cuando yo era pequeña solían pasar por Valle Redondo nuchnibi verdaderos. Sólo que robaban, o así siempre lo pensé. Contaban mentiras y cuentos tan preciosos, y echaban la buenaventura, y todo el mundo estaba contento de verlos y de mantenerlos y alimentarlos mientras se quedaban allí. Pero nunca se quedaban mucho tiempo. Y luego la gente común del pueblo preparaba el equipaje y se marchaba, los chicos generalmente; algunos odiaban el trabajo en los campos, abandonaban sus puestos y se iban. La gente hace eso en todas partes, todo el tiempo. Van de un lado a otro, buscando algo mejor. ¡No llamarás a eso negarse

a aceptar un destino! —¿Por qué no? —¿A dónde quieres llegar? —gruñó Takver, alejándose bajo la manta. —Bueno, a esto. Que nos avergüenza decir que hemos rechazado un destino. Que la conciencia social domina por completo a la conciencia individual. No hay equilibrio. Nosotros no cooperamos, obedecemos. Tememos ser parias, que nos llamen haraganes, inútiles, egotistas. Tememos la opinión del prójimo más de lo que respetamos nuestra propia libertad. Tú no me crees, Tak, pero trata, trata de ponerte del otro lado, sólo con la imaginación, y de ver cómo te sientes. Te das cuenta entonces de lo que es Tirin, y por qué es un náufrago, un alma perdida. ¡Es un criminal! Nosotros hemos creado el crimen, exactamente igual que el propietariado. Expulsamos a un hombre del círculo de nuestra aprobación, y luego lo condenamos por ese mismo motivo. Hemos creado leyes, leyes de comportamiento convencional, hemos levantado muros alrededor de nosotros, y no podemos verlos, pues son parte de nuestro pensamiento. Tir nunca lo hizo. Lo conozco desde que teníamos diez años. El nunca lo hizo, nunca levantó muros. Era un rebelde nato. Era un odoniano nato... ¡un odoniano auténtico! Era un hombre libre, y todos los demás, sus hermanos, lo enloquecimos como castigo por ese primer acto de libertad. —No creo —dijo Takver, arropada en la cama, y a la defensiva— que Tir fuera una persona muy fuerte. —No, era extremadamente vulnerable. Se hizo un largo silencio. —No me extraña que te obsesione —dijo ella—. Su obra. Tu libro. —Pero yo soy más afortunado. Un científico puede afirmar que su obra no es él mismo, que es pura y simplemente la verdad impersonal. Un artista no puede esconderse detrás de la verdad. No puede esconderse en ninguna parte. Takver lo observó de reojo un rato; luego se dio vuelta y se sentó, tironeando la manta alrededor de

los hombros. —¡Brr! Qué frío... Estaba equivocada, verdad que sí, con lo del libro. Lo de permitir que Sabul lo mutilara y lo firmara con su nombre. Parecía correcto. Parecía que era anteponer la obra al autor, el orgullo a la vanidad, la comunidad al ego, todas esas cosas. Pero en realidad no era nada parecido, ¿verdad que no? Era una capitulación. Una rendición al autoritarismo de Sabul. —No sé. Conseguí que lo imprimieran. —¡El fin era bueno, pero el medio malo! Lo pensé mucho tiempo, Shev, en Rolny. Te diré lo que fue un error. Yo estaba embarazada. Las mujeres embarazadas no tienen moral. Sólo la más primitiva, el impulso al sacrificio. ¡Al infierno con él y la asociación, y la verdad, si amenazan al precioso feto! Es un instinto de conservación racial, pero a veces perjudica a otros; es biológico, no social. El hombre puede dar gracias por no tener que caer en las garras de ese instinto. Pero ha de entender que para la mujer no es lo mismo, y estar en guardia. Creo que por eso los antiguos anarquismos consideraban a las mujeres como bienes de propiedad. ¿Por qué lo permitían las mujeres? Porque estaban embarazadas todo el tiempo... ¡porque ya estaban poseídas, esclavizadas! —Está bien, puede ser, pero nuestra sociedad, aquí, es una verdadera comunidad, en todo cuanto encarna las ideas de Odo. ¡Fue una mujer quien hizo la Promesa! ¿Qué estás haciendo... regodeándote con sentimientos de culpa? ¿Revoleándote en el estercolero? —La palabra que empleó no fue «estercolero», pues no había estiércol en Anarres; la frase significaba literalmente «envolviéndote sin cesar en una espesa capa de excremento». La flexibilidad y precisión del právico se prestaba para la creación de metáforas vividas, que los inventores de la lengua no habían previsto. —Bueno, no. ¡Fue maravilloso, tener a Sadik! Pero yo me equivoqué con lo del libro. —Nos equivocamos los dos. Siempre

nos equivocamos juntos. ¿No pensarás en serio que tú lo decidiste por mí? —En ese caso pienso que sí. —No. La verdad es que ninguno de los dos decidió nada. Ninguno eligió. Dejamos que Sabul eligiera por nosotros. Nuestro Sabul interno, internalizado: las convenciones, el moralismo, el miedo al ostracismo social, el miedo a ser distintos, ¡el miedo a la libertad! Bueno, nunca más. Aprendo lentamente, pero aprendo. —¿Qué piensas hacer? —preguntó Takver, con un temblor de esperanzada excitación en la voz. —Ir contigo a Abbenay y allí fundar un sindicato, un sindicato impresor. Editar los Principios, sin cortes. Y todo cuanto queramos. El Bosquejo para una Educación Abierta en las Ciencias de Bedap, que la CPD no quiso publicar. Y la obra de Tirin. Le debo eso. Él me enseñó lo que son las prisiones, y quiénes las construyen. Los que levantan los muros son los prisioneros mismos. Cumpliré la función que me corresponde en el organismo social. Derribaré los muros. —Van a soplar unas cuantas corrientes de aire —dijo Takver, acurrucada entre las mantas. Se apoyó contra Shevek, y él le rodeó los hombros con un brazo—. Espero que sí —dijo. Hacía largo rato que Takver se había dormido esa noche, y Shevek continuaba despierto, las manos debajo de la cabeza, mirando la oscuridad, escuchando el silencio. Pensaba en el largo viaje de regreso desde La Polvareda, recordando las llanuras y espejismos del desierto, el conductor del tren, aquel hombre de cabeza morena y calva y ojos cándidos, que había dicho que uno debe trabajar con el tiempo y no contra él. En esos últimos cuatro años Shevek había aprendido algunas cosas acerca de la voluntad que lo animaba. La frustración de la voluntad le había enseñado a ver la fuerza que había en ella. Ningún imperativo social o ético podía igualársele. Ni siguiera el hambre era capaz de contenerla. Cuanto menos

tenía, más absoluta era la necesidad de ser. Reconocía esa necesidad, en la terminología odoniana, como su «función celular», el concepto analógico que expresaba la individualidad, el trabajo que más conviene a un individuo, y por consiguiente su mejor contribución a la sociedad. Una sociedad sana no sólo permitiría ejercer libremente esa función óptima; la adaptabilidad y la fuerza de un individuo dependían de esas mismas funciones. Esta era una idea fundamental en la Analogía de Odo. Para Shevek, el hecho de que la sociedad odoniana de Anarres no hubiera alcanzado del todo ese ideal, no lo hacía menos responsable; todo lo contrario. Liberados del mito del Estado, la reciprocidad genuina del organismo social y del individuo era evidente. Al individuo se le puede exigir un sacrificio, nunca un compromiso: porque aunque la sociedad dé a todos seguridad y estabilidad, sólo el individuo, la persona, es capaz de una elección ética: la capacidad de cambio, la función esencial de la vida. La sociedad odoniana estaba concebida como una revolución permanente, y una revolución comienza en la mente pensante. Todo esto, en estos mismos términos, lo había visto Shevek porque tenía una conciencia absolutamente odoniana. Por lo tanto estaba seguro ahora de que, en términos odonianos, su voluntad radical e ilimitada de crear se justificaba a sí misma. El sentido de la responsabilidad no lo aislaba de sus semejantes, de la sociedad, como había pensado hasta entonces. Lo comprometía con ellos de un modo absoluto. También sentía que un hombre con este sentido de responsabilidad acerca de algo, estaba obligado a aplicarlo en todas las cosas. Era un error verse a sí mismo como un vehículo y nada más que eso, sacrificar a esa idea cualquier otra obligación. Ese era el espíritu de sacrificio de que había hablado Takver, el que ella había conocido durante el embarazo; lo había

confesado con algo de espanto, de repulsión, pues también ella era odoniana, y no admitía que alguien separase los medios de los fines. Para ella como para él, no había fines. Había procesos: todo era proceso. Uno podía ir en una dirección promisoria o equivocada, pero uno no se ponía en marcha con la esperanza de no detenerse jamás en ninguna parte. Entendidas de esta manera, todas las responsabilidades y compromisos ganaban en sustancia y en duración. Así su compromiso mutuo con Takver, la relación entre ellos, había permanecido enteramente viva durante los cuatro años de ausencia. Los dos habían sufrido, intensamente, pero a ninguno se le hubiera ocurrido sustraerse al sufrimiento negando el compromiso. Porque en última instancia, pensó ahora, acostado al calor del sueño de Takver, era la felicidad lo que ambos buscaban, la plenitud del ser. Al sustraerse al sufrimiento, uno se sustrae también a la felicidad posible. El placer uno puede conseguirlo, o los placeres, pero no le servirá de nada. No sabrá lo que es el retorno al hogar. Takver suspiró levemente en sueños, como si aprobara, y se dio vuelta, persiguiendo algún sueño apacible. La realización, reflexionó Shevek, es una función del tiempo. La búsqueda de placer es circular, repetitiva, atemporal. La variedad que persigue el espectador, el cazador de emociones, el sexualmente promiscuo, siempre concluye en el mismo lugar. Tiene un final. Llega al final y tiene que volver a empezar. No es un viaje y un retorno, sino un ciclo cerrado, un claustro, una celda. Fuera del claustro está el paisaje del tiempo, en el que es posible, con suerte y coraje, construir los frágiles, provisorios e improbables caminos y ciudades de la fidelidad; un paisaje habitable para seres humanos. Ningún acto es verdaderamente humano hasta que ocurre dentro del paisaje del pasado y el futuro. La lealtad, que consolida la continuidad

del pasado y el futuro, unificando el tiempo en una totalidad, es la raíz de la fortaleza humana; no se obtiene ningún bien si se prescinde de ella. Así, recordando los últimos cuatro años, Shevek los vio no como desperdiciados, sino como una parte del edificio que él y Takver estaban construyendo con sus vidas. Lo bueno de trabajar con el tiempo, y no contra él, pensó, es que nunca es tiempo perdido. Hasta el dolor cuenta.

Capítulo 11

Urras

Rodarred, la antigua capital de la Provincia de Avan, era una ciudad puntiaguda: un bosque de pinos, y por encima de las copas de los pinos, un bosque de torres más etéreas. Las calles eran oscuras y estrechas, mohosas, y a menudo veladas por la bruma a la sombra de los árboles. Sólo desde los siete puentes del otro lado del río se alcanzaban a ver las cúpulas de las torres. Algunas teníian centenares de pies de altura, otras parecían brotes raquíticos, como casas comunes desgargoladas. Algunas eran de piedra, otras de porcelana, mosaico, láminas de vidrio de color, revestidas de cobre, estaño, oro, ornamentadas de manera inverosímil, sutiles, rutilantes. En aquellas calles alucinatorias y encantadoras estaba instalado, y desde hacía trescientos años, el Consejo Urrasti de Gobiernos Mundiales. Numerosas embajadas y consulados ante el CGM y ante el gobierno de A-Io también se apiñaban en Rodarred, a sólo una hora de viaje desde Nio Esseia, la sede del gobierno nacional. La Embajada Terrana ante el CGM estaba alojada en el

Castillo de la Ribera, un edificio agazapado entre el camino de Nio y el río, y que proyectaba hacia arriba una sola torre achaparrada, de tejado cuadrangular y troneras laterales, semejantes a ojos entornados. Los muros habían soportado durante cuatrocientos años los embates de las armas y los vientos. Los árboles se amontonaban, oscuros, del lado de la orilla, y tendido entre ellos un puente levadizo cruzaba un foso. El puente levadizo estaba bajo, y los portones abiertos. El foso, el río, la hierba verde, los muros ennegrecidos, la bandera que flameaba en lo alto de la torre, todo centelleó brumosamente cuando el sol irrumpió entre la neblina que flotaba sobre el río, y las campanas de todas las torres de Rodarred tañeron en la larga, aberrante y armoniosa tarea de dar las siete. Detrás del muy moderno escritorio en la sala de recepción del castillo, un funcionario estaba ocupado en un tremendo bostezo. —No abrimos hasta las ocho —dijo con voz hueca. —Quiero ver al Embajador. —El Embajador está tomando el desayuno. Tendrá que concertar una entrevista. —El empleado se frotó los ojos acuosos y por primera vez vio con claridad al visitante. Lo miró perplejo, movió varias veces la mandíbula, y dijo—: ¿Quién es usted? ¿Dónde...? ¿Qué desea? —Quiero ver al Embajador. —Un momento —dijo el empleado en el más puro acento iótico, sin dejar de mirarlo, y estiró la mano hacia un teléfono. Un automóvil se había detenido a la entrada del puente levadizo, en la puerta de la embajada, y varios hombres se apeaban ahora, los galones metálicos de las chaquetas negras resplandecientes a la luz del sol. Otros dos nombres acababan de entrar en el vestíbulo desde el cuerpo principal del edificio, conversando: hombres de aspecto extraño, vestidos con ropas extrañas. Shevek se movió de prisa alrededor del escritorio, hacía ellos, tratando de correr. —¡Ayúdenme! —di-

jo. Los hombres lo miraron, alarmados. Uno retrocedió, arrugando el ceño. El otro miró más allá de Shevek hacia el grupo uniformado que acababa de entrar en la embajada. —Aquí dentro —dijo con frialdad, tomó el brazo de Shevek y se encerró con él en una pequeña oficina lateral, con dos pasos y un movimiento de la mano, tan preciso como un bailarín—. ¿ Qué pasa? ¿ Es usted de Nio Esseia? —Quiero ver al Embajador. —¿Es usted uno de los huelguistas? —Shevek. Mi nombre es Shevek. De Anarres. Los ojos del extraño relampaguearon, brillantes, inteligentes, en la cara de color negro azabache. —¡Mi dios! —dijo el terrano en un murmullo, y en seguida en iótico—: ¿Está usted pidiendo asilo? —No sé. Yo... —Venga conmigo, doctor Shevek. Lo llevaré a un lugar donde podrá sentarse. Hubo salones, escalinatas, la mano del hombre negro en el brazo de Shevek. Alguien trató de sacarle el gabán. Shevek se defendió, temiendo que le buscasen la libreta de notas en el bolsillo de la camisa. Alguien habló con tono autoritario en una lengua extranjera. Otra voz le dijo: —Cálmese. Trata de averiguar si está usted herido. Tiene el gabán ensangrentado. —Otro hombre —dijo Shevek—. La sangre de otro hombre. Logró incorporarse, aunque la cabeza le daba vueltas. Estaba sobre un diván, en una habitación espaciosa, soleada; aparentemente se había desmayado. Un par de hombres y una mujer lo observaban de cerca. Los miró sin comprender. —Está usted en la Embajada de Terra, doctor Shevek, en suelo terrano. Perfectamente a salvo. Puede quedarse todo el tiempo que quiera. La tez de la mujer era pardo-amarillenta, como tierra ferruginosa, y completamente lampiña, excepto en el cráneo. Las facciones eran extrañas e infantiles, la boca pequeña, la nariz de puente bajo, los ojos de párpados pesados y alargados, las mejillas y la barbilla redondeadas, con almohadillas de gra-

sa. Toda la figura era redondeada, flexible, infantil. —Aquí está a salvo —repitió ella. Él trató de hablar, pero no pudo. Uno de los hombres le puso una mano en el pecho empujándolo con gentileza, diciendo: —Acuéstese, acuéstese. Shevek volvió a acostarse, pero murmuró: —Quiero ver al Embajador. —Yo soy el Embajador. Mi nombre es Keng. Nos alegra que haya acudido a nosotros. Aquí está seguro. Descanse ahora, por favor, doctor Shevek, más tarde hablaremos. No hay ninguna prisa. —La voz tenía una calidad extraña, cadenciosa, pero era grave y aterciopelada, como la voz de Takver. —Takver —dijo Shevek en su propio idioma—, no sé qué hacer. Ella dijo: —Duerma —y él se durmió. Después de dos días de sueño y otros dos de comidas, vestido otra vez con el traje iótico gris, que le habían lavado y planchado, lo llevaron al salón privado de la Embajadora, en el tercer piso de la torre. La Embajadora no se inclinó ante él ni le estrechó la mano; unió las suyas juntando las palmas delante del pecho, y sonrió. —Me alegra que se sienta mejor, doctor Shevek. No, tendría que decir Shevek simplemente, ¿es así? Por favor, siéntese. Lamento tener que hablarle en iótico, una lengua extraña para los dos. No conozco el idioma de usted. Me han dicho que es muy interesante, el único idioma inventado racionalmente que se ha convertido en la lengua de un gran pueblo. Shevek se sentía grande, pesado, peludo, al lado de aquella mujer extraña y frágil. Se sentó en uno de los sillones profundos y mullidos. Keng también se sentó, pero hizo una mueca. —Tengo la espalda enferma —dijo— de tanto sentarme en estos sillones confortables. —Y Shevek advirtió entonces que no era una mujer de treinta años o menos, como había pensado, sino que tenía sesenta o más; la piel tersa y el cuerpo de niña lo habían engañado—. En mi tierra —prosiguió ella— nos sentamos

casi siempre en el suelo, sobre cojines. Pero si aquí hiciera eso, tendría que levantar la cabeza todavía más para mirar a todos. ¡Son tan altos ustedes, los cetianos...! Tenemos un pequeño problema. Es decir, no lo tenemos nosotros en realidad, pero sí lo tiene el gobierno de AIo. Los amigos de usted en Anarres, los que están en comunicación radial con Urras, ya sabe, han estado queriendo hablar con usted muy urgentemente. Y el gobierno ioti se encuentra en un aprieto. —Sonrió, una sonrisa de pura diversión—. No sabe qué decir. Era una mujer serena. Tenía la serenidad de una piedra desgastada por el agua, y mirándola Shevek se sintió más sereno. Se reclinó en el sillón y dejó pasar mucho tiempo antes de responder. —¿Sabe el gobierno ioti que estoy aquí? —Bueno, no oficialmente. Nosotros no hemos dicho nada, y ellos no han preguntado. Pero tenemos aquí, trabajando en la embajada, varios empleados y secretarios ioti. Así que, por supuesto, lo saben. —¿Es peligroso para ustedes... que yo esté aquí? —Oh, no. Somos la Embajada de Terra ante el Consejo de Gobiernos Mundiales, no ante la nación de A-Io. Nada prohíbe que esté aquí, y el Consejo se lo recordará a A-Io. Y como dije antes, este castillo es suelo terrano. —La mujer sonrió otra vez; la cara tersa se le plegó en arrugas diminutas, y se volvió a desplegar—. ¡Una encantadora fantasía de los diplomáticos! Este castillo a once años luz de mi Tierra, esta habitación en una torre de Rodarred, en A-Io, en el planeta Urras del sol Tau Ceti, es suelo terrano. —Entonces puede decirles que estoy aquí. —Bueno. Eso simplificaría el problema. Quería el consentimiento de usted. —¿No había... no había ningún mensaje para mí, de Anarres? —No sé. No pregunté. No tuve en cuenta el punto de vista de usted. Si está preocupado por algo, podemos comunicarnos con Anarres. Conocemos la longitud de onda

que ellos utilizan, por supuesto, pero no nos la ofrecieron y nunca la hemos utilizado. Nos pareció mejor no presionar. Pero podemos procurarle fácilmente una conversación. —¿Tienen un transmisor? —Haríamos la retransmisión por medio de nuestra nave, la nave hainiana que está en órbita alrededor de Urras. Hai y Terra trabajan juntos, sabe. El Embajador hainiano sabe que usted está con nosotros; la única persona a quien informamos oficialmente. Por lo tanto puede usted disponer de la radio. Shevek le agradeció, con la simplicidad de alguien que no busca por detrás del ofrecimiento el motivo del ofrecimiento. Ella lo estudió un rato, los ojos sagaces, directos, tranquilos. —Oí la arenga —dijo. Él la miró como desde lejos. —¿Arenga? —Cuando habló en la gran manifestación de la Plaza del Capitolio. Hace una semana. Siempre escuchamos la radio clandestina, las transmisiones de los Trabajadores Socialistas y de los Libertarios. Transmitieron la manifestación, por supuesto. Le oí hablar. Me conmovió profundamente. De pronto hubo un ruido, un ruido extraño, y se oyeron los gritos de la multitud. No dieron explicaciones. Sólo el griterío. Luego la radio desapareció del aire, súbitamente. Fue terrible escucharlo, terrible. Y usted estaba ahí. ¿Cómo escapó? ¿Cómo hizo para salir de la ciudad? La Ciudad Vieja sigue vigilada; hay tres regimientos del ejército en Nio; arrestan huelguistas y sospechosos por docenas y centenares cada día. ¿Cómo llegó aquí? Él sonrió débilmente. —En un taxi. —¿A través de todos los puestos de vigilancia? ¿Y con un gabán ensangrentado? Y todo el mundo sabe cómo es usted. —Iba debajo del asiento trasero. Era un taxi secuestrado, ¿es ésa la palabra? Un riesgo que cierta gente corrió por mí. —Shevek se miró las manos, cruzadas sobre el regazo. Parecía muy tranquilo y hablaba con tranquilidad, pero había en él una tensión, una ansiedad, que le

asomaba a los ojos y le torcía las comisuras de la boca. Reflexionó un momento, y prosiguió en el mismo tono desinteresado—: Tuve suene, al principio. Cuando salí del escondite, tuve suerte de que no me arrestaran en seguida. Pero entré en la Ciudad Vieja, y desde entonces no fue sólo suerte. Ellos decidieron por mí dónde podía ir, planearon cómo traerme, corrieron riesgos. —Shevek dijo una palabra en su propio idioma, y luego la tradujo—: Solidaridad...

—Es muy extraño —dijo la Embajadora de Terra—. No sé casi nada del mundo de usted, Shevek. Solo lo que dicen los urrasti, pues ustedes no nos permiten ir allí. Sé, desde luego, que el planeta es desolado y estéril, y cómo se fundó la colonia; un experimento de comunismo no autoritario, que comenzó ciento setenta años atrás. He leído algunos de los escritos de Odo, no mucho. Pensaba que no importaban demasiado para las cosas que ocurren añora en Urras; un asunto remoto, un experimento interesante. Pero me equivocaba, ¿verdad? Importan mucho. Quizás Anarres sea la clave de Urras... Los revolucionarios de Nio, proceden de esa misma tradición. No se levantaron en huelga sólo por salarios mejores o en protesta por el reclutamiento. No son simples socialistas, son anarquistas; se levantaron en huelga contra el poder. Usted lo vio, la magnitud de la manifestación, el fervor del sentimiento popular, y la reacción de pánico en el gobierno, todo parecía casi incomprensible. ¿Por qué tanta conmoción? El gobierno de aquí no es despótico. Los ricos son sin duda muy ricos, pero los pobres no son tan terriblemente pobres. No están esclavizados ni pasan hambre. ¿Por qué no están contentos a pesar del pan y los discursos? ¿Por qué son tan susceptibles?... Ahora empiezo a entender por qué. Pero lo que todavía sigue siendo inexplicable es que el gobierno, sabiendo que esta tradición libertaria estaba viva aún, conociendo

el descontento en las ciudades industriales, lo haya traído a A-Io. ¡Como acercar la cerilla al polvorín! —Yo no tenía que estar cerca del polvorín. Tenía que mantenerme alejado del populacho, vivir entre los eruditos y los ricos. No ver a los pobres. No ver nada feo. Tenía que vivir en un estuche entre algodones, y el estuche dentro de una caja envuelta en una lámina de plástico, como todas las cosas aquí. Tenía que ser feliz y nacer mi trabajo, el trabajo que no podía hacer en Anarres. Y cuando lo terminase, tenía que dárselo a ellos, para que pudieran amenazarlos a ustedes. —¿Amenazarnos a nosotros? ¿A Terra, quiere decir, y a Hain, y a las otras potencias interestelares? ¿Amenazarnos con qué? —Con la anulación del espacio. Ella guardó silencio un momento. —¿Es eso lo que usted hace? —preguntó con su voz mansa, divertida. —No. ¡No es lo que yo hago! En primer lugar, no soy un inventor, un ingeniero. Soy un teórico. Lo que ellos quieren de mí es una teoría. Una Teoría del Campo General en la física del tiempo. ¿Sabe usted lo que es eso? —Shevek, la física cetiana, la Ciencia Noble como ustedes la llaman, está fuera de mi alcance. No he estudiado matemáticas, ni física, ni filosofía, y al parecer lo que usted hace es todo eso, y cosmología, y otras cosas más. Pero sé lo que usted quiere decir cuando habla de la Teoría de la Simultaneidad, así como sé qué se entiende por Teoría de la Relatividad; es decir, sé que esa teoría de la relatividad llevó a algunos resultados prácticos importantes; deduzco que la física temporal de ustedes haría posibles nuevas tecnologías. Shevek asintió con un ademán. —Lo que ellos quieren —dijo— es la transferencia instantánea de materia. La transimultaneidad. El viaje por el espacio, entiende, sin la travesía del espacio, sin tiempo. Quizá todavía la consigan, aunque no a partir de mis ecuaciones, creo. Pero nada les impe-

diría construir el ansible, con mis ecuaciones, si así lo desearan. Los hombres no pueden saltar a través de grandes abismos, pero sí las ideas. —¿Qué es el ansible, Shevek? —Una idea. —Shevek sonrió sin mucho humor.— Un aparato que permitiría la comunicación sin lapsos intermedios entre dos puntos del espacio. El aparato no transmitiría mensajes, por supuesto; la simultaneidad es idéntica. Pero para nuestras percepciones, esa simultaneidad funcionaría como una transmisión, una llamada. Por lo tanto podríamos utilizarlo para hablar entre los mundos, sin necesidad de ese intervalo entre el mensaje y la respuesta que es inevitable en el caso de impulsos electromagnéticos. En realidad se trata de algo muy simple. Como una especie de teléfono. Keng se echó a reír. —¡La simplicidad de los físicos! ¿Así que yo podría levantar el... ansible... y hablar con mi hijo en Deini? Y con mi nieta, que tenía cinco años cuando partí, y que vivió once años mientras yo viajaba de Terra a Urras a una velocidad cercana a la de la luz. Y podría enterarme de lo que está sucediendo en casa ahora, no once años atrás. Y sería posible tomar decisiones en común y llegar a acuerdos, y compartir conocimientos. Y hablaría con los diplomáticos de Chiffewar, usted hablaría con los físicos de Hain, las ideas no tardarían una generación en llegar de un mundo a otro... Sabe, Shevek, yo creo que esa cosa de usted, tan simple, podría cambiar la vida de todos los miles de millones que habitan los Mundos Conocidos. Shevek asintió en silencio. —Haría posible la existencia de una liga de mundos —continuó ella—. Una federación. Hemos estado distanciados por los años, los decenios que separan las partidas de las llegadas, las preguntas de las respuestas. ¡Es como si usted hubiera inventado el lenguaje! ¡Podremos hablar... al fin podremos hablar unos con otros! —¿Y qué dirán? El tono áspero

de Shevek sorprendió a Keng. Lo miró y no dijo nada. El se inclinó hacia adelante en su silla y se restregó la frente con angustia. —Mire —dijo—, necesito explicarle por qué he acudido a usted, y también por qué he venido a este mundo. Vine por la idea. Por la idea misma. A aprender, a enseñar, a compartir la idea. En Anarres, usted lo sabe, nos hemos aislado del mundo. No hablamos con otra gente, con el resto de la humanidad. Allí yo no podía terminar mi trabajo. Y si lo hubiese terminado, ellos no lo habrían querido, no le veían ninguna utilidad. Por eso vine aquí. Aquí está lo que yo necesito: la conversación, las ideas compartidas, un experimento en el Laboratorio de la Luz que prueba algo que parecía indemostrable, un libro de Teoría de la Relatividad que proviene de un mundo extraño, el estímulo que yo necesito. Y he terminado el trabajo, por fin. Todavía no está escrito, pero tengo las ecuaciones y el razonamiento. Sin embargo, las ideas de mi cabeza no son las únicas que me importan. Mi sociedad también es una idea. Yo fui hecho por ella. Una idea de libertad, de cambio, de solidaridad humana, una idea importante. Y aunque fui muy estúpido, veo al fin que al perseguir una idea, la física, estoy traicionando a la otra. Estoy permitiendo que el propietariado compre la verdad. —¿Qué otra cosa podía hacer, Shevek? —¿No hay otra alternativa que la de vender? ¿No hay nada que se pueda llamar regalo? —Sí... —¿No comprende usted que lo que quiero es regalar mi idea, regalársela a ustedes, y a Hain y a los otros mundos, y a los países de Urras? ¡Pero a todos ustedes! Y que ninguno la utilice, como pretende A-Io, para dominar a los otros, para enriquecerse o ganar más guerras. Que la verdad no sirva para beneficio de unos pocos, sino tan sólo para el bien común. —En última instancia, la verdad suele empeñarse en servir sólo al bien común —dijo Keng. —En

última instancia, sí, pero no estoy dispuesto a esperar el final. Sólo tengo una vida, y no la derrocharé por la codicia, el lucro y las mentiras. No serviré a ningún amo. Ahora la calma de Keng era mucho más forzada, mucho más deliberada que al principio de la conversación. La fuerza de la personalidad de Shevek, esa fuerza que no frenaba ahora ninguna timidez, ninguna cautela, era formidable. La conmovía profundamente, y lo miraba con compasión, y hasta con algo de miedo. —¿Cómo es? —dijo—, ¿cómo puede ser, esa sociedad que lo hizo a usted? Le oí hablar de Anarres, en la Plaza, y lloré al escucharlo, pero en realidad no le creí. Los hombres siempre hablan así del terruño, de la patria lejana... Pero usted no es como los demás hombres. Hay cierta diferencia en usted. —La diferencia de la idea —dijo él—. Por esa idea he venido aquí. Por Anarres. Ya que mi pueblo se negaba a mirar hacia afuera, pensé que podía conseguir que otros nos mirasen. Pensé que sería mejor no mantenernos aislados detrás de un muro, sino ser una sociedad entre las otras, un mundo entre otros mundos, dando y recibiendo. En eso me equivocaba... estaba profundamente equivocado. —¿Porqué? Seguramente... —¡Porque no hay nada, nada en Urras que nosotros los anarresti necesitemos! Nos fuimos con las manos vacías, hace ciento setenta y cinco años, e hicimos bien. No llevamos nada. Porque no hay nada aquí, nada más que los Estados y sus armas, los ricos y sus mentiras, y los pobres y su miseria. No hay modo de actuar honestamente, con el corazón limpio, en Urras. No hay nada que uno pueda hacer en que no intervenga el lucro, y el miedo de perder, y el ansia de poder. No es posible darle a alguien los «buenos días» sin tener presente cuál de los dos, usted o el otro, es el «superior», o tratar de demostrarlo. No puede actuar como un hermano con la gente, tiene que

manipularlos, o mandarlos, obedecerles, o engañarlos. No puede tocar a otra persona, pero sin embargo no lo dejan solo. No hay libertad. Es una caja... Urras es una caja, un paquete guardado en un hermoso envoltorio de cielo azul y prados y bosques y grandes ciudades. Y usted abre la caja, ¿y qué hay dentro? Un sótano negro lleno de polvo, y un hombre muerto. Un hombre a quien le ametrallaron la mano porque la tendía a los otros. He estado en el Infierno por fin. Desar tenía razón; es Urras; el Infierno es Urras. A pesar del tono apasionado, Shevek hablaba con sencillez, con una especie de humildad, y una vez más la Embajadora de Terra lo observaba con una extrañeza a la vez simpática y cautelosa, como si no supiera de qué modo interpretar aquella sencillez. —Los dos somos extraños aquí, Shevek —dijo al fin—. Yo de un lugar mucho más lejano en el espacio y en el tiempo. Sin embargo empiezo a pensar que soy mucho menos extraña a Urras que usted... Déjeme que le diga qué me parece este mundo. Para mí, y para todos mis semejantes terranos que han visto este planeta, Urras es el más benévolo, el más variado, el más hermoso de todos los mundos habitados. Es el mundo que se parece más que ningún otro al Paraíso. Ella lo miró con ojos serenos sagaces; él no respondió. —Sé que está plagado de males, de injusticia, de codicia, de locura, de derroche. Pero también está colmado de bendiciones, de belleza, de vitalidad, de triunfos. ¡Es como un mundo tendría que ser! Está vivo, tremendamente vivo... vivo, a pesar de todos esos males, y con esperanza. ¿No es cierto? Shevek asintió con un movimiento de cabeza. —Ahora, usted, hombre de un mundo que ni siquiera alcanzo a imaginar, usted que ve mi Paraíso como Infierno, ¿quiere que le diga cómo es el mundo mío? Él la miró en silencio, con ojos claros y firmes. —Mi mundo, mi Tierra, es una ruina. Un pla-

neta arruinado por la especie humana. Nos multiplicamos y nos devoramos unos a otros y peleamos hasta que no quedó nada en pie y entonces perecimos. No dominábamos ni nuestros apetitos ni nuestra violencia; no nos adaptamos. Nos destruimos a nosotros mismos. Pero primero destruimos el mundo. Ya no quedan bosques en mi tierra. El aire es gris, el cielo es gris, siempre hace calor. Es habitable, todavía es habitable, pero no como este mundo. Este es un mundo vivo, una armonía. El mío es una discordia. Ustedes los odonianos eligieron un desierto; nosotros los terranos hicimos un desierto... Y allá sobrevivimos, como sobreviven ustedes. ¡Es dura la gente! Ahora somos casi medio billón. En un tiempo fuimos nueve billones. Todavía se pueden ver por doquier las antiguas ciudades. Los huesos y los ladrillos se convierten en polvo, pero las pequeñas panículas de material plástico nunca se pulverizan; tampoco ellas se adaptan. Fracasamos como especie, como especie social. Ahora estamos aquí, tratando como iguales con otras sociedades humanas de otros mundos, sólo gracias a la caridad de los hainianos. Llegaron, nos ayudaron. Ellos construyeron naves y nos las dieron, para que pudiéramos abandonar nuestro mundo en ruinas. Nos tratan con gentileza, con caridad, como el hombre sano trata al enfermo. Son gente muy extraña, los hainianos; más antiguos que cualquiera de nosotros, infinitamente generosos. Son altruistas. Impulsados por una culpa que nosotros ni siquiera comprendemos, pese a todos nuestros crímenes. Lo que los impulsa en todo cuanto hacen, creo, es el pasado, ese pasado infinito que tienen. Bueno, hemos salvado cuanto podía salvarse, y hemos organizado una especie de vida entre las ruinas, en Terra, del único modo posible: por la centralización total. Una vigilancia absoluta de cada acre de terreno, cada resto de metal, cada onza de com-

bustible. Racionamiento total, control de la natalidad, eutanasia, conscripción universal de las fuerzas del trabajo. La recimentación absoluta de cada vida, y la supervivencia racial como meta. Habíamos conseguido todo eso, cuando llegaron los hainianos. Nos llevaron... un poco más de esperanza. No mucha. Hemos sobrevivido. .. Sólo podemos mirar de afuera este mundo espléndido, esta sociedad vital, Urras, este Paraíso. Sólo somos capaces de admirarlo, tal vez con algo de envidia. No mucho. —Entonces Anarres, la Anarres de que usted me oyó hablar... ¿qué significaría para usted, Keng? —Nada, Shevek. Perdimos la posibilidad de nuestro propio Anarres siglos atrás, antes que Anarres naciera. Shevek se levantó y se acercó a la ventana, una de las troneras largas, horizontales de la torre. Había un nicho en el muro debajo de la ventana; un arquero hubiera podido encaramarse allí y espiar hacia abajo, y apuntar a los asaltantes en la puerta; si uno no subía ese peldaño, no veía nada, sólo el cielo bañado por el sol, ligeramente brumoso. Shevek se detuvo al pie de la ventana, mirando hacia afuera, los ojos llenos de luz. —Ustedes no comprenden lo que es el tiempo —dijo—. Dicen que el pasado se ha ido para siempre, que el futuro no es real, que no hay cambio, que no hay esperanza. Piensan que Anarres es un futuro inalcanzable, así como es inmutable el pasado. Y entonces no les queda más que el presente, ese Urras, el presente rico, real, estable, el momento, el ahora. ¡Y se les ocurre que esto puede poseerse! Lo envidian de algún modo. Piensan que les gustaría tener algo parecido. Pero no es real, ¿entiende? No es estable, no es sólido... nada lo es. Las cosas cambian, cambian... Nadie puede tener nada. Y menos que nada el presente, a menos que se lo acepte junto con el pasado y el futuro. No sólo el pasado, sino también el futuro. ¡No sólo el futuro sino también el pasado!

Porque ellos sí son reales: sólo esa realidad hace real el presente. Ustedes no tendrán y ni siquiera comprenderán a Urras a menos que acepten la realidad, la realidad perdurable, de Anarres. Usted tiene razón, nosotros somos la clave. Pero cuando usted lo dijo, no lo creía de verdad. Usted no cree en Anarres. Usted no cree en mí, aunque estoy aquí con usted, en esta sala, en este momento... Mi pueblo tenía razón, y era yo el que estaba equivocado, en esto: nosotros no podemos ir hacia ustedes, pues no lo permitirían. No creen en el cambio, en el azar, en la evolución. Nos destruirían antes que admitir nuestra realidad, ¡antes que admitir que hay alguna esperanza! No podemos ir hacia ustedes. Sólo podemos esperar que ustedes vengan a nosotros. Keng escuchaba, inmóvil, con una expresión entre asombrada y pensativa, y quizá ligeramente confundida. —No entiendo... No entiendo —dijo al fin—. Usted es como alguien de nuestro propio pasado, los idealistas de antaño, los visionarios de la libertad; y sin embargo no lo entiendo; es como si usted tratara de contarme cosas del futuro; y sin embargo, como usted dice, usted está aquí, ¡ahora!... —Keng parecía tan perspicaz como siempre. Dijo al cabo de un momento—: ¿Entonces por qué ha venido usted a mí, Shevek? —Oh, para darle la idea. Mi teoría, usted sabe. Para que no pase a ser una propiedad de los ioti, una inversión o un arma. Si está dispuesta, lo más sencillo sería transmitir las ecuaciones, mostrarlas a los físicos de todo este mundo, y a los hainianos y a los otros mundos, lo más pronto posible. ¿Estaría dispuesta? —Más que dispuesta. —Se reducirá a unas pocas páginas. Las pruebas y algunas de las implicaciones llevarían más tiempo, pero eso lo dejaremos para más adelante, y otra gente podrá trabajar en esas ecuaciones si yo no pudiera. —¿Pero qué hará luego? ¿Quiere volver a Nio? La ciudad está en calma ahora,

parece; la insurrección ha sido dominada, al menos por el momento; pero temo que el gobierno ioti lo considere a usted un rebelde. Está Thu, desde luego... —No. No quiero quedarme aquí. ¡No soy altruista! Si usted me ayudara también en esto, podría volver a mi mundo. Hasta es posible que los ioti estén dispuestos a mandarme a casa. Sería coherente, pienso: hacerme desaparecer, negar mi existencia. Naturalmente, podrían considerar que hay otro método, más sencillo: matarme o encerrarme para siempre en la cárcel. Pero todavía no quiero morir, y menos morir aquí, en el Infierno. ¿A dónde va el alma cuando uno muere en el Infierno? —Se echó a reír: había recuperado todas sus buenas maneras—. Pero si usted me mandara de vuelta a casa, creo que ellos se sentirían aliviados. Un anarquista muerto se convierte pronto en mártir, sabe usted, y sigue viviendo durante siglos. Pero los ausentes pueden ser olvidados. —Yo creía saber lo que era el «realismo» —dijo Keng. Sonreía, pero no era una sonrisa natural. —¿Cómo puede saberlo, si no conoce la esperanza? —No nos juzgue con demasiada dureza, Shevek. —No los juzgo. Sólo les pido ayuda, y no tengo nada que dar a cambio. —¿Nada? ¿Llama nada a la teoría? —Póngala en la balanza con la libertad de un solo hombre —dijo Shevek, volviéndose hacia ella—, ¿cuál pesará más? ¿Usted lo sabe? Yo no.

Capítulo 12

Anarres

—Deseo presentar un proyecto —dijo Bedap— en nombre del Sindicato de Iniciativas. Como sabéis, estamos en contacto radial con Urras desde hace ya unas veinte décadas... —¡En contra de las recomendaciones del Consejo, y de la Federación de la Defensa, y del voto mayoritario de la-Lista! —Sí —dijo Bedap mirando de arriba abajo al que había hablado pero sin impugnar la interrupción. No había normas cíe procedimiento en las reuniones de la CPD. Algunas veces las interrupciones eran más frecuentes que las mociones. Comparar aquellas asambleas con una conferencia ejecutiva bien organizada era como comparar una loncha de carne cruda con el diagrama de un dispositivo electrónico. Aunque la carne cruda funciona mejor que cualquier dispositivo electrónico en el lugar que le corresponde: el cuerpo de un animal vivo. Bedap conocía a todos los que se le oponían en el Consejo de Importación y Exportación; hacía tres años que iba a las reuniones y discutía con ellos. Este opositor era nuevo, un hombre joven,

sin duda uno de los elegidos por sorteo para integrar la CPD. Bedap lo examinó con una mirada indulgente y prosiguió: —No resucitemos las viejas discusiones, ¿eh? Propongo una nueva. Hemos recibido un mensaje interesante de un grupo en Urras. Vino por la longitud de onda que usan nuestros contactos ioti, pero no llegó en las horas programadas, era una señal débil. Parece que la enviaron desde un país llamado Benbili, no desde A-Io. El grupo se llama a sí mismo «La Sociedad Odoniana». Se trata al parecer de odonianos posteriores a la Emigración, que sobreviven de alguna manera al margen de las leyes y los gobiernos de Urras. El mensaje venía dirigido a «los hermanos de Anarres». Podéis leerlo en el boletín del Sindicato, es interesante. Preguntan si podríamos permitirles que mandaran gente aquí. —¿Mandar gente aquí? ¿Dejar que vengan aquí los urrasti? ¿Espías? —No, como inmigrantes. —¿Quieren que se abra la inmigración, es eso, Bedap? —Dicen que el gobierno los persigue, y tienen la esperanza... —¿De que se reabra la inmigración? ¿A cualquier aprovechado que se llame a sí mismo odoniano? Sería difícil describir un debate administrativo anarresti; era un proceso que se desarrollaba muy rápidamente, varias personas hablaban a menudo a la vez, pero sin largos parlamentos, matizados por frecuentes sarcasmos, y dejando muchas cosas sin decir; prevalecía el tono emocional, y a menudo intensamente personal; se llegaba a un fin, pero a ninguna conclusión. Era como una discusión entre hermanos, o entre los pensamientos de una mente indecisa. —Si permitimos que esos supuestos odonianos vengan aquí, ¿cómo se proponen llegar? La que había hablado era la adversaria que Bedap más temía, una mujer fría e inteligente llamada Rulag. Durante todo el año no había tenido una enemiga más sutil en el Consejo. Bedap miró de

reojo a Shevek, que asistía al Consejo por primera vez, tratando de llamarle la atención. Alguien le había dicho a Bedap que Rulag era ingeniera, y había encontrado en ella la claridad y el pragmatismo mentales del ingeniero, sumados al odio del mecánico por las irregularidades y complejidades. Se oponía a cada una de las mociones del Sindicato de Iniciativas, y hasta le negaba el derecho de existir. Los argumentos eran buenos, y Bedap la respetaba. A veces, cuando ella hablaba de la fuerza de Urras, y del peligro de negociar con los fuertes desde una posición de debilidad, Bedap le creía. Porque había momentos en que Bedap se preguntaba interiormente si él y Shevek, cuando se reunían en el invierno del 68 a discutir la posibilidad de que un científico frustrado imprimiese él mismo sus trabajos y se los comunicara a los físicos de Urras, no habrían puesto en marcha una cadena de acontecimientos que ya nadie podía dominar. Cuando al fin se comunicaron por radio, los urrasti se habían mostrado más ansiosos de lo que ellos esperaban: querían hablar, intercambiar información. En uno y otro mundo se prestaba a los odonianos una atención excesiva y para ellos incómoda. Cuando el enemigo te abraza con entusiasmo y tus conciudadanos te rechazan con encono, es difícil que no te preguntes si no eres, en realidad, un traidor. —Supongo que llegarían en uno de los cargueros —replicó—. Como buenos odonianos, viajarán con quien acepte traerlos. Si el gobierno de allí o el Consejo de Gobiernos Mundiales lo permitiese. ¿Lo permitirían? ¿Los arquistas ayudarían a los anarquistas? Me gustaría averiguarlo. Si invitásemos a un grupo pequeño, seis u ocho, de esa gente, ¿qué pasaría? —Una curiosidad laudable —dijo Rulag—. Conoceríamos mejor el peligro, sin duda, si estuviéramos mejor enterados de cómo están las cosas en Urras. Pero lo peligroso es averiguarlo. —La

mujer se levantó para indicar que quería hablar más extensamente, no sólo un par de frases. Bedap tuvo un sobresalto y volvió a mirar a Shevek, que estaba sentado junto a él—. Ojo con ésta —le advirtió en voz baja. Shevek no contestó, pero por lo general era reservado y tímido en las asambleas, y nunca intervenía a menos que algo lo conmoviese, en cuyo caso era un orador sorprendentemente bueno. Seguía sentado mirándose las manos. Pero cuando Rulag empezó a hablar, Bedap notó que si bien se dirigía a él, no dejaba de mirar a Shevek. —Tu Sindicato de Iniciativas —dijo, poniendo énfasis en el adjetivo— se ha permitido construir un transmisor, emitir y recibir mensajes, y publicar las comunicaciones. Habéis hecho todo esto en contra de la opinión de la mayoría de la CPD, y las protestas crecientes de la Fraternidad. No ha habido aún represalias contra tu equipo ni contra ti, principalmente, creo, porque nosotros como odonianos no estamos acostumbrados a la idea de que alguien adopte una conducta perjudicial para los demás y la mantenga a pesar de las advertencias y de las protestas. Es un hecho insólito. En realidad, sois los primeros que os comportáis como los críticos arquistas siempre pronosticaron que se comportarían los miembros de una sociedad sin leyes: con una irresponsabilidad total por el bienestar de la sociedad. No entraré una vez más en los pormenores de los males que ya habéis causado, al revelar información científica a un enemigo poderoso, la confesión de nuestra debilidad, implícita en cada una de vuestras transmisiones a Urras. Pero ahora, suponiendo que nos hemos acostumbrado a todo eso, estáis proponiendo algo mucho peor. ¿Cuál es la diferencia, diréis, entre hablar con unos pocos urrasti por onda corta y hablar también con unos pocos aquí en Abbenay? ¿Cuál es la diferencia? ¿Cuál es la diferencia entre una

puerta cerrada y una puerta abierta? Abramos la puerta... eso es lo que está diciendo, sabéis, ammari. Abramos la puerta, ¡dejemos venir a los urrasti! Seis u ocho seudo-odonianos ioti en el próximo carguero. Sesenta u ochenta aprovechados ioti en el siguiente, a vigilarnos y ver de qué manera pueden repartirnos como una propiedad entre las naciones de Urras. Y en el viaje siguiente serán seiscientas u ochocientas naves de guerra: cañones, soldados, una fuerza de ocupación. El final de Anarres, el final de la Promesa. Nuestra esperanza reside, ha residido durante ciento setenta años, en las Cláusulas del Convenio de Colonización, entonces, o siempre. Nada de contactos. Renunciar ahora a ese principio es decir a los tiranos que un día conocieron la derrota: ¡El experimento ha fracasado, venid y esclavizadnos de nuevo! —No, no es eso —dijo Bedap rápidamente—. El mensaje es inequívoco. El experimento ha triunfado, somos fuertes ahora y podemos enfrentarnos como iguales. El debate prosiguió así: un rápido martilleo de mociones. No duró mucho. No hubo votación, como de costumbre. Casi todos los presentes estaban resueltamente a favor de atenerse a las Cláusulas del Convenio de Colonización, y tan pronto como esto quedó claro, Bedap dijo: —Está bien, doy por terminado el asunto. Nadie vendrá aquí en el Fuerte Kuieo ni en el Alerta, En la cuestión de traer urrasti a Anarres, las aspiraciones del Sindicato tienen que ceder lógicamente a la opinión de la sociedad en conjunto; solicitamos vuestro consejo, y nos atendremos a él. Pero hay otro aspecto de la misma cuestión. ¿Shevek? —Bueno, está la cuestión —dijo Shevek— de mandar un anarresti a Urras. Hubo exclamaciones y preguntas. Shevek no levantó la voz, que no era mucho más que un murmullo, pero insistió: —No significaría ningún perjuicio ni ninguna amenaza para nadie que viva en Anarres.

Y parece ser parte del derecho del individuo: una prueba de ese derecho, en realidad. Las Cláusulas del Convenio de Colonización no lo prohíben. Prohibirlo ahora sería de parte de la CPD una actitud autoritaria, limitar el derecho del individuo odoniano a llevar a cabo cualquier cosa que no dañe a los demás. Rulag adelantó el cuerpo en la silla. Sonreía un poco. —Cualquiera puede irse de Anarres —dijo. Los ojos claros miraban alternativamente a Shevek y a Bedap—. Puede irse cuando quiera, si los cargueros del propietariado quieren llevarlo. No puede volver. —¿Quién dice que no puede? —inquirió Bedap. —La cláusula que estipula el Cierre de la Colonización. Nadie está autorizado a alejarse de las naves cargueras más allá de los límites del Puerto de Anarres. —Bueno, pero eso regía seguramente para los urrasti, no para los anarresti —dijo un viejo consejero, Ferdaz, que gustaba de meter el remo aun cuando desviara la barca del curso que él deseaba. —Una persona que viene de Urras es un urrasti —dijo Rulag. —¡Legalismos, legalismos! ¿A qué viene toda esta retórica? —dijo una mujer tranquila, pesada, llamada Trepil. —¡Retórica! —vociferó, el miembro nuevo, el joven. Tenía acento de Levante del Norte y una voz profunda, vibrante—. Si no te gusta la retórica, escucha esto. Si hay algunos aquí que no estén contentos en Anarres, que se vayan. Yo los ayudaré. Yo los llevaré al Puerto, ¡hasta los meteré en la nave a puntapiés! Pero si tratan de volver a husmear, habrá algunos de nosotros allí, esperándolos. Algunos odonianos verdaderos. Y no nos van a encontrar sonrientes y diciendo: «Bienvenidos a casa, hermanos». Se encontrarán con los dientes atravesados en las gargantas y las pelotas hundidas a patadas en las barrigas. ¿Lo entendéis? ¿Es bastante claro para vosotros? —Claro, no; vulgar, sí. Vulgar como una ventosidad —dijo Bedap—. La claridad es

una función del pensamiento. Tendrías que aprender un poco de odonianismo antes de hablar aquí. —¡Tú no eres digno de mencionar el nombre de Odo! —vociferó el hombre joven—. Vosotros sois unos traidores, ¡tú y todo tu Sindicato! Hay en toda Anarres gente que os vigila. ¿Crees que no sabemos que a Shevek lo han invitado a ir a Urras a que vaya a vender la ciencia anarresti a los aprovechados? ¿Crees que no sabemos que todos vosotros, banda de llorones, estaríais encantados de ir allí y vivir en la riqueza y dejar que el propietariado os dé palmaditas en la espalda? ¡Podéis iros! ¡No perderemos nada! Pero si tratáis de volver, ¡sabréis lo que es la justicia! Estaba de pie y se inclinaba sobre la mesa, gritando directamente en la cara de Bedap. Bedap lo miró y dijo: —No es justicia lo que quieres decir, sino castigo. ¿Crees que son lo mismo? —Lo que quiere decir es violencia —dijo Rulag—. Y si hay violencia, tú la habrás provocado. Tú y tu sindicato. Y la habréis merecido. Un hombre delgado, menudo, de edad mediana sentado junto a Trepil empezó a hablar, al principio en voz tan queda, tan enronquecida por la tos del polvo, que pocos alcanzaron a oírlo. Era el delegado visitante de un sindicato minero del Sudoeste, que no tenía por que opinar en este asunto. —...lo que los hombres merecen —estaba diciendo—. Porque cada uno de nosotros lo merece todo, todos los lujos que alguna vez estuvieron acumulados en las tumbas de los reyes muertos, y cada uno de nosotros no merece nada, ni un bocado de pan cuando tiene hambre. ¿Acaso no hemos comido cuando otros sufrían hambre? ¿Nos castigaréis por eso? ¿Nos premiaréis por la virtud de pasar hambre mientras otros comían? Ningún hombre gana el castigo, ningún hombre gana la recompensa. Libera tu mente de la idea de merecer, la idea de obtener y empezarás a ser capaz de pensar. —Eran,

por supuesto, palabras de Odo, de las Cartas de la Prisión, pero en aquella voz débil, ronca, causaron un efecto extraño, como si el hombre estuviera sacándolas una a una de su propio corazón, lentamente, con dificultad, como el agua brota lenta, lentamente, de las arenas del desierto. Rulag escuchaba, la cabeza erguida, el rostro endurecido, como una persona que esconde un dolor. Frente a ella, del otro lado de la mesa, Shevek estaba sentado con la cabeza gacha. Aquellas palabras habían dejado un hueco de silencio y Shevek levantó la cabeza y habló en él. —Oíd —dijo—, lo que necesitamos es recordarnos a nosotros mismos que no vinimos a Anarres en busca de seguridad, sino de libertad. Si todos tenemos que pensar lo mismo, trabajar siempre juntos, no somos más que una máquina. Si un individuo no puede trabajar en solidaridad con los demás, tiene el deber de trabajar solo. El deber y el derecho. Hemos estado negándole ese derecho a la gente. Hemos estado diciendo, cada vez con más frecuencia, has de trabajar con los otros, has de aceptar a la mayoría. Pero las normas son siempre tiránicas. El deber del individuo es no aceptar ninguna norma, decidir su propia conducta, ser responsable. Sólo así la sociedad vivirá, y cambiará, y se adaptará, y sobrevivirá. No somos súbditos de un Estado fundado en la ley, somos miembros de una sociedad fundada en la revolución. La revolución nos obliga: es nuestra esperanza de cambio. «La revolución está en el espíritu del individuo, o en ninguna parte. Es para todos, o no es nada. Si tiene un fin, nunca tendrá principio.» No podemos detenernos aquí. Hay que seguir adelante. Hay que correr riesgos. Rulag replicó, tan serena como Shevek, pero en un tono de voz muy frío: —No tienes derecho a involucrarnos en un riesgo que nos atañe a todos, y que has elegido por motivos privados. —Nadie que no quiera ir a donde estoy

dispuesto a ir, tiene derecho a impedírmelo —respondió Shevek. Los ojos de él y de Rulag se encontraron por un segundo: los dos apartaron la mirada. —El riesgo de un viaje a Urras sólo involucra al viajero mismo —dijo Bedap—. No altera las Cláusulas del Convenio ni modifica nuestra relación con Urras, excepto quizá moralmente y en nuestro beneficio. Pero no creo que nadie esté en condiciones de decidirlo, ninguno de nosotros. Retiraré la moción por ahora, si los demás están de acuerdo. Hubo acuerdo, y él y Shevek se retiraron en seguida de la asamblea. —Tengo que pasar por el Instituto —explicó Shevek cuando salieron del edificio de la CPD—. Sabul me mandó una de sus notas minúsculas... la primera en años. ¿Qué le pasará por la cabeza, me pregunto? —¡Qué pasa por la cabeza de esa mujer, Rulag, me pregunto yo! Tiene un encono personal contra ti. Envidia, supongo. No volveremos a ponernos frente a frente en una mesa, o no llegaremos a nada. Aunque ese individuo joven de Levante del Norte también se las trae. ¡La opinión mayoritaria y el poder hacen el derecho! ¿Escucharán alguna vez nuestro mensaje, Shev? ¿O sólo estamos endureciendo a quienes se oponen? —En realidad podemos mandar a alguien a Urras, probar nuestro derecho por medio de actos, si las palabras no sirven. —Tal vez. ¡Mientras no sea yo! Defenderé a muerte nuestro derecho a salir de Anarres, pero si fuera yo quien tuviera que irse, maldición, me degollaría. Shevek se echó a reír. —No puedo retrasarme más. Estaré en casa dentro de una hora. Ven esta noche a comer con nosotros. —Te encontraré en el cuarto. Shevek echó a andar calle abajo con su paso largo; Bedap se quedó titubeando frente al edificio de la CPD. Era la media tarde de un día ventoso, soleado y frío de primavera. Las calles de Abbenay brillaban, inmaculadas, vivas de luz y de gente. Bedap

se sentía a la vez excitado y deprimido. Todo, incluyendo sus propias emociones, era prometedor y sin embargo insatisfactorio. Fue hacia el domicilio de la Manzana Pekesh donde Shevek y Takver vivían ahora, y allí encontró, como había esperado, a Takver con el bebé. Takver había abortado dos veces y luego había venido Pilun, tardía y un tanto inesperada, pero muy bienvenida. Menuda al nacer, seguía siéndolo ahora, casi a los dos años, delgada de brazos y piernas. Cada vez que Bedap la alzaba, sentía un temor indefinido, una especie de repulsión al tocar aquellos brazos, tan frágiles que hubiera podido quebrarlos con una simple torsión de la mano. Quería mucho a Pilun, fascinado por aquellos ojos velados y grises, conquistado por la confianza ilimitada de la niña, pero cada vez que la tocaba, sabía conscientemente, como no lo había sabido antes, qué es la atracción de la crueldad, por qué el fuerte atormenta al débil. Y en consecuencia -aunque no hubiera podido decir por qué «en consecuencia»- comprendía también algo que nunca había tenido para él mucho sentido, o nunca le había interesado: los sentimientos paternales. Nada como oír a Pilun cuando lo llamaba «tadde». Se sentó en la plataforma, debajo de la ventana. Era una habitación espaciosa con dos plataformas. El suelo estaba cubierto por una estera; no había otros muebles, ni sillas, ni mesas, sólo una pequeña cerca móvil que señalaba un espacio para jugar o aislaba la cama de Pilun. Takver había abierto el cajón largo y ancho de la otra plataforma, y estaba sacando pilas de papeles. —¡Retén a Pilun, Dap querido! —dijo con su sonrisa ancha, cuando vio que la niña se acercaba a él—. Ha andado con estos papeles no menos de diez veces, cada vez que me pongo a ordenarlos. Acabaré dentro de un minuto... diez minutos. —No te apresures. No quiero hablar. Sólo deseo sentarme aquí. Ven, Pilun. A ver, camina... ¡bravo, ésta

es una niña! Ven con Tadde Dap. ¡Te tengo! Pilun se había sentado muy satisfecha sobre las rodillas de Bedap y le estudiaba la mano. Bedap se avergonzaba de sus uñas; ya no se las comía, pero le habían quedado deformadas de tanto morderlas, y en el primer momento cerró la mano; sin embargo, en seguida, avergonzado de avergonzarse, la volvió a abrir. Pilun se la palmoteo. —Es agradable esta habitación —dijo Bedap—. Con luz del norte. Siempre hay tranquilidad aquí. —Sí. Calla, estoy contándolas. Al cabo de un momento apartó las pilas de papeles y cerró el cajón. —¡Ya está! Perdona. Le dije a Shevek que le numeraría las páginas de este artículo. ¿Quieres un trago? Aunque el racionamiento incluía aún muchos productos de primera necesidad, era bastante menos riguroso que cinco años antes. Los huertos de frutales de Levante del Norte habían sufrido menos los efectos de la sequía y se habían recobrado más rápidamente que las zonas de cereales, y el año anterior los frutos secos y los zumos habían desaparecido de las listas de restricciones. Takver guardaba una botella en el antepecho de la ventana oscurecida. Sirvió una porción para cada uno, en unos vasos de cerámica un poco toscos que Sadik había modelado en la escuela. Se sentó frente a Bedap y lo miró, sonriente: —Bueno ¿cómo andan las cosas en la CPD? —Igual que siempre. ¿Qué tal el laboratorio? Takver clavó los ojos en el vaso, agitándolo para captar la luz en la superficie del líquido. —No sé. Estoy pensando en renunciar. —¿Por qué, Takver? —Prefiero renunciar a que te digan que renuncies. El problema es que me gusta el trabajo, y lo hago bien. Y es el único de esta índole en Abbenay. Pero no puedes ser miembro de un equipo de investigación que ha decidido apartarte. —Te hostigan cada vez más ¿no? —Todo el tiempo —dijo ella, y miró rápida e inconscientemente la puerta, como si

quisiera estar segura de que Shevek no estaba allí, escuchando—. Algunos de ellos son increíbles. Bueno, tú sabes. No vale la pena seguir hablando. —No, y por eso me alegra encontrarte sola. En realidad no sé. Yo, y Shev, y Skovan, y Gezach, y los que estamos casi todo el tiempo en la imprenta o en la torre de radio, bueno, no tenemos puestos, y por lo tanto no vemos a mucha gente fuera del Sindicato de Iniciativas. Yo voy mucho a la CPD, pero es una situación peculiar; allí espero oposición porque yo mismo la creo. ¿Qué es lo que tienes que soportar? —El odio —dijo Takver, con su voz oscura, suave—. El odio verdadero. El director del proyecto ya no me habla. Bueno, no pierdo mucho. Es un fantoche de todos modos. Pero algunos de los otros me dicen realmente lo que piensan... Hay una mujer, no en el laboratorio, aquí en el domicilio. Estoy en el comité de Sanidad de la manzana y tuve que ir a hablar con ella sobre algo. No me dejó hablar. «No te atrevas a entrar en este cuarto, te conozco, vosotros traidores malditos, intelectuales, egotistas», y así durante un rato, y luego me cerró la puerta en las narices. Fue grotesco. —Takver se rió sin humor. Pilun, viéndola reír, sonrió todavía acurrucada en el brazo de Bedap, y bostezó—. Pero sabes, fue terrible. Soy una cobarde, Dap. No me gusta la violencia. ¡Pero tampoco me gusta que me desaprueben! —Claro que no. La única seguridad que tenemos es la aprobación del prójimo. Un arquista puede violar la ley y tener la esperanza de escapar al castigo, pero tú no puedes «violar» una costumbre, es el marco de tu vida con la otra gente. Apenas empezamos a darnos cuenta de lo que significa ser revolucionarios, como dijo Shev hoy en la asamblea. Y no es nada cómodo. —Algunas personas entienden —dijo Takver con deliberado optimismo—. Una mujer en el ómnibus ayer, no sé dónde la había conocido, trabajos del décimo

día, supongo, me dijo: «¡Tiene que ser maravilloso vivir con un gran científico, tiene que ser tan interesante!» Y yo dije: «Sí, por lo menos siempre hay algo de qué hablar». ¡Pilun, no te duermas, chiquitina! Shevek volverá pronto e iremos al comedor. Sacúdela, Dap. Bueno, ves, ella sabía quién era Shev, pero no mostraba odio ni desaprobación; fue muy simpática. —La gente sabe quién es Shev —dijo Bedap—. Es raro, pues no pueden comprender los libros de él como tampoco los comprendo yo. Unos pocos, un centenar lo entienden, dice él. Esos estudiantes de los Institutos de la División, que tratan de organizar los cursos de Simultaneidad. Yo por mi parte creo que unas pocas docenas sería una estimación magnánima. Y sin embargo la gente sabe quién es, piensan que es alguien de quien tienen que sentirse orgullosos. Eso al menos es mérito del Sindicato. Imprimir los libros de Shev. Quizá la única cosa sensata que hayamos hecho. —¡Oh, por favor! Parece que has tenido una sesión difícil hoy en la CPD. —Tuvimos. Me gustaría dañe ánimos, Takver, pero no puedo. El Sindicato está despertando un vínculo social básico, el miedo a los extranjeros. Había hoy allí un individuo joven que amenazó abiertamente con represalias violentas. Bueno, es una opción miserable, pero encontrará gente dispuesta. Y esa Rulag, maldición, ¡es una adversaria formidable! —¿Tú sabes quién es ella, Dap? —¿Quién es? —¿Shev nunca te lo dijo? Bueno, él no habla de ella. Es la madre. —¿La madre de Shev? Takver asintió. —Ella lo abandonó cuando Shev tenía dos años. El padre se quedó con él. Nada insólito, desde luego. Excepto los sentimientos de Shev. Él siente que ha perdido algo esencial, él y el padre, los dos. No defiende un principio general, que los padres siempre tengan que quedarse con los hijos, o algo semejante. Pero la importancia que tiene para él la lealtad se remonta a ese

entonces, creo yo. —Lo que sí es insólito —dijo Bedap con energía, olvidándose de Pilun, que se le había dormido en el regazo—, indudablemente insólito, ¡son los sentimientos de ella! Ha estado esperando que él asistiera a una asamblea de Importación y Exportación, eso era evidente, hoy. Ella sabe que Shev es el alma del grupo, y nos odia a causa de él. ¿Por qué? ¿Culpa? ¿Tan podrida está la sociedad odoniana que ahora nos mueve la culpa?... Sabes una cosa, ahora que lo sé, se parecen mucho. Sólo que en ella todo está endurecido, petrificado... muerto. La puerta se abrió mientras Bedap hablaba. Entraron Shevek y Sadik. A los diez años, Sadik era alta y delgada, larga de piernas, flexible y frágil, con una nube de cabellos oscuros. Detrás entró Shevek; y Bedap, al observarlo a la curiosa luz nueva del parentesco con Rulag, lo vio como uno ve a veces a un viejo amigo, con una nitidez a la que contribuye todo el pasado: el rostro espléndido y reticente, lleno de vida pero demasiado, consumido hasta el hueso. Era un rostro muy personal, y sin embargo las facciones no sólo eran pareció a las de Rulag sino a las de muchos otros anarresti, seres privilegiados por una visión de libertad, y adaptados a un mundo árido, un mundo de distancias, de silencios, de delaciones. En el cuarto, entre tanto, mucha intimidad, mucha conmoción, comunión: saludos, risas, Pilun pasada de mano en mano, con protestas de parte de ella, para ser besada, la botella pasada de mano en mano para ser escanciada, preguntas, conversaciones. Sadik fue el centro principal de atención, porque era la que menos tiempo pasaba con la familia, y luego Shevek. —¿Qué quería el viejo Barbas? —¿Estuviste en el Instituto? —preguntó Takver, observándolo cuando se sentó junto a ella. —Pasé por allí. Sabul me dejó una nota esta mañana en el Sindicato. —Shevek bebió el zumo de fruta y bajó

la taza revelando una curiosa mueca inexpresiva—. Dijo que la Federación de Física tiene un puesto vacante. Autónomo, permanente. —¿Para ti, quieres decir? ¿Allí? ¿En el Instituto? Shevek asintió. —¿Sabul te lo dijo? —Está tratando de reclutarte —dijo Bedap. —Sí, eso creo. Si no lo puedes eliminar, domestícalo, como decíamos en Poniente del Norte. —Shevek se echó a reír repentina, espontáneamente—. Es gracioso ¿no? —No—dijo Takver—. No es gracioso. Es repugnante. ¿Cómo pudiste siquiera hablar con él? Después de todas esas calumnias que ha echado a rodar, la mentira de que le robaste los Principios, ocultar que los urrasti te habían dado ese premio, y luego el año pasado apenas, cuando separó y echó de Abbenay a esos chicos que organizaron el curso, a causa de tu «influencia cripto-autoritaria». ¡Tú, autoritario!... Fue algo repulsivo, e imperdonable. ¿Cómo puedes tratar amablemente a un hombre así? —Bueno, no es sólo Sabul, tú sabes. El no es más que el portavoz. —Ya sé, pero le gusta ser el portavoz. ¡Y ha sido tan miserable durante tanto tiempo! Bueno, ¿qué le dijiste? —Yo contemporicé... como dirías tú —dijo Shevek, y se rió otra vez. Takver lo volvió a mirar; ahora sabía que aunque Shevek trataba de dominarse, estaba en un estado de extrema tensión o excitación. —¿Entonces no lo rechazaste rotundamente? —Le dije que había resuelto hace años no aceptar puestos de trabajo regulares, mientras pudiera dedicarme a la labor teórica. Entonces él dijo que como se trataba de un puesto autónomo nada me impediría proseguir con mis investigaciones, y que al darme el puesto se proponían, oíd cómo lo dijo, «facilitarme el acceso a los canales normales de publicación y difusión». La prensa de la CPD, en otras palabras. —Bueno, entonces has triunfado —le dijo Takver, mirándolo con una expresión extraña—. Has triunfado.

Editarán todo lo que escribas. Era lo que querías cuando regresamos aquí, cinco años atrás. Los muros han sido derribados. —Hay muros detrás de los muros —dijo Bedap. —Sólo habré triunfado si acepto el puesto. Sabul me ofrece... legalizarme. Oficializarme, Y separarme así del Sindicato de Iniciativas. ¿No te parece ése el verdadero motivo, Dap? —Desde luego —dijo Bedap, el rostro sombrío—. Dividir para debilitar. —Pero volver a tomar a Shev en el Instituto, y editar lo que escribe en la prensa de la CPD es dar una aprobación implícita a todo el Sindicato, ¿o no? —Así podría entenderlo la mayoría de la gente —dijo Shevek. —No —dijo Bedap—. Darán explicaciones. El gran físico se dejó engañar durante un tiempo por un grupo desaprensivo. Los intelectuales siempre se dejan engañar, porque piensan en cosas desatinadas, como el tiempo y el espacio y la realidad, cosas que no tienen ninguna relación con la vida real, por eso se dejan engañar fácilmente por desviacionistas malintencionados. Pero los nobles y benévolos odonianos del Instituto le hicieron ver qué equivocado estaba, y él ha retornado al redil de la verdad orgánico-social. Despojando al Sindicato de Iniciativas de todo derecho a reclamar la atención de alguien, tanto en Anarres como en Urras. —No dejaré el Sindicato, Bedap. Bedap alzó la cabeza, y dijo al cabo de un rato: —No. Ya sé que no lo dejarás. —Bueno. Vayamos a comer. Esta panza gruñe: escúchala, Pilun, ¿la oyes? ¡Rour, rour! —¡Upa! —dijo Pilun en un todo imperioso. Shevek la alzó y se puso de pie, balanceándola sobre un hombro. Detrás de ellos, el móvil suspendido del techo oscilaba, solitario. Era una pieza grande, de alambres batidos y achatados; de canto parecían casi invisibles, y las formas ovaladas centelleaban a intervalos, desvaneciéndose de acuerdo con la luz junto con las dos burbujas de vidrio transparente que gira-

ban también en órbitas elipsoidales, intrincadamente entrelazadas alrededor del centro común, sin encontrarse nunca del todo, sin separarse. Takver lo llamaba el Habitante del Tiempo. Fueron al comedor del Peshek, y esperaron a que una señal de vacante apareciera en el tablero de la entrada y poder entonces invitar a Bedap. Cuando Bedap se registrara allí, la señal de vacante pasaría de modo automático al comedor donde comía comúnmente, ya que una computadora coordinaba el sistema en toda la ciudad. Era uno de los «procesos homeostáticos» altamente mecanizados tan caros a los primeros Colonos, y que sólo se conservaba en Abbenay. Lo mismo que los dispositivos menos elaborados de otras ciudades, nunca funcionaba a la perfección, había faltas, superposiciones y frustraciones, pero nunca demasiado graves. Las vacantes no eran frecuentes en el comedor del Peshek, el más renombrado de Abbenay, con una tradición de grandes cocineros. La señal apareció al fin, y entraron. Dos jóvenes que Bedap conocía superficialmente, vecinos del domicilio de Shevek y Takver, se les reunieron en la mesa. Fuera de eso, estaban solos, ¿o los otros los evitaban? No tenía importancia. Disfrutaron de una buena cena, pasaron un buen rato conversando. Pero de tanto en tanto Bedap sentía alrededor un círculo de silencio. —No me imagino cuál será el próximo paso de los urrasti —dijo, y aunque hablaba en tono ligero, notó, con fastidio, que estaba bajando la voz—. Han preguntado si podían venir aquí, han invitado a Shevek a ir allí; ¿qué se les ocurrirá ahora? —No sabía que realmente habían invitado a Shevek —dijo Takver con una expresión algo torva. —Sí, lo sabías —dijo Shevek—. Cuando me comunicaron que me habían dado el premio, tú sabes, el Seo Oen, preguntaron si no podría ir, ¿te acuerdas? ¡A buscar el dinero que acompaña al premio! —Shevek sonrió, lumi-

noso. Si había un círculo de silencio alrededor, no le importaba; siempre había estado solo. —Es cierto. Lo sabía. Pero no lo había registrado como una posibilidad real. Hace décadas que habláis de sugerirle a la CPD que alguien podría ir a Urras, sólo para escandalizarlos. —Eso fue lo que hicimos finalmente, esta tarde. Dap me hizo decirlo. —¿Se escandalizaron? —Los pelos de punta, los ojos fuera de las órbitas... Takver no podía contener la risa. Pilun, sentada en una silla alta al lado de Shevek, ejercitaba los dientes en un trozo de pan de holum y la voz en una canción: —¡Oh materi baten! —proclamaba—. ¡Aberi aben baber dab! — Shevek, versátil, le replicó en la misma vena. La conversación adulta proseguía, sosegada y con interrupciones. Bedap no se molestó, había aprendido hacía tiempo que a Shevek se lo aceptaba junto con todo un mundo de complicaciones, o no se lo aceptaba de ningún modo. De todos ellos Sadik era la que menos hablaba. Bedap se quedó con ellos una hora después de la cena en la agradable sala común del domicilio, y cuando iba a marcharse se ofreció para acompañar a Sadik al dormitorio de la escuela, que le quedaba de camino. En ese momento algo ocurrió, una de esas señales o incidentes oscuros para los extraños a una familia: todo lo que supo era que Shevek, sin alboroto ni discusión, iría con ellos. Takver tenía que darle de mamar a Pilun, que hacía cada vez más ruido. Besó a Bedap, y él y Shevek echaron a andar con Sadik, conversando, animados. Pasaron de largo por el centro de aprendizaje. Volvieron. Sadik se había detenido delante de la entrada del dormitorio, inmóvil, erguida y delgada, el rostro quieto, a la luz débil del farol de la calle. Shevek no se movió tampoco por un rato, y luego fue hacia ella: —¿Qué pasa, Sadik? La niña dijo: —¿Shevek, puedo quedarme en el cuarto esta noche? —Por supuesto. Pero ¿qué pasa? La cara

larga, delicada de Sadik tembló y pareció que se quebraba. —No me quieren, en el dormitorio —dijo, la voz aguda por la tensión pero más queda aún que antes. —¿No te quieren? ¿Qué quieres decir? No se habían tocado todavía. Ella le respondió con un coraje desesperado. —Porque no les gusta... no les gusta el Sindicato, y Bedap... y tú. Dicen... La hermana grande del dormitorio, ella dijo que tú... que nosotros somos todos tr... Dijo que éramos traidores —y al pronunciar la palabra se estremeció como alcanzada por un disparo, y Shevek la tomó y la abrazó. Sadik se aferró a él, llorando en sollozos largos, ahogados. Era demasiado grande, demasiado alta para que él la alzara. Se quedó así de pie, abrazándola, acariciándole los cabellos. Por encima cíe fa cabeza de la niña miró a Bedap con lágrimas en los ojos, y dijo: —Está bien, Dap. Vete. Bedap no podía hacer otra cosa que dejarlos allí, el hombre y la niña, en esa intimidad única que él no podía compartir, la intimidad del dolor. No tuvo ningún alivio, ningún respiro al marcharse; se sentía disminuido, inútil. «Tengo treinta y nueve años», pensaba mientras se encaminaba al domicilio, la habitación para cinco hombres donde vivía con completa independencia. «Cuarenta dentro de algunas décadas. ¿Qué he hecho? ¿Qué he estado haciendo? Nada. Entrometiéndome. Entrometiéndome en la vida del prójimo porque no tengo vida propia. Nunca tuve tiempo suficiente. Y ahora el tiempo se me va a escapar, todo junto y de pronto, y nunca habré tenido... eso.» Volvió la cabeza y miró la calle larga, silenciosa; las lámparas de las esquinas eran charcos tranquilos de luz en la ventosa oscuridad, pero ya estaba demasiado lejos para ver al padre y la hija, o se habían ido. Y qué quería decir «eso», no hubiera podido explicarlo, aunque manejaba bien las palabras; sin embargo, tenía la impresión de que lo comprendía, de que no

le quedaba otra esperanza que esa comprensión, y que sí quería salvarse tenía que cambiar de vida. Cuando Sadik se tranquilizó, Shevek la dejó sola un momento, sentada en el escalón del frente del dormitorio, y entró a avisarle a la cuidadora que la niña se quedaría esa noche en el cuarto de los padres. La cuidadora le habló con frialdad. Los adultos que trabajaban en los dormitorios infantiles desaprobaban que los niños pernoctaran en los domicilios. Shevek se dijo que quizá estaba equivocado al advertir algo más que esa desaprobación en la actitud de la cuidadora. En los salones del centro de aprendizaje brillantemente iluminados, bulliciosos, resonaban los ejercicios musicales, las voces infantiles. Allí estaban todos los ruidos de antaño, los olores, las sombras, los ecos de la infancia que Shevek recordaba, y también los miedos. Uno se olvida de los miedos. Salió, y regresó al cuarto con Sadik, el brazo alrededor de los hombros frágiles de la niña. Ella callaba, debatiéndose aún, y en el momento en que llegaban a la entrada principal del domicilio Peshek, dijo abruptamente: —Sé que no es agradable para ti y para Takver que me quede de noche. —¿De dónde sacas semejante idea? —Porque vosotros queréis estar solos, las parejas adultas necesitan estar solas. —Está Pilun —observó él. —Pilun no cuenta. —Tú tampoco. La niña se sorbió los mocos, y trató de sonreír. No obstante, cuando entraron a la claridad de la habitación, las manchas rojas en la cara blanca, tumefacta de Sadik, alarmaron a Takver: —¡Qué ha pasado! —exclamó. Y Pilun, interrumpida de golpe, arrancada de la bienaventuranza del pecho de la madre, rompió a llorar a gritos, y Sadik volvió a derrumbarse, y durante un rato fue como si todos lloraran y se consolaran mutuamente, y no aceptaran ser consolados. Todo se resolvió de pronto en un largo silencio; Pilun en el regazo de la

madre, Sadik en el del padre. Luego de haber acostado a Pilun, ya saciada y dormida, Takver dijo con voz queda pero vehemente: —¡A ver! ¿Qué ha pasado? Sadik dormitaba ahora, la cabeza apoyada contra el pecho de Shevek. Shevek sintió que se movía, que trataba de responder. Le acarició los cabellos, tranquilizándola y respondió por ella. —Algunas personas nos desaprueban en el centro de aprendizaje. —¿Y con qué maldito derecho? —Calla, calla. Desaprueban al Sindicato. —¡Oh! —dijo Takver, un sonido extraño, gutural y al abotonarse la túnica arrancó el botón de la tela. Lo miró un momento sobre la palma de la mano. Luego miró a Shevek y a Sadik. —¿Cuándo empezó? —Hace mucho tiempo —respondió Sadik sin levantar la cabeza. —¿Días, décadas, en el último trimestre? —¡Oh, mucho más! Pero... Pero ahora están peores en el dormitorio. De noche. Terzol no los obliga a callar. —Sadik hablaba como en sueños, muy serena, como si ya no le importara. —¿Qué hacen? —preguntó Takver, sin atender a la mirada de advertencia que le echaba Shevek. —Bueno, dicen... me tratan mal, simplemente. Me excluyen de los juegos y las cosas. Tip, ella era una amiga, sabes, siempre venía a charlar, al menos después que apagaban las luces. Ahora no viene más. Terzol, la hermana grande del dormitorio, es... dice «Shevek es... Shevek...» Shevek la interrumpió, sintiendo la tensión que crecía en el cuerpo de la niña, desgarrada entre la timidez y el deseo de no parecer cobarde. —Dice «Shevek es un traidor, Sadik es egotista...» ¡Tú sabes lo que dice, Takver! —Los ojos le relampagueaban. Takver se acercó y tocó la mejilla de su hija, una vez, casi tímidamente. Dijo en voz baja: —Sí, sé —y se apartó y se sentó en la plataforma de la otra cama, frente a ellos. Pilun, acurrucada cerca de la pared, roncaba dulcemente. La gente de la habitación contigua regresó

del comedor, sonó un portazo, alguien en el patio gritó buenas noches, y alguien le contestó desde una ventana abierta. El gran domicilio, doscientas habitaciones, estaba en movimiento, plácidamente vivo todo alrededor; así como la vida de ellos era parte del domicilio, así la vida del domicilio era parte de ellos, parte de un todo. Sadik se deslizó fuera de las rodillas del padre y se sentó en la plataforma junto a él, muy cerca. Los cabellos oscuros, revueltos y enredados le colgaban en guedejas alrededor de la cara. —No quería decirlo porque... —La voz era tenue, pequeña—. Pero es cada vez peor. Se incitan unos a otros. —Entonces no volverás allí —dijo Shevek. Quiso rodearla con el brazo, pero la niña se resistió, sentándose muy erguida. —Iré a hablar con ellos... —dijo Takver. —Es inútil. Sienten lo que sienten. —Pero ¿contra qué, contra qué esta lucha? —dijo Takver como confundida. Shevek no respondió. Seguía tratando de abrazar a Sadik, y la niña cedió al fin, vencida por el cansancio, y apoyó la cabeza en el brazo de Shevek. —Hay otros centros de aprendizaje —dijo Shevek, sin mucha convicción. Takver se levantó. Era obvio que no podía quedarse quieta, que necesitaba hacer algo, actuar. Pero no había mucho que hacer. —Deja que te trence el pelo, Sadik —dijo con una voz vencida. Le cepilló y le trenzó los cabellos; pusieron el biombo abierto en medio del cuarto, y acostaron a Sadik junto a la pequeña. Cuando dijo buenas, noches, Sadik parecía a punto de llorar, pero media hora más tarde oyeron que respiraba acompasadamente y supieron que se había dormido. Shevek se había instalado en la cabecera de la plataforma con un cuaderno de notas y la pizarra que usaba para los cálculos. —Numeré las páginas del manuscrito —dijo Takver. —¿Cuántas son? —Cuarenta y una. Incluyendo el apéndice. Shevek asintió. Takver se puso de pie, miró por encima del biombo a

las niñas dormidas, y volvió a sentarse al borde de la plataforma. —Sabía que algo andaba mal. Pero ella no decía nada. Nunca se ha quejado, es una estoica. No pensé que ese fuera el problema. Creía que nos concernía sólo a nosotros. No se me ocurrió que pudieran hostigar a los niños. —Hablaba en voz baja, con encono—. Crece, sigue creciendo.. . ¿Será distinto en otra escuela? —No sé. Si ella pasa mucho tiempo con nosotros, quizá no. —No estarás sugiriendo... —No. Enuncio un hecho, nada más. Si hemos elegido para ella la fuerza del amor personal, no podemos ahorrarle lo que trae aparejado, el riesgo del dolor. El dolor que recibe de nosotros, y por nosotros. —No es justo que la atormenten por lo que hacemos; es tan buena, tan noble, como agua cristalina... —Takver calló, ahogada por un breve acceso de llanto; se secó los ojos, apretó la boca. —No es lo que nosotros hacemos. Es lo que yo hago —dijo Shevek, y puso a un lado el cuaderno de notas—. Tú también has estado sufriendo. —A mí no me importa lo que ellos piensan. —¿En el trabajo? —Puedo conseguir otro puesto. —No aquí, no en tu campo. —Bueno ¿quieres que me vaya a otra parte? Los laboratorios pesqueros de Sorruba en Paz-y-Abundancia me tomarían sin duda. ¿Pero qué pasa contigo? —Lo miró, enojada. —Te quedas aquí, supongo. —Podría ir contigo. Skovan y los otros están progresando en iótico, podrían atender la radio, y ésa es ahora mi tarea principal en el Sindicato. En Paz-y-Abundancia podría dedicarme a la física tan bien como aquí. Pero a menos que renuncie al Sindicato de Iniciativas, eso no resuelve el problema, ¿no? Yo soy el problema. Yo soy el que crea dificultades. —¿Se preocuparían por eso, en un pueblo pequeño como Paz-y- Abundancia? —Temo que sí. —Shev, ¿cuánto de este odio has estado soportando? ¿Lo has estado callando, como Sadik? —Y como tú.

Bueno, a veces. Cuando estuve en Concordia, el verano pasado, fue un poco peor de lo que te dije. Hubo pedreas, y luchas. Los estudiantes que me habían pedido que fuese tuvieron que pelear por mí. Lo hicieron, pero me marché en seguida; la situación era peligrosa para ellos. Bueno, los estudiantes buscan el peligro. Y al fin y al cabo también nosotros lo hemos buscado, hemos exacerbado deliberadamente a la gente. Y hay muchos que nos apoyan. Pero ahora... empiezo a preguntarme si no te estoy poniendo en peligro, a ti y a las niñas, Tak. Al quedarme con vosotras. —Tú, por supuesto, no corres ningún peligro —dijo ella, con vehemencia. —Yo lo he buscado. Pero no se me ocurrió que el resentimiento tribal se extendería a vosotras. No es lo mismo, creo, que me amenacen a mí o que os amenacen a vosotras. —¡Altruista! —Tal vez. No puedo evitarlo. En verdad, me siento responsable, Tak. Sin mí, tú podrías ir a cualquier parte, o quedarte aquí. Has trabajado para el Sindicato, pero lo que desaprueban es tu lealtad hacia mí. Yo soy el símbolo. De modo que no... no hay sitio para mí a donde ir. —Ve a Urras —dijo Takver. La voz era tan áspera que Shevek se echó hacía atrás como si ella le hubiera golpeado la cara. Takver no lo miró; pero dijo otra vez en un tono más suave: —Ve a Urras... ¿Por qué no? Allí te quieren. Aquí no. Quizás empiecen a abrir los ojos cuando te hayas ido. Y tú quieres ir. Lo vi esta noche. Nunca lo habías pensado antes, pero hoy durante la cena, cuando hablamos del premio, lo vi, noté cómo te reías. —¡No necesito premios ni recompensas! —No, pero necesitas que te escuchen, necesitas discusión y estudiantes... sin las ataduras que te impone Sabul. Y mira: tú y Bedap habláis continuamente de espantar a la CPD con la idea de que alguien vaya a Urras, y afirme el derecho a decidir libremente. Pero si habláis y habláis y nadie va, fortaleceréis

la posición del otro bando, y habréis demostrado que nada puede cambiar una costumbre. Ahora que lo habéis planteado en una asamblea de la CPD, alguien tendrá que ir, Y tienes que ser tú. Ellos te han invitado; tienes una razón. Ve a buscar tu premio... el dinero que están guardando para ti —concluyó, con una carcajada súbita y genuina. —Takver, ¡yo no quiero ir a Urras! —Sí, quieres, tú sabes que quieres. Aunque no estoy segura de por qué. —Bueno, naturalmente me gustaría conocer a algunos físicos... —Shevek parecía avergonzado—. Y ver también los laboratorios de Ieu Eun donde han experimentado con la luz. —Estás en tu derecho —dijo Takver con vehemente determinación—. Es una parte de tu trabajo, tienes que hacerlo. —Ayudaría a mantener viva la Revolución, aquí y allá, ¿no te parece? —dijo él—. ¡Qué idea tan descabellada! Como la obra de Tirin pero al revés. La subversión de los arquistas... Bueno, al menos probaría que Anarres existe. Elfos hablan con nosotros por radio, pero dudo que crean realmente en nosotros. En lo que somos. —Si creyesen, se asustarían. Podrían venir y borrarnos del cielo para siempre, si realmente los convencieras... —No lo creo. Una pequeña revolución en la física de ellos, tal vez, pero no en lo que ellos piensan. Es aquí, aquí, donde puedo influir en la sociedad, aun cuando no presten atención a mi física. Tienes toda la razón: ahora que lo hemos dicho, tenemos que hacerlo. —Hubo una pausa, y Shevek concluyó—: Me preguntó qué clase de física harán las otras razas. —¿Qué otras razas? —Los extraños. La gente de Hain y de otros sistemas solares. Hay dos embajadas de extraños en Urras, Hain y Terra. Los hainianos inventaron el impulso interestelar que se utiliza hoy en Urras. Supongo que también nos lo cederían, sí se lo pidiésemos. Sería interesante... —No terminó la frase. Luego de otra larga pausa se

volvió hacia Takver y dijo en un tono de voz distinto, sarcástico: —¿Y qué harías tú mientras yo estuviera visitando el propietariado? —Iría a la costa del Sorruba con las niñas, y viviría una vida muy apacible como técnica en el laboratorio de piscicultura. Hasta que tú regresaras. —¿Regresar? ¡Quién sabe si podría regresar! Ella lo miró directamente a los ojos. —¿Quién te lo impediría? —Quizá los urrasti. Podrían retenerme. Nadie es allí libre de ir y venir, tú sabes. O quizá la gente de aquí. Podrían no dejarme desembarcar. Algunos en la CPD amenazaron con eso, hoy. Rulag era uno de ellos. —Es natural. Ella sólo sabe negar. Negar la posibilidad de volver. —Muy cierto. Es exactamente así—dijo Shevek. Tranquilo otra vez, observaba a Takver con contemplativa admiración—. Pero Rulag no está sola, por desgracia. Para muchísima gente cualquiera que fuese a Urras y tratase de regresar sería un traidor, un espía. —¿Qué podrían hacer? —Bueno, si convencieran del peligro a Defensa, podrían volar la nave. —¿Serían tan estúpidos los de Defensa? —No lo creo. Pero cualquiera aparte de Defensa podría preparar explosivos y volar la nave. O más probablemente, atacarme a mí en cuanto descendiera de la nave. Creo que es una posibilidad concreta. Habría que incluirla en cualquier plan de viaje por las regiones panorámicas de Urras. —¿Valdría la pena para ti... semejante riesgo? Él miró un momento hacia la lejanía, hacia la nada. —Sí —dijo—, en cierto modo. Allí podría terminar la teoría y entregarla, a ellos y a nosotros y a todos los mundos, me gustaría hacerlo. Aquí vivo amurallado, impedido. Es difícil trabajar, reunir pruebas, siempre sin un equipo, sin colegas, sin estudiantes. Y cuando hago el trabajo, ellos no lo quieren. O si lo quieren, como Sabul, piden que renuncie a la iniciativa a cambio de la aprobación. Aprovecharán ese trabajo después que yo muera,

eso pasa siempre. Pero ¿por qué regalar la obra de mi vida a Sabul, a todos los Sabul, a todos los egos mezquinos, astutos, codiciosos de un solo planeta? Lo que quiero es compartirla. La obra en que estoy trabajando es muy importante. Habría que darla a manos llenas, comunicarla a todos. ¡No se consumirá! —Muy bien —dijo Takver—, entonces vale la pena. —¿Qué cosa vale la pena? —El riesgo. Tal vez la imposibilidad del retorno. —La imposibilidad del retorno —repitió él. Observó a Takver con una mirada extraña, intensa y no obstante abstraída. —Creo que hay más gente de nuestro lado, del lado del Sindicato, que la que nosotros pensamos. Lo que pasa en realidad es que no hemos hecho casi nada, no hemos hecho nada por reunirlos, no hemos corrido ningún riesgo. Si tú quisieras, creo que vendrían, que acudirían a apoyarte. Si abrieras la puerta, respirarían otra vez el aire fresco, respirarían libertad. —También podrían correr a cerrarla de golpe. —Si lo hacen, peor para ellos. El Sindicato puede protegerte cuando desembarques. Y entonces, si la gente sigue hostil y enconada, los mandaremos al infierno. ¿De qué sirve una sociedad anarquista que teme a los anarquistas? Iremos a vivir a Soledades, a Alto Sedep, a Lejanías, iremos a vivir solos en las montañas si es preciso. Hay sitios. Y habrá gente que querrá acompañarnos. Fundaremos una nueva comunidad. Si nuestra sociedad se encasilla en la búsqueda de la política y el poder, entonces nos iremos, haremos un Anarres más allá de Anarres, un nuevo comienzo. ¿Qué te parece? —Hermoso —dijo él—, es hermoso, corazón amado. Pero yo no iré a Urras, sabes. —Oh, sí. Y volverás —dijo Takver. Tenía los ojos muy oscuros, una oscuridad suave, como la oscuridad de un bosque en la noche—. Si te lo propones. Siempre llegas a donde quieres ir. Y siempre regresas. —No seas estúpida, Takver. ¡No iré

a Urras! —Estoy muy cansada —dijo Takver. Se desperezó, y se inclinó para apoyar la frente contra el brazo de Shevek—. Vamos a la cama.

Capítulo 13

Urras / Anarres

Mientras permanecieron en órbita, la turquesa nublada de Urras, hermosa y enorme, llenó las ventanas. Pero la nave cambió de rumbo y las estrellas aparecieron en el cielo, y entre ellas Anarres, una piedra redonda y brillante: en movimiento y sin embargo inmóvil, arrojada allí no se sabía por qué mano, girando en una eternidad sin tiempo, creando tiempo. Mostraron a Shevek toda la nave, la interestelar Davenant. No hubiera podido ser más diferente del carguero Aleña. Extraña de forma por fuera, y tan frágil como una escultura de alambre y cristal, en nada se parecía a una nave, a un vehículo; ni siquiera tenía una proa y una popa, pues nunca viajaba a través de una atmósfera más densa que la del espacio interplanetario. Por dentro era amplia y sólida como una casa. Los cuartos eran espaciosos e íntimos, con las paredes artesonadas en madera o cubiertas de tapices, los techos altos. Se parecía a una casa pero con las persianas cerradas, pues en pocas de las salas había escotillas, y era muy silenciosa. Hasta en el puente y en la sala

de máquinas se advertía esa misma quietud, y los aparatos e instrumentos eran simples de diseño y precisos como los de un velero. Había también un jardín de esparcimiento, y en él la iluminación tenía la calidad de la luz solar y el aire era dulce y olía a tierra y hojas; durante la noche el jardín de la nave permanecía a oscuras, con las escotillas abiertas a la luz de las estrellas. Aunque las travesías interestelares duraban sólo pocas horas o días del tiempo de navegación, una nave como ésta que viajaba casi a la velocidad de la luz pasaba a veces muchos meses explorando un sistema solar, o varios años en órbita alrededor de un planeta que la tripulación estuviera poblando o explorando. Por lo tanto era amplia, acogedora, habitable para quienes tenían que vivir a bordo. No tenía el estilo opulento de Urras ni la austeridad de Anarres, sino un justo equilibrio, la gracia natural de una larga práctica. Uno podía imaginarse llevando la vida limitada de la nave sin que esas limitaciones llegaran a ser irritantes, tranquilamente, meditativamente. Eran gente meditativa los hainianos de la tripulación, corteses, discretos, algo melancólicos. No parecían muy espontáneos. Hasta los más jóvenes parecían mayores que cualquiera de los terranos de a bordo. Shevek sin embargo no los había observado demasiado, a terranos o hainianos, durante los tres días que el Davenant, avanzando por propulsión química a velocidades convencionales, tardó en ir de Urras a Anarres. Respondía cuando le hablaban; contestaba de buen grado a todas las preguntas, pero él mismo preguntaba muy poco. Cuando hablaba, las palabras parecían brotarle de un silencio interior. La gente del Davenant, sobre todo los más jóvenes, se sentían atraídos por él, como si tuviese algo que ellos no tenían, o fuese algo que ellos deseaban ser. Shevek no reparaba en esto. Apenas sí sabía que estaban allí. Tenía conciencia de la

esperanza frustrada y de la promesa cumplida; del fracaso; y de los manantiales de felicidad que había en él, al fin abiertos. Era un hombre liberado de la cárcel que volvía a su casa, a su familia. Todo lo que un hombre ve en un camino como éste, lo ve sólo como reflejos de la luz. El segundo día de navegación estaba en la sala de comunicaciones hablando por radio con Anarres, primero en la longitud de onda de la CPD y ahora con el Sindicato de Iniciativas. Estaba sentado, inclinado hacia adelante, escuchando o respondiendo con un torrente de palabras en ese idioma claro, expresivo, que era su lengua nativa, gesticulando a ratos con la mano libre como si su interlocutor pudiese verlo, riéndose de tanto en tanto. El primer oficial del Davenant, un hainiano llamado Ketho, controlaba el contacto radial y observaba pensativo a Shevek. La noche anterior después de la cena había pasado una hora con Shevek, junto con el comandante y otros miembros de la tripulación; y con la delicadeza y la prudencia característica de los hainianos, le había hecho muchas preguntas a propósito de Anafres. Al fin Shevek se volvió hacia él. —Muy bien, asunto arreglado. El resto puede esperar hasta mi llegada. Mañana se pondrán en contacto con usted para disponer el procedimiento de aterrizaje. Ketho asintió. —Ha tenido buenas noticias —dijo. —Sí, por cierto. Al menos algunas, lo que ustedes llamarían noticias vivas. —Tenían que hablar en iótico entre ellos; Shevek se expresaba con más fluidez que Ketho, que lo hablaba con mucha corrección pero con cierta tiesura—. El desembarco será emocionante —prosiguió Shevek—. Habrá allí muchos enemigos y muchos amigos. La buena noticia es que los amigos... Parece que son más numerosos que cuando me fui. —Ese peligro de ataque, cuando usted desembarque —dijo Ketho—. Supongo que los funcionarios del Puerto de Anarres piensan

que podrán dominar a los disidentes. ¿No le dirán que baje, para asesinarlo luego? —Bueno, ellos me protegerán. Pero yo también soy un disidente, al fin y al cabo. Quise correr el riesgo. Ese es mi privilegio, entiende, como odoniano. —Sonrió. El hainiano no le devolvió la sonrisa; estaba muy serio. Era un hombre bien parecido de unos treinta años, alto y de tez clara como un cetiano, pero casi tan lampiño como un terrano, de rasgos delicados y fuertes. —Me alegra poder compartirlo con usted —dijo—. Yo lo llevaré en la nave de descenso. —Magnífico —dijo Shevek—. ¡No hay mucha gente dispuesta a aceptar nuestros privilegios! —Más de la que usted cree, tal vez —dijo Ketho—. Si ustedes lo permitieran. Shevek, que había hablado distraídamente, y estaba a punto de marcharse, se detuvo de pronto. Miró a Ketho y dijo al cabo de un momento: —¿Quiere decir que le gustaría bajar conmigo? El hainiano dijo con franqueza: —Sí, me gustaría. —¿Y el comandante lo permitiría? —Sí. En verdad, como oficial de una nave de exploración parte de mi trabajo consiste en visitar e investigar cualquier mundo nuevo, cuando es posible. El comandante y yo lo hemos hablado. Lo discutimos con nuestros embajadores antes de partir. Según ellos era mejor no presentar una solicitud formal, ya que la política de ustedes prohíbe el desembarco de extranjeros. —Hum —dijo Shevek, evasivo. Caminó hacia la pared del fondo y se detuvo un momento frente a un cuadro, un paisaje hainiano, muy simple y sutil, un río oscuro que corría entre cañaverales, bajo un cielo tormentoso—. Las Cláusulas del Cierre de la Colonización de Anarres —dijo— no permiten el desembarco de urrasti, excepto dentro de los límites del Puerto. Estas Cláusulas rigen aún, pero usted no es un urrasti. —Cuando colonizaron Anarres, no había otras razas conocidas. Por extensión, esas cláusulas incluyen a to-

dos los extranjeros. —Eso fue lo que decidieron nuestros dirigentes, hace sesenta años, cuando ustedes vinieron por primera vez a este sistema solar y trataron de hablar con nosotros. Pero yo creo que hicieron mal. Seguían levantando muros. —Dio media vuelta y con las manos cruzadas en la espalda, miró al otro hombre—. ¿Por qué quiere desembarcar, Ketho? —Quiero ver Anarres —dijo el hainiano—. Ya antes de que usted fuera a Urras, despertó mi curiosidad. Empezó cuando leí las obras de Odo. Me interesaron mucho. He... —Titubeó, como turbado, pero prosiguió en su tono contenido, escrupuloso—: He aprendido un poco de právico. No mucho todavía. —¿Es un deseo personal entonces... lo decidió usted mismo? —Totalmente. —¿Y entiende que podría ser peligroso? —Sí. —Las cosas están... un poco alborotadas en Anarres. Así me lo han contado mis amigos, por la radio. Lo que nos proponíamos, nuestro Sindicato, este viaje mío, era mover un poco las cosas, agitarlas, romper algunos hábitos, incitar a la gente a cuestionarse. ¡A comportarse como anarquistas! Todo esto ha continuado mientras yo estuve ausente. Así que ya lo ve, nadie sabe a ciencia cierta lo que va a pasar. Y si usted desembarca conmigo, habrá aún más alboroto. No puedo presionar demasiado. No puedo llevarlo a usted como representante oficial de un gobierno extranjero. Eso en Anarres no tiene sentido. —Lo entiendo. —Una vez que esté allí, una vez que cruce el muro conmigo, entonces, tal como yo lo veo, usted es uno de nosotros. La responsabilidad es mutua; usted se conviene en un anarresti, con las mismas opciones que todos los demás. Pero no son opciones seguras. La libertad nunca es muy segura. —Miró en torno la sala tranquila, ordenada, con consolas simples e instrumentos delicados, el techo alto y las paredes sin ventanas, y volvió a mirar a Ketho—. Se sentiría usted

muy solo —dijo. —Mi raza es muy antigua —dijo Ketho—. Nacimos a la civilización hace mil milenios. Nuestras épocas históricas abarcan centenares de esos milenios. Lo hemos probado todo. El anarquismo, con todo lo demás. Peroro no lo he probado. Dicen que no hay nada nuevo bajo el sol. Pero si cada vida no es nueva, cada vida individual, entonces ¿para qué nacemos? —Somos hijos del tiempo —dijo Shevek en právico. El hombre más joven lo miró un rato, y luego repitió las palabras en iótico—: Somos hijos del tiempo. —Muy bien —le dijo Shevek, y se rió—. ¡Muy bien, ammar! Convendría que volviera a llamar a Anarres por la radio, primero al Sindicato... Le dije a Keng, la Embajadora, que no tenía nada que dar a cambio de lo que su gente y la tuya habían hecho por mí; bueno, quizás algo pueda dar. Una idea, una promesa, un riesgo... —Iré a hablar con el comandante —dijo Ketho, grave como siempre pero con un temblor en la voz, un temblor de emoción, de esperanza. A la noche siguiente, muy tarde, Shevek estaba en el jardín del Davenant. Habían apagado las luces, y sólo las estrellas lo iluminaban. El aire era muy frío. El capullo de una flor nocturna traída de un mundo inimaginable acababa de abrirse en medio del follaje oscuro y esparcía su perfume con una dulzura paciente, inútil, como si quisiera atraer a una mariposa inimaginable a trillones de millas de distancia, desde el jardín de un mundo que giraba alrededor de otra estrella. Los soles irradian todos una luz diferente, pero hay una sola oscuridad. Shevek, de pie junto a la alta escotilla, contemplaba la fase nocturna de Anarres, una curva oscura que cubría la mitad de las estrellas. Se preguntaba si Takver estaría allí, en el Puerto. La última vez que había hablado con Bedap, ella no había llegado aún de Paz-y-Abundancia, y Shevek le había encargado a Bedap que discutiera y resolviera

con ella si sería o no prudente que fuese al Puerto. «No supondrás que podré impedirle que vaya aunque no sea prudente» había observado Bedap. También se preguntaba por qué medio habría viajado desde la costa del Sorruba; esperaba que en un dirigible, si traía a las niñas. Las travesías en tren eran duras para los niños pequeños. Aún recordaba los contratiempos del viaje de Chakar a Abbenay en el 68, cuando Sadik había estado mareada durante tres días mortales. Se abrió la puerta y en la sala-jardín iluminada por el tenue resplandor de las estrellas, hubo más luz. El comandante del Davenant asomó la cabeza y lo llamó; Shevek respondió; el comandante entró seguido de Ketho. —Hemos recibido desde Anarres las instrucciones para el descenso — dijo el comandante. Era un terrano bajo, de un color ferroso, frío y formal—. Si está usted listo, iniciaremos las maniobras de lanzamiento. —Sí. El comandante asintió con un movimiento de cabeza y se marchó. Ketho se acercó hasta detenerse junto a Shevek en la escotilla. —¿Está seguro de que quiere atravesar el muro conmigo, Ketho? Usted sabe que para mí es fácil. Suceda lo que suceda, para mí es el retorno. Para usted, en cambio, es la partida. «El verdadero viaje es el retorno...» —Espero retornar—dijo Ketho con su voz tranquila—. A su debido tiempo. —¿Cuándo pasaremos a la nave de aterrizaje? —Dentro de unos veinte minutos. —Estoy listo. No tengo nada que empacar. —Shevek se rió con una risa límpida, de pura felicidad. El otro hombre lo miró con aire grave como si no supiera muy bien qué era la felicidad, y sin embargo la reconociera o quizá la recordara, de un pasado remoto. Seguía de pie junto a Shevek como si quisiera preguntarle algo. Pero no preguntó. —Estará amaneciendo en el Puerto de Anarres —dijo por último, y se alejó a recoger sus cosas; luego se reuniría con Shevek en la

escotilla de lanzamiento. Cuando se quedó solo, Shevek volvió a la escotilla. En aquel momento asomaba sobre el Terras la curva deslumbrante del sol naciente. —Me acostaré a dormir en Anarres esta noche —se dijo—. Al lado de Takver. Me gustaría haber traído la postal, el corderito, para Pilun. Pero no había traído nada. Como siempre, tenía las manos vacías.